

**UNIVERSIDAD DE VALLADOLID  
DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA**



**RELACIONES FAMILIARES Y AJUSTE  
EN LA ADOLESCENCIA**

**Tesis Doctoral**

**de**

**Manuela Alonso Fernández**

**VALLADOLID, 2005**



**Universidad de Valladolid  
Departamento de Psicología**



**Relaciones familiares y ajuste en la  
adolescencia**

**Tesis doctoral**

De

Manuela Alonso Fernández

Dirigida por:

Dr. D. José María Román Sánchez

Dr. D. Gonzalo Musitu Ochoa



# Índice

<b>INTRODUCCIÓN.....</b>	<b>11</b>
Agradecimientos.....	13
Objetivos de la tesis.....	14
Presentación del informe científico.....	16

## PRIMERA PARTE

### MARCO TEÓRICO

#### CAPÍTULO I:

<b>ADOLESCENCIA .....</b>	<b>6</b>
<b>INTRODUCCIÓN .....</b>	<b>6</b>
<b>1. LA ADOLESCENCIA COMO TRANSICIÓN .....</b>	<b>6</b>
1.1. Perspectivas teóricas .....	6
1.1.1. Modelos biopsicosociales.....	6
1.1.2. Ciencia comportamental del desarrollo.....	6
1.1.3. Modelos de ajuste persona-contexto.....	6
1.2. Cambios en el desarrollo.....	6
1.2.1. Cambios en el desarrollo físico/biológico.....	6
1.2.2. Cambios en el desarrollo psicológico .....	6
1.2.3. Cambios en el desarrollo social.....	6
<b>2. CONDUCTAS DE RIESGO Y SINTOMATOLOGÍA EN LA</b>	
<b>    ADOLESCENCIA .....</b>	<b>6</b>
2.1. Consumo de sustancias .....	6
2.1.1. Factores asociados al consumo de drogas: una	
aproximación biopsicosocial .....	6
2.1.2. Evolución de los modelos interpretativos: del enfoque	
intrapersonal a la perspectiva ecológica.....	6
2.1.3. Aplicación de los constructos de los modelos	
biopsicosociales al inicio y uso continuado de las	
drogas.....	6
2.2. Conducta delictiva.....	6
2.2.1. Modelos explicativos .....	6
2.2.2. Patrones de desarrollo de la conducta antisocial.....	6
2.2.3. Factores de riesgo y resistencia.....	6
2.3. Depresión.....	6

RESUMEN .....	6
---------------	---

## CAPITULO II:

<b>ESTRÉS FAMILIAR .....</b>	<b>6</b>
<b>INTRODUCCIÓN .....</b>	<b>6</b>
<b>1. EL ESTRÉS FAMILIAR COMO PROCESO .....</b>	<b>6</b>
1.1. SGA de Selye.....	6
1.2. Estrés y afrontamiento en Lázarus.....	6
1.3. ABC-X de Hill .....	6
1.4. Vulnerabilidad y poder regenerativo en Burr .....	6
1.5. La perspectiva sistémica .....	6
1.6. La ambigüedad en Boss.....	6
1.7. La acumulación de estrés en McCubbin y Patterson .....	6
<b>2. MODELOS DE ESTRÉS FAMILIAR.....</b>	<b>6</b>
2.1. Modelo contextual del estrés familiar de Boss .....	6
2.1.1. El contexto externo.....	6
2.1.2. El contexto interno.....	6
2.2. Modelo de desarrollo de Koos.....	6
2.3. Modelo de los niveles de abstracción de Burr y Klein .....	6
2.3.1. Estrés en el NIVEL I .....	6
2.3.2. Estrés en el NIVEL II.....	6
2.3.3. Estrés en el NIVEL III.....	6
2.4. Modelo T-doble ABCX de estrés familiar de McCubbin y McCubbin.....	6
2.4.1. Fase de ajuste: presupuestos principales y descripción de los factores .....	6
2.4.2. Fase de adaptación: descripción de los factores .....	6
<b>RESUMEN .....</b>	<b>6</b>

## CAPÍTULO III:

<b>ESTRÉS Y ADOLESCENCIA .....</b>	<b>6</b>
<b>1. INTERESES Y PREOCUPACIONES DEL ADOLESCENTE .....</b>	<b>6</b>
<b>2. EL ESTRÉS EN LA ADOLESCENCIA.....</b>	<b>6</b>
2.1. Contextos del adolescente y estrés .....	6
2.1.1. Comunidad .....	6
2.1.2. Grupo de iguales.....	6
2.1.3. Escuela.....	6
2.1.4. Familia.....	6
2.2. Indicadores de estrés en la adolescencia .....	6

2.3. Estrés Familiar .....	6
<b>3. AFRONTAMIENTO.....</b>	<b>6</b>
3.1. Estrategias de afrontamiento en la adolescencia.....	6
3.2. Recursos de afrontamiento .....	6
3.2.1. Autoestima.....	6
3.2.2. Apoyo Social.....	6
<b>RESUMEN .....</b>	<b>6</b>

## **CAPÍTULO IV:**

<b>RELACIONES FAMILIARES .....</b>	<b>6</b>
<b>INTRODUCCIÓN .....</b>	<b>6</b>
<b>1. AUTONOMÍA Y COMUNICACIÓN CON LOS PADRES.....</b>	<b>6</b>
<b>2. TRANSFORMACIÓN DE LAS RELACIONES PADRES-HIJOS .....</b>	<b>6</b>
<b>3. CONFLICTO FAMILIAR Y DESARROLLO FAMILIAR.....</b>	<b>6</b>
3.1. El estudio de Jackson y colaboradores .....	6
3.1.1 El manejo del desacuerdo.....	6
3.1.2. Estrategias parentales para mantener la autoridad.....	6
3.2. El conflicto en la familia española .....	6
3.2.1 Situaciones más difíciles en la relación padres-hijos. ....	6
3.2.2. Respuestas a las situaciones conflictivas de padres e hijos. ....	6
3.2.3. Propuestas de los padres para mejorar la relación con sus hijos. ....	6
3.2.4. Propuestas de los hijos para mejorar la relación con sus padres.....	6
<b>RESUMEN.....</b>	<b>6</b>

## **CAPÍTULO V:**

<b>MÉTODO.....</b>	<b>6</b>
<b>1. OBJETIVOS E HIPÓTESIS .....</b>	<b>6</b>
1.1. Objetivos .....	6
1.2. Hipótesis .....	6
<b>2. PARTICIPANTES .....</b>	<b>6</b>
2.1. Género .....	6
2.2. Edad.....	6
2.3. Grupos de Edad y Género .....	6
2.4. Nivel de Estudios .....	6
2.5. Tipo de Centro .....	6

2.6. Estructura Familiar .....	6
2.6.1. Formas familiares .....	6
2.6.2. Número de hijos .....	6
2.6.3. Posición de los hijos .....	6
<b>3. INSTRUMENTOS .....</b>	<b>6</b>
3.1. Para operacionalizar “Funcionamiento Familiar” .....	6
3.1.1. Faces-III (R) .....	6
3.1.2. Cuestionario de Satisfacción Familiar (SF) .....	6
3.2. Para operacionalizar “Comunicación Familiar” .....	6
3.2.1. Escala de Evaluación de Comunicación Padres-Hijos (CM) .....	6
3.3. Para operacionalizar “Estrés familiar” y “Afrontamiento familiar” .....	6
3.3.1. Cuestionario de Eventos y Cambios Vitales (AFILE-R- ) .....	6
3.3.2. Cuestionario de Afrontamiento Familiar (F-COPES-R) .....	6
3.4. Para operacionalizar “ajuste en los miembros de la familia” .....	6
3.4.1. Cuestionario de Autoestima (AUT-30-R) .....	6
3.4.2. Cuestionario de Ánimo Depresivo (CES-D) .....	6
3.4.3. Cuestionario de Evaluación de Relaciones Interpersonales (RP) .....	6
3.5. Para operacionalizar conductas de riesgo de los hijos .....	6
3.5.1. Cuestionario de Consumo de Sustancias (CS) .....	6
3.5.2. Cuestionario de conductas delictivas (CD) .....	6
<b>4. PROCEDIMIENTO Y DISEÑO .....</b>	<b>6</b>
4.1. Procedimiento .....	6
4.2. Diseño estadístico .....	6

## CAPÍTULO VI:

### RESULTADOS

<b>1. PARA LA PRIMERA HIPÓTESIS .....</b>	<b>6</b>
1.1. Funcionamiento Familiar (Cohesión y Adaptabilidad), Comunicación y Satisfacción .....	6
1.2. Tipologías del funcionamiento familiar .....	6
1.2.1. Tipologías basadas en la curvilinealidad y la ortogonalidad .....	6
1.2.2. Tipologías basadas en la linealidad y la ortogonalidad .....	6
1.2.3. Clasificación basada en la linealidad y la no ortogonalidad .....	6
<b>2. PARA LA SEGUNDA HIPÓTESIS .....</b>	<b>6</b>
2.1. Estrés familiar, funcionamiento y comunicación familiar .....	6
2.2. Estrés familiar y tipologías familiares .....	6
2.3. Relaciones entre estrés familiar, afrontamiento familiar y comunicación familiar .....	6



2.4. Tipologías de la familia y afrontamiento familiar .....	6
<b>3. PARA LA TERCERA HIPÓTESIS.....</b>	<b>6</b>
3.1. Tipologías Familiares y Autoestima Familiar.....	6
3.2. Comunicación Familiar y Autoestima .....	6
3.3. Estrés familiar, Afrontamiento Familiar y Autoestima Familiar .....	6
3.4. Tipología Familiar y Depresión.....	6
3.5. Comunicación Familiar y Depresión.....	6
3.6. Estrés familiar, Afrontamiento Familiar y Depresión .....	6
3.7. Autoestima y Depresión .....	6
<b>4. PARA LA CUARTA HIPÓTESIS .....</b>	<b>6</b>
4.1. Tipología Familiar y Apoyo Familiar .....	6
4.2. Comunicación Familiar y Apoyo Familiar .....	6
4.3. Estrés familiar, Afrontamiento Familiar y Apoyo Familiar .....	6
4.4. Autoestima Familiar y Apoyo Social.....	6
4.5. Depresión y Apoyo Social .....	6
<b>5. PARA LA QUINTA HIPÓTESIS .....</b>	<b>6</b>
5.1. Tipología Familiar y Consumo de Sustancias .....	6
5.2. Comunicación Familiar y Consumo de Sustancias .....	6
<b>6. PARA LA SEXTA HIPÓTESIS .....</b>	<b>6</b>
6.1. Apoyo Familiar y Consumo de Sustancias.....	6
6.2. Autoestima y Consumo de Sustancias.....	6
6.3. Apoyo Social y Consumo de Sustancias.....	6
6.4. Tipología Familiar y Conductas Delictivas.....	6
6.5. Comunicación, Apoyo Familiar y Conductas Delictivas .....	6
6.6. Autoestima, Apoyo Social y Conductas Delictivas .....	6
<b>7. PARA LA SÉPTIMA HIPÓTESIS .....</b>	<b>6</b>
7.1. Estrés familiar, recursos familiares y ajuste familiar e individual.....	6
7.2. En sujetos bien clasificados .....	6
7.2.1. Ajuste familiar y ajuste individual.....	6
7.3. Los sujetos mal clasificados.....	6
<b>8. PARA LA OCTAVA HIPÓTESIS .....</b>	<b>6</b>
8.1. Modelos explicativos de la conducta delictiva .....	6
8.1.1. Modelo 1 explicativo de la conducta delictiva.....	6
8.1.2. Modelo 2 explicativo de la conducta delictiva.....	6
8.1.3. Modelo 3 explicativo de la conducta delictiva.....	6

## **CAPÍTULO VII:**

<b>DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES.....</b>	<b>6</b>
<b>1. DISCUSIÓN DE LOS RESULTADOS .....</b>	<b>6</b>

1.1. Funcionamiento Familiar y Tipologías del funcionamiento familiar .....	6
1.2. La comunicación familiar como recurso .....	6
1.3. Las estrategias de afrontamiento en la familia .....	6
1.4. El ajuste en los miembros de la familia .....	6
1.4.1. Autoestima.....	6
1.4.2. Depresión.....	6
1.4.3. Relaciones Interpersonales.....	6
1.4.4. Estrés, recursos y ajuste familiar e individual.....	6
1.5. Funcionamiento familiar, comunicación familiar y conductas de riesgo en el adolescente .....	6
1.6. Implicación del adolescente en conductas de riesgo .....	6
1.7. Apoyo social, mediador en el ajuste psicosocial del adolescente .....	6
1.8. Explicación de la conducta delictiva .....	6
<b>2. ANÁLISIS DE LOS OBJETIVOS ALCANZADOS EN LA INVESTIGACIÓN.....</b>	<b>6</b>
<b>3. NUEVAS VÍAS DE INVESTIGACIÓN.....</b>	<b>6</b>
<b>4. SUGERENCIAS PARA LA INTERVENCIÓN.....</b>	<b>6</b>
<b>5. APORTACIONES DE ESTA TESIS .....</b>	<b>6</b>
<b>REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS .....</b>	<b>6</b>

# **INTRODUCCIÓN**



## **AGRADECIMIENTOS**

Estoy muy agradecida, en primer lugar, a los doctores D. José María Román Sanchez y D. Gonzalo Musitu Ochoa por la dirección y ayuda incondicional que me han prestado, tanto académica como personalmente, haciendo posible que este trabajo llegue a su fin.

Agradezco también a los colegios de Ntra. Sra. Del Carmen de León y La Bañeza; y a los colegios Jesús y María y Ave María, de Valladolid, que me hayan permitido recoger los datos necesarios para contrastar las hipótesis de esta investigación.

A las alumnas de 3º de Magisterio del curso 2003-2004 de la Facultad de Educación de la Universidad de León, por su ayuda en la corrección de las pruebas aplicadas para recoger la evidencia empírica para contrastar las hipótesis.

Asimismo, dedico este trabajo a mi familia, amigas y amigos, compañeras y compañeros del Departamento de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universidad de León por sus constantes mensajes de apoyo tan eficaces en estas situaciones.

Antes de finalizar con esta breve introducción es necesario añadir que este trabajo es reflejo del esfuerzo de muchas personas que, de algún modo han ayudado a que esta investigación pueda existir hoy en papel y tinta.

Esta tesis doctoral se ha elaborado en el marco del proyecto de investigación SEJ2004-01742 “Violencia e integración social: aplicación y evaluación de un programa de intervención en la escuela” subvencionado por el Ministerio de Educación y Ciencia.

## OBJETIVOS DE LA TESIS

En la actualidad, la investigación centrada en la adolescencia pone cada vez más el énfasis en el desarrollo de conductas de riesgo en una población de chicos y chicas que, en principio, no muestran problemas de conducta clínicos que pudieran justificar o explicar la implicación en dichas conductas. Así, encontramos de actualidad temas como el uso, o más bien el abuso, generalizado y “normalizado” de sustancias tanto legales, alcohol generalmente, como ilegales, hachís y drogas denominadas de diseño. Además, por otro lado se detecta una preocupación mayor por la implicación de esta población en conductas de tipo disruptivo que, en esta edad, se localizan mayormente en el ámbito escolar.

Por las consecuencias, tanto de salud como educativas que estas problemáticas conllevan, la investigación de las conductas de riesgo en la adolescencia aparece como un campo de urgente estudio, cuya comprensión va a permitirnos la elaboración de intervenciones más ajustadas y eficaces en la consecución de adolescentes ajustados y saludables.

En este sentido, la línea de investigación desarrollada bajo la dirección del catedrático de Psicología de la Educación Dr. D. José María Román y el catedrático de Psicología Social Dr. D. Gonzalo Musitu, en la cual se enmarca este trabajo de investigación, se presenta como un intento de dar respuestas: tanto a **nivel teórico conceptual**, abordando la explicación de conductas disruptivas en población adolescente desde el análisis de variables individuales, familiares y escolares; como a **nivel tecnológico instrumental** elaborando técnicas e instrumentos de evolución de los fenómenos y técnicas de interacción preventiva, correctiva u optimizadora; como a **nivel técnico-práctico**, proponiendo modos y formas de intervención en la familia, en la escuela y en la comunidad.

En concreto, el presente estudio pretende ahondar en los contextos familiares y en las relaciones del adolescente dentro de ellos, como posibles focos etiológicos en el desarrollo de conductas de riesgo (desajuste) y, al mismo tiempo, como contextos de potenciales factores o recursos de protección que contribuyen a un desarrollo saludable (ajuste).

Enunciado de esa manera lo que puede ser el objetivo general de la tesis, lo podríamos concretar o acotar más, diciendo que los objetivos específicos que nos hemos planteado alcanzar con la realización de este trabajo de investigación son:

Uno: Estudiar el funcionamiento familiar desde distintas tipologías que ofrece la literatura científica más relevante. Es decir: *Realizar un análisis de las relaciones familiares desde las tipologías del funcionamiento familiar y de otras variables relevantes de los ámbitos familiar e individual con el objeto de seleccionar aquellas que tengan una mayor relación con el ajuste.*

Dos: Comprobar la relación, o grado de asociación, del funcionamiento familiar y de la comunicación familiar con el ajuste de los adolescentes. Es decir: *Comprobar hasta qué punto el funcionamiento y la comunicación familiar, permiten identificar a las familias con mayor nivel de ajuste y analizar la influencia de estos dos recursos en el ajuste individual de los adolescentes que viven en esas familias.*

Tres: Analizar la influencia de la comunicación familiar, vista desde la perspectiva del adolescente, en el ámbito familiar. Es decir: *Identificar el grado de relación o asociación de la comunicación padres / hijos y el afrontamiento familiar, así como su influencia en el bienestar familiar y de cada uno de sus miembros.*

Cuatro: Analizar la relación o asociación del funcionamiento familiar y de la comunicación familiar con la manifestación de conductas de riesgo del adolescente (ajuste/desajuste). Es decir: *Identificar el grado de correlación existente entre estas tres variables: funcionamiento familiar, comunicación familiar y conductas de riesgo, sobre todo consumo de sustancias y conductas desviadas.*

## **PRESENTACIÓN DEL INFORME CIENTÍFICO**

Para tratar de alcanzar los objetivos enumerados, este trabajo de investigación se estructura en dos partes: la primera, el marco teórico, consta de cuatro capítulos y la segunda, el estudio empírico, consta de tres.

En la primera parte, hemos enmarcado teóricamente los conceptos psicológicos con los que trabajamos después. Para ello revisamos las líneas teóricas y trabajos empíricos de más reciente publicación.

Somos conscientes de que las relaciones familiares, el ajuste y la adolescencia son difíciles de abarcar en cuatro capítulos dado el volumen de investigación existente tanto en el marco de la Psicología Social como en el marco de la Psicología de la Adolescencia. Y dentro de cada una de estas disciplinas dada la variedad de enfoques existentes.

Pero hemos realizado un esfuerzo de síntesis en la elaboración del marco teórico guiados siempre por la actualidad, relevancia y pertinencia de la información seleccionada en relación con las variables de nuestro estudio. De este modo, a través de cuatro capítulos, hemos contemplado al adolescente como individuo (capítulo 1) que se desarrolla en íntima interacción con su contexto familiar (capítulo 2) y con otros contextos externos a la familia (capítulo 3), teniendo en cuenta la comunicación familiar y, en cierto sentido, en función de cómo transcurre ese desarrollo y de los recursos de que disponga puede o no implicarse en determinadas conductas de riesgo (capítulo 4).



La segunda parte de este trabajo está dedicada, como hemos dicho, al estudio empírico. Tras la exposición de los objetivos e hipótesis de la investigación, se describen los participantes, los instrumentos y procedimientos estadísticos así como los resultados obtenidos. A continuación, se presentan las conclusiones derivadas de los resultados anteriores a la luz de la reflexión teórica inicialmente presentada, conclusiones que serán tanto de naturaleza teórico conceptual, como tecnológico instrumental, como técnico práctica, y que sugieren líneas de investigación e intervención.



**Primera Parte**  
**MARCO TEÓRICO**



# CAPÍTULO I:

## ADOLESCENCIA

---

*Se considera que la familia aporta bienestar y favorece el desarrollo de los hijos. La familia pasa por un momento crítico coincidente con la adolescencia de cada uno de los hijos. Distintas teorías nos hablan de esta etapa de tránsito entre la niñez y la edad adulta. En la adolescencia se producen cambios físico-biológicos, psicológicos y sociales. Por este motivo, es un período crítico y vulnerable al estrés, en el que los adolescentes inician y experimentan su relación con conductas de riesgo y consumo de sustancias.*

### Introducción

En los años treinta, se popularizó la teoría de la despotenciación o pérdida de funciones de la familia en la sociedad industrial. Sesenta años más tarde se observa el pesimismo y la equivocación que contenían esas afirmaciones (Musitu y Herrero, 1994).

Una característica de la familia, que ha enraizado en la idea de la familia y que ha sido frecuentemente relacionada con el bienestar y el desarrollo posterior de los hijos, es su capacidad para generar una arquitectura de relaciones basadas en el afecto y la expresión libre de los sentimientos. El apoyo social de la familia permite el desarrollo de recursos de afrontamiento de la edad adolescente. Durante la adolescencia, la red de apoyo se amplía y posibilita que la persona obtenga estima y aceptación de otras personas que configuran relaciones sociales ajenas a su círculo familiar. Sin embargo, esta aventura social

no siempre es placentera y a menudo viene salpicada de frustraciones o conductas no adaptativas -delincuencia, comportamiento agresivo, abuso en el consumo de drogas, etc.-. Además, esta búsqueda del adolescente de nuevos contextos sociales en los que desarrollarse tiene que ver también con el incremento de los conflictos en su círculo familiar. La nueva composición de la red social del adolescente provoca que la comunicación padres-adolescentes decrezca y, como consecuencia, que se experimente con nuevos patrones de interacción con el objeto de lograr un mejor funcionamiento familiar. En este sentido, las deficiencias comunicativas padres-hijos se han relacionado con baja autoestima, pobre ajuste escolar o menores niveles de bienestar (Musitu et al., 1988).

## **1. La adolescencia como transición**

La adolescencia ha sido definida por numerosos autores como un periodo de transición que vive el individuo desde la niñez a la edad adulta (Frydenberg, 1997; Jackson y colaboradores, 1996; Noller y Callan, 1991; Palmonari, 1993). En los diferentes modelos teóricos del ciclo vital de la familia se menciona como un periodo crítico o como una de las principales transiciones de la vida familiar el momento en que uno de los hijos -habitualmente el hijo mayor- entra en la adolescencia (Carter y McGoldrick, 1989; Minuchin y Fischman, 1984; Olson, McCubbin y Barnes, 1983). Esta etapa de la vida familiar se caracteriza porque empieza a cuestionarse el estilo familiar (Carter y McGoldrick, 1989; Olson y colaboradores, 1983), el grupo de iguales se convierte en un poderoso referente para los hijos que puede llegar a desorganizar las pautas establecidas por la familia (Minuchin y Fischman, 1984) y los cambios evolutivos y necesidades del adolescente son percibidos por la familia como disruptores de su funcionamiento, requiriendo una reorganización de sus reglas de interacción (Petersen, 1988). En este estadio comienza el proceso de búsqueda de autonomía y la separación de los hijos y este cambio afecta a toda la familia (Minuchin y Fischman, 1984). El reingreso en el hogar de los abuelos (Carter y McGoldrick, 1989; Musitu y

colaboradores, 1988) y la necesidad de emancipación de los hijos son también aspectos característicos de esta etapa de la vida familiar (Carter y McGoldrick, 1989; Minuchin y Fischman, 1984).

La adolescencia, definida como el periodo de cambios en el desarrollo que se producen entre la niñez y la edad adulta, como ha señalado Koops (1996), es un descubrimiento bastante reciente. Tenemos todavía muy próxima la representación cultural de la adolescencia como un periodo caracterizado por innumerables problemas y tensiones. La concepción de la adolescencia como un periodo de “confusión normativa”, “tormentoso y estresante” y de “oscilaciones y oposiciones”, iniciada por Stanley Hall en los primeros años de este siglo, ha sido la orientación teórica predominante hasta hace muy poco tiempo. En las últimas décadas esta visión de la adolescencia ha sido reemplazada por otra que se centra más en los aspectos positivos del desarrollo, presentando la adolescencia como un periodo de desarrollo positivo durante el cual el individuo se enfrenta a un amplio rango de demandas, conflictos y oportunidades (Compas y colaboradores, 1995; Feldman y Elliot, 1990; Jackson y Bosma, 1991; Millstein y colaboradores, 1993; Noller y Callan, 1991; Palmonari, 1993; Petersen, 1988; Petersen y Ebata, 1987). Mitos de la adolescencia como período tormentoso con altos niveles de estrés, el de la distancia intergeneracional o el mito de que los cambios hormonales invariablemente causan dificultades, están siendo sometidos a una reevaluación (Coleman, 1993; Petersen, 1993). Así, la prevalencia de psicopatologías (Earls, 1986) y o la presencia de estrés (Frydenberg, 1997) no es diferente al de otros grupos de edad. Algunos autores, incluso, han llegado a definir la adolescencia como una etapa privilegiada (Ariès, 1962) una idea que parece sustentarse con datos empíricos como los aportados por Coleman (1993) sobre la presencia de relaciones positivas con los padres durante este período frente a una ausencia relativa de relaciones problemáticas.

## 1.1. Perspectivas teóricas

La adolescencia, al igual que la niñez, es un periodo evolutivo que ha sufrido cambios en su grado de “visibilidad” social a través de la historia y de las culturas. Al abordar un estudio sobre este momento del ciclo vital de la persona sería necesario que no olvidásemos su contextualización tanto histórica como cultural. En nuestra cultura occidental, aunque la *pubertad* -entendida como ese conjunto de cambios físicos que denotan la madurez física de un individuo adulto- ha existido siempre, el individuo que sufría estos cambios no era considerado de igual forma a lo largo de los siglos. Así, con anterioridad al siglo XX, tanto la constitución de una familia como la incorporación al mundo laboral, y en definitiva la entrada en el mundo adulto, era muy rápida y es, por tanto, a partir del desarrollo de las sociedades industriales y los avances científicos y tecnológicos asociados, cuando comienza a requerirse otra concepción del sujeto adolescente. Puede ser por este motivo, por el que en las sociedades actuales, caracterizadas por una creciente especialización y complejidad, la etapa de la adolescencia se dilata de manera progresiva y continua. De este modo, el concepto de *adolescencia*, asociado con la idea de tránsito evolutivo, se ha ido construyendo socialmente.

Desde la literatura científica, la adolescencia ha sido definida como un periodo de transición que vive el individuo desde la niñez a la edad adulta (Frydenberg, 1997; Jackson, Cicognani y Charman, 1996; Noller y Callan, 1991; Palmonari, 1993), el cual suele situarse cronológicamente entre los 12 y los 20 años; esto es, constituye un lapso de 8 años que habitualmente se divide en tres etapas: primera adolescencia (12-14 años) – etapa en la cual se producen la mayor parte de los cambios físicos y biológicos que se mantendrán durante toda la adolescencia -; adolescencia media (15-17 años) -etapa en la que los cambios de estado de ánimo son bruscos y frecuentes-; y adolescencia tardía (18-20 años) -donde, según Arnett (1999), se incrementa la implicación en conductas de riesgo tales como el



consumo de sustancias, la conducción temeraria o la conducta sexual de riesgo-.

A partir de lo comentado hasta este momento, se puede afirmar que la adolescencia supone una transición evolutiva en la que el individuo debe hacer frente a numerosos cambios. A este respecto, una de las diferencias entre este periodo y otras etapas del desarrollo evolutivo es, precisamente, el número de cambios a los que el sujeto se debe enfrentar, así como la brevedad y rapidez de los mismos.

Compas y colaboradores (1995), en una excelente revisión, han seleccionado tres ejemplos actuales de modelos del desarrollo del adolescente que ilustran esta amplia perspectiva.

### **1.1.1. Modelos biopsicosociales.**

El desarrollo y el comportamiento humano se dan simultáneamente en múltiples niveles. La maduración física y biológica, incluyendo el desarrollo del cerebro y del sistema nervioso central, continúa también en el periodo de la adolescencia (Brooks-Gunn y Reiter, 1990). Los procesos de pensamiento, tales como los procesos socio-cognitivos, la habilidad de solución de problemas, la capacidad lingüística y las habilidades espacio-visuales, también se desarrollan durante la adolescencia (Harter, 1990; Keating, 1990). Estos cambios evolutivos van acompañados por cambios en la naturaleza de los contextos sociales en los que el adolescente se desenvuelve, así como en los roles socialmente definidos que el adolescente debe desempeñar en estos contextos (Brown, 1990; Entwisle, 1990; Furstenberg, 1990). El reconocimiento de la interrelación entre estos aspectos del desarrollo caracteriza los recientes modelos biopsicosociales del desarrollo del adolescente (Brooks-Gunn, 1987; Buchanan y colaboradores, 1992; Crockett y Petersen, 1993; Lerner y Mulkeen, 1990).

Uno de los principales ejemplos de los modelos biopsicosociales puede encontrarse en la reciente conceptualización de la relación entre

pubertad y conducta, cognición, emoción y relaciones sociales (Compas y colaboradores, 1995). La investigación inicial acerca de la pubertad se preocupaba por analizar los cambios biológicos que ocurren durante la adolescencia (Brooks-Gunn y Reiter, 1990). Sin embargo, la investigación más reciente ha adoptado un amplio enfoque biopsicosocial al tratar de definir la relación entre el desarrollo hormonal y los cambios en el estado afectivo y la conducta (Buchanan y colaboradores, 1992), así como el impacto de la pubertad en las relaciones padres-hijos (Paikoff y Brooks-Gunn, 1991), la contribución conjunta de la pubertad y factores sociales en el comportamiento sexual del adolescente (Rogers y Rowe, 1993) y la asociación entre cambios hormonales y problemas específicos tales como depresión (Brooks-Gunn y colaboradores, 1994) y agresión (Susman y colaboradores, 1987). Además, se han investigado las relaciones recíprocas e interactivas de los cambios hormonales con otros aspectos del desarrollo cognitivo, emocional, conductual e interpersonal (Belsky y colaboradores, 1991; Steinberg, 1988; Trickett y Putnam, 1993).

### **1.1.2. Ciencia comportamental del desarrollo.**

Los modelos del desarrollo del adolescente que consideran múltiples niveles de funcionamiento y análisis, reclaman la necesidad de la investigación interdisciplinar. Una de las propuestas más claras de acercamiento interdisciplinar al estudio del desarrollo del adolescente, es la “ciencia comportamental del desarrollo” propuesta por Jessor (1991, 1992, 1993; Jessor y colaboradores, 1991). Un elemento central de esta propuesta es el abandono de modelos psicológicos tradicionales, así como el abandono de una epistemología estrictamente positivista (Jessor, 1993). Las tradiciones y métodos de investigación desarrolladas en sociología, antropología, psiquiatría infantil, pediatría, criminología, demografía y educación pueden todas participar en una psicología de la adolescencia. Además de integrar las distintas disciplinas científicas tradicionales, la ciencia comportamental del desarrollo también puede integrar la investigación básica y la aplicada.

La ciencia comportamental del desarrollo considera central el concepto de interrelación. Por ejemplo, la investigación ha reconocido que el impacto de distintos contextos sociales es interdependiente (Durbing y colaboradores, 1993; Mortimer y colaboradores, 1992). Además, reconoce la interrelación de los resultados del desarrollo, tanto saludables como desajustados. Esto ha sido observado en la interrelación de un conjunto de problemas comportamentales (por ejemplo, consumo de sustancias, delincuencia y conducción bajo los efectos del alcohol) que reflejan un estilo de vida no saludable (Elliot, 1993; Windle y colaboradores, 1992) y la covariación de síndromes de problemas psicológicos o de desórdenes psiquiátricos (Angold y Costello, 1993; Compas y Hammen, 1994).

### **1.1.3. Modelos de ajuste persona-contexto.**

Una tercera perspectiva en los modelos integradores del desarrollo del adolescente se puede encontrar en la conceptualización del desarrollo del adolescente como una función del ajuste entre las características del individuo y del entorno ambiental (Eccles y Midgley, 1989; Eccles y colaboradores, 1993; Lerner, 1985; Lerner y Tubman, 1989; Windle y Lerner, 1986). Estos modelos consideran el desarrollo del adolescente como una interacción dinámica de las características del individuo y de su entorno. Los adolescentes provocan diferentes reacciones de su entorno como resultado de sus características físicas y comportamentales y los contextos contribuyen al desarrollo individual a través del feedback que proporcionan al adolescente. La calidad de este feedback depende del grado de ajuste entre las características del individuo y las expectativas, valores y preferencias del contexto social. El desarrollo problemático deriva de un desajuste entre las necesidades del desarrollo de los adolescentes y las oportunidades que les proporcionan sus contextos sociales (Eccles y colaboradores, 1993). El modelo de ajuste persona-entorno se incrementa en complejidad al reconocer que puede haber variabilidad en el grado de ajuste entre un adolescente y múltiples contextos (p. ej. escuela, grupo de iguales, familia) al mismo tiempo (Eccles y colaboradores, 1993). Además, las expectativas y demandas de estos

contextos pueden estar o no en sincronía unos con otros (Compas y colaboradores, 1995).

Un desajuste puede darse en forma de expectativas o demandas del entorno que exceden las capacidades evolutivas del individuo. Algunas demandas que cambian las capacidades adaptativas actuales pueden proporcionar un estímulo y oportunidad para el desarrollo de nuevas competencias, mientras otras demandas pueden superar las capacidades del adolescente y pueden provocar altos niveles de estrés y desorden. Además, los desajustes entre las demandas del entorno y las capacidades adaptativas del individuo pueden mostrar diferentes efectos a corto y largo plazo (Compas y colaboradores, 1995).

Por otra parte, según Frydenberg (1997), la adolescencia se ha investigado desde dos amplias perspectivas: la del desarrollo y la del ciclo vital. La *perspectiva del desarrollo*, en la que la adolescencia se considera a partir del contexto familiar, ha estado íntimamente vinculada con la teoría psicoanalítica y la teoría del aprendizaje social. Tradicionalmente se centra en la madurez del individuo, los conflictos y la identificación. Esta perspectiva se centra en cambios específicos que ocurren en los dominios biológico, cognitivo, psicológico y social. Se caracteriza por la investigación en función de la edad, hecho que ha sido considerado por algunos autores una forma limitada de investigar las percepciones que el adolescente posee de sí mismo y de su ambiente (Petersen y Ebata, 1984; Poole, 1983). En contraste, la *perspectiva del ciclo vital* más que una teoría es una orientación. El desarrollo es considerado como un proceso a lo largo de la vida en el que, como principio general, no se asume ningún estado de madurez especial (Baltes y colaboradores, 1980). La edad no es considerada como una variable del desarrollo, sino como una variable indicadora (Lerner y Spanier, 1980). El proceso de crecimiento psicológico continúa a lo largo del desarrollo vital.

Dentro de esta perspectiva del ciclo vital, la adolescencia puede percibirse como un producto del desarrollo del niño y como un precursor del desarrollo del adulto. No es un período aislado de la vida

sino una parte importante de un continuo del ciclo vital. La perspectiva del ciclo vital parte de tres premisas principales: (1) El desarrollo es influido por el contexto en el que tiene lugar. Como Bronfenbrenner (1977) apuntaba, la escuela, la familia y el grupo de iguales influyen en el desarrollo del adolescente. (2) Las interacciones entre los individuos y su contexto implican una influencia recíproca (Lerner y Spanier, 1980). Es decir, los individuos influyen en el contexto en el que se encuentran. (3) Las interacciones continuas entre el individuo y los diferentes contextos sociales son transaccionales (Sameroff, 1975); tanto los contextos sociales como el desarrollo individual pueden cambiar a lo largo del tiempo. Las continuidades o discontinuidades en el desarrollo individual están influidas por la estabilidad y cambio en el contexto en el que tiene lugar el desarrollo; el desarrollo individual ocurre en el contexto del cambio social.

La perspectiva del ciclo vital puede incluir perspectivas tales como la del desarrollo y la ecológica; es una perspectiva interdisciplinar. Según Frydenberg (1997), esta perspectiva, desde la que se investiga la adolescencia como una circunstancia en el desarrollo vital, puede constituirse en un marco apropiado para comprender las relaciones entre los jóvenes, la educación y el contexto social.

## **1.2. Cambios en el desarrollo**

Una de las principales diferencias entre la adolescencia y otros periodos del desarrollo vital es el particular incremento de cambios que debe afrontar el individuo. Por una parte, el adolescente debe enfrentar el desarrollo de su identidad, incrementar su autonomía o la integración en el grupo de iguales. Por otra parte, este periodo se caracteriza por importantes cambios fisiológicos y por un marcado desarrollo cognitivo. El grado en el que la transición se experimente como estresante dependerá del impacto e interrelación entre los determinantes individuales y los determinantes situacionales (Frydenberg, 1997). Estos cambios se articulan en tres áreas, fundamentalmente: cambios en el desarrollo físico/biológico, cambios en el desarrollo psicológico y cambios en el desarrollo social.

### 1.2.1. Cambios en el desarrollo físico/biológico

En la *pubertad* se producen cambios biológicos que incluyen el crecimiento y desarrollo de los órganos sexuales así como los cambios continuos en la forma y tamaño del cuerpo (Petersen y Taylor, 1980; Berger, 1983; Frydenberg, 1997). Mientras que, generalmente, se piensa que los cambios biológicos se dan por completo en el período de la pubertad, existe un desarrollo continuo a lo largo de la adolescencia en cuanto a madurez y crecimiento físico (Petersen y Taylor, 1980). La gran cantidad de cambios que comienzan con la pubertad continúan influyendo al individuo más allá de su inicio (Felman y Elliott, 1990). Estos cambios corporales y hormonales están consistentemente relacionados con procesos psicológicos y sociales (Coleman, 1987). En este sentido, la relación entre pubertad, estado de ánimo y conducta es un área muy activa de investigación (Compas y colaboradores, 1995). La evidencia empírica sugiere que los cambios hormonales se encuentran relacionados con los estados de ánimo y el comportamiento, aunque estas relaciones son complejas (Buchanan y colaboradores, 1992; Crockett y Petersen, 1993, Richards y Larson, 1993). Estas relaciones parecen diferir en función del género, la edad, los tipos de hormonas y su interacción entre ellas y el estatus puberal (Nottelmann y colaboradores, 1987; Susman y colaboradores, 1991; Susman y colaboradores, 1987).

El desarrollo biológico, además, tiene unas importantes implicaciones sociales. Así, el impacto evolutivo de los cambios hormonales en la conducta y la emoción está en parte mediado por las respuestas que los cambios puberales elicitán de los otros en el contexto social. Específicamente, parece que el comienzo temprano o tardío de la pubertad en relación con el momento en que se produce este evento para el grupo de iguales es un importante predictor del ajuste conductual y emocional (Nottelmann y colaboradores, 1987; Petersen y colaboradores, 1991). En cuanto a las relaciones familiares, la pubertad parece tener un impacto predecible, aunque esta asociación está modulada por una variedad de factores entre los que se

incluyen el género del niño, edad en que se alcanzó la pubertad y la estructura familiar (Hill, 1988; Holmbeck y Hill, 1991; Papini y colaboradores, 1988; Steinberg, 1987b)

### **1.2.2. Cambios en el desarrollo psicológico**

**Desarrollo cognitivo.** El desarrollo cognitivo es otra área de importantes cambios durante la adolescencia (Piaget, 1969, 1970). Durante esta fase se desarrolla el pensamiento abstracto. Sin embargo, aunque esta forma de pensamiento aparece típicamente durante la primera adolescencia, muchos adolescentes y adultos nunca manifiestan la capacidad de pensar de forma abstracta (Elkin, 1984a). Las preocupaciones que los adolescentes expresan y el uso que hacen de sus estrategias de afrontamiento incluyen un rango de estilos cognitivos y habilidades que reflejan diferentes niveles de pensamiento concreto y abstracto. En cuanto a la adquisición del pensamiento formal, Piaget y sus seguidores consideran que en la adolescencia se culmina el desarrollo cognitivo que se inicia con el nacimiento y cuyos estadios se pueden observar en el curso del desarrollo infantil. En este estadio el individuo desarrolla la capacidad de razonar en términos proposicionales y es capaz de tratar problemas abstractos, basarse en hipótesis, en posibilidades puramente teóricas, en relaciones lógicas, sin preocuparse por la realidad. Es capaz de emplear la lógica formal, independientemente de todo contenido. Lo posible prevalece sobre lo real, el pensamiento está en condiciones de combinar las operaciones entre sí: una capacidad que permite integrar lo real en el ámbito de lo posible. Estrechamente asociado a la capacidad cognitiva de elaborar operaciones formales, aparece el desarrollo de la conciencia moral.

**Razonamiento moral.** El razonamiento moral se desarrolla durante la adolescencia de manera que aparece una creciente preocupación por cuestiones de orden social. Se ha considerado que este desarrollo es más pronunciado en hombres que en mujeres (Petersen y Ebata, 1984). El desarrollo moral de las mujeres se caracteriza por un mayor énfasis en las relaciones interpersonales

(Gilligan, 1982). De acuerdo con Kohlberg (1973), lo que distingue el razonamiento moral postconvencional -el esfuerzo de los adolescentes por definir sus propias reglas morales en lugar de acatar simplemente las normas del grupo o de un individuo en particular- del razonamiento preadolescente que se encuentra en el nivel concreto, es que cada individuo reconoce que existe un contrato recíproco implícito entre el individuo y la sociedad. Además, durante esta fase existe un desarrollo posterior de principios, conciencia y juicios morales (Frydenberg, 1997).

### **1.2.3. Cambios en el desarrollo social**

Durante la adolescencia, los individuos se desplazan desde la primordial influencia de la familia, que es clara y evidente en la infancia (Stern y Zevon, 1990), a la influencia creciente de los iguales (Hauser y Bowlds, 1990). Sin embargo, no tiene por qué haber necesariamente conflictos de influencia entre familia y grupo de iguales (Kandel y Lesser, 1972; Pombeni, 1993). En una primera fase, el adolescente encuentra apoyo en grupos de pertenencia del mismo género, donde el resto de miembros comparten desarrollos fisiológicos similares. Durante la adolescencia media existe con frecuencia un acercamiento a los iguales del otro género, manteniéndose la unión con grupos del mismo género. Sin embargo, a medida que la adolescencia avanza, existe un acercamiento creciente hacia las relaciones de intimidad con el género opuesto, lo cual implica a su vez un cambio en los modelos de las relaciones con el mismo género (Frydenberg, 1997).

## **2. Conductas de riesgo y sintomatología en la adolescencia**

Ya hemos visto como el individuo en su recorrido vital pasa por una serie de cambios englobados en el momento de la adolescencia y cómo esos cambios son vividos dentro del contexto familiar afectando



al funcionamiento del mismo. La posibilidad de que la adaptación, tanto individual como familiar, a dichos cambios no se realice de forma ajustada o adaptativa implica que tengamos que atender a la posibilidad de que el adolescente se vea envuelto en determinadas conductas de riesgo que dificultan el desarrollo saludable en ésta y posteriores etapas de la vida.

## **2.1. Consumo de sustancias**

La adolescencia, por los cambios que conlleva y que hemos expuesto en los párrafos anteriores, supone una etapa del ciclo vital especialmente vulnerable al estrés. De hecho, la adolescencia representa un periodo crítico en el inicio y experimentación de conductas de riesgo tales como el consumo de sustancias y la conducta delictiva, dos indicadores de desajuste psicosocial que, junto a la sintomatología depresiva, han sido tradicionalmente asociados al ajuste en el periodo adolescente (Moffit, 1993).

A lo largo de este apartado se pretende introducir los distintos aspectos básicos de las conductas de riesgo en la adolescencia. Para ello, en primer lugar abordaremos brevemente los planteamientos teóricos más relevantes que se han formulado con el objetivo de explicar la aparición de conductas de riesgo en la adolescencia. Seguidamente y siguiendo la lógica propuesta por los modelos revisados se analizarán las características de cada una de las conductas de ajuste estudiadas, tanto desde un punto de vista epidemiológico como desde un acercamiento a los factores de riesgo que podrían estar influyendo en el desarrollo de las mismas.

### **2.1.1. Factores asociados al consumo de drogas: una aproximación biopsicosocial**

Mientras que cada sustancia tiene su dominio específico y las consecuencias del consumo de tabaco, del abuso del alcohol o del abuso de otras drogas son en esencia diferentes, existen no obstante semejanzas claras en la explicación de las causas de su consumo. Así, el abuso de tabaco, alcohol y drogas ilícitas (Windle y colaboradores,

1996), muestran modelos epidemiológicos y etiológicos similares y revelan numerosas coincidencias en los acercamientos al tratamiento y a la prevención de estos problemas. Además, se ha mostrado reiteradamente que la influencia social es una fuerza importante que promueve tanto la experimentación como el uso incrementado y el mantenimiento del consumo de todas estas sustancias. Y esto ocurre a pesar de las diferencias obvias en los efectos farmacológicos de cada sustancia.

En general, los trabajos de investigación apuntan dos factores generales que influyen en el consumo de sustancias. En primer lugar, es evidente que el consumo previo de una sustancia es un factor determinante del consumo subsecuente. Muchas sustancias crean adicciones que son reales en el sentido de que generan síntomas de abstinencia y tolerancia psicofarmacológica. En segundo lugar, la investigación previa también ha mostrado que los procesos sociales son importantes como mecanismo etiológico en el inicio y desarrollo progresivo del consumo de sustancias. Muchos de los correlatos más potentes del consumo de sustancias reflejan una influencia positiva o negativa de los iguales en la conducta. En la fase de aproximación e iniciación en el uso de las drogas es importante la influencia que ejerce la interacción con los otros. Así, la progresión en el consumo de las drogas puede ser el resultado de una sucesión compleja de experiencias psicológicas y sociales en las cuales el contexto de la interacción con los otros consumidores refuerza o modifica las actitudes preexistentes hacia el uso de las drogas; sean una tendencia de predisposición hacia su uso o hacia su experimentación, o una actitud de rechazo a las mismas. El grupo representa, desde este punto de vista, el contexto privilegiado en el que el sujeto se reconsidera a sí mismo en relación posible o irreal con las drogas. El momento y las condiciones en que tiene lugar esa interacción resultan particularmente importantes, porque representan la fase en que puede concretarse el movimiento en el que se pasa de la simple predisposición a la experimentación directa de una sustancia.

La complejidad subyacente al consumo de drogas, tanto en lo que concierne el inicio como el uso continuado de las drogas, ha generado entre los investigadores importantes esfuerzos por desarrollar modelos teóricos lo suficientemente potentes como para explicar al menos algunos de los procesos y factores principales relacionados con este problema social.

### **2.1.2. Evolución de los modelos interpretativos: del enfoque intrapersonal a la perspectiva ecológica.**

Los planteamientos iniciales desarrollados en la década de los 60 se centran en la explicación del consumo de drogas en factores unidimensionales y específicos al individuo. Así, factores individuales y situacionales son considerados como factores predictores e interrelacionados en el uso de sustancias. Determinados rasgos de personalidad, déficits en la construcción del Yo, exposición a ciertos modelos de comportamiento o carencias en la relación entre el individuo y el contexto social (Hirschi, 1969) son algunas de las variables apuntadas.

Los datos epidemiológicos de los años 70 demuestran que el consumo de drogas no es una realidad específica de algunos individuos, sino que parece ser un patrón de conducta extendido en la población juvenil (Ravenna, 1993). El uso extendido de las drogas permite por lo tanto por una parte excluir definitivamente las interpretaciones que plantean el consumo de drogas como algo específico de un número restringido de sujetos trastornados o desviados y por otra introducir una nueva perspectiva de análisis en la que se evidencia la importancia de otros factores más generales relacionados con el estilo de vida de los jóvenes.

En esta línea, y sin haber llegado todavía a un modelo unitario, una gran cantidad de teorías han intentado explicar el consumo de drogas en la adolescencia. Así, entre las teorías más aceptadas, destacan entre otras, *la Teoría de la Conducta Problema* (Jessor y Jessor, 1977) que postula que la conducta es el resultado de la

interacción inter e intra de tres sistemas dinámicos: personalidad; ambiente percibido y sistema conductual y la *Teoría del Aprendizaje Social* de Bandura (1977) que plantea que las conductas se aprenden a través de refuerzos simbólicos vicarios y verbales. Las conductas se ejecutan cuando la persona cree que la acción será reforzada, cuando valora el refuerzo y cuando se percibe a sí mismo como capaz de ejecutar la conducta.

A este respecto, Ravenna (1993) señala que si bien el acercamiento de Bandura presenta la limitación de interpretar los fenómenos de consumo en términos de un proceso de aprendizaje y de condicionamiento, reconducible eminentemente al principio de modelado (Palmonari y cols. 1984), tiene el mérito de haber contribuido a generar un cambio importante en la conceptualización de estos comportamientos al situarlo en el marco más complejo de las problemáticas evolutivas y no en el de los procesos de desarrollo anormales o desviados.

*La Teoría de la Acción Razonada* (Ajzen y Fishbein, 1980) que postula que la conducta está determinada por las intenciones del individuo, las cuales están a su vez determinadas por el peso relativo de sus actitudes y creencias normativas y *la Teoría del Control Social* (Hirschi, 1969) que se centra en el tipo de relación que un individuo establece con la sociedad. Asimismo, los autores destacan que la resistencia de un individuo a argumentos persuasivos y amenazantes puede potenciarse con el conocimiento previo del contenido y estrategia del argumento y *la Teoría del Cluster de Iguales* (Oetting y Beauvais, 1987) que postula que los procesos de socialización que acompañan al desarrollo del adolescente se relacionan con la formación de grupos cohesivos pequeños. Otras variables que influyen indirectamente en el consumo de sustancias a través de su efecto en el grupo de iguales son las sanciones familiares, la identificación religiosa y el ajuste escolar.

El *Modelo de Creencias de Salud* (Becker, 1974) que defiende que las conductas de salud están en función de varios factores como la

valoración tanto del riesgo o daño percibido como de la habilidad potencial para evitar el dolor a través de la adopción de conductas apropiadas y la habilidad percibida para acceder a recursos que se necesitan o el *Modelo de Influencia Social* (Hansen, 1988) que representa un modelo emergente que se construye sobre la base de algunas de las teorías previamente descritas tales como la Teoría del Aprendizaje Social, la Teoría de la Acción Razonada, la Teoría del Control Social y la Teoría del Cluster de Iguales son también algunos de los acercamientos teóricos más utilizados por los autores.

### **2.1.3. Aplicación de los constructos de los modelos biopsicosociales al inicio y uso continuado de las drogas.**

Desde una perspectiva biopsicosocial y siguiendo los principales contextos propuestos por los modelos anteriores, -individuo, familia, grupo de iguales y comunidad- trataremos en este apartado de integrar los distintos conceptos y constructos que subyacen a estos planteamientos en un modelo explicativo centrado en los factores de riesgo asociados al inicio y uso continuado de las drogas.

#### **2.1.3.1. El individuo: variables biológicas, psicológicas y sociodemográficas**

*Variables biológicas:* El interés por comprender los factores asociados no solo al consumo de drogas sino a cualquier conducta de riesgo, ha suscitado entre los investigadores numerosos estudios que han tratado de determinar la participación potencial de las variables biológicas en el despliegue del comportamiento objeto de estudio.

Así, los trabajos que se han centrado en la vulnerabilidad biológica como factor asociado al consumo de sustancias, parecen demostrar en el caso del alcohol cierta predisposición genética en la dependencia de esta sustancia. En este sentido, y a pesar de que se desconozca todavía el mecanismo genético de transmisión, distintos estudios realizados con gemelos y con niños adoptados han observado que las variables genéticas influyen de forma significativa en la etiología del

alcoholismo (Frances y Franklin, 1996). La incidencia del alcoholismo a través de la herencia genética en varones es cuatro veces mayor en comparación con los descendientes de los padres no alcohólicos, sin considerar si son criados por padres adoptivos o por sus padres biológicos (Frances y Franklin, 1996).

*Variables Psicológicas:* Una gran cantidad de trabajos ha puesto de manifiesto la importancia de determinadas variables psicológicas como factores protectores o de vulnerabilidad en el uso de las drogas. Entre las variables más estudiadas, destacan los procesos cognitivo-motivacionales, la competencia social, la autoestima y las variables de personalidad (Folkman y colaboradores, 1986b; Hawkins, Catalano y Miller, 1992; Doherenwend y Doherenwend, 1981).

En relación a los procesos cognitivo-motivacionales que influyen en el inicio a las drogas, los estudios sugieren que el consumo de cualquier sustancia se predice por valores favorables a su uso (Kandel, 1978). A este respecto, la investigación apunta la importancia que ejercen en el inicio de las drogas las actitudes, las expectativas, motivaciones positivas y atribución de significados relevantes sobre el uso de sustancias.

En esta línea, un factor cognitivo importante que actúa como facilitador en el consumo de drogas, es la *invulnerabilidad percibida*, que se basa en la creencia de que *esto no me va a pasar a mí* (Rutter, 1987). Esta creencia se refleja en los supuestos de que "el problema a mí no me puede afectar", el "problema no es tan serio como dicen", o "aunque me afecte, tiene solución". Parece obvio que esta creencia tiene una especial importancia tanto en el inicio como el uso continuado de las drogas, así como en la práctica de otras conductas de riesgo. En este sentido, la reestructuración de las representaciones del propio consumo de sustancias aparece como un mecanismo de control sobre su uso. Se adjudican las consecuencias perjudiciales de las drogas a una forma de uso distinta a la propia, ya sea en cuanto a cantidad, a tipo de sustancia consumida o a periodo de tiempo desde que se consume (López y colaboradores, 1998).

La repetida experimentación de la droga depende en gran medida de los efectos reforzantes de la sustancia consumida, sea el refuerzo positivo (placer y relajación, nuevos estados de conciencia, cohesión y convivencia con los otros consumidores) o el refuerzo negativo (eliminación de experiencias adversas o sensaciones de estrés o malestar). Asimismo, el hecho de no haber conseguido los efectos deseados, puede inducir al sujeto a consumir de nuevo la sustancia para alcanzar los efectos que esperaba y que observa generalmente en los consumidores expertos (Ravenna, 1993). De hecho, la acción reforzante de las drogas, se constituye en un factor fundamental para explicar la dependencia a las sustancias. Se ha comprobado experimentalmente el rápido aprendizaje que se produce en varias especies animales en la autoadministración de una extensa gama de sustancias -opiáceos, alcohol, cocaína, cafeína- en las que incluso se ha llegado a la muerte como consecuencia de una ingesta continua y compulsiva de cocaína.

Asimismo, el sistema de valores parece ser una variable importante en el consumo de las drogas. Así, y de acuerdo con el modelo de Schwartz (1992), la dimensión de Apertura al Cambio, que agrupa necesidades individuales como el hedonismo y la estimulación, en contraposición con la dimensión más prosocial denominada Autotranscendencia, resultan predictivas tanto en el uso inicial con las drogas como en los patrones de consumo continuado (Pons, 1995). En este sentido, los estudios encuentran diferencias en el sistema de valores de los consumidores y no consumidores de drogas. Los consumidores conceden más importancia a los valores centrados en necesidades individuales como la búsqueda de placer y de activación mientras que los adolescentes que prescinden de las drogas conceden más importancia a valores dirigidos al bienestar común. Esta relación aparece también en función del propio patrón de consumo. A medida que aumenta el consumo de alcohol, más importantes son para los consumidores los valores centrados en intereses individuales y menos importantes aquellos relativos a los intereses colectivos. En esta línea, Hawkins, Catalano y Miller (1992) señalan que el rechazo de las

actitudes y valores normativos de la sociedad y de las implicaciones hacia objetivos sociales son factores de riesgo en el consumo de sustancias. El consumo de drogas ilícitas representa desde esta perspectiva, la expresión de rebelión o transgresión a lo establecido en un intento reactivo por parte del adolescente de construcción de una identidad propia y diferente a la propuesta por la sociedad (López y colaboradores, 1998). De hecho, el incentivo de transgresión, de hacer algo prohibido, disminuye a medida que avanza la edad. Este incentivo es más importante para los adolescentes de 15 a 18 años que para los jóvenes de 19 a 24 años, siendo para este último grupo de edad más relevante que para los jóvenes de 25 a 29 años (López y colaboradores, 1998).

Por otra parte y desde otra perspectiva de estudio, la competencia social o la capacidad para comportarse de forma adecuada en las relaciones y situaciones interpersonales, desempeña también un papel importante en el consumo de drogas (Hawkins, Catalano y Miller, 1992). Así, las habilidades adaptativas que el adolescente tiene a su disposición y utiliza, no solo al afrontar las situaciones y relaciones que se le presentan en la vida cotidiana sino también en las tareas específicas o madurativas de su fase de desarrollo, pueden actuar como facilitadores o inhibidores en el consumo de las drogas. Los autores sostienen que los niños y los jóvenes que no han tenido la oportunidad de aprender las habilidades sociales apropiadas, que han sido poco apoyados y valorados en su experiencia de afrontamiento o que han estado expuestos a eventos particularmente negativos, tienen menos probabilidad de adquirir estas habilidades adaptativas, siendo mayor el riesgo en que incurran en comportamientos no convencionales (Ravenna, 1993).

Desde esta perspectiva, las estrategias de afrontamiento que representan los esfuerzos cognitivos y comportamentales, continuamente cambiantes, que una persona realiza para hacer frente a demandas específicas internas o externas que, en su percepción, ponen a prueba o superan los recursos de que dispone, resultan básicas para



explicar tanto el inicio, pero sobre todo el uso continuado de drogas (Lazarus y Folkman, 1984; Folkman y otros, 1986a). En este sentido, se sugiere la existencia de dos tipos de afrontamiento: el aproximativo y el evitativo. El primero se refiere a aquellos esfuerzos conductuales o cognitivos para manejarse directamente con el suceso estresante mientras que el afrontamiento evitativo incluye todas aquellas estrategias cognitivas o conductuales que permiten huir del problema, o evitar la consideración del problema o las emociones negativas (Lazarus, 1993; Rodríguez-Marín, 1995).

La droga representa en muchos casos, la sustancia que permite al sujeto, evadirse momentáneamente o persistentemente de las situaciones aversivas de la vida cotidiana. López y colaboradores (1998) encuentran que la forma de enfrentarse a los problemas presenta diferencias no solo entre los grupos de consumidores y no consumidores de sustancias sino también en función del patrón de consumo. Así, la confrontación directa, el abordar los problemas enfrentándose directamente a la situación que los genera, es menos frecuente en los grupos de jóvenes que consumen alcohol y drogas ilegales. Asimismo, el grupo de jóvenes que consumen únicamente drogas ilegales utiliza con más frecuencia la estrategia de ausencia de responsabilidad de los eventos que les afectan; no se asume la responsabilidad de los problemas que suceden o no se percibe como agentes causantes de los mismos (López y colaboradores, 1998).

De acuerdo con distintos estudios, el afrontamiento activo, como la redefinición cognitiva o la resolución de problemas se relaciona con una mayor autoestima (Moos, 1988; Folkman y Lazarus, 1988, Lila, 1995). Así, la autoestima que expresa la forma en que cada persona evalúa el concepto que tiene de sí misma y que representa las consecuencias del diálogo interno que cada sujeto mantiene al valorar el mundo que le rodea y su posición ante la sociedad (Musitu y colaboradores, 1988) es a su vez un recurso con el que cuentan las personas para enfrentar las distintas situaciones que atraviesan a lo largo de su ciclo vital (Dohrenwend y Dohrenwend, 1981; McCubbin

y McCubbin, 1987; Cava, 1998). Desde esta perspectiva, una baja autoestima se constituye en un factor de riesgo importante para la estabilización del consumo. De acuerdo con Ravenna (1993) las personas con fuertes sentimientos de inferioridad y de relaciones disfuncionales están más expuestas al uso continuado de las sustancias al utilizarlas como un medio de relación con los demás. Esta idea es confirmada parcialmente en el trabajo de López y colaboradores (1998). En este estudio, los autores observan que el grupo de jóvenes que no consumen sustancias muestran una autoestima más elevada que los grupos de consumidores de alcohol con y sin utilización conjunta de drogas ilícitas. Sin embargo, los consumidores que utilizan únicamente drogas ilícitas presentan una autoestima aún más elevada que el grupo de no consumidores, lo que abre el debate acerca de la autoestima como factor de vulnerabilidad en el uso continuado de las drogas ilícitas.

Finalmente, otra variable psicológica objeto de controversia son las características de personalidad. La mayoría de los autores plantean que no existen características únicas de personalidad que se asocien al consumo de drogas (Vega Fuente, 1993). Desde esta perspectiva, se afirma que el inicio no está determinado, en la mayoría de los casos, por trastornos psicopatológicos estructurados, sino que se asocia en mayor medida a una serie de rasgos en el área de la no convencionalidad o a estados emocionales negativos temporales (Ravenna, 1993). A este respecto, Vega Fuente (1993) sostiene que la experiencia de las drogas no se asocia a ningún tipo de alteración psicológica sino más bien a una característica básica del hombre y en particular de los adolescentes, como es la curiosidad. La mayoría de las formas de consumo de drogas y de otros comportamientos de riesgo entre los jóvenes no implican ni abuso ni desviación social, ni pueden ser atribuidos a personalidades anormales o a procesos de socialización patológicos, incluso presentan unas características de normatividad.

Estos planteamientos no tienen en cuenta determinados rasgos de personalidad que parece se relacionan con distintos niveles de abuso de drogas. Factores de personalidad como el psicoticismo, neuroticismo y personalidad antisocial se relacionan con el consumo de sustancias. Un estudio longitudinal de Canals y colaboradores (1998) concluye que los factores predictores de personalidad difieren en función de la edad y del género del niño. Así, a la edad de 11 años, los únicos factores predictores del consumo posterior aparecen en niñas. A esta edad, las dimensiones de psicoticismo y depresión predicen el consumo a los 18 años de tabaco y de alcohol. En este sentido, el psicoticismo elevado y sintomatología depresiva predicen el uso posterior de tabaco y alcohol (Canals y colaboradores, 1998). A los 12 años, los factores predictores significativos para los varones son la extraversión para el consumo de tabaco y un elevado nivel de ansiedad rasgo para el consumo de alcohol. Estas dimensiones junto con sintomatología depresiva y psicoticismo predicen asimismo en varones, el consumo de sustancias ilícitas al inicio de la edad adulta. La conducta antisocial predice en varones a la edad de 13 años el consumo de alcohol mientras que una elevada sintomatología depresiva, el consumo de tabaco y de otras drogas a la edad de 18 años.

Los factores de personalidad en el caso de los varones representan de acuerdo con este estudio, un factor de riesgo importante del consumo posterior de sustancias mientras que en el caso de las mujeres, los factores cognitivos son mejores predictores. En el ámbito de la psicopatología, la depresión es la variable más significativa, no solo en el inicio del consumo de tabaco y de alcohol sino también en el uso continuado de las mismas (Aneshensel y Huba, 1983). En este sentido, algunos estudios encuentran que los fumadores altamente dependientes de la nicotina tienen una mayor sintomatología depresiva que los no fumadores o que los fumadores de dependencia media o baja (Muñoz y colaboradores, 1997) Asimismo, la sintomatología depresiva se relaciona con el fracaso para dejar de fumar o mantenerse abstinentes.

### *Variables sociodemográficas*

*Género.* Una gran cantidad de trabajos encuentran que el consumo de alcohol y de drogas ilícitas es más frecuente en los adolescentes varones. Se constata con respecto a estas sustancias, la tendencia a un consumo mayor tanto en términos de cantidad como de periodicidad (Fishburne y Cisin, 1980; Pons, 1995). Los adolescentes varones consumen más frecuentemente y en mayor cantidad las distintas drogas que las mujeres. Por otra parte, el consumo de drogas ilegales predomina significativamente en varones frente a las mujeres (Torres y Domínguez, 1997; López y colaboradores, 1998). Estas diferencias son más evidentes si se considera el Consumo habitual o frecuente, para el cual se obtiene una proporción varón/mujer de 2 a 1 (Torres y Domínguez, 1997). El consumo de drogas por parte de las mujeres si bien es menor en cantidad y periodicidad, no deja de estar también presente en las diferentes sustancias.

La prevalencia masculina en el uso de las distintas sustancias se interpreta de forma similar a la de otros comportamientos ilegales o reprobables. Esta prevalencia se explica (Hser y colaboradores, 1987) a partir de diferencias en el tipo de socialización y de control en el que se da mayor libertad de los chicos para implicarse en los comportamientos no convencionales mientras que hay una mayor presión ejercida sobre las chicas a conformarse a las normas sociales. Asimismo se explica en función de los diferentes tipos de apego que caracterizan a los dos géneros en la que hay una fuerte implicación de las chicas en la vida familiar y escolar mientras que en los varones con los iguales.

*Edad.* La edad adolescente es una variable fuertemente relacionada con el consumo de sustancias (Torres y Domínguez, 1997). Nyberg (1979) y Fishburne y Cisin (1980), explican la relación entre patrones de consumo y edad en términos de una función curvilínea; a medida que aumenta la edad, también se produce un incremento en el consumo, con un pico en los 18-24 años, seguido de un descenso general en el uso. Así, y con respecto al intervalo de edad

de 14 a 21 años, al aumentar la edad se produce un descenso de las personas que no fuman y se incrementa el índice de consumidores habituales de esta sustancia siendo el periodo de mayor consumo entre los 16-17 años. Asimismo, la intensidad del consumo habitual de tabaco es mayor al aumentar la edad (Liberato y colaboradores, 1997). En un trabajo reciente de Torres y Domínguez (1997), los autores encuentran una correlación positiva y lineal entre consumo de drogas ilícitas y edad en el periodo de 12 a 17 años. El grupo de mayor riesgo es el de 16-17 años, de tal manera que con respecto a los sujetos de menor edad, el consumo ocasional de este tipo de sustancias se multiplica por 10 (12-13 años: 3.5%, 14-15 años: 15.7%, 16-17 años: 31.7%) y el habitual por 6 (12-13 años: 0.2%, 14-15 años: 2.4%, 16-17 años: 6.5%)

*Nivel de estudios y rendimiento escolar.* El contexto educativo como entorno de relación y como ámbito en el que tiene lugar el desempeño académico representa uno de los sistemas más importantes para la prevención de problemas de conducta (Musitu y colaboradores, 1988, 1995). En este sentido, el pobre rendimiento académico y la falta de compromiso e integración con la educación recibida son aspectos frecuentemente considerados a la hora de explicar las conductas de riesgo, y en particular el consumo de drogas. Así, hay una relación entre el mal rendimiento escolar -repetidores de curso- y el consumo de sustancias (Almenara, 1990; Liberato y colaboradores, 1997). Se presenta un mayor consumo de tabaco, de alcohol y de drogas ilícitas entre los estudiantes que han repetido cursos y entre los que tienen una autovaloración negativa de su imagen como estudiante (López y colaboradores, 1998; Martínez y colaboradores, 1996).

*Hábitat y clase social.* Los hallazgos relativos al hábitat y clase social resultan dispares probablemente por la influencia de terceras variables. En diversos estudios se pone de manifiesto que los jóvenes que trabajan, y en especial aquellos que tienen una jornada laboral prolongada, son más propensos al consumo, perfilándose también los

parados como un grupo específico de riesgo para el consumo de sustancias (Torres y Domínguez, 1997).

*Disponibilidad de dinero y tiempo libre.* Se encuentran relaciones entre la disponibilidad de dinero para gastos semanales y el consumo habitual de drogas. Así, aparecen relaciones significativas entre ser consumidor habitual y disponer de mayor dinero para gastos por semanas. Estas relaciones se encuentran en todas las sustancias: tabaco, alcohol y drogas ilícitas (Martínez y colaboradores, 1996; Alonso y colaboradores, 1997, López y colaboradores, 1998). En cuanto al tiempo libre, los jóvenes dedican una parte importante de él a la interacción con sus grupos de referencia, en la que destacan las actividades de charlar con los amigos, bailar e ir de copas (López y colaboradores, 1998). Entre las diversas opciones de ocio, este tipo de actividad se asocia en gran medida con el consumo de diversas sustancias. Así, en relación al consumo de alcohol, diversos estudios encuentran que la participación en cultos y actividades religiosas se asocia significativamente y de forma inversa con el consumo de alcohol (Comas, 1991; Basabe y Páez, 1993; Alonso y colaboradores, 1997). Asimismo, la participación en actividades deportivas, si bien no se relaciona con el menor consumo de alcohol, si reduce el número de borracheras. Así, se encuentra una relación entre la participación en actividades deportivas y el menor número de borracheras (Alonso y colaboradores, 1997).

### **2.1.3.2. El sistema microsocial: la familia y los iguales**

*Estilo educativo familiar.* La familia como sistema de apoyo más importante para el bienestar y ajuste de sus miembros, ha sido objeto también de estudios que han determinado ciertos factores de riesgo asociados al consumo de sustancias. Entre los factores más importantes, destaca el estilo educativo parental, las relaciones familiares entre padres e hijos y el rol de los padres, como modelos de conducta de sus hijos (Dembo y colaboradores, 1986; Baumrind, 1971a, 1971b, 1985, 1989). De acuerdo con los estudios, los estilos educativos, constituyen una de las principales variables familiares a

través de las cuales los padres pueden influir en el proceso de implicación de sus hijos en el consumo de drogas. En este sentido, los estudios de Baumrind (1967, 1971a, 1971b, 1985) sugieren que existen patrones parentales antecedentes, que predicen el inicio y el uso continuado en el consumo de drogas de los hijos.

Así, tanto el estilo parental Autoritario en el que predomina el control parental sobre el calor afectivo (Baumrind, 1975), como el Permisivo, en el que prevalece el afecto sobre el control de la conducta de los hijos, se relacionan con el uso de drogas en los adolescentes. En cambio, el estilo parental Inductivo se constituye en un importante factor protector en el consumo de sustancias. Las características básicas de este estilo educativo -calor afectivo/aceptación y monitorización/disciplina- parecen ser especialmente importantes para promover en los hijos un tipo de autonomía basada en la capacidad de construir relaciones profundas y de prevenir conductas de riesgo (Ravan y Linch, 1989; Campart y Scandroglio, 1998). Este estilo educativo se relaciona estrechamente con las funciones principales del apoyo social proporcionado por este grupo primario. En este sentido, Orte (1994) señala que una percepción parental de ausencia de afecto y de aceptación resulta ser un factor crítico que favorece el consumo de sustancias del hijo. De hecho, el apoyo social subjetivo, - la medida en que el sujeto se siente amado, estimado y apoyado por la familia- es mayor en los jóvenes que no consumen ni drogas lícitas ni ilícitas con respecto a los que consumen este tipo de sustancias (López y colaboradores, 1998).

También el nivel de armonía/discrepancia del sistema de valores respecto a la educación de los hijos se relaciona con las conductas de riesgo. Así, la cohesión familiar y la coherencia de puntos de vista sobre la educación de los hijos parece influir en los comportamientos de consumo de drogas indirectamente a través de dos recorridos; por una parte, reduce la emergencia de imágenes negativas de sí y, por otra parte, promueve la autoestima, disminuyendo así la excesiva dependencia del adolescente del grupo de iguales. Distintos estudios

muestran cómo los jóvenes aprecian que los padres posean los atributos de coherencia, de cohesión y de "autoridad" en el ámbito familiar, mientras que rechazan los modelos de escasa implicación y control débil y discontinuo (Campart y Scandroglio, 1998).

*Relaciones familiares.* La naturaleza de las relaciones entre padres e hijos constituye un factor de la familia que parece también se ha vinculado con el consumo de drogas. A este respecto, las investigaciones se han interesado en definir los distintos roles que se establecen en la tríada formada por el padre, la madre y el hijo, así como también en la identificación de los estadios de desarrollo que pueden influir en el consumo de drogas (Orte, 1994). Una de las conclusiones más aceptadas entre los investigadores es la que mantiene que una relación positiva entre el hijo y sus padres, en la que prevalece la vinculación emocional, puede actuar como mecanismo de prevención el uso de drogas. Así, los trabajos de Dembo y colaboradores (1986) indican cómo la unión con los padres constituye una barrera estadísticamente significativa en el consumo de las drogas de los hijos. Sin embargo, aún cuando sentirse unido a los padres se relaciona negativamente con el consumo de drogas de los hijos, el significado, e incluso la dirección de esta relación, se ve afectado cuando la diferenciación se establece sobre la percepción de los hijos del consumo parental (Dembo y colaboradores, 1986).

Una dimensión facilitadora y un elemento crítico para la movilidad en la vinculación emocional, es sin duda como señala Olson y colaboradores (1979, 1991) la comunicación. En este sentido, la revisión de los programas de prevención del abuso de alcohol entre los adolescentes indica que la capacidad de comunicación y de discusión de los conflictos en la familia, cumplen funciones protectoras (Campart y Scandroglio, 1998). En cambio, la ausencia de comunicación paterno-filial o pautas negativas de comunicación tales como dobles mensajes o críticas, así como un clima familiar de conflictos frecuentes con peleas y discusiones tanto entre padres e hijos como entre los padres, se considera como un factor importante



en el ajuste psicosocial de los hijos y en particular en la conducta de consumo de drogas (Minuchin y colaboradores, 1978)

En este sentido, los estudios indican una frecuencia mayor de fumadores y de consumidores de alcohol entre los adolescentes cuya relación con los padres es considerada como mala o regular (Liberato y colaboradores, 1997). Asimismo, se evidencia que los consumidores de drogas ilícitas perciben con respecto a los no consumidores y a los consumidores de drogas lícitas un mayor conflicto en su entorno familiar que se resuelve en la mayoría de los casos mediante técnicas de imposición o con carácter autoritarias (López y colaboradores, 1998).

Por otra parte, y junto con la falta de comunicación familiar y/o de diálogo sobre las actividades y opiniones del hijo adolescente y de conflicto familiar, se presenta también el problema de la desinformación de los padres con respecto a la realidad del consumo de las drogas. Esta desinformación junto con el uso que ellos mismos realizan con respecto a las drogas lícitas, dificulta seriamente el desempeño de actuaciones eficaces por parte de los padres (Echeburua, 1986). En este sentido, se destaca la importancia del rol de los padres en la conducta del modelado.

*Modelo de consumo en los padres.* Otra de las variables relacionada con el consumo de drogas, y, probablemente, una de las más utilizadas en los programas de prevención como apoyo a estrategias de intervención de carácter educativo, es el modelo de consumo en los padres. El grado en que los padres usan drogas se ha mostrado consistentemente relacionado con el grado en que los hijos pueden decidir consumirlas en el futuro. Asimismo, también ha sido señalada por un gran cantidad de trabajos una relación entre el abuso de drogas de los adolescentes y el consumo en los padres de alcohol y tabaco (Jurich, y colaboradores, 1985). Así, se da una mayor frecuencia de consumo de tabaco y de alcohol cuando uno o ambos padres fuman o beben alcohol (Liberato y colaboradores, 1997; Martínez y colaboradores, 1997). En general, se asume que el

consumo de drogas en los padres influye en el consumo de drogas de los hijos, incluso aún emitiéndose por parte de los padres mensajes verbales en contra de estas conductas.

*El grupo de iguales.* La influencia del grupo de los iguales es sin duda uno de los factores más reconocidos por la literatura científica en los comportamientos de riesgo y en particular con la experimentación y uso continuado de las drogas (Kandel, 1978; Cooreman y Pedrizet, 1980; Needle y colaboradores, 1986; Alonso y colaboradores, 1997). Si bien la conducta el consumo de sustancias legales en los padres parece ser importante para el inicio en el consumo de tabaco y alcohol, el grupo de los iguales lo es no solo para el consumo continuado de este tipo de sustancias sino también para el inicio con las drogas no legales (Kandel, 1978; Cooreman y Pedrizet, 1980; Needle y colaboradores, 1986). En esta línea, López y colaboradores (1998) plantean que el inicio al consumo del cannabis se produce generalmente en el contexto del grupo de iguales, a partir de la oferta gratuita de otras personas que ya utilizan esta sustancia. Así, la primera experiencia en el uso del cannabis procede generalmente de amigos mayores o de la misma edad e incluso puede proceder de algunos familiares como hermanos o primos. Además, existen asimismo diferencias con respecto a la persona que induce al sujeto a probar esta droga. Así, en el caso de los hombres, la persona que ofrece por lo común esta sustancia es un amigo del mismo género mientras que en el caso de las mujeres, por lo general se trata de su compañero o novio.

En el seno del grupo de amigos esta oferta de probar realizada con frecuencia por personas que tienen un mayor estatus para el joven puede tener muchos significados más o menos explícitos. En algunos casos, representa un rito de paso a la madurez, en otros, un rito que introduce a la persona en las actividades de diversión de los otros y lo integra como miembro del grupo (López y colaboradores, 1998). Es muy probable que el consumo de sustancias ilícitas sea un criterio clave para definir la pertenencia al grupo. Los grupos en los que el

consumo de sustancias es común pueden utilizar las drogas como un identificador social y/o como parte de rituales sociales establecidos. Sea por conformidad, por reforzar la identidad personal o como identificador social, los datos de numerosas investigaciones confirman que tanto el inicio como el uso continuado de diferentes drogas se produce en la mayoría de los casos con el grupo de amigos. Así, un 85% de los adolescentes que consumen alcohol lo utilizan con el grupo de amigos mientras que un 96.6% de los consumidores de cannabis y un 100% de los que consumen drogas de diseño, consumen estas sustancias en este entorno social (Alonso y colaboradores, 1997; López y colaboradores, 1998).

Una aportación reciente a la influencia del grupo es la propuesta por Bauman y Ennet (1996) que pone en tela de juicio que las amistades determinen el consumo de drogas. Estos autores consideran que se ha sobreestimado la influencia del grupo de iguales en el uso de sustancias al no tener en cuenta que las amistades son determinadas en gran parte por el consumo de drogas (selección) y que los adolescentes atribuyen con frecuencia su propio comportamiento a los amigos (proyección). Así, el modelo de selección que plantea que el consumo de drogas es la base de las amistades y el de proyección, que propone que el comportamiento atribuido a los amigos es la consecuencia, más que la causa del consumo de drogas, sirven a Bauman y Ennet (1996) para cuestionar la importancia del modelo de influencia grupal. Los resultados obtenidos en los diferentes estudios sobre el consumo de drogas en la adolescencia, no han tenido en cuenta en la mayoría de los casos estos procesos de selección y de proyección, además de utilizar principalmente diseños de investigación de corte transversal que resultan inadecuados para estudiar la influencia de la selección (Bauman y Ennet, 1996).

Estos nuevos planteamientos son sin duda muy importantes en materia de prevención y en particular en programas focalizados en la influencia de los pares, que pueden ser menos efectivos de lo

esperado, por la menor influencia de los pares que comúnmente se asume más importante.

## **2.2. Conducta delictiva**

Diferentes trabajos y estudios recientes han señalado que en los últimos años se ha producido un cambio cualitativo y cuantitativo en el patrón de conductas violentas y vandálicas de los jóvenes adolescentes (Martín y Martínez, 1998). No sólo se han incrementado los episodios delictivos juveniles en términos de actos dirigidos a infligir voluntariamente daños a bienes materiales, ya sean públicos o privados, sino que este incremento ha sido más acusado en las acciones contra las personas. En este trabajo nos centraremos en ambos tipos de conductas si bien, antes de continuar con su análisis, es necesario delimitar exactamente a qué tipo de conductas nos estamos refiriendo.

En primer lugar, existe una multiplicidad de definiciones del término agresión que reflejan la heterogeneidad de enfoques que subyacen a este constructo. Desde el punto de vista clínico, los manuales diagnósticos de los trastornos mentales DSM-IV (APA, 1994) y CIE.10 (OMS, 1992), incluyen a la agresividad y la violencia en los denominados trastornos de personalidad. El DSM-IV enmarca este constructo bajo la etiqueta de trastorno disocial -en la infancia y la adolescencia- y trastorno antisocial -en la edad adulta-. Ambos trastornos hacen referencia a un patrón comportamental repetitivo y persistente en el que se quebrantan los derechos básicos de otras personas o normas sociales importantes propias de la edad.

En este trabajo no nos centramos en trastornos propiamente dichos sino en la manifestación persistente o no de conductas transgresoras o delictivas en la etapa adolescente. De este modo nos acercamos más al planteamiento que proponen Popper y Steingard (1996) cuando sugieren que las conductas vandálicas y delictivas más frecuentes en esta etapa son las que aparecen en el siguiente cuadro 1:

**Cuadro 1: Conductas vandálicas en la adolescencia**

Conductas	Chicos	Chicas	Total
Hacer novillos	82	81	82
Beber alcohol	83	73	78
Alterar la paz	72	69	71
Fumar marihuana	67	59	63
Robar (menos de 2 \$)	67	58	62
Desafiar la autoridad paterna	41	42	42
Atacar a alguien a puñetazos	48	25	37
Conducir un coche sin permiso	42	25	34
Utilizar documentación falsa	35	27	31
Conducir bebido	39	22	30
Robo (entre 2 y 50 \$)	34	26	30
Problemas escolares, castigos	32	27	29
Vender marihuana	35	19	27
Peleas de pandillas	39	15	27
Destrucción de bienes leves	37	16	26
Llevar armas	34	17	25
Utilizar drogas duras	15	19	17
Escaparse de casa	16	16	16
Robo de objetos de los coches	20	3	12
Extorsión	14	8	11
Vender drogas duras	12	9	10
Robo (más de 50 \$)	13	5	9
Atraco	5	1	3
Robo de coches	5	1	3
Prostitución	5	1	3

Si atendemos a las conductas que aparecen con una mayor frecuencia en el cuadro, podemos observar que también son las conductas que utilizan Rubini y Pombeni (1992) para construir su Cuestionario de Conductas Delictivas en la adolescencia (consultar: Instrumentos), instrumento que seleccionaremos para realizar nuestro estudio. En éste se están utilizando diferentes tipos de conducta transgresora con respecto a personas y bienes materiales en los

últimos tres años, manifestándose muchas de ellas en el contexto escolar como vamos a ver a continuación.

El *daño a propiedades o vandalismo* puede definirse como una hostilidad intencionada dirigida hacia objetos y propiedades personales o públicos teniendo como ejemplos en el recinto escolar conductas como la rotura de material (puertas o pupitres) o las pintadas en las paredes (Trianes, 2000). Por otro lado, la *agresión entre iguales* supone que una persona es agredida cuando está expuesto, de forma repetida y durante un tiempo, a acciones negativas que lleva a cabo otro (Olweus, 1998), denominándose este fenómeno en el contexto escolar *bullying* (Cerezo, 1999) y que se diferencia de las *peleas entre alumnos individuales* por el carácter puntual y no específico de éstas últimas, las cuales responden más bien a conflictos de intereses o provocaciones concretas percibidas. Finalmente, por *conducta antisocial* se entiende cualquier acto que suponga la transgresión de una o más normas sociales. Para Casamayor (1999) este tipo de conducta hace referencia a ejemplos como agresiones físicas, extorsiones, insultos, acoso, robos, daño a instalaciones o materiales, absentismo escolar, etc.

Como vemos, no existe una delimitación clara entre algunos de los términos que estamos mencionando, pero lo que está más claro es que no todos los actos antisociales son conductas delictivas; la conducta delictiva se distingue de la conducta antisocial en que la delincuencia atiende a criterios legales y supone un contacto con la justicia (Kazdin y Buela-Casal, 1999), caso que no se da en todas las conductas antisociales. Sin embargo, aunque suscribiéndonos ampliamente a la delimitación conceptual propuesta en estos párrafos, de ahora en adelante nos referiremos a este tipo de conducta de riesgo como conductas transgresoras o delictivas para evitar confusiones a la hora de utilizar posteriormente el cuestionario mencionado de Rubini y Pombeni (1992) que, a pesar de denominarse específicamente “cuestionario de conductas delictivas”, recoge efectivamente todas las anteriores.

Aunque la mayoría de los adolescentes llegan a convertirse en adultos bien ajustados, una proporción importante de adolescentes varones se implican en alguna ocasión en conductas delictivas (Compas y colaboradores, 1995; Moffitt, 1993). Los resultados de las investigaciones indican que la conducta delictiva en la adolescencia es común y prevalente en los chicos, pudiendo llegar a describirse como normativa. Moffitt (1993) sugiere que, para muchos chicos, la delincuencia no es solamente normativa, sino que también es “adaptativa” en el sentido de que sirve como expresión de autonomía. Sin embargo, la frecuencia y aparente normalidad de estas conductas no debe ocultar su gravedad. Los delitos que cometen algunos adolescentes a menudo son graves y pueden conllevar consecuencias negativas para el adolescente, su entorno y la sociedad (Compas y colaboradores, 1995).

### **2.2.1. Modelos explicativos**

Los modelos explicativos de la agresión y conducta antisocial en la adolescencia pueden dividirse en dos tipos (Compas y colaboradores, 1995). El primer tipo se centra en los factores biológicos, psicológicos y sociales que influyen de forma temprana y crónica en el desarrollo de una personalidad o estilo conductual agresivo y antisocial que se manifiesta en la adolescencia como delincuencia. El segundo tipo se centra en factores más próximos para explicar estos comportamientos durante la adolescencia. En realidad, estos modelos describen procesos cualitativamente diferentes que pueden producir resultados negativos similares.

Algunos investigadores del comportamiento antisocial han señalado que la agresión es una característica profundamente persistente, crónica e incurable de determinados individuos (Caspi y colaboradores, 1990; Farrington y colaboradores, 1990; Robins, 1985). Caspi y colaboradores (1990) han propuesto que el comportamiento antisocial refleja un estilo interaccional “malhumorado” que se desarrolla inicialmente en la niñez y persiste durante el periodo adulto. Se cree que este estilo interaccional se

desarrolla a partir de un pernicioso proceso transaccional entre sutiles déficits neuropsicológicos congénitos y entornos “criminológicos” que inadvertidamente recompensan la conducta agresiva (Moffitt, 1993). Se considera que este estilo adquiere una mayor importancia cuando hay que negociar en entornos no familiares o en periodos de incertidumbre tales como transiciones del desarrollo evolutivo (Caspi y colaboradores, 1990). Una vez desarrollado, los individuos que utilizan este estilo de interacción continúan seleccionando entornos que los favorecen y sostienen, creando una disposición duradera al comportamiento antisocial (Caspi y colaboradores, 1990). La investigación longitudinal (Farrington y colaboradores, 1990) ha mostrado que estas características son estables y están relacionadas con los entornos de riesgo señalados por Caspi y colaboradores (1990).

Un segundo modelo integrador que examina factores multidimensionales, tempranos y crónicos para explicar la agresión y la conducta antisocial en la adolescencia es la teoría de la “conducta problemática” o del “comportamiento de riesgo” de Jessor. Jessor (1993) propone que el comportamiento de riesgo es un estilo de vida creado mediante la interacción de las características biológico-genéticas del individuo, el entorno social, el entorno percibido, la personalidad y la conducta. Este modelo se encuentra avalado por estudios empíricos que muestran que cada uno de estos factores, cuando son considerados independientemente o en combinación con otros, predicen resultados de agresión o de conducta antisocial (Cohen y colaboradores, 1990; Farrington y colaboradores, 1990).

Otros investigadores se han aproximado al estudio de los problemas de conducta de los adolescentes considerándolos como una cuestión más específica del desarrollo que incluye factores causales próximos, tales como la escuela y los entornos familiares contemporáneos. Por ejemplo, Eccles y colaboradores (1993) han sugerido que un pobre ajuste persona-entorno para el adolescente, en casa o en la escuela, puede explicar el incremento de problemas



conductuales observado en muestras de adolescentes en la escuela. Su investigación revela que con el incremento de la edad y el nivel educativo, los adolescentes desean más participación en clase y tomar más decisiones en la familia, pero tienen pocas oportunidades para hacerlo. Hipotetizan que el comportamiento desviado del adolescente proviene del fracaso de la escuela o las familias en asumir las necesidades crecientes de autonomía y control del adolescente.

Moffitt (1993) ha propuesto un modelo integrador del comportamiento antisocial en la adolescencia que complementa y extiende el modelo de ajuste persona-entorno. Esta autora hipotetiza que el volumen de delincuencia en la adolescencia es el resultado de un fenómeno histórico creado por la incongruencia de lograr madurez biológica en la adolescencia sin concederle simultáneamente al individuo el estatus de adulto. Bajo estas circunstancias, la delincuencia se convierte en una vía de auto-definición y expresión de autonomía. Es un intento adaptativo del adolescente para salvar las diferencias entre las cambiantes autopercepciones y los roles sociales circunscritos.

El rol potencial de los cambios fisiológicos en la manifestación de la conducta agresiva y/o antisocial del adolescente también ha sido reconocido en investigaciones recientes. Los estudios con animales y los estudios de la criminalidad y comportamiento violento en los adultos han apoyado la idea de que los procesos hormonales influyen sobre la expresión de agresión. Trabajos recientes sobre la relación de las hormonas con el comportamiento agresivo del adolescente, sugieren que los niveles de hormonas relacionadas con el desarrollo sexual pueden estar relacionados con medidas de conducta agresiva para chicos y chicas (Susman y colaboradores, 1987). Además de la influencia hormonal sobre la agresión, Robins y McEvoy (1990) han sugerido que los factores biológicos pueden jugar un importante papel tanto en los problemas de conducta como en el abuso de sustancias. Sus hallazgos muestran que las conductas problemáticas en la niñez y la adolescencia están relacionadas con el consumo temprano de

drogas, lo cual está relacionado fuerte e independientemente con serios problemas a largo plazo de abuso de sustancias. Sugieren que la importante e independiente relación entre consumo temprano de drogas y problemas a largo plazo puede ser el resultado del consumo de drogas durante un periodo biológicamente crítico.

### **2.2.2. Patrones de desarrollo de la conducta antisocial**

Los datos evolutivos acerca de la agresión y la conducta antisocial o delincuencia sugieren un hecho curioso: estos problemas son persistentes aunque sufren un incremento considerable durante la adolescencia. Una proporción estable de varones desarrollan la agresividad y problemas de conducta en un momento temprano de la vida y mantienen estas conductas cuando son adultos (Farrington y colaboradores, 1990; Robins, 1985). Todos los varones a los que se les diagnostica que padecen un desorden de personalidad antisocial han sido diagnosticados con problemas de conducta en la niñez (Robins, 1985). De esta forma, hay amplia evidencia empírica para un patrón de desarrollo de crónica conducta antisocial y delictiva. En contraste con la cronicidad observada para este patrón de desarrollo de la conducta antisocial, la delincuencia es un problema característico de la adolescencia, con un número y variedad de delitos que incrementan considerablemente durante este periodo (Moffitt, 1993; LeBlanc, 1990). Este incremento parece ser el resultado de un incremento tanto en el número de delitos como en el número de individuos que se implican en conductas delictivas, de manera que individuos que previamente no habían cometido ninguna actividad delictiva comienzan a hacerlo durante la adolescencia. Este incremento durante la adolescencia declina en la temprana madurez hasta alcanzar proporciones similares a las que se dan en los periodos previos a la adolescencia (LeBlanc, 1990; Moffitt, 1993).

La observación aparentemente contradictoria de que la agresión y la delincuencia son a la vez transitorias y estables puede resolverse si se hace la distinción entre dos subgrupos de varones que siguen dos patrones de desarrollo diferenciados. El primero implica una

trayectoria de pobre ajuste crónico -tempranos problemas de conducta que aumentan y se manifiestan como delincuencia juvenil en la adolescencia. El segundo se encuentra representado por una trayectoria de desviación en la adolescencia en la que un gran número de adolescentes varones que previamente estaban bien ajustados experimentan con comportamientos delictivos y se juntan con grupos de pares delincuentes (Moffitt, 1993).

Se ha hipotetizado que los dos patrones del comportamiento antisocial tienen diferentes procesos y factores causales. Moffitt (1993) sugiere que un pequeño grupo de adolescentes varones representa una carrera delictiva crónica y persistente, desarrollándose a partir de la interacción de tempranos factores biológicos y contextuales. Durante la adolescencia, estos chicos antisociales dan la apariencia de ser independientes y maduros, llegando a convertirse temporalmente en modelos de rol para otros chicos bien adaptados que en ese momento se encuentran buscando su auto-definición y un estatus maduro. Este modelo se encuentra avalado por numerosos hallazgos de los cambios de prevalencia de la conducta antisocial a lo largo del ciclo vital y de los factores de riesgo y resistencia identificados para la conducta temprana versus los problemas de conducta más tardíos (p. ej. Farrington y colaboradores, 1990; LeBlanc, 1990). El modelo de Moffitt reconcilia la aparente contradicción de los hallazgos que caracterizan la conducta delictiva como persistente versus transitoria (Compas y colaboradores, 1995).

Los distintos estudios que ha tratado de explicar la conducta delictiva, han tenido en cuenta una constelación de factores que no se limitan a las interacciones y procesos familiares como elementos únicos y explicativos de este tipo de comportamiento. Así, variables demográficas (p. ej. género, familias de muchos miembros), características del contexto (p. ej. vecindarios pobres o peligrosos), conductas parentales (p. ej. interacciones parentales pobres, pobre supervisión, bajos niveles de control, castigo), factores individuales (hiperactividad, agresividad infantil) y características de los padres (p.

ej. baja competencia maternal, alcoholismo de los padres) se han asociado con la conducta antisocial en la adolescencia y la delincuencia juvenil (Cohen, Brood, Cohen, Velez, García, 1990; Farrington *et al.*, 1990; Moffitt, 1993).

En este sentido, tanto los factores familiares como otras fuerzas que actúan en el individuo, en la comunidad y en la cultura, resultan sumamente importantes en el desarrollo de problemas conductuales en los hijos. En todo caso, existen distintos *factores de riesgo familiar* que en la literatura aparecen claramente asociados a este tipo de conductas. Seguidamente desglosaremos brevemente aquellos con mayor evidencia empírica. En el cuadro 2 aparece un resumen de los factores de riesgo familiar más a menudo relacionados con los problemas de conducta en los hijos.

**Cuadro 2:** *Factores de riesgo familiares asociados a problemas de conducta (Buelga y Lila, 1999).*

---

**Disciplina familiar:** disciplina paterna inadecuada, inconsistente, rechazo paterno, castigo por actos leves.

**Estilos parentales:** crianza deficiente, negligencia.

**Interacción padres-hijos:** falta de cariño, pobre cohesión familiar, problemas de comunicación.

**Interacción conyugal:** problemas de pareja, peleas, maltrato.

**Transmisión de valores:** confusión de valores en la familia.

**Funcionamiento:** familiar desorganización y distanciamiento.

**Fuentes de estrés intrafamiliar:** cambio de residencia, pérdida de ingresos, bajos ingresos, empleo inestable.

**Modelado:** antecedentes delictivos en uno o varios miembros de la familia.

**Tipo de familia:** familias numerosas, rotas, con un solo progenitor.

---

Por un lado, observamos que el *tipo o composición familiar* parece ser una variable asociada con la existencia de problemas de conducta. Las investigaciones que han analizado este tema distinguen entre familias con ambos progenitores y familias monoparentales o familias reconstituidas. Cabe destacar que la ausencia de los progenitores no incide de igual modo en la aparición de problemas de conducta: por un lado, existen diferencias si la ausencia de un progenitor es debida a conflicto marital (divorcio) o viudedad; por otro lado, la ausencia de la madre se asocia en mayor medida con la comisión de conductas delictivas en comparación con las familias en las que falta el padre, las familias reconstituidas y las familias intactas (Juby y Farrington, 2001).

Sin embargo, Amato y Rivera (1999), no han encontrado efectos del tipo de familia en los problemas de conducta; para estos autores, lo que predice la existencia de estas conductas problemáticas es el grado de implicación del padre y la madre, independientemente de que la familia sea reconstituida o no. Además, Matherne y Thomas (2001) observaron que la relación entre composición familiar y conductas delictivas en los hijos dependía del funcionamiento familiar. Por lo que, según estos resultados, lo que influye en la aparición de problemas de conducta no es tanto el tipo de familia como la existencia de conflictos o el mal funcionamiento en la misma (Freeman y Newland, 2002; Kazdin y Buela-Casal, 1999).

En la misma línea, se han encontrado relaciones entre *estatus socioeconómico* y problemas de conducta (Santinello, Vieno, Kiesner y Beritnato, 2002; Théron, Duyme y Capron, 2002), aunque es necesario señalar que los efectos de la pobreza aparecen más agudamente en los casos de monoparentalidad (Brooks-Gunn y Duncan, 1994).

En segundo lugar, una de las variables de más valor predictivo para el primer delito es el *tipo de disciplina familiar* y los *estilos familiares*. Desde esta perspectiva, Goleman (1995) confirmó la existencia de tres estilos de paternidad emocionalmente inadecuados

para el desarrollo y ajuste de los hijos: el estilo *laissez-faire*, la desatención total de los sentimientos de los hijos y el desprecio hacia los sentimientos de los hijos. La importancia de los estilos emocionalmente inadecuados de paternidad en el ajuste de los niños resulta básica; según Fletcher, Steinberg y Sellers (1999), los estilos parentales no autorizativos, de uno o ambos miembros, se asocian negativamente con la competencia académica y el funcionamiento social, y positivamente con la existencia de problemas de conducta en adolescentes. Los niños de padres con estos tipos de estilos muestran mayores dificultades de adaptación tanto en el ámbito familiar – mayores conflictos con los padres- como en el ámbito social – problemas de relación con los demás, conducta agresiva, hostil-. En un estudio más reciente, los resultados de Loeber *et al.* (2000), corroboran esta tesis; así, los adolescentes implicados en conductas delictivas, y especialmente aquellos que participan en las de mayor gravedad, informaron de niveles más elevados de castigo físico. Por el contrario, el estilo parental basado en el apoyo tiene efectos positivos en el bienestar de los adolescentes. Según Juang y Silbereisen (1999), los adolescentes que presentan una relación de apoyo con sus padres – sensibilidad, implicación y estilo de comportamiento consistente- puntúan menos en conducta delictiva y sintomatología depresiva y más en autoeficacia en la escuela y rendimiento académico.

Por otro lado, algunos de los *factores de funcionamiento familiar* que más se relacionan con la participación en actos delictivos son la existencia de conflictos en la familia y una pobre interacción entre padres e hijos, especialmente con la madre (Crawford-Brown, 1999; Gottfredson, Sealock y Koper, 1996). En este sentido, la relación madre-hijo y la respuesta de ésta en situaciones de conflicto con los hijos, predice la victimización en los hijos en la escuela. En el caso de los chicos, la victimización se asocia con la sobreprotección materna y la reacción temerosa de los hijos en situaciones de conflicto con la madre; mientras que para las chicas la victimización es mayor cuando las hijas perciben un rechazo por parte de la madre y la respuesta de éstas en situaciones de conflicto es de tipo agresivo.

Por otra parte, la existencia de conflicto familiar se relaciona de manera positiva con la existencia de problemas de conducta, si bien esta relación está modulada por el apego hacia los padres, la supervisión parental y el género de padres e hijos (Formoso, Gonzales y Aiken, 2000). En esta misma línea, el conflicto familiar, concretamente las estrategias utilizadas por los padres en el conflicto familiar influyen tanto de manera directa como indirecta, a través de su efecto en la respuesta emocional de los padres, siendo el modelo resultante diferente para el padre y la madre (Webster-Stratton y Hammond, 1999).

Respecto a la comunicación en la familia, en estudios como el llevado a cabo por Loeber *et al.* (2000), se ha constatado que los adolescentes que participan con mayor frecuencia en conductas delictivas informan de más problemas de comunicación con sus padres. Del mismo modo, se ha observado que aquellos adolescentes que cometen menos conductas disruptivas se caracterizan por una comunicación más abierta y fluida con los padres, así como por la utilización de estrategias de resolución de conflicto familiar basadas en el diálogo (Martínez, 2002). Paralelamente, el modelo de desarrollo de problemas de conducta de Patterson y colaboradores (1992), sostiene que un funcionamiento familiar inadecuado favorece la aparición de la conducta agresiva en edades tempranas. Por su parte, Matherne y Thomas (2001) encuentran que la baja cohesión familiar predice la implicación en conductas delictivas pero únicamente en familias no tradicionales (reconstituidas y monoparentales). Ary, Duncan, Biglan, Metzler, Noell y Smolkowski (1999), señalan que la aparición de problemas de conducta se da, con mayor probabilidad, cuando las familias tienen un elevado nivel de conflicto, una baja implicación entre los miembros y una supervisión parental inadecuada.

Finalmente, variables como la *historia familiar de problemas de conducta*, también han sido estudiadas en relación a comportamientos delictivos por el efecto de modelado que puede producirse en la

familia (McCabe, Hough, Wood y Yeh, 2001; McCord, 1999). Además, la existencia de hermanos mayores que delinquen también influye en la posterior implicación en conductas delictivas por parte de los hermanos pequeños (Slomkowski *et al.*, 2001), porque, entre otras cosas los niños de familias numerosas experimentan en mayor medida las conductas de intimidación entre los hermanos, por lo que interiorizan este tipo de comportamientos considerándolos normales. (Xin, 2001).

### **2.2.3. Factores de riesgo y resistencia**

Los investigadores de la conducta delictiva durante la adolescencia se han centrado tanto en los factores distales como en los más próximos. El modelo de Moffitt (1993) hipotetiza que los factores de riesgo que aparecen en tempranos periodos de la vida pueden estar asociados con una trayectoria de conducta antisocial más crónica y persistente a lo largo del ciclo vital, mientras que los factores de riesgo contemporáneos tales como la pubertad o las cambiantes definiciones sociales se encuentran asociados con el comportamiento antisocial limitado a la adolescencia.

VARIABLES demográficas (p. ej. género, familias de muchos miembros), características del contexto (p. ej. vecindarios pobres o peligrosos), conductas parentales (p. ej. interacciones parentales pobres, pobre supervisión, bajos niveles de control, castigo) y características de los padres (p. ej. baja competencia maternal, alcoholismo de los padres) se han asociado con la conducta antisocial en la adolescencia y la delincuencia juvenil (Farrington y colaboradores, 1990; Cohen y colaboradores, 1990, Moffitt, 1993). Muchas de estas variables han sido asociadas con la conducta delictiva crónica y a largo plazo, así como con el alcoholismo.

Además de estas variables demográficas y psicosociales, algunos problemas conductuales de la niñez como, por ejemplo, la hiperactividad, predicen la delincuencia juvenil. Los problemas de conducta tempranos anteriores a los nueve años, son un factor de



riesgo para la conducta delictiva estable y crónica (LeBlanc, 1990). Los problemas de conducta en la niñez también predicen el consumo de sustancias durante la adolescencia, así como los problemas de abuso de sustancias a largo plazo.

### **2.3. Depresión**

La depresión es uno de los estresores psicológicos que ha recibido mayor atención por parte de los científicos sociales. Son varias las razones que avalan este interés. En primer lugar, la depresión es un trastorno muy bien documentado del que se disponen potentes instrumentos para su evaluación. En segundo lugar, la depresión -o más concretamente el ánimo depresivo- refleja un continuo en cuyo espectro se sitúan la mayoría de las personas. Esto no sucede, por ejemplo, con otros trastornos psicológicos menos extendidos como la esquizofrenia o las psicopatías graves. Además, la depresión es considerada como uno de los problemas de salud mental más significativo a través del ciclo vital debido a su alta prevalencia entre los adultos, sus debilitantes efectos -de moderados a severos- en el funcionamiento general del individuo (Gotlib y Hammen, 1992) y a su asociación con otros problemas tales como el consumo de sustancias (Compas y Hammen, 1994).

En el plano conceptual, por otra parte, el constructo de la depresión presenta consistentes relaciones teóricas con otras variables -acontecimientos vitales no deseables, autoestima, apoyo social, etc- lo que posibilita establecer a priori vínculos teóricos objeto de contrastación empírica. Su presencia en las sociedades modernas, finalmente, le ha hecho objeto de numerosos estudios y trabajos en los que se ha relacionado su intensidad con el grado de ajuste social y diversos índices de funcionamiento psicosocial- absentismo laboral, interacción familiar, etc.-.

La investigación reciente señala la adolescencia como un importante periodo evolutivo para la comprensión de la depresión (Petersen y colaboradores, 1993). Se han identificado tres niveles de

análisis en la investigación sobre el fenómeno depresivo en niños y adolescentes: ánimo depresivo, síndromes depresivos y desórdenes depresivos (Angold, 1988; Cantwell y Baker, 1991; Compas y colaboradores, 1993a; Kovacs, 1989; Petersen y colaboradores, 1993). Aunque estos tres conceptos están íntimamente relacionados, cada uno de ellos reflejan diferentes asunciones subyacentes acerca de la valoración y taxonomía del fenómeno depresivo.

La primera aproximación al fenómeno depresivo no implica un paradigma taxonómico o de valoración completo sino que está preocupado por el ánimo depresivo, tal y como está representado en el trabajo de Petersen (Petersen, Kennedy y Sullivan, 1991) y de Kandel (Kandel y Davies, 1982). Este acercamiento se preocupa de la depresión como un síntoma y se refiere a la presencia de ánimo triste, infelicidad o sentimientos de tristeza durante un periodo inespecífico de tiempo. Este acercamiento ha surgido desde la investigación del desarrollo en las que las emociones depresivas son estudiadas junto con otros hechos del desarrollo del adolescente. El segundo acercamiento se refiere a los síndromes depresivos, referidos a un conjunto de emociones y conductas que se ha encontrado que estadísticamente ocurren de forma conjunta en un patrón identificable en un grado que excede el azar, sin implicar un modelo particular para la naturaleza o causas de estos síntomas asociados. El tercer acercamiento es el acercamiento de diagnóstico categórico, basado en la asunción de un modelo de enfermedad de psicopatología, y en la actualidad se ve reflejado en el DSM-III-R. Este acercamiento no sólo incluye la presencia de un síndrome identificable de síntomas asociados, sino que también asume que estos síntomas están presentes con una cierta duración mínima e implican un nivel significativo de daño funcional. Las diferencias entre los individuos son consideradas en términos de diferencias cuantitativas y cualitativas en el patrón, severidad y duración de los síntomas (Compas y Hammen, 1994).

Compas y colaboradores (1993a) han propuesto un modelo jerárquico y secuencial de las asociaciones entre estos múltiples

niveles de depresión: una amplia proporción (39-40%) de adolescentes experimentan ánimo depresivo en algún momento del desarrollo; de éstos, un pequeño grupo (5-6%) experimentan niveles significativos de síndromes depresivos y un grupo aún menor (2-3%) experimentan desórdenes depresivos. Estos grupos se encuentran inmersos los unos en los otros, representando cada uno de ellos un subgrupo de los demás. Además se ha hipotetizado que cada uno de estos niveles de depresión se desarrollan secuencialmente en el tiempo.

Los modelos explicativos de la depresión actuales reconocen la importancia de los factores biológicos, psicológicos y sociales (Gotlib y Hammen, 1992; Petersen y colaboradores, 1993). Los factores biológicos que se encuentran implicados en el inicio y curso de la depresión durante la adolescencia incluyen los procesos neuroendocrinos, la alteración de los neurotransmisores, la alteración de los ritmos biológicos tales como los patrones de sueño y un historial familiar de depresión que sugiere la posibilidad de riesgo genético de padecer depresión (Brooks-Gunn y colaboradores, 1994). Los factores cognitivos o biológicos que se encuentran asociados a la depresión durante la adolescencia incluyen un estilo disfuncional de atribución de las causas del éxito y el fracaso (Kaslow, 1994), percepciones del “si mismo” negativas (Garber y colaboradores, 1993), falta de esperanzas en relación con el futuro y un estilo desadaptativo de afrontamiento del estrés (Compas y colaboradores, 1993b). Los factores sociales asociados con la depresión en la adolescencia incluyen la disfunción familiar (incluyendo la depresión parental), estrés psicosocial y pobres relaciones con el grupo de iguales (Cole, 1991; Compas y colaboradores, 1994a; Hammen, 1991).

Consistente con una perspectiva biopsicosocial de la depresión durante la adolescencia, existe evidencia de fuentes de riesgo en las áreas biológica, psicológica y social. Los cuatro criterios más significativos de riesgo de depresión durante la adolescencia son el género, la edad, un historial familiar de depresión y la exposición a

eventos vitales estresantes. El comienzo de la adolescencia media marca un momento de incremento significativo de riesgo de padecer depresión en comparación con la niñez (Petersen y colaboradores, 1993). El género también es un criterio determinante: la probabilidad de que las chicas padezcan depresión es, al menos, el doble que los chicos, un patrón que no se da en la niñez. La depresión de los padres sitúa a niños y adolescentes en una situación de riesgo mayor a padecer depresión, así como de padecer otras dificultades emocionales y comportamentales (Cummings y Davies, 1994; Downey y Coyne, 1990; Hammen, 1991). Finalmente, los eventos vitales estresantes y las adversidades o estrés crónico también se encuentran asociados con un mayor riesgo de padecer síntomas o desórdenes depresivos (Compas y colaboradores, 1994b).

## **Resumen**

En este capítulo se ha hecho referencia a la adolescencia como transición, considerando los modelos biopsicosociales, la ciencia comportamental del desarrollo y los cambios en el desarrollo físico/biológico, psicológico y social.

También, se han analizado las conductas de riesgo y sintomatología en la adolescencia, como el consumo de sustancias y la conducta delictiva. Se tiene en cuenta la influencia que tiene en la adolescencia la familia, los iguales y los aspectos sociodemográficos.

Se ha hecho una exposición de la depresión como estresor psicológico considerando la influencia que tiene en el desarrollo del adolescente y las distintas disfunciones que pueden aparecer asociadas a ella.

# CAPITULO II:

## ESTRÉS FAMILIAR

---

*Las características de una situación permiten la aparición del estrés. Los distintos tipos de familia, identificados por diversos autores, presentan conductas relacionadas con el afrontamiento y las estrategias utilizadas ante el estrés percibido. El grado de estrés puede hacer que la familia modifique conductas en diferentes niveles.*

### Introducción

Los intentos por definir los términos estrés, evaluación, afrontamiento y adaptación, han sido un tema recurrente en la investigación, centrada en el estudio de las respuestas de los individuos a las situaciones estresantes (Hill, 1949; Lazarus, 1966, 1993; Herrero y colaboradores, 1996). De hecho, el rápido desarrollo en este ámbito de estudio ha dado lugar a cierta ambigüedad y desacuerdo en torno al concepto central: el estrés (Fierro, 1997, Esteve, 1997). Así, este concepto ha sido definido desde perspectivas tan diversas como las orientadas al estímulo, a la respuesta o a la interacción de la persona con el ambiente (Vila, 1997) En relación a la primera perspectiva, el estrés se conceptualiza como el resultado de las características del evento que resultan perturbadoras para el individuo (Holmes y Rahe, 1967, Pelechano, 1991) mientras que desde la perspectiva de la respuesta, se entiende al estrés como una respuesta a una situación. Desde la perspectiva interaccional o transaccional, se enfatiza la importancia de las variables mediadoras y

se define el estrés como un estado de desequilibrio real o percibido entre las demandas y las capacidades (McCubbin y Patterson, 1983). Este concepto transaccional del estrés ha registrado una gran aceptación entre los investigadores (Cox, 1978; Cox y Mackay, 1981, Lazarus y Folkman, 1986; Stotland, 1987; Trumbull y Appley, 1986). Desde esta perspectiva, el estrés es la condición resultante cuando las transacciones entre una persona y su ambiente la conducen a percibir una discrepancia (real o no) entre las demandas de la situación y sus recursos biológicos, psicológicos o sociales. Esta conceptualización del estrés remite a un proceso psicobiológico complejo con tres componentes principales: una situación inicial en la que se produce un acontecimiento que es potencialmente perjudicial o peligroso ("acontecimiento estresante" o "estresor"); una fase posterior en la que el acontecimiento es "interpretado" como peligroso, perjudicial o amenazante; y, finalmente, una activación del organismo, entendido como respuesta ante la amenaza, que se caracteriza por una "respuesta de ansiedad" (Rodríguez-Marín, 1995). Cuando se produce un acontecimiento estresante, se altera el equilibrio. Esta alteración puede deberse a las características del estresor o a la percepción que tiene la persona del estresor. En esta situación, el organismo reacciona a esta alteración con respuestas adaptativas automáticas, o con acciones adaptativas que son potencialmente conscientes y dirigidas a una meta. La secuencia completa de situación-acción, incluyendo sus consecuencias (positivas o negativas), es denominada *episodio estresante* por Perrez y Reicherts (1992). Constructos como evaluación, valoración, recursos o afrontamiento cobran una importancia decisiva en esta conceptualización del estrés.

Una variable mediadora básica en la experiencia del estrés es el *afrontamiento*, que se define de acuerdo con Pearlin y Schooler (1978) como cualquier respuesta a demandas o tensiones de la vida que sirven para prevenir, evitar y controlar la angustia. Siguiendo a Lazarus (1966), el afrontamiento se refiere a la estrategia utilizada por los individuos para reducir las reacciones estresantes o para actuar considerando que la situación es un reto que hay que superar. Los

esfuerzos cognitivos y conductuales que se desarrollan para manejar las demandas específicas externas y/o internas son evaluados en función del nivel de los recursos del individuo (Coyne y Lazarus, 1980; Folkman y colaboradores, 1979; Lazarus, 1966,1984; Lazarus y colaboradores, 1978,1980, 1993) y el resultado de este esfuerzo para lograr un nivel de equilibrio es la adaptación (McCubbin, 1987). La adaptación implica, por tanto, un equilibrio entre las demandas en una situación determinada y la capacidad del individuo para responder a esas demandas (Rodríguez-Marín, 1995). La magnitud de la discrepancia determina, en parte, el estrés que experimenta la persona.

La diversidad de conductas del afrontamiento que pueden adoptarse para manejar los estresores ha generado una proliferación de clasificaciones en la literatura científica (Barnett y Gottlib, 1988; Lazarus, 1966; Folkman y Lazarus, 1986). De acuerdo con Basabe y colaboradores (1993) las conductas de afrontamiento pueden ser de dos tipos: centradas en el problema y centradas en la emoción. Las conductas centradas en el problema incluyen acciones como la búsqueda de información y resolución de problemas mientras que las centradas en la emoción recogen la regulación afectiva, la descarga emocional, la confrontación hostil y la búsqueda de apoyo emocional. En general, tanto las conductas de afrontamiento centradas en el problema como en las emociones, se asocian a cambios en las emociones. Estos autores sugieren que la mejora del estado emocional a consecuencia de la planificación de la resolución del problema puede explicarse en base a dos motivos. El primero es que la persona puede sentirse mejor retomando (o volviendo) sobre el problema que le angustia y el segundo es que la resolución de problemas, cuando es efectiva, puede aumentar las relaciones interpersonales del sujeto, favoreciendo una evaluación cognitiva y una respuesta emocional más favorable (positiva).

Los recursos de afrontamiento también pueden clasificarse en función de la naturaleza del esfuerzo. Así, se puede considerar dos formas generales de afrontamiento: el aproximativo y el evitativo. El

primero se refiere a aquellos esfuerzos conductuales o cognitivos para manejarse directamente con el suceso estresante mientras que el afrontamiento evitativo incluye todas aquellas estrategias cognitivas o conductuales que permiten huir del problema, o evitar la consideración del problema o las emociones negativas (Basabe y colaboradores, 1993; Rodríguez-Marín, 1995).

## **1. El estrés familiar como proceso**

En el ámbito de la familia, la teoría e investigación sobre el estrés se ha desarrollado de forma independiente a los trabajos realizados por la psicología clínica, la psicología social de la salud y la psicobiología. Así, los primeros trabajos sobre el estrés proceden de la orientación fisiológica, interesada por el estudio del impacto del estrés en los procesos orgánicos (Vila, 1997, Barrón, 1997). En este sentido se considera el trabajo de Cannon (1929, 1932) como uno de los primeros trabajos sistemáticos que proporciona una descripción básica de las respuestas del organismo frente a las amenazas. Cannon plantea que el organismo puede responder ante este tipo de estímulo con una respuesta de lucha o de huida. Cuando esta respuesta se produce, el sistema nervioso simpático estimula las glándulas adrenales del sistema endocrino para que excreten epinefrina, que activa el organismo. Según Cannon, esta activación es positiva ya que prepara al organismo para responder rápidamente al peligro. Sin embargo, se torna negativa cuando el estado de alta activación se prolonga excesivamente.

### **1.1. SGA de Selye**

Este concepto de estrés es retomado y desarrollado por Hans Selye (1956). De acuerdo con Selye, el estrés constituye una "respuesta general del organismo ante cualquier estímulo estresor o situación estresante". Esta respuesta es específica en sus manifestaciones, pero inespecífica en su causa, puesto que cualquier estímulo puede provocarlo (Rodríguez-Marín, 1995). Al investigar qué ocurre cuando la situación de estrés se prolonga, Selye descubre que la respuesta de



"lucha o huida" no es otra que la primera de una secuencia de reacciones fisiológicas que denomina *Síndrome General de Adaptación* (SGA). Este síndrome es definido por el autor como un mecanismo fisiológico a través del cual el organismo afronta el estresor ambiental. Este síndrome pone el énfasis en la movilización fisiológica como mecanismo de defensa frente a las demandas. En esta situación, se produce un incremento de esteroides cortico-adrenales y de cambios endocrinos que puede afectar a la salud del organismo. Desde esta perspectiva, Selye (1956) propone un modelo de tres fases -alarma, resistencia y agotamiento- para explicar los procesos neuroendocrinos del organismo en situaciones estresantes. Así, la primera fase, -*alarma*- que corresponde a la fase de lucha o huida, consiste, por una parte, en una fase de "shock" en la que la respuesta inicial e inmediata a la percepción del estímulo "amenazante" es una combinación de varios procesos fisiológicos y, por otra, en una fase de "contrashock" en la que el organismo reacciona para movilizar sus defensas. El estrés implica una sobreactivación biológica promovida por la acción funcional del sistema reticular (Valdés y Flores, 1985) En la fase de *resistencia*, el organismo moviliza sus defensas y actúa hasta llegar al *agotamiento* (tercera fase) que se produce cuando las demandas son tan severas o duraderas que sobrepasan las defensas del organismo. En esta situación, los síntomas reaparecen, los órganos vulnerables pueden alterarse (enfermedad) e incluso este estado de agotamiento puede llevar al organismo a la muerte.

## **1.2. Estrés y afrontamiento en Lázarus**

Hinkle y Wolff (1957), interesados en determinar los efectos negativos que ejercen los cambios culturales, geográficos e interpersonales en la salud física, toman como punto de partida los trabajos de Selye (1956) y explican la vulnerabilidad ante los estresores psicosociales en función de las diferencias individuales con respecto a los estilos de afrontamiento y el acceso a lazos sociales compensatorios -apoyo social-. Sin embargo, este análisis de los recursos personales y sociales como mecanismo adaptativo ante el

estrés no adquiere notoriedad hasta la publicación del trabajo de Lazarus (1966), diez años después. Este autor propone un modelo de estrés y afrontamiento que ha hecho fortuna en la literatura científica y puede considerarse el referente de base de una multiplicidad de trabajos científicos (Ozamiz, 1988, 1992, Torregrosa y Garrido, 1992; Barriga, 1988; Buelga y Musitu, 1993, Gracia y colaboradores, 1995; Gracia, 1997). Para Lazarus el estrés es una experiencia subjetiva resultado de valoraciones llevadas a cabo por el individuo para analizar situaciones y afrontarlas con los recursos generados a partir de estas evaluaciones. Las fases del modelo son las siguientes:

1. *Valoración cognitiva*: La adaptación es "cognitivo-fenomenológica"; esto es, la forma en la que el individuo valora su relación con el ambiente determina su reacción emocional. Una valoración es un juicio del significado del evento en relación al bienestar. El proceso de valoración se percibe como una función de las creencias, metas y valores.

2. *Valoración primaria*: La valoración del significado de un evento por su impacto o posible impacto en el bienestar constituye el proceso de la valoración primaria, que puede ser irrelevante, positiva o estresante. Si se valora como estresante, puede que constituya una amenaza o puede ser también un reto u oportunidad para el desarrollo personal (Lazarus y Folkman, 1986). La valoración primaria de una situación determina la respuesta emocional a la transición. Si se considera como positiva, la valoración se acompaña de alegría, satisfacción, alivio o regocijo; si se considera negativa o amenazante, se acompaña de ansiedad, miedo, disgusto, culpabilidad, envidia o depresión.

3. *Valoración secundaria*: Incluye la valoración de los recursos personales y sociales disponibles, el grado de adecuación de sus niveles de competencia a las demandas situacionales y los costos de esta competencia.

4. *Revaloración*: Implica un cambio en el significado en función de la información obtenida en el esfuerzo por restaurar el equilibrio. El cambio en el significado se debe a una alteración cognitiva respecto de la situación para mitigar la experiencia de emociones estresantes, en lugar de modificar la naturaleza real de su relación con el ambiente. Ambas formas de reevaluación -valoración secundaria y revaloración- son necesarias para definir la naturaleza transaccional de los procesos de valoración cognitiva a lo largo del tiempo. El principio de la revaloración también sirve como vínculo entre los esfuerzos del individuo para interpretar la situación y las actividades para responder a esa interpretación.

5. *Afrontamiento*: Se refiere a la estrategia utilizada por los individuos para reducir las reacciones estresantes o para actuar considerando que la situación es un reto que hay que superar. El afrontamiento cumple dos funciones: a) una instrumental, que cambia la relación persona-ambiente, y; b) otra paliativa, que mejora la naturaleza de la reacción emocional de la persona.

La mediación cognitiva propuesta por Lazarus (1966) sitúa al individuo y a su entorno psicosocial en el centro del proceso estrés-enfermedad: así tener amigos o demostrar una actitud positiva ante el evento, se convierten en poderosos mediadores personales y sociales que pueden determinar que el proceso no llegue a su última fase: la enfermedad (Barriga y colaboradores, 1990; Rodríguez-Marín, 1990; 1994; Herrero y colaboradores, 1994, 1995). La importancia de estas variables cognitivo-valorativas han sido retomadas en numerosas investigaciones psicosociales (ver Herrero, Gracia y Musitu, 1995 para una revisión) y también están presentes en la formulación de los modelos de la teoría del estrés familiar (Moos, 1974, McCubbin y Patterson, 1983, 1987).

### 1.3. ABC-X de Hill

Aunque a partir de la década de los 30 algunos autores centran su interés en las situaciones amenazantes en el ámbito familiar (Angell, 1936; Cavan y Rank, 1938; Komorovsky, 1940; Koos, 1946) es sin duda Hill (1949) quien primero sistematiza una teoría del estrés familiar. La importancia del trabajo de Hill (1949) reside en la elaboración de un modelo del estrés familiar que tendrá un fuerte impacto en la investigación dedicada a este ámbito. Este modelo conocido como ABC-X surge del análisis de la separación y reencuentro de la familia en tiempos de guerra. Este autor estudia las variables que diferencian a las familias más vulnerables y distingue tres variables precrisis, que explican las diferencias en la vulnerabilidad familiar: el evento estresor (A), los recursos de la familia para enfrentarse a la crisis (B) y la definición que hace la familia del evento (C). La formulación del modelo es la siguiente (Hansen y Hill, 1964):

A (evento estresor) interactuando con B (recursos familiares)  
interactuando con C (definición) produce X (Crisis)

De acuerdo con Hill (1949), la variable (A) es el evento estresor precipitador de la crisis. Este evento representa para la familia una situación con la que ha tenido poco o ninguna preparación anterior y es por tanto problemática. Ningún estresor es el mismo para todas las familias y su impacto varía en relación a los problemas que pueden acompañarlo. Cuando los estresores superan un determinado nivel, la familia necesita reorganizarse. Por su parte, el factor B hace referencia a los recursos que definen la adecuación-inadecuación de la organización familiar (Hill, 1958). Entre los factores asociados a un buen ajuste a la crisis destacan la adaptabilidad familiar, la integración familiar, las relaciones afectivas entre los miembros, el buen ajuste matrimonial, las adecuadas relaciones paterno-filiales, el consejo familiar en la toma de decisiones y la experiencia previa de éxito con otras crisis. Finalmente, el factor C representa la definición del evento como estresante y se define como el grado en el cual la situación es

percibida como una amenaza para el estatus, las metas y los objetivos de la familia (Hill, 1958).

Dependiendo de los factores ABC, la familia puede entrar en un estado de desequilibrio en el que las demandas superan los recursos familiares de tal forma que el sistema familiar queda bloqueado e incapacitado. La tensión es tan elevada que los recursos del sistema no son adecuados para el mantenimiento de la misma estructura familiar, por lo que se producen cambios en los roles, en las tareas y expectativas. El curso de este ajuste varía en cada familia y depende de la naturaleza de la crisis, aunque presenta ciertas regularidades que Hernández (1993) ha sintetizado en 4 fases: crisis, desorganización, recuperación y reorganización. En la fase de desorganización, las interacciones y estrategias de afrontamiento previas son inadecuadas o bloqueadas. En función de la vulnerabilidad y del poder regenerativo de la familia, el sistema comienza a reorganizarse, pasando a la fase de recuperación. Finalmente, la familia puede alcanzar un nivel de organización mayor, igual o menor al experimentado previamente a la aparición del evento estresor.

#### **1.4. Vulnerabilidad y poder regenerativo en Burr**

En esta misma línea, Burr (1973) desarrolla una teoría deductiva del estrés, en la que introduce y define los conceptos de vulnerabilidad y de poder regenerativo de la familia. La vulnerabilidad es definida como la variación en la habilidad de la familia para impedir que un estresor produzca alteraciones o crisis en el sistema en el que incide. Además, la vulnerabilidad se relaciona de forma positiva con la definición de la familia, con la cantidad de influencia posicional y con la integración familiar (intereses, afecto, sentido de interdependencia económica, etc.). En cambio, la relación es inversa con la cantidad de influencia personal, la exteriorización de la culpa, la cantidad de adaptabilidad familiar, el tiempo de anticipación de los eventos estresores y de la socialización para cambios en el sistema social.

El poder regenerativo hace referencia a la variación en la habilidad de la familia para recuperarse y reorganizarse después de una crisis. Los factores que mantienen una relación positiva con este poder son la cantidad de influencia personal, la integración familiar, la adaptabilidad familiar, el grado de similitud en los sentimientos, el ajuste matrimonial, la consulta moderada en la toma de decisiones, la actividad social de las mujeres fuera del hogar, la socialización anticipada así como variaciones en términos de cambio continuo en la interacción, intensidad, extensión y funcionalidad de la familia extensa. Existe una relación inversa con la influencia posicional en un sistema social y con la legitimidad de la estructura de poder familiar. La formulación inicial de Hill (1958) se constituye en el referente de un gran número de trabajos que permiten avanzar rápidamente en su comprensión y en su aplicación en distintos ámbitos de intervención en las décadas de los años 60 y 70, (Burr, 1973; Hansen y Hill, 1964; Hansen y Johnson, 1979). Sin embargo, este crecimiento permanece fundamentalmente dentro de los supuestos positivistas que sustentan al modelo ABC-X. En este sentido, este modelo ha sido objeto de numerosas críticas, al considerar que sus supuestos básicos se basan en el paradigma científico del positivismo lógico (Boss, 1988; Walker, 1985; Capra, 1982; Doherty, 1986). Desde esta perspectiva, se plantea que el modelo ABC-X es fundamentalmente una teoría positivista que tiene como objeto la identificación de las relaciones causales que especifican los modelos deterministas. Los factores A, B, C y X se combinan para causar o determinar el factor X o la cantidad de crisis en las familias, asumiendo que las variables operan de una manera relativamente mecánica, lineal y de causa y efecto.

### **1.5. La perspectiva sistémica**

Así, en estas dos últimas décadas, el interés de los investigadores se ha centrado en superar algunas de estas limitaciones, (Reiss, 1981). La preocupación de los investigadores se ha dirigido al cambio de orientación lineal-causal del modelo ABC-X, a una perspectiva más sistémica congruente con modos de pensamiento post-positivistas. En

este sentido, Boss (1975, 1977) introduce el concepto de ambigüedad de límites mientras que McCubbin y Patterson, (1982) incluyen la idea de circuitos de feed-back y las estrategias de afrontamiento con el objeto de superar la linealidad del modelo (McCubbin, 1979).

Estos cambios si bien han permitido un cambio en la orientación del modelo ABC-X, también han introducido una complicación que en el momento actual se ha convertido en un serio problema. Así, con la integración de estos factores sistémicos se asume que los supuestos positivistas fundamentales ocurren al centrarse en los factores A, B, C, X. Aunque algunas de las tradiciones intelectuales en la teoría de sistemas son incluso positivistas (Buckley, 1968), las teorías de sistemas orientadas hacia la familia y desarrolladas por investigadores como Bateson (1972), Paolucci y colaboradores, (1977), Keeney y Sprenkle (1982), mantienen un conjunto de supuestos que son fundamentalmente diferentes a los formulados en el modelo ABC-X, y que son parte de un paradigma científico post-positivista (Becvar y Becvar, 1988; Doherty, 1986).

El problema reside en que incluso en los modelos ABC-X más recientes se presentan serias inconsistencias (Burr y Klein, 1994),. Estas inconsistencias tienen profundas implicaciones tanto para los teóricos que tratan de potenciar este modelo, como para los investigadores que intentan confirmar los modelos resultantes así como para los terapeutas que utilizan estos postulados como base de la intervención. En este sentido, es preciso separar los conceptos más lineales, deterministas y causales, del modelo de estrés familiar, de aquellos no lineales, indeterministas y sistémicos. Esta distinción permite que los modelos resultantes sean más valiosos y estimables desde el punto de vista heurístico, posibilitando la formulación de nuevas preguntas de investigación.

De acuerdo con Burr y Klein (1994) definir el estrés desde un enfoque sistémico supone conceptualizar este constructo como un proceso interrelacionado a otros procesos diferentes en el sistema, como aquellos que ocurren en los sistemas familiares que no se

encuentran en situaciones consideradas como estresantes. Siguiendo a estos autores, uno de estos procesos es la repetición o redundancia, completamente predecible, de las rutinas y eventos de cada día. Los miembros familiares interactúan con poca dificultad, y los sistemas familiares se implican en procesos de transformar inputs en outputs con relativa facilidad. En este sentido Kantor y Lehr (1975) apuntan que las familias transforman inputs tales como energía, tiempo y espacio en outputs como significado, afecto y poder. Para llevar a cabo estos procesos de transformación, las familias desarrollan un gran número de reglas, entre las que destacan las reglas de transformación (Broderick y Smith, 1979). Estas reglas gobiernan las rutinas de cada hora, de cada día y de cada semana así como los ciclos de la vida de los sistemas familiares. Algunas de las reglas son explícitas, pero muchas otras son implícitas (Reiss, 1981). Así, la familia monitoriza permanentemente el feed-back positivo y negativo para comprobar los patrones de convergencia o los límites que ésta ha establecido con respecto a los outputs (Gross y colaboradores, 1980; Paolucci y colaboradores, 1977). En otros términos, estas reglas son las que van a permitir transformar los inputs en outputs de modo que se alcancen fácilmente los objetivos individuales y familiares a partir de estándares mínimos.

En este sentido, Burr y Klein (1994) plantean que el estrés familiar se produce cuando a través de los procesos de feedback el sistema percibe una carencia en la imprescindible variedad de reglas para transformar sin dificultad los inputs en outputs. Así, el proceso de estrés se inicia cuando los procesos de transformación usuales no son suficientes para que las familias manejen un cambio o un nuevo input en el sistema. En esta situación, se produce una interferencia con los procesos normales de transformación y las familias se preguntan "¿qué vamos a hacer?", "¿cómo vamos a salir de esta situación?". Las manifestaciones de este estrés sistémico se dejan sentir en las rutinas diarias y en las interacciones habituales con el ambiente, que se convierten en disruptivas, o en los rituales familiares que dejan de ejecutarse como de costumbre (Burr y Klein, 1994).



Desde otra perspectiva, Reiss (1981) añade una dimensión adicional a la teoría de sistemas del estrés al apuntar otro tipo de transformación de las reglas familiares en situaciones de estrés. Así, este autor plantea que en situaciones de no estrés, las reglas familiares tienden a permanecer implícitas evolucionando gradualmente, de forma que generalmente no son conscientes para los miembros familiares. Sin embargo, durante los períodos de estrés, las reglas familiares se hacen más explícitas: las familias hablan más acerca de cómo deberían comportarse y deberían cambiar sus reglas para evitar desequilibrios. En este sentido, un indicador de que la familia tiene dificultades es la necesidad de explicitar las reglas. Esta idea añade, por lo tanto, una dimensión adicional a la teoría de sistemas del estrés al plantear nuevas variables que describen lo que sucede en las familias que afrontan situaciones difíciles.

### **1.6. La ambigüedad en Boss**

Otra de las aportaciones importantes a la teoría del estrés familiar es la realizada por Boss (1975, 1977) al introducir el concepto de ambigüedad de límites. Esta ambigüedad equivale al grado de incertidumbre en la percepción de una familia acerca de lo que es y de lo que no es una familia, así como acerca de quién opera, qué roles y qué tareas hay en el sistema familiar y finalmente con respecto a cuánta apertura debería existir para permitir la diversidad de inputs dentro del sistema. Este concepto ha resultado de gran ayuda para la comprensión e intervención de un rango amplio de situaciones estresantes (Boss, 1988; Burns, 1985). De acuerdo con Burr y Klein (1994), la reflexión sistemática con respecto a los procesos de los límites resulta útil para dar respuesta a varias cuestiones teóricas y prácticas:

*1. ¿Cuáles son los procesos que utilizan las familias para desarrollar unos límites claros?*

*2. ¿Qué tipo de estrategias de afrontamiento pueden cambiar o mejorar procesos enfermizos de clarificación de límites?*

3. *¿Cuáles son los diferentes aspectos o partes de los procesos que pueden entonces ser manipulados?*

4. *¿Qué otros procesos en el sistema familiar son influidos por no tener límites claros?*

### **1.7. La acumulación de estrés en McCubbin y Patterson**

Por otra parte, otro concepto fundamental es el desarrollado por McCubbin y Patterson (1982). Estos autores introducen el concepto de acumulación de estrés, definido como la suma de estresores normativos y no normativos, más tensiones intra-familiares que están impactando simultáneamente en el sistema familiar. En este sentido, se plantea que una familia enfrentada a un estresor -por ejemplo, una transición en su ciclo vital- puede tener más dificultades para adaptarse si existe una acumulación de situaciones sin resolver. Consecuentemente, si los recursos están ya saturados o agotados por haber afrontado otros estresores, los miembros de la familia pueden ser incapaces de hacer posteriores ajustes para afrontar con éxito otros estresores sociales adicionales. Desde una perspectiva sistémica, la acumulación de estrés se conceptualiza entonces como inputs múltiples que entran dentro del sistema. Puesto que los procesos de estrés se consideran como algo continuo con constantes interacciones y cambios, resulta fácil conceptualizar procesos simultáneos tales como inputs múltiples en cualquier momento. Cuando se piensa en estos términos, se comprende que las familias que experimentan nuevos eventos estresantes sin que hayan resuelto los anteriores, tienden a estar en un mayor desequilibrio que aquellas que han controlado adecuadamente los viejos inputs.

Otro concepto relevante y muy útil para teóricos, investigadores y clínicos, es el de estrategias de afrontamiento introducido a mediados de los 70 (Boss y colaboradores, 1979; McCubbin y colaboradores, 1976). Este concepto se refiere a la definición que hace la familia de la severidad del estresor experimentado y de sus demandas adicionales.

La investigación ha constatado que las familias tienden a manejar las situaciones estresantes con más éxito cuando son capaces de definir las situaciones de manera optimista y proactiva. Inversamente, cuando una familia ha definido una situación de manera pesimista, la situación es más difícil de controlar (McCubbin y Dhal, 1985). Utilizando un marco conceptual de tres niveles diferentes de abstracción, Burr y Klein (1994) analizan las principales estrategias de afrontamiento. En el nivel más específico, se encuentran cuestiones particulares que se utilizan para operacionalizar estrategias de afrontamiento específicas. Ejemplos de estas cuestiones son ¿esta familia ha sido honesta, clara y directa en la manifestación de sus afectos frente al evento estresor? ¿los miembros de la familia han expresado de forma clara y directa su compromiso para afrontar conjuntamente la situación estresante?. Estas actividades específicas pueden agruparse en un conjunto de estrategias de afrontamiento que se encuentran en un nivel intermedio de abstracción. Por ejemplo, la expresión honesta de afecto y expresiones claras y directas de compromiso son dos ejemplos de una estrategia intermedia que puede conceptualizarse como "expresión de los sentimientos y de las emociones". A su vez, estas estrategias intermedias pueden asimismo agruparse para formar categorías más abstractas. Así, expresar sentimientos y afecto, forma parte de una estrategia más abstracta que corresponde al nivel emocional del sistema familiar. Estos autores consideran en su descripción de las estrategias de afrontamiento siete áreas generales de estrategias altamente abstractas y veinte estrategias moderadamente abstractas incluidas en las distintas áreas generales. Seis de las siete áreas generales implican aspectos familiares y la séptima área se refiere a los procesos individuales relativos al desarrollo individual. Como Boss (1987) señala, el control del estrés familiar en las familias es con frecuencia una combinación de procesos familiares e individuales.

## **2. Modelos de estrés familiar**

A continuación Boss hace referencia al estrés familiar en dimensiones externas e internas a ella.

### **2.1. Modelo contextual del estrés familiar de Boss**

Boss (1988) define el estrés familiar como una presión o tensión en el sistema, una alteración del estado constante de la familia, inevitable en la medida en que las personas cambian a través de su ciclo evolutivo. Por otra parte, concibe a la familia como un sistema en continuidad, de personalidades interactuantes vinculadas entre sí, más que por factores biológicos, por reglas y rituales compartidos. Desde esta concepción de la familia como sistema es posible comprender por qué las reacciones o eventos que afectan a uno de los miembros producen también respuestas en los demás. Además el nivel de estrés de la familia como unidad es cualitativamente diferente de la suma de los niveles de estrés de cada uno de sus miembros.

El modelo propuesto por este autor, tiene sus raíces en la psicología social y tiene al interaccionismo simbólico como principal referente. La idea fundamental de este modelo es que la interacción entre las personas está determinada por los roles que de ésta se derivan y por las expectativas mutuas entre las personas. Estas expectativas adquieren el carácter de símbolos que operan a través del lenguaje y de los rituales. Cuando experimenta estrés, la familia construye una realidad simbólica basada en significados compartidos y no en expectativas acerca de los roles de sus miembros (Boss, 1988). Estos significados compartidos están influidos asimismo por la comunidad, la sociedad y la cultura, que definen las normas y los hábitos (Torregrosa, 1982). Desde la perspectiva del interaccionismo simbólico, las reglas de una familia reflejan las reglas de su contexto social más amplio. Así, la vulnerabilidad de la familia al estrés depende de dos contextos principales: el contexto externo, configurado por aquellas dimensiones que están fuera del control de la

familia y el contexto interno, constituido por las dimensiones que la familia puede controlar.

### **2.1.1. El contexto externo**

El contexto externo está formado por dimensiones que están fuera del control de la familia. Boss (1988) plantea que la familia no tiene un control con respecto a su "ecosistema"; el tiempo y el espacio en el que se desarrolla. Los factores genéticos y del desarrollo representan una especie de continente para su evolución, y los aspectos culturales, históricos y económicos tienen especial influencia en la forma en cómo la familia percibe y maneja los eventos estresantes. El contexto cultural, definido por las ideas, valores e ideales predominantes y típicos del núcleo social del que forma parte la familia, es un determinante significativo del estilo familiar para manejar el estrés. Aunque la familia posea sus propias creencias y valores, que también son parte de su contexto interno, el contexto cultural determina los cánones y costumbres que definen su forma de vida. Este contexto también establece reglas sociales para la solución de problemas, estilos y métodos aceptados para el manejo del estrés, de modo que la cultura proporciona unas normas de referencia por las que opera la familia. Así, en culturas con creencias más bien fatalistas, como por ejemplo las de la India o Turquía, las familias pueden esforzarse menos por protegerse de catástrofes naturales que las familias occidentales orientadas por una cultura que enfatiza las habilidades individuales y el dominio tecnológico como instrumentos de solución de las dificultades y de los problemas. Pero también es posible que una familia pertenezca a una subcultura o a un grupo minoritario con sus propias reglas, las cuales pueden entrar en contradicción con las de la cultura dominante, contradicción que en ocasiones representa en sí misma una fuente de estrés (Boss, 1988).

Por su parte, el contexto histórico se refiere al momento en el que ocurre el evento estresante mientras que el contexto económico hace referencia al estado financiero y a los recursos de la sociedad y comunidad, de la cual forma parte la familia. En general, este contexto

está íntimamente asociado con el contexto histórico. Con respecto al contexto histórico el modelo resalta la necesidad de identificar los hechos históricos que rodean a la familia, puesto que en sí mismos estos eventos pueden ser la fuente predominante de estrés. Así, son eventos particularmente significativos las épocas de guerra o los movimientos sociales importantes que afectan de manera positiva o negativa al medio cultural y social y, por lo tanto, a las familias.

Por otra parte, el contexto evolutivo corresponde al estadio del ciclo vital en el que se encuentran tanto la familia como sus miembros en el momento en que aparece el evento estresante. Finalmente, el contexto genético y biológico se consideran como un contexto importante en la medida en que pueden afectar a la salud y a los recursos físicos de los miembros de la familia (Torregrosa y Garrido, 1992; Ozámiz, 1992; Herrero, 1995; Herrero, Gracia y Musitu, 1996). Determinadas personas, y por lo tanto determinadas familias, tienen más recursos de este tipo que otras, de modo que no sólo tienen más energía para afrontar una situación sino que también tienen más fuerza para perseverar y continuar afrontando fuentes de estrés crónico.

### **2.1.2. El contexto interno**

Este contexto, a diferencia del anterior, está constituido por dimensiones -contexto estructural, psicológico y filosófico- que la familia puede cambiar y controlar. Las diferencias en esta habilidad de control y cambio permiten explicar cómo y por qué familias con altos niveles de estrés logran no sólo sobrevivir sino crecer a partir de las experiencias difíciles. En este sentido, el contexto interno de una familia puede cambiar a través del tiempo y pueden surgir desacuerdos entre los miembros acerca de sus premisas básicas.

El contexto estructural se refiere al tipo de límites entre los subsistemas, a la asignación de roles y a las reglas acerca de quiénes están dentro o fuera de estos límites. Cuando las fronteras de una familia son ambiguas, como hemos mencionado en apartados anteriores, la definición de su estructura es borrosa; situación que

puede agudizarse ante la presencia de fuentes de estrés (Minuchin, 1974; Olson, 1991).

El contexto psicológico hace referencia a la percepción, evaluación, definición y valoración que la familia realiza del evento estresante. El término percepción incluye los aspectos cognitivos y afectivos del proceso, teniendo en cuenta que la forma en que percibe la familia una situación determina su habilidad para movilizar sus mecanismos de defensa. Estos mecanismos pueden variar desde la negación -no afrontamiento del problema-, hasta la aceptación del estresor -afrontamiento del problema-. Los factores que más influyen en la percepción y evaluación de la familia con respecto al evento estresor son por lo tanto, la ambigüedad de límites, la negación y la orientación de los valores de la familia.

Finalmente, el contexto filosófico de la familia se relaciona con sus valores y creencias que pueden ser generales o particulares y que pueden ser relativas a aspectos específicos de la vida, tales como la crianza de los hijos, el cuidado de los ancianos o los roles sexuales. A pesar de que estas creencias y valores están influidos por el contexto cultural y religioso, su interpretación en el seno familiar condiciona la percepción de estrés.

## **2.2. Modelo de desarrollo de Koos**

Koos (1946) desarrolla un modelo de montaña rusa que recoge las diferentes fases que atraviesa la familia frente a una situación estresante particular. El modelo contempla una serie de transiciones y estadios del desarrollo del estrés que resultan perfectamente predecibles. La primera fase, denominado por Boss (1987) *fase pretrauma*, refleja la calidad del funcionamiento familiar en un estado normal o previo a la aparición de una situación estresante particular. De acuerdo con este modelo, el evento estresor es un input que produce una transición en el funcionamiento familiar y que llevará a la familia a un segundo estadio. Este segundo estadio que corresponde al primero de los dos estadios de afrontamiento, es conceptualizado por

McCubbin y Dahl (1985) como *fase de afrontamiento agudo*. Según Koos, este estadio corresponde a un periodo de desorganización familiar, diferente en función de la naturaleza del estresor. Conforme transcurre el tiempo, las familias experimentan eventualmente otra transición: cuando la desorganización alcanza un punto máximo, la familia se desplaza hacia el tercer estadio del desarrollo o *período de recuperación*. Durante esta fase, las familias utilizan una variedad de estrategias de afrontamiento para tratar de controlar la desorganización introducida por la situación estresante. Si las estrategias de afrontamiento no permiten controlar el estrés, la familia puede continuar en el *ángulo de recuperación* y en un estado de desorganización por un período indefinido de tiempo. La siguiente transición ocurre al final del período de recuperación. Esta transición que da lugar a la cuarta y última fase del desarrollo conceptualizada como fase de *reorganización*, corresponde de nuevo a un período normal de funcionamiento familiar. Desde el punto de vista sistémico, la utilidad de este modelo reside en la consideración de la ocurrencia simultánea interactiva y superpuesta de estos procesos y del reconocimiento de las diferentes fases en las que puede estar simultáneamente una familia con respecto a varios inputs diferentes potencialmente estresantes. Sin embargo, el concepto de desorganización plantea algunas dificultades. Así, Burr y Klein (1994) consideran posible que algunas familias sean capaces de afrontar sus situaciones estresantes de forma que eviten un período de desorganización. Desde esta perspectiva, estos autores concluyen que es probable que el modelo de respuesta de Koos ocurra en algunas circunstancias pero no en otras y que algunas familias puedan mejorar sus situaciones en la vida a través de procesos de afrontamiento y nunca entren dentro de períodos de desorganización cuando se enfrenten a situaciones estresantes.

### **2.3. Modelo de los niveles de abstracción de Burr y Klein**

Estos autores plantean en 1994 que los procesos de afrontamiento familiar frente al estrés tienen tres niveles de abstracción diferentes, y



que las familias se desplazan a través de ellos de una forma evolutiva. Así, la primera tarea que realiza la familia cuando se encuentra en una situación estresante, es intentar cambiar sus procesos en el NIVEL I. Desde esta perspectiva, se puede cambiar las reglas familiares, reubicar las responsabilidades, o modificar las tareas en el sentido de quién hace qué. Si los cambios en los procesos del NIVEL I tienen éxito, entonces la familia atraviesa un período de recuperación en el que no hay una necesidad de afrontar procesos relacionados con cambios en los NIVELES II o III. Sin embargo, en el caso de que los procesos del NIVEL I sean insuficientes, entonces la familia trata de introducir cambios en los procesos más básicos del NIVEL II. No obstante, según Burr y Klein (1994), muchas estrategias de afrontamiento probablemente pueden utilizarse para realizar cambios en cualquier nivel. En este sentido, una familia puede tratar de cambiar en cualquier nivel durante mucho tiempo antes de desplazarse a un nivel diferente. Asimismo, es probable que no todas las familias se desplacen siempre a través de estas secuencias del desarrollo. Pueden existir ciertos eventos estresores, tipos de familias, y situaciones en las que se puede prescindir de un nivel o de introducir cambios de un modo diferencial.

### **2.3.1. Estrés en el NIVEL I**

Cuando las familias experimentan estrés en el nivel I, las estrategias de afrontamiento que utilizan representan intentos de cambiar modelos relativamente específicos en la conducta de los miembros familiares o en las expectativas de rol o reglas del sistema familiar (Watzlawick y colaboradores, 1974). En este nivel de estrés, las familias tratan de elaborar nuevas reglas y nuevos procesos de transformación, introducidos en algunos casos de un modo consciente y en otros de una forma no consciente. Lo importante es que el metanivel básico del sistema referente a las reglas sobre las reglas, a las reglas sobre el cambio de reglas, o las reglas sobre la negociación de reglas, permanece intacto.

Desde esta perspectiva, se considera que el estrés en el nivel I no conlleva a una modificación en los procesos de niveles superiores. Así, el modo de dirigir la familia, los métodos de toma de decisiones, la conducta cooperativa o competitiva de la unidad familiar, o la cantidad de expresiones de amor, interés y compasión, se mantienen intactos en el nivel II. Asimismo, los cambios en los procesos de nivel III como por ejemplo, los valores básicos, la filosofía de la vida, la orientación sagrada *versus* la secular o las creencias con respecto a una orientación económica *versus* una preocupación por la parte emocional de la vida, no son objeto de modificaciones.

En el caso de que la familia afronte con éxito los estresores, utilizando los procesos del NIVEL I, volverá a un nivel normal de funcionamiento. Para ello, la familia puede buscar ayuda en parientes o vecinos, en organismos comunitarios para la asistencia o en amigos que han afrontado situaciones similares. Así, en la medida en que la familia reanuda su actividad normal, su atención centrada anteriormente en la situación estresante, se desplaza ahora hacia otros ámbitos de la vida familiar tales como los estudios, los amigos, el ocio, etc.

### **2.3.2 Estrés en el NIVEL II**

Sin embargo, cuando las estrategias de afrontamiento de la familia en el NIVEL I no resultan útiles para enfrentarse a los estresores, la situación de la familia se hace cada vez más difícil. En esta situación, el sólo hecho de reajustar las reglas o cambiar lo superficial o aspectos obvios de la familia resulta insuficiente de tal forma que la familia necesita realizar cambios más importantes o de metanivel. Así, si un niño se comporta de forma preocupante, es fácil suponer que el sistema familiar inicialmente trate de utilizar estrategias de afrontamiento en el NIVEL I. Actuará por ejemplo utilizando métodos de disciplina más severos, privará de recompensas al niño, le retirará recursos, cambiará algunas reglas, etc. En algunas situaciones, estos cambios en el NIVEL I tienen éxito, pero en otros casos no dan resultado por lo que los padres pueden empezar a reevaluar su

acercamiento total hacia la disciplina; esto implicaría un acercamiento a los procesos del NIVEL II. Así, los padres pueden cambiar las formas con que se relacionan con el hijo. Por ejemplo, pueden darse cuenta de que han estado utilizando métodos de disciplina que son inapropiados para la edad de su hijo y que es necesario introducir un nuevo tipo de disciplina. Este tipo de cambio es más complejo, abstracto, y fundamental que los cambios en el NIVEL I puesto que tratan con las reglas sobre las reglas.

### **2.3.3. Estrés en el NIVEL III**

Cuando las familias son capaces de tratar con éxito los eventos estresores utilizando procesos de los NIVELES I o II, tienden a regresar a su nivel normal de funcionamiento. Sin embargo, en algunas situaciones, la familia no es capaz de manejar los nuevos inputs del sistema. En esta situación, la familia se desliza gradualmente dentro de una situación estresante más profunda y más seria. Cuando esto sucede, la estructura de la familia se resquebraja y los supuestos paradigmáticos se cuestionan. La filosofía básica de la familia y las orientaciones en la vida se reevalúan, de modo que estas creencias básicas pueden ser modificadas, rechazadas o fortalecidas. Por ejemplo, una familia que se oponga al consumo de drogas se enfrentaría a un evento estresor si descubriera que su hijo adolescente consume drogas. La familia podría en primer lugar utilizar para crear el cambio, alguna de las numerosas estrategias de afrontamiento en el NIVEL I. Por ejemplo, los padres podrían hablar con el hijo sobre el peligro de las drogas o podrían expresar su desaprobación con respecto a esta conducta. En el caso de que estos métodos particulares del NIVEL I no funcionasen, entonces la familia podría introducir otros cambios en el NIVEL I como obligar al hijo a que regrese a casa más pronto, o retirarle recursos materiales como el dinero o la disponibilidad de vehículo para las salidas nocturnas. Sin embargo, si los cambios en el nivel I no tienen éxito, entonces la familia podría recurrir a cambios más fundamentales en el NIVEL II. Así, podría cambiar sus métodos de disciplina básicos o podría trasladar al hijo a

otra ciudad, es decir, serían cambios en la estructura básica de la familia.

Si estos métodos en el NIVEL II no funcionan, entonces la familia puede cuestionar eventualmente algunas de sus creencias básicas. Por ejemplo, puede adoptar una visión de la vida fatalista y concluir que las cosas sucederán tal y como tienen que suceder y que se tiene menos control sobre el mundo de lo que supuestamente se pensaba. La familia puede asimismo reajustar y reorganizar sus prioridades en la vida e implicarse en actividades que supongan un cambio en los valores. Por ejemplo, pueden reevaluar sus creencias sobre la adecuación de las drogas o leyes, pueden decidir oponerse al sistema legal o iniciar una cruzada para que las leyes sean más severas. Estos cambios en las creencias pueden incluso extenderse a otros ámbitos de la vida, como al tipo de relación que mantiene la familia con los amigos, con los parientes, o con la comunidad.

#### **2.4. Modelo T-doble ABCX de estrés familiar de McCubbin y McCubbin**

El modelo T-Doble ABCX de ajuste y adaptación familiar formulado por McCubbin y McCubbin (1987), se basa en el modelo de Hill (1958) y en el primer modelo de McCubbin y Patterson (1981, 1982, 1983ab), construido inicialmente a partir de los resultados de un estudio longitudinal realizado con familias de prisioneros y desaparecidos de la guerra de Vietnam (McCubbin, 1979; McCubbin y colaboradores, 1976). La diferencia entre la primera versión del modelo de McCubbin, modelo doble ABCX, y la versión del modelo T- doble ABCX consiste en la introducción de nuevas variables críticas para la adaptación familiar; la vulnerabilidad familiar (V) y la tipología familiar (T).

El modelo T- doble ABCX se basa en cuatro supuestos principales con respecto al funcionamiento familiar:

*1. Las familias se enfrentan a dificultades y a cambios como un hecho natural y predecible a lo largo de su ciclo vital;*

*2. Las familias desarrollan recursos y capacidades básicas, por una parte, para promover el desarrollo de sus miembros y de la familia como unidad y, por otra, para protegerla de las dificultades importantes que aparecen en los momentos de transición y de cambio;*

*3. Las familias desarrollan recursos y capacidades específicas para protegerse, por una parte, de los estresores y de las tensiones inesperadas o no-normativas y por otra, para promover la adaptación después de la crisis, de las transiciones o de los cambios; y*

*4. Las familias se benefician y a la vez contribuyen a la red de relaciones y recursos en la comunidad, en especial en los momentos de estrés y de crisis.*

A partir de estos presupuestos, el modelo T-doble ABCX centra su interés en dos fases diferenciadas en el proceso de afrontamiento de los cambios y eventos vitales: *ajuste* y *adaptación*. Se plantea que el estrés aparece cuando las demandas que recaen sobre la familia superan sus recursos de afrontamiento. Frente a esta situación, surgen dos tipos de respuestas; el ajuste asociado a situaciones que requieren cambios menores en el sistema familiar y la adaptación, relacionada con las circunstancias que exigen una importante reorganización de la familia.

Tanto en la fase de ajuste como en la de adaptación, intervienen unos factores básicos que determinan la introducción o no, de cambios menores o mayores en el funcionamiento familiar.

#### **2.4.1. Fase de ajuste: presupuestos principales y descripción de los factores**

De acuerdo con el modelo T-doble ABCX, *el nivel de ajuste familiar y /o la transición de la familia en una situación de crisis (X)* en respuesta a un evento estresor o transición está determinado por:

- (A) Evento estresor o transición y su grado de severidad interactuando con--->
- (V) Vulnerabilidad de la familia determinada, en parte, por la acumulación de las demandas; estresores, transiciones y fuerzas y por el estadio del ciclo vital de la familia interactuando con--->
- (T) Tipología de la familia: regenerativa, resistente, rítmica, tradicional, interactuando con--->
- (B) Recursos de resistencia de la familia interactuando con--->
- (C) Evaluación que hace la familia del evento interactuando con--->
- (PSC) Capacidad de solución de problemas de la familia y las respuestas de afrontamiento a la situación familiar, incluyendo las demandas creadas por el estresor y la transición del evento estresor en sí mismo.

**Factor A:** *Estresor/transición: Demandas (Factor A).*

Un estresor se define como un evento vital o una transición que genera o tiene el potencial de generar cambios que pueden afectar a distintas parcelas de la vida familiar. La severidad de un estresor o de la transición está determinada por el grado en que amenaza o quebranta la estabilidad familiar o por el grado en que genera demandas con respecto a recursos o capacidades de la familia, que pueden amenazar la homeostasis familiar (Comeau, 1985; McCubbin, 1986).

**Factor V:** *Vulnerabilidad familiar: Acumulación y estadio del ciclo vital de la familia.*

La vulnerabilidad se define como la condición interpersonal y organizacional del sistema familiar que está determinada por la

acumulación de demandas en la unidad familiar que coinciden simultáneamente con otro estresor o transición, y por el estadio del ciclo vital de la familia que produce unas demandas normativas diferenciales en relación a los recursos y capacidades de la familia.

**Factor T:** *Tipo de familia: Perfil del funcionamiento familiar.*

El tipo de familia se define como un conjunto de atributos básicos del sistema que caracterizan y explican su forma de evaluar la realidad y de actuar frente a ella. Un tipo de funcionamiento equivale también a un patrón predecible y discernible de conducta familiar, que refuerza las reglas y rutinas propias de cada sistema. Este funcionamiento es de especial importancia para la comprensión del estilo de respuesta que adopta la familia frente a los eventos que experimenta. Las tipologías familiares que se utilizan en este modelo son: familia Regenerativa, Resistente, Rítmica y Tradicional (Lavee, 1985; McCubbin y colaboradores, 1986). Las características de cada tipología y de cada tipo que integra la tipología general, las dimensiones que definen cada tipología así como los tipos familiares asociados a un ajuste familiar positivo, se reflejan en la tabla 1.

**Tabla 1: Tipología Familiar: características, dimensiones, y ajuste (McCubbin y Thompson 1987)**

	REGENERATIVA	RESISTENTE	RÍTMICA	TRADICIONAL
<b>Características evaluadas en cada tipología</b>	Capacidad para mantener la integridad familiar ante dificultades y tensiones	Sentimiento de unidad y maleabilidad como capacidad de recuperación ante el impacto de tensiones.	Capacidad para establecer y valorar un patrón familiar de predictibilidad y estabilidad	Interés por procurar prácticas que vinculen a la familia con su pasado y futuro
<b>Dimensiones que la definen</b>	Resistencia: Permanencia, control de la realidad, postura activa Coherencia: Compromiso, credibilidad, valores compartidos ante las dificultades	Vinculación: Cohesión e implicación afectiva Flexibilidad: Comunicación abierta, decisiones compartidas, reactividad a las exigencias de cambio	Valoración del tiempo familiar y rutinas familiares Las prácticas que hacen predecible la convivencia familiar Tiempo familiar y rutinas familiares Momentos compartidos por sus miembros	Celebraciones familiares: Prácticas para puntuar y destacar situaciones Tradiciones Prácticas para preservar y transmitir creencias y valores
<b>Tipos de Familias dentro de cada tipología</b>	<i>Vulnerable</i> Escasa fortaleza y coherencia <i>Estable</i> Alto nivel de fortaleza y baja coherencia <i>Duradera</i> Alta coherencia y escasa fortaleza <i>Regenerativa</i> Alto nivel de fortaleza y coherencia.	<i>Frágil</i> Escasa vinculación y poca flexibilidad <i>Unida</i> Baja flexibilidad y alto nivel de vinculación <i>Flexible</i> Poca vinculación y alta flexibilidad <i>Resistente</i> Alto nivel de vinculación y de flexibilidad.	<i>Desestructurada</i> Pocas rutinas y poco tiempo compartido porque no valoran esas prácticas <i>Intencional</i> Valoran las rutinas y el tiempo compartido pero no tienen esas prácticas <i>Estructurada</i> No valoran esas prácticas pero las realizan <i>Rítmica</i> Promueven la predictibilidad de la vida familiar dándoles un sentido	<i>Situacional</i> Pocas celebraciones y pocas tradiciones <i>Festiva</i> Pocas tradiciones y muchas celebraciones <i>Ritualista</i> Muchas celebraciones y tradiciones <i>Tradicional</i> Pocas celebraciones y muchas tradiciones.
<b>Tipos asociados con ajuste familiar positivo</b>	Familia Regenerativa	Familia Resistente	Familia Rítmica	Familia Tradicional
<b>Índice de ajuste familiar</b>	a) Satisfacción familiar, marital y con el desarrollo de los hijos b) Salud física y emocional de los miembros c) Bienestar general de la familia			



Por otra parte, McCubbin y Thompson (1987) proponen dieciséis tipos de familias a partir de las dimensiones que definen a cada tipo de familia y en función de dos niveles en estas dimensiones (alto y bajo) (Figura 1).

		Resistencia Familiar		Vinculación Familiar			
		Alta	Baja	Alta	Baja		
Coherencia	Alta	Familias Vulnerables	Familias Estables	Familias Frágiles	Familias Unidas	Alta	
	Baja	Familias Duraderas	Familias Regenerativas	Familias Flexibles	Familias Resistentes	Baja	
Tiempo y Rutinas	Alta	Familias Desestructuradas	Familias Intencionales	Familias Situacionales	Familias Tradicionales	Alta	
	Baja	Familias Estructuradas	Familias Rítmicas	Familias Festivas	Familias Ritualistas	Baja	
		Alta Baja		Alta Baja			
		Valoración Tiempo y Rutinas		Tradiciones			

**Figura 1:** *Tipologías Familiares de McCubbin y Thompson (1987)*

Esta tipología familiar se construye a partir de las dimensiones de coherencia familiar y de resistencia familiar. Los niveles en estas dimensiones (alto y bajo) determinan cuatro tipos de familia regenerativa. La dimensión de coherencia familiar se define según el modelo como una estrategia de afrontamiento utilizada principalmente por la familia para manejar los problemas familiares. Cuando, la familia debe afrontar tensiones, la coherencia familiar se manifiesta a nivel familiar en conductas como la aceptación, la lealtad, el orgullo, la confianza, el respeto, la participación y el afecto.

Por otra parte, la dimensión de resistencia familiar se define como la fuerza y la continuidad interna de la familia. Esta dimensión se caracteriza por el sentido de control de los eventos vitales y de las

dificultades de la vida, por un sentimiento de que la vida tiene sentido, por la implicación de los miembros de la familia en actividades familiares y por un interés por aprender y explorar las experiencias nuevas y cambiantes. A partir de los niveles (alto y bajo) en las dimensiones de coherencia y resistencia, son identificados cuatro tipos de sistemas familiares: familias vulnerables, estables, duraderas y regenerativas.

#### **2.4.1.1. Tipología de las Familias Resistentes**

Esta tipología familiar se construye a partir de las dimensiones de vinculación emocional y de flexibilidad familiar. Los niveles en estas dimensiones (alto y bajo) determinan cuatro tipos de familia resistentes. La dimensión de vinculación familiar se define como el grado en el que la familia está emocionalmente unida en el sistema familiar. Las familias que puntúan alto en esta dimensión pueden describirse como abiertas a la discusión de los problemas, con un sentimiento de proximidad entre ellos, de satisfacción con respecto a esta vinculación y de implicación en la realización de actividades conjuntas como unidad familiar. La dimensión de flexibilidad familiar se define como el grado en que la unidad familiar es capaz de cambiar sus reglas, límites y roles para acomodarse a las presiones cambiantes internas y externas a la unidad familiar. La familia flexible se describe como aquella que tiene unos patrones de comunicación abiertos, que está dispuesta a los compromisos, con experiencia en el cambio de las responsabilidades familiares y con una participación activa de los miembros de la familia en la toma de decisiones. Esta tipología asume la linealidad de la unión familiar y la flexibilidad familiar. Esta tipología familiar se basa en el Cuadrante Circumplejo Tipología II (Lavee, 1985).

#### **2.4.1.2. La tipología familiar curvilínea**

El Modelo Circumplejo de Olson, Sprenkle y Russell (1979, 1991) representa sin duda uno de los modelos más interesantes para el estudio del funcionamiento familiar, y describe la conducta del sistema familiar a través de tres dimensiones: cohesión, adaptabilidad y comunicación. La cohesión familiar se define en el Modelo Circumplejo como "el vínculo emocional que los miembros de la familia tienen entre sí". Los tópicos específicos para evaluar y diagnosticar esta dimensión son: vinculación emocional, límites, coaliciones, tiempo, espacio, amigos, toma de decisiones, intereses y ocio. Hay cuatro niveles de cohesión que oscilan entre desligada (muy baja), separada (baja a moderada), unida (moderada a alta) y aglutinada (muy alta). El Modelo Circumplejo plantea la hipótesis de que los niveles centrales de cohesión, -separación y unión-, son facilitadores del funcionamiento familiar, mientras que los extremos, -desligada y aglutinada-, son considerados como problemáticos. Si se trata de familias aglutinadas, éstas se caracterizan por una sobreidentificación con la familia y con exigencias de lealtad y consenso que frenan la independencia de sus miembros. Por el contrario, si se trata de familias desligadas, se favorece un alto grado de autonomía y cada persona actúa libremente con escaso apego o compromiso con su familia. Sería en el área central del Modelo donde los individuos logran tener una experiencia equilibrada entre la independencia y la unión.

Por otra parte, la adaptabilidad familiar se define como "la habilidad del sistema para cambiar su estructura de poder, las relaciones entre los roles y las reglas de las relaciones en respuesta al estrés situacional y al propio del desarrollo". Para describir, evaluar y diagnosticar a las parejas y familias sobre esta dimensión, se han integrado una serie de conceptos que proceden de diversas ciencias sociales, con especial énfasis en los aportados por la psicología de la familia. Estos conceptos son: poder (asertividad, control y disciplina), estilos de negociación, relaciones entre los roles y reglas de las relaciones.

Los cuatro niveles de adaptabilidad oscilan entre los rangos de rígida (muy baja), estructurada (baja a moderada), flexible (moderada a alta) y caótica (muy alta). Como en la dimensión de cohesión, el Modelo Circumplejo plantea la hipótesis de que los niveles centrales de adaptabilidad, -estructurada y flexible-, facilitan el funcionamiento conyugal y familiar, mientras que los extremos, -rígida y caótica-, son los más problemáticos para las familias a medida que avanzan en su ciclo vital.

El Modelo Circumplejo, como todos los modelos sistémicos, postula el concepto de "homeostasis", entendido como el equilibrio necesario en cada dimensión que permite un funcionamiento familiar adecuado. Un sistema equilibrado significa que la familia puede actuar conforme a los extremos de la dimensión cuando sea apropiado, pero no permanecerá en esos patrones por largos períodos de tiempo. Como resultado de su estilo de funcionamiento, las familias equilibradas tienen un repertorio más amplio de conductas y mayor capacidad de cambio que las familias extremas.

De los dieciséis tipos de familias, cuatro puntúan en los niveles centrales que reflejan niveles moderados en ambas dimensiones y que se consideran las más funcionales para el desarrollo individual y familiar mientras que otras cuatro tienen puntuaciones extremas en las dos dimensiones y se entienden como los más disfuncionales para el bienestar. Los ocho tipos de familias que restan, se sitúan en un rango medio, al tener puntuaciones extremas en una sola dimensión, siendo menos comunes que las familias equilibradas y las familias extremas (Olson, 1989).

La descripción de los dos sistemas familiares más frecuentes: familias equilibradas y extremas -las familias de rango medio son una combinación de las dimensiones de estos dos tipos sistemas familiares- es la siguiente:

### **2.4.1.3. Familias equilibradas**

1) *Familia con nivel de adaptabilidad flexible y nivel de cohesión separado.* En este tipo de familias, generalmente asertivas, con una buena negociación y resolución de problemas, los roles son compartidos, produciéndose un cambio fluido tanto en los roles como en temas relacionados con el control y la disciplina. Asimismo se producen algunos cambios de reglas, en las que hay más reglas implícitas que explícitas y que son a menudo exigidas por los miembros de las familias. Predominan los circuitos de retroalimentación positivos frente a negativos. Estas familias se caracterizan también por unas fronteras externas e internas semiabiertas, límites generacionales claros, con coaliciones matrimoniales bien definidas, en las que se valora el tiempo -separados y reunidos-, incidiendo sobre la importancia del espacio privado, individual de los miembros. Se promueve y se produce una moderada independencia de los miembros con unos lazos emocionales de bajos a moderados, apoyándose las decisiones y actividades individuales así como las familiares.

2) *Familia con nivel de adaptabilidad flexible y nivel de cohesión unido.* En este tipo de familias, generalmente asertivas, con una buena negociación y resolución de problemas, los roles son compartidos, produciéndose un cambio fluido y a veces impredecible tanto en los roles como en temas relacionados con el control y la disciplina. Asimismo se producen algunos cambios de reglas, en las que hay más reglas implícitas que explícitas y que son a menudo exigidas por los miembros de las familias. Predominan los circuitos de retroalimentación positivos frente a negativos. Estas familias se caracterizan también por unas fronteras externas semiabiertas, límites generacionales claros, con coaliciones matrimoniales bien definidas, en las que se valora de forma importante el tiempo que se pasan juntos, permitiendo no obstante también el tiempo individual. Hay un máximo espacio familiar y un mínimo espacio individual, produciéndose una moderada dependencia de los miembros de la familia, de modo que las decisiones individuales son compartidas la

mayoría de las veces en la familia con una vinculación emocional de moderada a alta.

3) *Familia con nivel de adaptabilidad estructurado y nivel de cohesión separado.* En este tipo de familias, generalmente asertivas, con una buena negociación y resolución de problemas, algún rol es compartido, produciéndose un cambio predecible en temas relacionados con el control y la disciplina. Asimismo se producen pocos cambios de reglas, en las que predominan las explícitas frente a las implícitas, y que con frecuencia son exigidas por los miembros de las familias. Prevalecen los circuitos de retroalimentación positivos frente a negativos. Estas familias se caracterizan también por unas fronteras externas e internas semiabiertas, límites generacionales claros, con coaliciones matrimoniales bien definidas, en las que se valora el tiempo -separados y reunidos-, incidiendo sobre la importancia del espacio privado, individual de los miembros. Se promueve y se produce una moderada independencia de los miembros con unos lazos emocionales de bajos a moderados, apoyándose las decisiones y actividades individuales así como las familiares.

4) *Familia con nivel de adaptabilidad estructurado y nivel de cohesión unido.* En este tipo de familias, generalmente asertivas, con una buena negociación y resolución de problemas, algún rol es compartido, produciéndose un cambio predecible en temas relacionados con el control y la disciplina. Asimismo se producen pocos cambios de reglas, en las que predominan las explícitas frente a las implícitas, y que con frecuencia son exigidas por los miembros de las familias. Prevalecen los circuitos de retroalimentación positivos frente a negativos. Estas familias se caracterizan también por unas fronteras externas semiabiertas, límites generacionales claros, con coaliciones matrimoniales bien definidas, en las que se valora de forma importante el tiempo que se pasan juntos, permitiendo no obstante también el tiempo individual. Hay un máximo espacio familiar y un mínimo espacio individual, produciéndose una moderada dependencia de los miembros de la familia, de modo que las

decisiones individuales son compartidas la mayoría de las veces en la familia con una vinculación emocional de moderada a alta.

#### **2.4.1.4. Familias Extremas**

1) *Familia con nivel de adaptabilidad caótico y nivel de cohesión desligado.* En este tipo de familias, con un estilo pasivo y agresivo, con una negociación sin fin y con una baja resolución de problemas, hay una limitada dirección en el control, una disciplina muy permisiva, y unos cambios extremos en los roles. Asimismo se producen cambios radicales en las reglas, de las cuales muchas de ellas son implícitas más que explícitas. Hay una gran cantidad de feedback positivo y poco feedback negativo. Estas familias se caracterizan también por unas fronteras externas abiertas con unas fronteras internas cerradas y unos límites generacionales rígidos. Hay coaliciones débiles en las que generalmente hay un chivo expiatorio. Hay un máximo espacio individual y se pasa el mayor tiempo posible fuera de la familia en actividades individuales. La importante independencia de los miembros de la familia, la toma de decisiones individuales y la vinculación emocional muy baja entre los miembros de la familia son otras características que definen esta baja cohesión.

2) *Familia con nivel de adaptabilidad caótico y nivel de cohesión aglutinado.* En este tipo de familias, con un estilo pasivo y agresivo, con una negociación sin fin y con una baja resolución de problemas, hay una limitada dirección en el control, una disciplina muy permisiva, y unos cambios extremos en los roles. Asimismo se producen cambios radicales en las reglas, de las cuales muchas de ellas son implícitas más que explícitas. Hay una gran cantidad de feedback positivo y poco feedback negativo. Estas familias se caracterizan también por unas fronteras externas cerradas con unas fronteras internas y unos límites generacionales difusos así como por coaliciones importantes entre padres e hijos. Se pasa el mayor tiempo posible juntos, dejando muy poco o ningún espacio al ámbito privado o individual. Así, todas las decisiones sean personales o relacionales

deben ser tomadas por la familia, en la que hay unos lazos emocionales muy altos.

3) *Familia con nivel de adaptabilidad rígido y nivel de cohesión desligado.* Este tipo de familias se caracteriza por un estilo pasivo o agresivo, con procesos de negociación limitados con baja resolución de problemas. La dirección en el control es autoritaria con una disciplina autocrática, excesivamente estricta. Hay una rigidez tanto en los roles estereotipados como en las reglas de funcionamiento familiar. Prevalecen las reglas implícitas y el feedback negativo; hay muy poca retroalimentación positiva. Estas familias se caracterizan también por unas fronteras externas abiertas con unas fronteras internas cerradas y unos límites generacionales rígidos. Hay coaliciones débiles en las que generalmente hay un chivo expiatorio. Hay un máximo espacio individual y se pasa el mayor tiempo posible fuera de la familia en actividades individuales. La importante independencia de los miembros de la familia, la toma de decisiones individuales y la vinculación emocional muy baja entre los miembros de la familia son otras características que definen esta baja cohesión.

4) *Familia con nivel de adaptabilidad rígido y nivel de cohesión aglutinado.* Este tipo de familias se caracteriza por un estilo pasivo o agresivo, con procesos de negociación limitados con baja resolución de problemas. La dirección en el control es autoritaria con una disciplina autocrática, excesivamente estricta. Hay una rigidez tanto en los roles estereotipados como en las reglas de funcionamiento familiar. Prevalecen las reglas implícitas y el feedback negativo; hay muy poca retroalimentación positiva. Estas familias se caracterizan también por unas fronteras externas cerradas con unas fronteras internas y unos límites generacionales difusos así como por coaliciones importantes entre padres e hijos. Se pasa el mayor tiempo posible juntos, dejando muy poco o ningún espacio al ámbito privado o individual. Así, todas las decisiones sean personales o relacionales deben ser tomadas por la familia, en la que hay unos lazos emocionales muy altos.



La comunicación familiar se concibe como una dimensión facilitadora y como un elemento crítico para la movilidad de las otras dos dimensiones. No se incluye gráficamente en el Modelo puesto que es un vehículo para la cohesión y la adaptabilidad. Las habilidades de comunicación positiva, tales como empatía, escucha reflexiva y apoyo, permiten a las parejas y familias compartir entre sí sus necesidades y preferencias cambiantes con respecto a la cohesión y la adaptabilidad. Las pautas negativas tales como dobles mensajes, dobles vínculos y críticas, disminuyen la habilidad para compartir los sentimientos y restringen por tanto la movilidad de la pareja o de la familia en las otras dos dimensiones.

El interés que ha suscitado este modelo entre los investigadores, se refleja no solo en el gran número de trabajos que desde su aparición se han realizado en el ámbito de la familia, sino también en la incorporación en los últimos años, por parte de Olson y colaboradores, de importantes modificaciones en la conceptualización y desarrollo del modelo.

En este sentido, desde mediados de los años 80, casi una década después de su desarrollo, surge una importante controversia en torno a la linealidad o circularidad del modelo. Algunos estudios destacan una posible relación lineal del funcionamiento familiar en el modelo circumplejo, y no una relación curvilínea, tal y como sugieren sus autores. Las primeras reflexiones en torno a esa cuestión, surgen de la comparación del modelo sistémico de Beavers con el modelo circumplejo de Olson. La conceptualización divergente por parte de Beavers y de Olson, acerca del constructo de adaptabilidad es el objeto de estudio de la comparación de Beavers y colaboradores (1985).

Para Olson y colaboradores (1979), la adaptabilidad se basa en los conceptos de morfogénesis y de cambio. Se supone que el funcionamiento óptimo se produce cuando las familias alcanzan el equilibrio entre el cambio continuo (morfogénesis) y la imposibilidad de cambio (morfofostasis). Este funcionamiento ocurre cuando hay un

equilibrio entre el caos y la rigidez. Se infiere que la adaptabilidad se relaciona curvilínealmente con el funcionamiento familiar efectivo, y la disfunción se encuentra en los extremos de morfogénesis y de morfostasis.

Por su parte, Beavers y colaboradores (1985) basándose en los conceptos de negentropía y competencia, definen la adaptabilidad como un continuo de competencia en el que se subraya el potencial ilimitado para el cambio. El continuo se extiende desde la entropía (muerte del sistema) a la negentropía (crecimiento del sistema). Desde esta perspectiva, la adaptabilidad se relaciona linealmente con la competencia. Beavers y colaboradores (1983) y Lee (1988) plantean asimismo que la definición de adaptabilidad de Olson, como la habilidad para cambiar estructuras, es ambigua en el sentido de que no precisa el tipo de cambio. En esta línea, Lee (1988) señala la importancia de distinguir entre habilidad para cambiar estructuras y cambio de estructuras. Así, podría considerarse que la concepción curvilínea del modelo es correcta si se refiere a la cantidad de cambio inherente en la estructura de la familia mientras que sería lineal si se relaciona con la habilidad para cambiar. Beavers y colaboradores (1985) suponen que la dimensión de adaptabilidad tiene una relación lineal con el funcionamiento familiar tal y como plantean en su modelo sistémico. A partir de estudios empíricos, confirman esta hipótesis (Beavers et al. 1985; Green y colaboradores, 1985). En esta línea, otros trabajos comparan instrumentos con conceptos y constructos similares, que se derivan de diferentes modelos teóricos. El supuesto de estos trabajos es el siguiente: si se obtienen correlaciones altas entre instrumentos -que tienen una relación lineal con el funcionamiento familiar- y el FACES, -que tiene una relación curvilínea- indicará que este instrumento del modelo circumplejo, tiene una relación lineal con el funcionamiento familiar. En numerosos estudios, se comprueba que existe esta relación lineal entre el funcionamiento familiar y el modelo circumplejo (Anderson y Gavazzi, 1990; Green et al, 1991). Esta relación lineal se explica a

partir de problemas metodológicos del FACES, y no a partir de problemas conceptuales y metodológicos del modelo circumplejo.

Actualmente, se han incorporado importantes modificaciones derivadas de estos trabajos que se reflejan en el modelo circumplejo de tres dimensiones (MC-3D) desarrollado Olson (1991). En esta nueva formulación, se incluye el cambio de primer y segundo orden y se clarifican las relaciones lineales obtenidas con los instrumentos derivados del modelo.

De cualquier forma, volviendo a la tipología de familias resistentes propuesta por McCubbin y McCubbin (1987) si bien ésta se basa en el modelo de Olson y colaboradores (1991), las categorías utilizadas por McCubbin y McCubbin (1987) para describir esta tipología son diferentes a las utilizadas por la tipología Circumpleja. Asimismo, los autores no integran en esta tipología, los tipos familiares extremos de Olson y colaboradores (1979) al estar interesado en tratar las dimensiones de vinculación y flexibilidad como variables lineales. Con dos niveles en cada dimensión (alto y bajo), el modelo de familia resistente permite identificar y describir cuatro tipos de sistemas familiares: frágiles, unidas, flexibles y resistentes.

#### **2.4.1.5. Tipología de Familias Rítmicas**

Esta tipología familiar se construye a partir de las dimensiones de tiempo familiar y rutinas familiares y de valoración del tiempo familiar y las rutinas familiares. Los niveles en estas dimensiones (alto y bajo) determinan cuatro tipos de familia rítmicas: familias desestructuradas, intencionales, estructuradas y rítmicas.

La dimensión tiempo familiar y rutinas familiares se define como aquellas conductas y prácticas que la familia adopta y mantiene para orientar y estructurar la vida familiar en patrones de vida predecibles. Esta dimensión enfatiza la importancia de las rutinas para el desarrollo y fortalecimiento del compañerismo entre padres e hijos, entre marido

y mujer, entre los distintos miembros de la unidad familiar y de la familia con los parientes cercanos.

La dimensión valoración del tiempo familiar y de las rutinas familiares se define como el significado e importancia que la familia asigna al tiempo familiar y a las rutinas familiares. Esta dimensión intenta evaluar el grado en el que las familias creen en el valor de estas prácticas orientadas a promover la unidad y predictibilidad familiar.

Con dos niveles en cada dimensión (alto y bajo), esta tipología, identifica y describe cuatro tipos de sistemas familiares:

#### **2.4.1.6. Tipología de Familias Tradicionales**

Esta tipología familiar se construye a partir de las dimensiones de celebraciones familiares y tradiciones familiares. Los niveles en estas dimensiones (alto y bajo) determinan cuatro tipos de familia tradicionales: situacionales, tradicionales, festivas y ritualistas.

De acuerdo con McCubbin y McCubbin (1987), las tradiciones se definen como aquellas conductas y prácticas familiares que la familia elige activa o pasivamente para adoptar y mantener las creencias y valores y que se transmitan de generación en generación. Esto incluye prácticas tales como la decoración en fiestas especiales, experiencias especiales (canciones, danzas, etc.) en torno a los cambios, reglas especiales en torno a ocasiones religiosas, en las que los miembros participan en eventos especiales (por ejemplo, en reuniones).

Las celebraciones familiares se definen como aquellas conductas y prácticas familiares que la familia elige activa o pasivamente para disfrutar, expresar y reflejar públicamente sus creencias y costumbres. Las celebraciones familiares tales como el cumpleaños de la esposa, ocasiones especiales (ej. día de San Valentín, Día de la madre, etc.) y las fiestas principales del año (ej. Navidad, Día de año nuevo, etc.) se consideran partes integrales de las celebraciones familiares.

**Factor B:** *Recursos de resistencia: capacidades y fuerzas.*

Este factor se define como la habilidad de la familia para impedir que las demandas originen una crisis o alteren el sistema. Estas habilidades facilitan la resolución de los problemas, el afrontamiento y el ajuste. Estos recursos o fuerzas familiares tienen una importancia fundamental en la resistencia a los cambios, modulan el impacto de un estresor o cambio en la vida familiar y promueven el ajuste (Stinnet y DeFrain, 1985).

A este respecto, se ha señalado distintas fuerzas familiares importantes para el afrontamiento de las situaciones estresantes en el sistema familiar. En este sentido, Otto (1963) en una investigación clásica, resalta catorce fuerzas familiares entre las que se encuentran por ejemplo, el interés por la unidad familiar, lealtad y cooperación interfamiliar, respeto mutuo entre los miembros de la familia, la habilidad para comunicarse y relacionarse con los hijos o el amor y comprensión. Finalmente, en esta línea de investigación, Stinnet (Stinnet y Sauer, 1977; Stinnet y DeFrain, 1985) destaca que las fuerzas familiares más sobresalientes son la habilidad para tratar las crisis de una manera positiva, el amor, afecto e implicación entre los miembros de la familia, el respeto por la individualidad, la comunicación efectiva, el alto grado de orientación religiosa y el desarrollo de actividades familiares compartidas.

**Factor C:** *Valoración Familiar: la focalización en el estresor.*

Este factor hace referencia a la definición que hace la familia con respecto a la severidad del estresor experimentado y a sus demandas adicionales.

A pesar de que existen definiciones culturales objetivos de la severidad de un estresor, el factor C se centra en la definición subjetiva de la familia con respecto al estresor, a los problemas colaterales del evento y a su impacto en la familia. Este significado subjetivo, refleja los valores de la familia así como su experiencia

previa con respecto a los cambios y a la superación de crisis. En este sentido, la familia puede percibir por ejemplo, los cambios vitales y transiciones como desafíos que hay que superar, o por el contrario, interpretarlos en términos de catástrofes familiares, preludio del "fallecimiento familiar".

**Factor PSC:** *Resolución de problemas y respuestas de afrontamiento.*

Este factor hace referencia al control que tiene la familia en términos de habilidades de afrontamiento y de resolución de sus problemas, sobre el evento estresor.

La resolución de problemas se refiere tanto a la habilidad de la familia para definir el estresor y la situación dentro de componentes manejables, como a la capacidad de la familiar para identificar modos alternativos de actuación frente al estresor. Asimismo, se refiere a la capacidad de la familia para resolver tanto aspectos fragmentados del problema como a su resolución total.

El afrontamiento (coping) se refiere a las estrategias de la familia, al modelo y a las conductas diseñadas que tienen por objeto, tanto mantener y fortalecer la organización y estabilidad del sistema familiar como mantener la estabilidad emocional y el bienestar de los miembros de la familia. Asimismo, hace referencia a las estrategias de búsqueda y utilización de los recursos familiares y comunitarios que tienen como fin, el afrontamiento de la situación y el despliegue de respuestas para la resolución de los problemas familiares generados por el estresor/transición.

De acuerdo con el modelo T-doble ABCX, la familia puede utilizar tres estrategias de afrontamiento que no se excluyen unas a otras sino que pueden utilizarse solas o en combinación para lograr el ajuste: evitación, eliminación y asimilación.

**Factor X:** *Ajuste familiar, desajuste y crisis: demandas para el cambio.*

Este factor parte del supuesto de que algunos eventos vitales estresantes y transiciones no generan problemas muy graves en el sistema familiar debido, fundamentalmente, al tipo de familia, recursos, capacidades de afrontamiento, habilidades en la solución de problemas, valoraciones y grado de vulnerabilidad. En estos casos, la familia se desplaza a través de la situación con relativa facilidad y la maneja de forma positiva, efectuando ajustes o cambios mínimos en el sistema familiar

Sin embargo, en algunas situaciones, los problemas derivados del estresor, son numerosos y graves por lo que se hace necesario introducir cambios mucho más importantes en el sistema familiar - cambios en sus reglas, límites y modelos globales de conducta-. Esta situación corresponde a un estado de desequilibrio, de desorganización familiar, es decir a un estado de crisis.

En este sentido, las crisis familiares se han conceptualizado como una variable continua que denota la cantidad de rupturas, desorganizaciones o incapacidades en el sistema social de la familia (Burr, 1973). A diferencia del estrés, que es entendido como un desequilibrio entre las demandas y las capacidades y que se caracteriza por la tensión, la crisis es un estado transaccional de desorganización del sistema familiar, que se caracteriza por los esfuerzos de la familia para evolucionar y adaptarse a los cambios producidos dentro y fuera de la unidad familiar.

La crisis, tal y como ha sido definida, implica desorganización y la demanda de cambios en la unidad familiar para restablecer la estabilidad a su nivel previo de funcionamiento familiar u a otro nivel más alto o más bajo de funcionamiento. Este movimiento para iniciar el cambio en la unidad familiar marca el comienzo de la fase de adaptación en el modelo T-Doble ABCX de ajuste y adaptación familiar. Hay que tener en cuenta, tal y como hemos mencionado en

apartados anteriores, que una familia "en crisis" no implica un juicio de valor estigmatizante en términos de que la familia ha fracasado, es disfuncional o se encuentra necesitada de una orientación profesional. Más bien, muchas, si no la mayor parte de las crisis familiares, son normativas e implican cambios en la estructura familiar y en los modelos establecidos de interacción, con el fin de afrontar cambios en el desarrollo de los miembros de la familia y en el sistema familiar.

En este proceso de adaptación familiar como en la fase de ajuste, intervienen un gran número de variables cuya interacción determina el éxito o fracaso de este proceso familiar.

La evaluación de la adaptación familiar requiere un modelo más dinámico que el de ajuste, al analizar a lo largo del tiempo, los esfuerzos familiares para recuperarse en una situación de crisis. Este modelo doble ABCX que emerge a partir de los estudios relacionados con las crisis familiares provocadas por la guerra (McCubbin y colaboradores, 1980; McCubbin y Patterson, 1981, 1982, 1983), integra y redefine el modelo ABCX original de Hill, añadiendo variables post-crisis en un esfuerzo por describir:

*a) Los estresores y cambios vitales adicionales que pueden influir en la habilidad de la familia para lograr la adaptación;*

*b) Los factores psicológicos, familiares y sociales críticos que necesita y utiliza la familia en este proceso de adaptación;*

*c) Los procesos familiares que se relacionan con una adaptación satisfactoria, y*

*d) Los resultados de estos esfuerzos familiares.*

A partir de este modelo, McCubbin y McCubbin (1987) integran en el modelo T-doble ABCX para la fase de adaptación, como en la fase de ajuste, la variable tipos de familia, y sustituyen la variable vulnerabilidad familiar por la de nivel de regeneratividad.



Así, desde este modelo se considera que el nivel de adaptación familiar (XX), entendido como el tránsito a través de una situación de crisis, o el agotamiento de los recursos de la familia en ese proceso, está determinado por:

- (AA) *Acumulación de demandas sobre el sistema familiar, generadas por la situación crítica, los cambios en el ciclo vital y las tensiones no resueltas, interactuando con---*>
- (T) *Tipo de familia: regenerativa, resistente, rítmica, tradicional, interactuando con---*>
- (BB) *Fuerzas familiares, interactuando con---*>
- (CC) *Valoraciones situacionales interactuando con---*>
- (CCC) *Esquema familiar, interactuando con---*>
- (BBB) *Recursos comunitarios, interactuando con---*>
- (PSC) *Habilidad para la resolución de problemas y respuesta frente a la situación de la familia.*

En situaciones de crisis, la unidad familiar lucha por lograr un equilibrio y por ajustar los niveles de funcionamiento tanto del individuo en la familia como de la familia en la comunidad. Se considera que los esfuerzos familiares para la adaptación implican, simultáneamente, atención y participación en distintos niveles del funcionamiento familiar.

## **2.4.2. Fase de adaptación: descripción de los factores**

### **2.4.2.1. Factor AA: Demandas familiares: Acumulación.**

Este factor denominado pile-up, hace referencia al conjunto de demandas que están impactando en la familia al mismo tiempo.

Se parte de la premisa de que es probable que la familia en un estado de crisis reciba el impacto de más de un estresor puesto que este tipo de situación evoluciona y se extiende a lo largo de un período de tiempo. En este sentido, los estudios de McCubbin y McCubbin (1987) sugieren que las familias experimentan una acumulación de demandas, cuando aparece un estresor crónico como la enfermedad de un hijo o cuando ha impactado un estresor grave que ha dejado secuelas importantes como por ejemplo la muerte de un hijo o un cambio significativo en el rol de un miembro de la familia.

Por otra parte, los autores plantean que existen al menos cinco tipos de estresores y tensiones importantes que contribuyen a la acumulación de demandas en el sistema familiar: el estresor inicial y los problemas que se derivan de éste, las transiciones normativas, las tensiones previas, las consecuencias de los esfuerzos familiares para afrontarlos, y la ambigüedad intrafamiliar y social.

(1) *El estresor inicial y los problemas derivados.* Inherentes a la ocurrencia de una situación de crisis familiar, como un divorcio, aparecen los problemas específicos que incrementan y posiblemente intensifican las dificultades que debe superar la familia. Así, en presencia de cambios en las reglas y en el funcionamiento familiar, en el esfuerzo por adaptarse a la situación estresante, las dificultades adicionales adquieren una importancia añadida.

(2) *Transiciones normativas.* Tal y como se ha explicado en apartados anteriores, la familia progresa a través de una serie de etapas o puntos nodales en su desarrollo. En el período de transición de una etapa a otra, la vida familiar tropieza con las demandas de cambio, por una parte y, por otra, con los mecanismos de homeostasis. En cada punto nodal del ciclo vital, la familia se reorganiza con el fin de acceder con éxito a la siguiente fase. La crisis que genera cada punto de transición puede impulsar un nuevo movimiento que favorece el crecimiento familiar, o por el contrario, puede producir un estancamiento en el desarrollo familiar. Así, estas transiciones con frecuencia se producen simultáneamente y de forma independiente al

estresor iniciales incrementando las demandas adicionales del sistema familiar.

(3) *Tensiones previas*. Cuando surge un nuevo estresor en el sistema familiar, los problemas o conflictos no resueltos de estresores o de transiciones anteriores, pueden agudizarse en la familia de tal forma que estas tensiones previas se interpretan como demandas en y por sí mismas. Estas tensiones previas que emergen insidiosamente en la familia, contribuyen a la acumulación de dificultades que debe afrontar y superar el sistema familiar en una situación de crisis.

(4) *Consecuencias de los esfuerzos familiares para el afrontamiento*. Esta fuente de acumulación incluye estresores y tensiones que emergen a partir de conductas específicas que utiliza la familia en su esfuerzo por afrontar la situación de crisis. Así, estrategias de afrontamiento, como la aceptación de un segundo trabajo para superar una crisis financiera, pueden producir dificultades y problemas adicionales no anticipados que inciden en la ya sobrecargada unidad familiar. .

(5) *Ambigüedad intrafamiliar y social*. Toda situación de crisis conlleva un cierto grado de ambigüedad por el hecho de que el cambio y la demanda de adaptación producen incertidumbre respecto del futuro. Internamente, la familia puede por ejemplo, experimentar ambigüedad en relación a su estructura, a los roles familiares, a las reglas o a sus responsabilidades. Como se ha señalado en apartados anteriores, Boss (1977, 1980) a este respecto, ha sugerido que los miembros de un sistema familiar necesitan sentirse seguros con respecto a quién está dentro de los límites del sistema, física y psicológicamente, y quién está fuera, por lo que la ambigüedad se constituye en un estresor importante.

#### **2.4.2.2. Factor BB: Fuerzas familiares.**

De acuerdo con el modelo, la familia tiene dos tipos de capacidades o potencialidades para responder a las demandas. Por una

parte, lo que tiene la familia, es decir, los recursos o las fuerzas (BB), y por otra parte, lo que hace la familia a nivel individual o como sistema, es decir las conductas de afrontamiento y estrategias (PSC).

Este modelo distingue además entre capacidades de resistencia y capacidades adaptativas. Esta distinción hace referencia al desarrollo a lo largo del tiempo por parte del individuo o del sistema familiar de nuevos recursos y capacidades de afrontamiento en respuesta a las demandas. En este sentido, los recursos (BB) pueden ser parte del repertorio del sujeto (B, precrisis) o bien pueden ser creados, fortalecidos o desarrollados como respuesta a las nuevas demandas o a todo el conjunto de demandas. Se plantea además que existen tres fuentes potenciales de recursos: el individuo como miembro de la familia, el sistema familiar como unidad y la comunidad. Así, un recurso adaptativo se define como una característica, rasgo o competencia de los individuos (autoestima, dominio), de la familia (cohesión, adaptabilidad) y de la comunidad (servicios sanitarios, iglesia-BBB)

Una lista de recursos potenciales tangibles como el dinero o intangibles como la autoestima, es casi infinita. Sin embargo, en la literatura del estrés, se han sugerido como recursos fundamentales para responder a las demandas, los siguientes:

(1) *Recursos personales*. Algunos recursos personales importantes que pueden utilizarse por la familia en el proceso de adaptación son la inteligencia innata, que puede potenciar la conciencia y comprensión de las demandas y facilitar su control, los conocimientos y habilidades adquiridos a través de la educación, aprendizaje y experiencia, que pueden utilizarse para ejecutar las tareas necesarias de la vida cotidiana o los rasgos de personalidad (sentido del humor, extroversión, etc.) que pueden facilitar las conductas eficaces de afrontamiento (Fierro, 1996). Asimismo son recursos personales básicos, la salud física y emocional, un sentimiento de dirección y control, que hace referencia a la creencia que uno tiene de controlar, en alguna medida, las circunstancias de su vida y la autoestima o

juicio positivo sobre la autovalía de uno. A este respecto, numerosos investigadores han señalado que estos dos últimos recursos, el sentimiento de dirección y control y la autoestima, se constituyen en factores básicos en el control y manejo de las demandas (Torregrosa y Garrido, 1992, Pelechano y colaboradores, 1994, Sánchez Canovas y Sánchez López, 1994, Cava, 1998).

(2) *Recursos del sistema familiar*. La identificación de los recursos familiares que intervienen en los procesos de ajuste y de adaptación familiar constituye uno de los ámbitos más estudiados en la investigación familiar. Dos recursos familiares que han sido identificados como básicos para estos procesos son la cohesión -que se define como el vínculo emocional que los miembros de la familia tienen entre sí, (Olson et. al., 1979, 1983, 1991) o que hace referencia a tópicos como la confianza, el aprecio, el apoyo, la integración y el respeto por la individualidad (Stinnet y Sauer, 1977, Casas, 1995), y la adaptabilidad -habilidad del sistema para cambiar su estructura de poder, las relaciones entre los roles y las reglas de las relaciones en respuesta al estrés situacional y al propio del desarrollo, (Olson et. al., 1979, 1983, 1991)-.

#### **2.4.2.3. Factor BBB: Recursos comunitarios.**

Los recursos basados en la comunidad son todas aquellas características, competencias y medios de personas, grupos e instituciones fuera de la familia a los que el sistema familiar puede acudir, acceder, y utilizar para superar sus demandas. Estos recursos incluyen un amplio rango de servicios, tales como los servicios médicos y cuidados de salud o los servicios de otras instituciones en el mesosistema ambiental de la familia, tales como la escuela o la iglesia. Otro recurso comunitario situado en un nivel más macroambiental es la política gubernamental que potencia y apoya a las familias.

De todos los recursos comunitarios referenciados en el estudio de la adaptación familiar, el que ha recibido mayor atención en la literatura del estrés, es el apoyo social (Gracia y colaboradores, 1991 1993, 1997). En general, este recurso se considera como uno de los principales amortiguadores o mediadores entre el estrés y las respuestas de salud (Cassel, 1976; Cassel y Tyroler, 1961; Cobb, 1976; Pilisuk y Parks, 1983; Barrón, 1992; Gracia, Herrero y Musitu, 1995). A este respecto, McCubbin y McCubbin (1987) incluye en el apoyo social: (a) la valoración del apoyo que corresponde al feed-back informativo, que permite al individuo valorar en qué medida está afrontando las diferentes tareas de la vida y, (b) apoyo altruista, que hace referencia a la información recibida en términos de agradecimiento o voluntad por parte de los otros, por haber dado algo de uno mismo.

En definitiva, los miembros de la familia en situaciones de estrés pueden obtener apoyo unos de otros -recurso familiar- o el apoyo de parientes, amigos, vecinos, compañeros de trabajo, grupos religiosos o sociales, grupos de autoayuda, así como también de redes más formales, tales como profesionales de la salud. A este respecto, existen algunos desacuerdos en relación al hecho de considerar o no como apoyo social a los profesionales de la salud al no producirse en general ni mutualidad ni reciprocidad (Gottlieb, 1983). De hecho, la dependencia exclusiva de redes formales puede disminuir el desarrollo de redes de apoyo mutuo. Sin embargo, McCubbin y McCubbin (1987) defienden la idea de que estas redes formales resultan importante para el apoyo de estima y valorativo, siempre y cuando no reduzcan en el individuo, el sentimiento de control sobre la vida de uno mismo.

#### **2.4.2.4. Factor T: Tipologías familiares**

Con respecto a los factores que integran las valoraciones familiares, es necesario señalar antes de explicar, cada uno de estos factores, recordar que en la fase de ajuste (ver apartado de fase de ajuste, pag.100), el factor C hace referencia a la definición que hace la

familia del estresor. Este factor en esta fase, se amplia al incluir evaluaciones en tres niveles. En el primer nivel se hace referencia a la valoración de la familia del evento estresor específico, tensión, o transición -factor C-. El segundo nivel se refiere a las valoraciones situacionales que incluyen las definiciones subjetivas de la familia de sus demandas, sus capacidades y de estos dos factores relacionados entre sí -factor CC-. Finalmente, en el tercer nivel se enfatizan las valoraciones globales que configuran los esquemas familiares de cómo se percibe la relación de los miembros de la familia entre sí y las relaciones de la unidad familiar con la comunidad -factor CCC-.

#### **2.4.2.5 Factor CC: Valoraciones situacionales.**

Cuando se experimentan demandas, éstas se interpretan consciente o inconscientemente a partir de la experiencia previa. En esta interpretación intervienen numerosos componentes de la demanda, tales como valencia, grado de control, cantidad de cambio implicado, etc. En algunos casos, las demandas sólo existen en función de la percepción que se tiene de ellas, como por ejemplo en el caso de una persona que crea que tiene una enfermedad grave, sin tener una prueba clínica que lo demuestre. Asimismo, los recursos y conductas de afrontamiento se evalúan a través de las percepciones. Cuando estos recursos y conductas son percibidos como inadecuados o insuficientes en relación a las demandas percibidas, se produce un desequilibrio, que genera tensión y estrés. En otros casos, la falta de una definición clara sobre cómo afrontar el estresor o definiciones contradictorias, producen una ambigüedad de tal forma que algunas tensiones existen principalmente por esta ambigüedad difícil de resolver.

#### **2.4.2.6. Factor CCC: Esquema familiar**

McCubbin y McCubbin (1987) plantean que en un nivel de abstracción más elevado, las familias tienen un esquema familiar relativo a un conjunto de creencias o supuestos con respecto a ellos mismos, en relación a los otros, a su familia, a la comunidad y

finalmente, con respecto a los sistemas que se encuentran más allá de sus límites.

La conceptualización de estos autores con respecto a esta valoración global se ha delimitado a partir del trabajo de Reiss y sus colaboradores (Reiss, 1981; Reiss y Oliveri, 1980) que han subrayado la importancia de los paradigmas familiares en los procesos de estrés. También han sido importantes en esta delimitación, la contribución de diferentes autores como Antonovski (1979) con su concepto de coherencia o como Kobasa y colaboradores (1983) con su concepto de dificultad. Estos autores se han interesado principalmente por las respuestas individuales al estrés y han incidido en la importancia de las orientaciones globales.

El esquema familiar se conceptualiza en función de las siguientes dimensiones: objetivos comunes, colectividad, estructura, articulación en la construcción de su "nido", relativismo y control compartido (McCubbin y Patterson, 1987). Las familias con un esquema familiar sólido están satisfechas con sus valores y objetivos, conceden más importancia al nosotros colectivo como familia que al yo individual, tienen un fuerte sentimiento de control compartido y de confianza en los demás. Asimismo tienen una visión optimista de las situaciones que se complementan con una visión relativa de las circunstancias vitales y de sus resoluciones.

#### **2.4.2.7. Factor PSC: Afrontamiento adaptativo.**

El proceso de adquirir y distribuir los recursos en respuesta a las demandas constituye un aspecto crítico del ajuste y de la adaptación familiar. A este respecto, la conducta de afrontamiento se define en el modelo como un esfuerzo específico -encubierto o manifiesto- de un individuo (o grupo de individuos como la familia), que tiene como fin intentar reducir o controlar una demanda del sistema familiar (Fierro, 1997; López, 1997, Del Barrio, 1997).



En este sentido, McCubbin y colaboradores (1983) señalan que las conductas de afrontamiento específicas pueden agruparse en categorías más amplias, como por ejemplo afrontamientos dirigidos a "mantener la cooperación e integración familiar". Desde esta perspectiva, los modelos de afrontamiento se consideran como modos más generalizados de respuestas que trascienden a diferentes tipos de situaciones. Cuando el afrontamiento se percibe en el contexto de múltiples demandas familiares (por ejemplo la acumulación), parece más útil y relevante considerar el afrontamiento como una respuesta generalizada más que como un tipo de respuesta a una situación específica.

#### **2.4.2.8. Factor XX: Adaptación familiar.**

Este factor que representa el concepto central en el modelo de McCubbin y McCubbin (1987), se utiliza para describir los resultados de los esfuerzos de la familia por lograr un nuevo nivel de equilibrio y de ajuste después de una crisis familiar.

Este nuevo equilibrio es el resultado de la introducción de importantes cambios en el funcionamiento familiar en los que tanto la reestructuración del sistema familiar como la consolidación de los cambios, resultan difícil para los miembros de la familia, por lo que el apoyo social y los recursos son fundamentales para amortiguar el impacto de estas tensiones y facilitar la consolidación de los cambios (Barrón, 1992, Gracia, 1997).

La adaptación adecuada requiere asimismo esfuerzos de afrontamiento dirigidos a mantener el sistema en términos de atención dirigida a las necesidades de los miembros familiares y a la unidad familiar. La ausencia de este interés en las necesidades individuales y de la familia, son una señal significativa de ruptura familiar. En este sentido, las estrategias de afrontamiento en este proceso, implican simultáneamente, por una parte, mantener unas condiciones internas satisfactorias para la comunicación y la reorganización de la familia y por otra, promover la independencia y la autoestima de los miembros

así como mantener los vínculos familiares de coherencia y unidad. También son importantes como estrategias de afrontamiento los esfuerzos para controlar el impacto de las demandas y la cantidad de cambio en la unidad familiar.

Los cambios internos de la unidad familiar no se limitan a este sistema sino que trascienden a otros, en tanto que la familia como sistema abierto tiene compromisos y transacciones con otros sistemas sociales (trabajo, escuela, grupos comunitarios). Así, en esta fase de consolidación, la familia no solo trabaja con sus propios miembros en un esfuerzo común de adaptación, si no que también interactúa con la comunidad para lograr este nuevo ajuste. En este sentido, la reestructuración interna de la familia puede modificar las relaciones iniciales con la comunidad, por lo que hace necesario reestablecer un nuevo conjunto de reglas y transacciones con este sistema.

## **Resumen**

En este capítulo hemos visto el estrés familiar desde los estudios realizados por Selye que estudia el estrés como la respuesta del organismo ante cualquier estímulo. Lazarus describe el estrés y los estilos de afrontamiento.

Burr dedica su estudio a la vulnerabilidad y el poder regenerativo de la familia. También establece junto con Klein, tres niveles de estrés en las familias y sus estrategias de afrontamiento.

McCubbin y Paterson, desarrollan el concepto de acumulación de estrés, considerándolo como la suma de estresores más las tensiones intra-familiares que impactan en el sistema familiar.

Boss hace referencia a la ambigüedad en la percepción de la familia del estrés considerando éste en los distintos contextos.

McCubbin y McCubbin exponen el modelo de estrés familiar que llama T-doble ABCX. McCubbin y Thomson hacen un estudio detallado de las tipologías de familia y establecen 16 tipos de familia.

# CAPÍTULO III:

## ESTRÉS Y ADOLESCENCIA

---

*La etapa de la adolescencia pasa por un aumento de las preocupaciones en el sujeto que varían según el contexto. Dichas preocupaciones se generan un estrés que podrá desencadenar desequilibrios emocionales que pueden originar una depresión. El aprendizaje de estrategias de comportamiento favorecerá la autoestima del sujeto.*

### Introducción

Ha habido muchos intentos a lo largo de los años, por determinar qué es lo que les preocupa a los adolescentes (Collins y Harper, 1974; Dellow y colaboradores, 1980; Eme y colaboradores, 1979; Evans y Poole, 1987; Kaufman y colaboradores, 1993; McMurray y Prior, 1985; Nicholson y Antill, 1981; Offer y Offer, 1975; Pearse y Chabassol, 1976; Prior, 1985; Roscoe, 1985; Rutter y colaboradores, 1979; Rutter, 1980; Violato y Holden, 1988; Williamson y Campbell, 1985). Estos estudios muestran que los jóvenes están interesados en un amplio rango de cuestiones tales como la apariencia, el rendimiento escolar, el empleo, las relaciones sociales y el bienestar social. Su preocupación en torno a los planes vocacionales y educativos, parecen ser los aspectos más dominantes en diversas investigaciones (Collins y Harper, 1974; Nicholson y Antill, 1981; Offer y Offer, 1975; Rutter y colaboradores, 1979; Rutter, 1980). Igualmente, la salud personal ocupa un lugar importante en las

preocupaciones e intereses de los jóvenes (Eme y colaboradores, 1979). Otras preocupaciones que se han considerado relevantes en la adolescencia son las relacionadas con el terrorismo, la autoestima, la salud física y mental de los padres y las primeras relaciones afectivas y sexuales.

## **1. Intereses y preocupaciones del adolescente**

Los métodos para evaluar las preocupaciones de los adolescentes, o las formas de preguntar utilizadas comúnmente en las investigaciones, varían desde preguntas abiertas, cerradas o respuestas espontáneas a una pregunta general (Williamson y Campbell, 1985), al acercamiento más común donde las reacciones de los sujetos se circunscriben a un número limitado de preocupaciones (Dellow y colaboradores, 1980; Eme y colaboradores, 1979; Pearse y Chabassol, 1976; Roscoe, 1985; Violato y Holden, 1988).

En líneas generales, los investigadores han subrayado la idea de que las preocupaciones de los adolescentes varían en relación con el contexto de las cuestiones (escuela, hogar, etc.), el modo de preguntar y la edad de los sujetos. Por ejemplo, en una investigación realizada por Compas y colaboradores (1989) se encontró que de 12 a 14 años los mejores predictores de sintomatología psicológica eran los *estresores familiares* - tales como presión o expectativas de los padres-. A la edad de 15-17 años los mejores predictores de los síntomas psicológicos eran los *estresores relacionados con los iguales* -por ejemplo, peleas y problemas con los amigos- y a las edades de 18 a 20 años fueron los *estresores académicos*- como hacer mal un examen o un trabajo de clase- (Frydenberg, 1997).

Ha habido varios intentos por desarrollar clasificaciones de las preocupaciones de los adolescentes con objeto de establecer un número más reducido de categorías que faciliten la investigación (Evans y Poole, 1987; Violato y Holden, 1988). En este sentido, Frindenberg (1997), tras preguntar a 653 estudiantes adolescentes el grado en que les preocupaban cada uno de los aspectos que se

contemplaban en una lista de 10 temas de interés, constató que las principales preocupaciones se situaban dentro de tres categorías fundamentales: logro, relaciones y altruismo. La preocupación sobre el logro, que incluía aspectos tales como el éxito en los exámenes, encontrar un buen trabajo o encontrar un compañero de matrimonio deseable, se alejaban con mucho de las preocupaciones en torno a las relaciones (que incluía relaciones familiares, con los iguales y amigos) y de las preocupaciones sobre aspectos altruistas (tales como la guerra nuclear, la pobreza en el tercer mundo y aspectos relacionados con la igualdad sexual).

Gran parte de los estudiantes estaban altamente preocupados por el éxito académico (Dellow y colaboradores, 1980; Evans y Poole, 1987; Prior, 1985), y este hecho puede estar motivado tanto por el interés en alcanzar las expectativas familiares como por lograr su propias ambiciones.

Una vez realizado el análisis de cuáles son las principales preocupaciones e intereses de los adolescentes, la siguiente cuestión a responder es qué hace que una preocupación se transforme en estrés. En este sentido, parece existir un común acuerdo en que la experiencia del individuo es el principal determinante de si una preocupación o una experiencia vital es un estresor o no lo es. Por ejemplo, para una persona el hecho de hablar o actuar en público puede ser altamente estresante, mientras que otra persona puede considerar esta misma situación como una oportunidad o algo divertido. No obstante, si alguien valora o percibe una tarea como estresante antes de intentarlo, entonces la probabilidad de que la experiencia sea estresante aumenta. Realizada esta puntualización, pasemos a tratar el tema del estrés en la adolescencia.

## **2. El estrés en la adolescencia**

La incidencia de problemas relacionados con el estrés en los adolescentes se ha incrementado significativamente en los 15 últimos años. Algunos factores que han propiciado este hecho son el gran

aumento de las tasas de paro juvenil, los grandes cambios y crisis que se están produciendo en la vida familiar y la competitividad por ocupar o acceder a las pocas plazas que se ofertan en el mercado laboral dentro de un clima depresivo de desempleo (Frydenberg, 1997).

Elkind (1984) atribuye el incremento del estrés en la adolescencia, en parte, al rápido desplazamiento de una sociedad industrial a una post-industrial donde los adultos están preocupados con sus propios objetivos laborales y de ocio, a expensas de soslayar las necesidades de los jóvenes. La idea de Elkin del aumento del estrés en la adolescencia se encuentra avalada por los datos que informan de un vertiginoso incremento de las proporciones de suicidio entre adolescentes en los últimos 20 años. La gran incidencia de problemas en el adolescente se relaciona con factores tales como la alienación de la familia, el abuso parental, el bajo nivel educativo y una gran limitación de las oportunidades de empleo. Los adolescentes deben realizar elecciones vitales importantes acerca de qué curso de formación, carrera, especialización, etc. va a desarrollar. Con frecuencia se ven obligados a decidir acerca de si asumen o no la paternidad, sin estar preparados para desempeñar ese rol. Por otra parte, se ha producido un incremento significativo de problemas relacionados con la alimentación, tales como la anorexia nerviosa (Larson, 1991; Humphrey, 1989; Strober y Humphrey, 1987; Bennett y colaboradores, 1991). Otra prueba adicional del aumento del estrés en los jóvenes se encuentra en la incidencia de la depresión en esta población; un 10% de los adolescentes presentan depresión clínica y un 19% depresiones medias (Ehrenberg y colaboradores, 1990).

En relación con la capacidad de afrontar el estrés, se considera de gran valor el desarrollo de altos niveles de *autoeficacia* -la percepción de las habilidades de uno mismo-. Los estudiantes que tienen autoconfianza no se sentirán amenazados por demandas académicas estresantes, sino que se sentirán desafiados. Por el contrario, los estudiantes con bajos niveles de autoeficacia se sentirán amenazados y

reaccionarán con altos niveles de ansiedad cuando afronten tareas académicas (Zeidner, 1990). Además, se ha encontrado que existe una relación negativa entre autoeficacia y depresión (Ehrenberg y colaboradores, 1990; Comunian, 1989); los jóvenes que sienten que pueden controlar las demandas escolares, probablemente se sentirán menos deprimidos. La teoría de la autoeficacia, fundamentada en la teoría del aprendizaje social y en la teoría del locus de control, considera que las personas que creen que ejercen un verdadero control sobre factores importantes en su vida actúan en concordancia con esta creencia y se sienten capaces de afrontar todas las demandas que se les hacen. A su vez, la creencia en las habilidades de uno mismo se aprende de la observación de las acciones de los otros significativos y de las respuestas recibidas de ellos.

## **2.1. Contextos del adolescente y estrés**

Los ambientes o contextos de los jóvenes pueden clasificarse en cuatro principales esferas de influencia: la escuela, el hogar, el grupo de iguales y la comunidad. El ambiente escolar ejerce una importante influencia, siendo algunos de los aspectos clave a tener en cuenta las características del tipo de escuela, lugar, organización y currículum ofrecidos. El ambiente del hogar y las relaciones familiares también ejercen una gran influencia; los padres, el número y características de los hermanos o el ambiente del hogar en general son todos ellos elementos que juegan un papel importante. Por otra parte, las características de la comunidad -tanto en el sentido de localidad concreta, como en su sentido más amplio- son de una influencia vital. Por último, el grupo de iguales está configurado por los amigos y compañeros de la escuela o del medio comunitario y es un contexto de interacción central en la adolescencia.

### **2.1.1. Comunidad**

El cambio tecnológico y el incremento de la población han limitado las oportunidades de la juventud en todo el mundo de obtener un empleo digno. En el mundo desarrollado se ha incrementado la

presión sobre los adolescentes para que permanezcan en la escuela y alcancen un mayor nivel educativo, nivel que, por otra parte, es mucho mayor de lo que se requería en el pasado. Además, se espera que compitan con sus iguales tanto en el ámbito académico como en el ámbito laboral.

### **2.1.2. Grupo de iguales**

El impacto del grupo de iguales es también significativo en la determinación del estrés en la adolescencia. Se dice que la temprana adolescencia es vulnerable a la exclusión y que se basa en el exclusivismo y el prejuicio social. Cuando se produce el shock de la traición de alguien en el que se confía, con frecuencia se experimenta que la lealtad y la generosidad no son correspondidas. También se produce desilusión cuando los adolescentes descubren que los nuevos objetos de afecto que ha encontrado se convierten en menos perfectos de lo que imaginaba (Elkind, 1984). Coleman (1987) identifica el grupo de iguales como una de las fuentes con un amplio rango de conflictos potenciales en relación a los valores e ideales. En un interesante estudio llevado a cabo por Phelan y colaboradores (1994) se encontró que los estudiantes informaban de una amplia variedad de presiones que emanaban de la vida escolar y familiar. En relación con la escuela, los estresores más citados fueron el estrés respecto de su curso académico, preocupaciones acerca de las tareas escolares, problemas con algunos profesores, dificultades en comprender el material, aislamiento en clase y preocupaciones e intranquilidad en relación con el futuro en general. Los estresores familiares más citados fueron la presión de sus padres para que cumplieren adecuadamente con sus tareas escolares, mejorar sus puntuaciones, completar sus tareas y como mínimo prestar atención y asistir a la escuela. Sin embargo, los estudiantes sentían que con los amigos podían ser ellos mismos; con ellos no se sentían bajo constante presión y conflicto. Así, estos autores concluyen que los adolescentes se reúnen con los grupos de su misma edad con los que pueden relacionarse y sus amigos les proporcionan una liberación de las presiones familiares y escolares.



### **2.1.3. Escuela**

A parte de las expectativas parentales y presiones sociales para lograr los objetivos académicos, el ambiente escolar en sí mismo puede crear presiones sobre los adolescentes, particularmente sobre aquellos que poseen un bajo sentimiento de autoeficacia. La transición de la escuela primaria a la secundaria tiene un impacto definitivo. Las demandas académicas son cada vez mayores y también lo son las presiones del grupo de iguales, aparecen los cambios asociados con el desarrollo de la pubertad, se produce un incremento en el número de profesores y es más probable que aparezca un sentimiento de anomia en una gran escuela. En algunos contextos puede darse el caso incluso de agresividad, robos, ausencia de leyes y normas, actividad sexual precoz, violencia y consumo de sustancias. Las presiones pueden producir trastornos psicológicos en los adolescentes que no sean capaces de afrontar: la autoestima se derrumba, la motivación se hunde y el logro disminuye (Elkind, 1984). Asimismo, la idea de que la escuela constituye una fuente importante de estrés en la vida de los adolescentes se confirma en estudios realizados en diferentes países (Munsch y Wampler, 1993; Bauwens y Hourcade, 1992; Cole y Sapp, 1988).

### **2.1.4. Familia.**

Los cambios en la estructura familiar, la separación, el divorcio, el incremento de las familias uniparentales, la paternidad adolescente y el que ambos padres trabajen, son factores que provocan un aumento de la presión que se ejerce en hijos y adolescentes para que crezcan rápidamente. Estos factores amenazan la estabilidad del ambiente de los niños e inciden en que los padres inviertan cada vez menos tiempo en educarlos (Elkind, 1984). En este sentido, Elkind (1988) señala que los niños crecen demasiado deprisa y demasiado pronto y Weininger (1990) afirma que a los niños se les ha puesto "en la vía rápida".

Lo que sucede en las familias es crítico para determinar cómo atravesarán los adolescentes este período hasta llegar a ser adultos.

Así, por ejemplo, se ha encontrado que la autoestima de los adolescentes correlaciona positivamente con el interés y la estimulación parental. Por otra parte, el hecho de que los padres se puedan encontrar en la crisis de la mediana edad puede ser un importante factor que contribuya al estrés del adolescente (Petersen, 1988). Igualmente, el divorcio es un factor que incrementa la vulnerabilidad de los hijos. El divorcio no debe conceptualizarse como un evento único y simple, sino que han de contemplarse los distintos estadios que lo conforman: (1) la discrepancia familiar; (2) la separación familiar; (3) el hogar uniparental; (4) el hogar reconstituido y, (5) el ajuste a hermanastros en el nuevo hogar. Todos los estadios deben ser trabajados y analizados y pueden causar disrupciones y distrés.

## **2.2. Indicadores de estrés en la adolescencia**

En los últimos años se ha intensificado el debate acerca de la contribución relativa o exclusiva del estrés en la iniciación y mantenimiento de un amplio rango de desórdenes relacionados con la salud. A pesar de esto, son ampliamente reconocidas las manifestaciones del estrés en los ámbitos personal e interpersonal. Sin embargo, puesto que algunas de las más reconocidas manifestaciones fisiológicas del estrés se han identificado a través de estudios correlacionales, la causalidad es difícil de determinar. Aunque es difícil atribuir la causa de la enfermedad a cualquier tipo específico de estrés, la literatura que relaciona los desórdenes de la piel, respiratorios y digestivos como manifestaciones del estrés en los ámbitos personales, escolares e interpersonales, otorga un sólido apoyo a la afirmación teórica de que el estrés juega un papel importante en la enfermedad. De manera similar, los problemas conductuales con frecuencia se asocian con el estrés experimentado por el individuo.

Se han realizado diversos intentos de identificar los tipos de estresores experimentados por los jóvenes y en clasificar los eventos vitales y dificultades cotidianas en función de la probable severidad

del impacto (Elkind, 1988; Coddington, 1972; Compas y colaboradores, 1985; Youngs, 1985). En estos listados se clasifican los estresores por gravedad u orden de importancia. El que aparece en primer lugar, es decir, el estresor más importante o grave, es la muerte de uno de los padres, seguido por el divorcio de los padres, ingresar en prisión, el embarazo, desempleo, peleas con los hermanos, etc. Mientras que algunos de los estresores son relativamente bajos en incidencia -la muerte de un padre- otros - empezar un trabajo- son experimentados por una gran cantidad de adolescentes.

Cuando las preocupaciones son abrumadoras pueden llevar al desespero, a los problemas de conducta o a la inactividad. Sin embargo, además de estas preocupaciones identificadas existen momentos donde los jóvenes no consiguen implicarse en los eventos que ocurren a su alrededor. No son capaces de encontrar satisfacción en las cosas que hacen, lo cual se refleja en la experiencia recurrente de aburrimiento (Frydenberg, 1997); y el aburrimiento es una fuente de estrés. En entrevistas con jóvenes, los aspectos que implican aburrimiento sobresalen con mucha frecuencia. Para algunos el aburrimiento se experimenta en la escuela, cuando no se implican en el trabajo escolar, o se experimenta en el tiempo de ocio después de la escuela y durante los fines de semana. A veces el aburrimiento es crónico, para otros es un problema en casa y no porque no se tenga un rango amplio de intereses, sino porque no se encuentra la forma de combatir el aburrimiento. Es indudable que los adolescentes y jóvenes requieren diferentes niveles de estimulación y actividad; algunas personas no son felices al menos que estén haciendo dos cosas a la vez.

Las preocupaciones, dificultades y tensiones cotidianas son parte de la vida del adolescente. Cómo son, cómo se experimentan y cómo se responde a ellas depende de determinantes situacionales, características personales y de la interacción de ambos tipos de variables. Mientras que se han constatado intentos considerables por identificar, categorizar y clasificar el estrés de acuerdo a la severidad,

está claro que los jóvenes tienen preocupaciones en áreas relacionadas con el éxito en alcanzar sus objetivos, con sus relaciones y con el mundo que les rodea. Sin embargo, la causa subyacente de su preocupación con frecuencia se encuentra enmascarada -lo que a veces se presenta como aburrimiento y un sentimiento de desesperación-. Cuando se identifica el estrés y sus síntomas se hace necesario descubrir cuáles son las verdaderas causas subyacentes y, para ello, los jóvenes son las mejores fuentes de información acerca de sus preocupaciones, estrés y tensiones. Es necesario preguntarles qué es lo que les está sucediendo como individuos y cómo afrontan el estrés y las tensiones.

### **2.3. Estrés Familiar**

El conflicto en la familia se ha constatado que es para los adolescentes el tercer estresor más importante después de la muerte de un padre y del divorcio (Elkind, 1988). Los conflictos familiares ocurren más que cualquier otro problema (Stern y Zevon, 1990) y ocurren en muchas familias. Las diferentes situaciones de estrés dentro de la familia elicitán diferentes conductas de afrontamiento que generan otros estresores (Stern y Zevon, 1990). El principal estresor para los jóvenes en la familia son las discusiones y peleas dentro de ella. Pero de todas las experiencias familiares es la separación o el divorcio el estresor más importante.

La experiencia de divorcio y separación de los padres es una realidad para muchos jóvenes: las estadísticas varían en función de países y culturas. Los adolescentes expresan diferencias individuales notables cuando afrontan la separación de sus padres (Montemayor, 1984). Algunos muestran resistencia y capacidad de adaptación, mientras que otros muestran retrasos en su desarrollo. Se han encontrado efectos a largo plazo que están más relacionados al estatus de desarrollo del niño, género y temperamento, cualidades del hogar y ambiente parental y los recursos y sistemas de apoyo disponibles al hijo que al divorcio o separación *per se* (Rutter, 1987).

Generalmente, chicas y chicos responden a las experiencias vitales de diferentes formas (Cauce y colaboradores, 1990; Frydenberg y Lewis, 1993). Mientras que el divorcio no tiene efectos invariablemente negativos (Hauser y Bowlds, 1990) generalmente los muchachos acusan más problemas que las muchachas. De acuerdo con el estudio de Frydenberg y Lewis (1993) hay una tendencia en los muchachos a manifestar que no hay problemas y una tendencia en las chicas para utilizar estrategias cargadas de emoción para tratar con sus problemas relacionados con la familia.

### **3. Afrontamiento**

Vamos a analizar las distintas estrategias de afrontamiento utilizadas por los adolescentes y sus recursos, destacando la autoestima y el apoyo recibido.

#### **3.1. Estrategias de afrontamiento en la adolescencia**

Teóricamente existe un número infinito de acciones de afrontamiento (incluyendo pensamientos y sentimientos) que los individuos utilizan para controlar sus preocupaciones. Estas acciones varían desde obtener información, considerar qué se puede hacer y realizar cambios, hasta realizar un esfuerzo por no pensar en los problemas. De esta forma, el afrontamiento se puede conceptualizar en términos de un número de dominios o estrategias que incluyen acciones específicas. Por ejemplo, Frydenberg (1997) identifica 18 estrategias a través de una escala de afrontamiento del adolescente: (1) Buscar apoyo social. (2) Centrarse en la solución del problema. (3) Trabajar duro y lograr el objetivo. (4) Preocupación. (5) Invertir más tiempo con los amigos próximos. (6) Mejorar las relaciones con los otros. (7) Pensamiento positivo. (8) Acción social con personas con las mismas ideas. (9) Reducción de la tensión. (10) No afrontamiento (incapacidad). (11) Ignorar el problema. (12) Autoculpabilización. (13) Mantener la intimidad. (14) Buscar apoyo espiritual. (15) Centrarse en lo positivo. (16) Buscar ayuda profesional. (17) Buscar

diversiones relajantes. (18) Recreación física (mantenerse sano y fuerte).

Las estrategias de afrontamiento han sido categorizadas a lo largo de un número de dimensiones. Folkman (1982) y Lazarus y Folkman (1984) identificaron una agrupación dicotómica del afrontamiento: el afrontamiento centrado en el problema y el afrontamiento centrado en la emoción. En la escala de Frydenberg (1997) el afrontamiento centrado en el problema está representado por una estrategia única configurada por 11 acciones de afrontamiento, mientras que la dimensión centrada en la emoción está configurada por 7 estrategias (pensamiento positivo, separación, apoyo social, centrarse en lo positivo, autoculpabilización, reducción de la tensión y mantener la intimidad). Cada una de estas estrategias está configurada por un número de acciones de afrontamiento que varía entre tres y seis. De acuerdo con Lazarus, en el proceso de afrontamiento existe un aspecto centrado en el problema y un aspecto centrado en la emoción. Esto se ha demostrado en gran número de estudios (Edwards y Kelly, 1980; Fahs, 1986; Folkman y Lazarus, 1980. 1985; Lazarus y Folkman, 1984).

Otra agrupación dicotómica de las estrategias de afrontamiento es la que establece la distinción en términos de afrontamiento paliativo e instrumental (Greenglass, 1991). Algunos investigadores han encontrado que las estrategias pueden agruparse mejor caracterizando tres estilos de afrontamiento que representan aspectos funcionales y disfuncionales del afrontamiento (Cox y colaboradores, 1985; Frydenberg y Lewis, 1991; Seiffge-Krenke y Shulman, 1990). Los estilos funcionales representan intentos directos de tratar con el problema, con o sin referencia a otros, mientras que los estilos disfuncionales se relacionan con el uso de estrategias no productivas (Frydenberg y Lewis, 1993). Por ejemplo:

*Estilo 1.* La solución de problemas comprende ocho estrategias de afrontamiento: (1) buscar apoyo social; (2) centrarse en la solución del problema; (3) trabajar duro y lograr

el objetivo; (4) invertir más tiempo con los amigos próximos; (5) mejorar las relaciones con los otros; (6) centrarse en lo positivo; (7) buscar diversiones relajantes; (8) recreación física (mantenerse sano y fuerte), y representa un estilo de afrontamiento caracterizado por centrarse en el problema mientras se permanece optimista, ajustado, relajado y socialmente conectado.

*Estilo 2.* Afrontamiento no productivo. Comprende ocho estrategias: (1) preocupación; (2) mejorar las relaciones con los otros; (3) pensamiento positivo; (4) reducción de la tensión (5) no afrontamiento (incapacidad); (6) ignorar el problema; (7) autoculpabilización; (8) mantener la intimidad, y refleja una combinación de lo que puede denominarse estrategias de evitación no productiva, empíricamente asociadas con una incapacidad para el afrontamiento.

*Estilo 3.* Referencia a los otros. Contiene cuatro estrategias: (1) buscar apoyo social; (2) acción social con personas con las mismas ideas; (3) buscar apoyo espiritual; (4) buscar ayuda profesional, y puede caracterizarse por acudir a los otros en busca de apoyo, bien sean los iguales, los profesionales o deidades.

La búsqueda de apoyo social aparece en dos de los estilos, lo que confirma la inferencia de que generalmente se obtiene intuitivamente y que el uso de esa estrategia es a veces productivo y otras veces puede ser una señal de dependencia (Frydenberg, 1997).

Los agrupamientos conceptuales anteriores se han obtenido a partir de entrevistas con miles de jóvenes. Es importante destacar que al mismo tiempo que existe una gran comunalidad en las áreas conceptuales que se relacionan con el afrontamiento, no existe una terminología universalmente adoptada o descriptores que se relacionen al afrontamiento. Por ejemplo, Compas (1987) establece una distinción entre recursos de afrontamiento, estilos de

afrontamiento y estrategias de afrontamiento. Los recursos de afrontamiento son aspectos del “si mismo” tales como la autoestima o la creencia en las capacidades de uno, así como también los recursos que son válidos dentro del ambiente. El estilo de afrontamiento es la tendencia a actuar de modo consistente en situaciones específicas. Por último, Compas (1987) se refiere a las estrategias de afrontamiento como las acciones cognitivas o conductuales en las que se implica un individuo (Frydenberg, 1997).

Por la importancia que en nuestra investigación tienen dos recursos de afrontamiento tales como la autoestima y el apoyo social, el siguiente apartado lo dedicaremos a profundizar en ellos.

### **3.2. Recursos de afrontamiento**

Tanto el apoyo social como la autoestima son recursos amortiguadores de los efectos de las experiencias estresantes. La mayoría de estudios que incluyen estos factores protectores informan de correlaciones moderadas entre ellos. Esta covariación refleja, en parte, los procesos a través de los cuales relaciones tempranas de apego potencian el desarrollo de un autoconcepto positivo. Las relaciones de apoyo también pueden proteger contra un entorno que dañe el autoconcepto, indicando un importante mecanismo a través del cual múltiples factores protectores promueven la resistencia (Gore y Eckenrode, 1994).

#### **3.2.1. Autoestima**

La adolescencia representa un periodo de transición fascinante, marcada por la aparición de nuevas capacidades cognitivas y expectativas sociales cambiantes que, conjuntamente, cambian y alteran profundamente la naturaleza del *autoconcepto*. Los cambios físicos, la expansión del horizonte cognitivo, las responsabilidades que le vienen impuestas al adolescente por el mismo hecho de considerarlo un individuo que se ha hecho mayor, que ha crecido y las preocupaciones que le invaden por miedo a no satisfacer las



expectativas de los otros, son elementos que imponen una reorganización de su autoconcepto. Los adolescentes que viven con éxito el proceso de desarrollo del “si mismo” adquirirán un claro y consolidado sentimiento de “si mismo” verdadero, realista e internalizado y que proporcionará las bases para el posterior desarrollo de la identidad (Harter, 1990).

Los factores protectores de que el adolescente desarrolle un autoconcepto no realista son la comparación con otros, el ser consciente de los estándares normativos y la sensibilidad a la opinión de otros; todas estas variables son poderosos socializadores en el proceso de formación del autoconcepto (Ruble, 1983). El “si mismo” es una construcción social; esto es, el autoconcepto representa, en gran medida, la incorporación de las actitudes que los otros significativos mantienen acerca del “si mismo” (Harter, 1986b). Los padres, compañeros y amigos íntimos representan, en particular, la principal fuente de tal feedback (lo que Cooley (1902) definió como “looking-glass self” o Mead (1934) el “otro generalizado”). Así, en la medida en que el adolescente es consciente de la opiniones de los otros significativos, este feedback puede evitar las tendencias introspectivas hacia la distorsión. Pero en la medida en que la opinión de los otros significativos esté distorsionada o se halle en conflicto unos con otros, se hace difícil la construcción de un “otro generalizado” y el adolescente puede tener dificultades en establecer un autoconcepto realista.

Además de los cambios evolutivos en la naturaleza de los atributos del “si mismo”, éste también tiende hacia la diferenciación (Harter, 1983; Livesley y Bromley, 1973; Montemayor y Eisen, 1977; Mullener y Laird, 1971; Secord y Peevers, 1974; Rosenberg, 1986; Werner, 1957). Las categorías de autodescripción proliferan con el desarrollo, de forma que se hacen accesibles más etiquetas de rasgo y abstracciones. Esto ha sido subrayado por los autores que adoptan un acercamiento multidimensional (Harter, 1986b; Neeman y Harter, 1986). En un perfil elaborado por Harter (1985), esta autora identifica

8 áreas: competencia escolar, competencia laboral, competencia atlética, apariencia física, aceptación social, amistad íntima, atractivo y conducta. Un apoyo adicional para la creciente diferenciación del autoconcepto en la adolescencia se obtiene de los hallazgos que revelan que las auto-descripciones varían a través de diferentes roles o contextos -por ejemplo, el self con el padre, madre, amigos, etc... así como el "sí mismo" en el rol de estudiante, en el trabajo, en el deporte...- (Gecas, 1972; Griffin y colaboradores, 1981; Hart, 1988; Harter, 1986a; Smollar y Youniss, 1985). Las presiones de socialización requieren que los adolescentes desarrollen diferentes "sí mismo" en diferentes roles.

En relación con la *autoestima* del adolescente, o valoración que el adolescente realiza de sí mismo, la literatura científica revela que puede ser un elemento protector ante el estrés y se asocia con un amplio rango de estrategias de afrontamiento productivas (Rutter, 1987). Además está claramente relacionada con el incremento de la motivación y los estados emocionales positivos. Por el contrario, los individuos con baja autoestima tienen un riesgo mayor de sufrir desórdenes emocionales y conductuales tales como ansiedad, depresión y falta de motivación. Las manifestaciones conductuales pueden llegar a tendencias suicidas, delincuencia, problemas de conducta y desórdenes alimenticios.

Por otra parte, algunos autores sugieren que el desarrollo de la autoestima está íntegramente relacionado con las diferencias de género en la forma en que se responde a las presiones culturales de la adolescencia. El desarrollo de los roles sexuales ha sido caracterizado como el proceso de socializar a las chicas en la "comunalidad" y a los chicos en la "agencia" o, en otras palabras, las chicas están socializadas para relacionarse en sociedad y los chicos para progresar. En este sentido, los hallazgos de Block y Robins (1993) sugieren que la habilidad para relacionarse con los demás de una forma interpersonalmente positiva promueve la autoestima de las chicas. Para los chicos, lograr relaciones interpersonales positivas parece

menos crítico; su sentido de identidad positiva parece depender centralmente de la habilidad para controlar la ansiedad social de forma que les permita funcionar de forma efectiva.

### **3.2.2. Apoyo Social**

La percepción y recepción del apoyo social es posible gracias a la existencia de una red social que sirve de marco a los intercambios sociales (Gracia y colaboradores, 1995). Esta red social, sin embargo, no permanece constante a lo largo del ciclo vital y tampoco las relaciones que de ella se derivan. En los primeros años la red social es prácticamente inexistente (madre y padre, básicamente) y se va configurando más tarde con los compañeros del colegio, amigos de juegos, personas del ámbito laboral, amistades, pareja, parientes, etc. Kahn y Antonucci (1981) ilustran esta naturaleza cambiante del contexto de apoyo durante el ciclo vital mediante la metáfora del convoy ferroviario. De acuerdo con estos autores, nuestra vida se asemeja a un viaje en tren que compartimos con las personas más importantes; durante este viaje, nuestro vagón es frecuentado por distintas personas. En los primeros años, compartimos el viaje con nuestros padres y más adelante se unirán a nosotros algunos amigos y parientes próximos. Conforme el convoy alcanza algunas estaciones - fin del colegio, servicio militar, ingreso en el mundo laboral, matrimonio, etc.- las personas que nos acompañan van variando. Unos suben y otros bajan y, por tanto, nuestra red de personas que nos proporcionan apoyo varía. Sin embargo, toda persona que comparta trayecto con nosotros no reviste la misma importancia en nuestra vida. De esta manera, nuestras relaciones íntimas y las personas más próximas se sitúan más cerca de nuestro asiento durante el viaje; aquellos que, aun siendo importantes, poseen una menor relevancia para nosotros se sitúan más alejados. El tipo de personas que haya en el vagón o la proximidad de esas personas a nuestro asiento no permanece invariable durante el ciclo vital, sino que depende de la fase o estadio de la vida en que nos encontremos (Gracia y colaboradores, 1995).

Todos los autores coinciden en señalar que los vínculos con los padres y con los restantes miembros de la familia proporcionan al recién nacido las primeras experiencias de apoyo social (Cohen y Syme, 1985; Gottlieb, 1985; Newcomb, 1990). La función principal de estos vínculos es la de procurar la sensación de seguridad que el recién nacido necesita para continuar con su crecimiento y ser capaz de enfrentar nuevas experiencias (Anisfeld y Lipper, 1982). Una propiedad importante de estas primeras relaciones con el mundo exterior radica en que es a través de ellas como el individuo configura sus expectativas y percepciones sobre el apoyo social y asume hasta qué punto el apoyo social debe formar parte de su repertorio de recursos de afrontamiento (Bruhn y Philips, 1985). En este sentido, las experiencias de parentesco en la infancia influyen en la posterior capacidad del individuo para desarrollar nuevos recursos de apoyo social.

*Apoyo Social en adolescentes.* Una de las principales necesidades que se presentan durante la adolescencia es el desarrollo de la autoestima (Hamburg, 1986). Como señalan Bruhn y Philips (1984), “el adolescente busca una imagen que no conoce en un mundo que apenas comprende, con un cuerpo que está descubriendo”. Durante esta etapa de la vida, la red social se amplía y posibilita que la persona obtenga estima y aceptación de otras relaciones sociales ajenas a su círculo familiar. Sin embargo, además de una fuente de apoyo importante, el grupo de pares durante la adolescencia constituye también una fuente de estrés (Heller y colaboradores, 1990). En este sentido, es importante mostrar conformidad con el grupo social, lo cual constituye una poderosa fuente de presión del grupo de pares. Así, la imagen personal, la forma atlética o el nivel económico pueden ejercer una fuerte presión durante la adolescencia, sirviendo de baremos con los que medir el "valor" de los otros (Gracia y colaboradores, 1995).

Esta búsqueda del adolescente de nuevos contextos sociales en los que desarrollarse tiene que ver también con el incremento de los

conflictos en su círculo familiar. Un conflicto que se ha explicado en distintos términos: búsqueda de mayor autonomía -a menudo incompatible con los intereses familiares (Bandura y Walters, 1959; Dovan y Adelson, 1966; Offer, 1969; Offer y Offer, 1975); como una etapa del desarrollo cognitivo en el adolescente en la que predomina el egocentrismo (Elkind, 1967); como una progresiva internalización de restricciones dentro de una atmósfera de continuo vínculo con los padres y la familia (Hill, 1980); o, finalmente, como un rechazo en el joven de los dictados y valores parentales en favor de los del grupo de pares (Montemayor, 1984; Fascick, 1984; Bell et al., 1985; Reed et al., 1986; Sebald, 1986). Más allá de la explicación por la que se opte, lo cierto es que durante la adolescencia los patrones de interacción con los padres varían.

La nueva composición de la red social del adolescente provoca que la comunicación padres-adolescentes decrezca (Herrero, 1992) y, como consecuencia, que se experimente con nuevos patrones de interacción con el objeto de lograr un mejor funcionamiento familiar (Boss, 1980; Hansen y Johnson, 1979). En este sentido, las deficiencias comunicativas padres-hijos se han relacionado con baja autoestima (Noller y Callan, 1991), pobre ajuste escolar (Sporakowski y Eubanks, 1976) o menores niveles de bienestar (Bachman, 1970).

De acuerdo con este planteamiento, la adaptación del adolescente durante el ciclo vital conlleva, por una parte, un grado determinado de conflicto con su ámbito familiar -del cual obtenía tradicionalmente el apoyo social- y, por otra parte, un notable incremento de la presión grupal. Ambas circunstancias generan tensión y estrés en los jóvenes. Esta presencia de situaciones estresantes puede llevar a problemas psicológicos si el adolescente no es capaz de mantener el apoyo social procedente de su familia. Una situación difícil si consideramos que durante esta etapa se suceden constantes ensayos sobre nuevas fuentes de apoyo social -ensayos no siempre exitosos-, así como nuevas formas de afrontar las situaciones tanto con las fuentes "naturales" de apoyo como sin ellas (Tyerman y Humphrey, 1983). No obstante,

como recuerda Newcomb (1990), la evolución de la red social del adolescente no se produce de un día para otro y por tanto la creación de los grupos de amigos y pandillas es consecuencia de un proceso continuo que supone transacciones constantes y selección mutua entre los individuos y grupos. Tanto los atributos personales como los intereses y necesidades constituyen los ejes en función de los cuales se genera la pertenencia a uno u otro grupo. Obviamente, la pertenencia a esos grupos constituye una fuente de apoyo muy importante durante esta etapa. Muy característico de este período evolutivo es la aparición de las "grandes amistades", del "mejor amigo/a", etc.

Posteriormente, conforme el joven atraviesa los años de adolescencia, otro tipo de contacto social va ganando preeminencia: el deseo de una relación íntima que implique contacto sexual. Generalmente, el adolescente posee escasa información fiable sobre sexualidad y a menudo se comporta como si de sus actos no se pudiera derivar ninguna consecuencia negativa. Prueba de ello son los matrimonios entre adolescentes o las madres solteras. La manutención de un bebé siendo aún adolescente supone una fuente de tensión para todos los implicados. Para la madre, que a menudo adopta un nuevo rol para el que aún no está preparada; para el bebé, cuya madre es también una niña; y para el padre -cuando permanece con la madre-, que debe abandonar su educación para encontrar un trabajo para asegurar el sustento de su nueva familia (Newcomb, 1990). Esto no implica que sea imposible que el padre y la madre adolescente establezcan un clima cohesivo y de apoyo tanto entre ellos, como con el bebé y la comunidad. Sin embargo, a menudo no se dispone de las habilidades sociales y de afrontamientos suficientes para asumir los roles de cónyuge y padre/madre. Además, las redes sociales habituales se muestran insuficientes, ya que sus componentes están implicados en otro tipo de tareas (universidad, entrada al mundo laboral, etc.).

## **Resumen**

En este capítulo hemos visto cuáles son las preocupaciones de los adolescentes y los indicadores de estrés. Estudiamos la influencia en

el adolescente de contextos como la comunidad, el grupo de iguales, la escuela y la familia.

También se hace un estudio sobre las estrategias y recursos de afrontamiento que utilizan los adolescentes, destacando la autoestima y el apoyo social.





# CAPÍTULO IV:

## RELACIONES FAMILIARES

---

*La conquista de la autonomía del adolescente exige un proceso de adaptación entre los componentes de la familia. El hijo siente la necesidad de controlar ciertos campos forzando a los padres a prescindir de su dominio.*

*La familia debe sincronizar la tendencia a mantener unidos a sus miembros con la creciente necesidad de independencia del adolescente. Este proceso es complicado y exige una transformación en las relaciones padres-hijos.*

*Para los adolescentes el padre afronta la situación de manera diferente a la madre.*

### Introducción

Como hemos señalado, el tópico de la independencia en el momento de la adolescencia juega un importante papel dentro de las relaciones familiares. Según Arnett (1999), la adolescencia, sin tener las connotaciones dramáticas que se le asignaba en décadas anteriores, puede entenderse como un periodo especialmente conflictivo, aunque subraya que existen importantes diferencias individuales y culturales. Así, con respecto a la cultura, la valoración e importancia que se le concede al *individualismo* entre culturas occidentales provoca un mayor grado de independencia que se permite y que esperan los adolescentes. Las diferencias de opinión en cuanto al proceso de independencia entre padres e hijos pueden provocar mayores niveles de conflicto y, parte de la concepción de la adolescencia que

mantienen los padres como un periodo difícil, se debe a su preocupación porque esa creciente independencia pueda llevarle a participar en conductas de riesgo. Por otro lado, Arnett afirma que, aunque no todos los adolescentes experimentan estrés y tensión, éstos son más probables durante la adolescencia que en cualquier otra edad, no sólo para el adolescente, sino también para las personas que le rodean.

En este sentido, la familia no es un recipiente pasivo, sino por el contrario, es un sistema intrínsecamente activo donde todo tipo de tensión, sea por cambios que ocurren dentro de la familia (como el crecimiento de los hijos) o que procedan del exterior, repercuten en el funcionamiento familiar. Frente a estos eventos o situaciones, es necesario un proceso de adaptación, es decir, una transformación de las interacciones y de las reglas familiares capaces de mantener, por un lado, la continuidad de la familia y, por el otro, permitir el crecimiento de sus miembros. Desde una perspectiva normativa, se considera que la familia progresa a través de unas etapas o puntos nodales en su desarrollo y, en cada uno de ellos, la familia se reorganiza con el fin de acceder con éxito a la fase siguiente. En estas transiciones evolutivas, una etapa particularmente crítica para el equilibrio familiar es la adolescencia. En *la familia con hijos adolescentes*, los temas de independencia y control se renegocian en todos los niveles y los cambios evolutivos y necesidades de los adolescentes se perciben por la familia como disruptores de su funcionamiento, requiriendo una reorganización de sus reglas de interacción (Petersen, 1988). De este modo, según Carter y McGoldrick (1989), en esta etapa deberá existir una flexibilidad creciente de las fronteras familiares para aceptar la independencia de los hijos y tendrán que darse una serie de cambios en las relaciones paterno-filiales que permitan al adolescente moverse dentro y fuera del sistema. En particular, la familia se encuentra con el deber de sincronizar dos movimientos antagónicos que se presentan con una creciente intensidad: la tendencia del sistema hacia la unidad, al mantenimiento de lazos afectivos y al sentimiento de pertenencia por

un lado, y la tendencia hacia la diferenciación y la autonomía de los miembros singulares, por otro lado (Minuchin, 1974).

Por otro lado, está fuera de duda que la calidad de las relaciones familiares es crucial para determinar la competencia y confianza con la que el adolescente afronta el periodo de transición de la infancia a la edad adulta. Los investigadores que estudian el desarrollo del adolescente en el contexto familiar mantienen la premisa básica de que el desarrollo está influido por la calidad de las relaciones padres-adolescente (Honess y Robinson, 1993) ya que tales relaciones influyen en cómo los jóvenes negocian las principales tareas de la adolescencia (adquisición de la identidad y autonomía), la medida en que se encuentran implicados en problemas comportamentales generalmente asociados a este periodo (conductas de riesgo como la delincuencia y el consumo de sustancias) y la habilidad de establecer relaciones íntimas significativas y duraderas fuera del contexto familiar. Aunque los adolescentes muestran un nuevo interés en la compañía de los iguales y un interés por las relaciones de pareja, los padres aún juegan un papel crítico en el desarrollo del adolescente (Lasser y Snarey, 1989; Schlegel y Barry, 1991). De hecho, un creciente campo de evidencia empírica indica que los padres son la influencia externa más importante en la mayoría de los jóvenes que intentan cumplir con su tarea evolutiva de la autonomía (Armsden y Greenberg, 1987; Baumrind, 1975). Los aspectos de la familia que parecen particularmente importantes son la potenciación de la autonomía y de la independencia de los hijos, el grado de control deseado por los progenitores, la cantidad y tipo de conflicto entre los miembros, la medida en que los lazos familiares son más o menos estrechos y el apoyo disponible a los adolescentes.

La investigación sobre los adolescentes y sus relaciones familiares se ha incrementado considerablemente en los últimos 20 años, y en particular, en la última década (Dornbusch y colaboradores, 1991; Feldman y Elliott, 1990; Frydenberg, 1997). En este sentido, en un trabajo realizado por Gecas y Seff (1990) en el que se recoge la

investigación realizada en torno a los adolescentes y su familia en los años 80, estos autores subrayan el cambio de orientación que ha tenido lugar en el último decenio, situándose el foco del análisis del desarrollo individual en los contextos sociales en los que tiene lugar el desarrollo físico, cognitivo y emotivo del adolescente. Durante los años 80 el contexto familiar fue centro de interés de los estudiosos de la adolescencia (Steinberg, 1987a) debido, en parte, a la importancia del acercamiento evolutivo del *ciclo vital* en el estudio de la adolescencia y, en parte, a la influencia de la perspectiva ecológica (Bronfenbrenner, 1979; 1986). Desde este punto de vista, la familia es considerada como una forma particular de pequeño grupo, caracterizado por una historia pasada específica y por expectativas de vida futura, capaz de cambio y adaptación activa en relación a estímulos provenientes tanto del contexto social como de la propia estructura familiar (Scabini y Galimberti, 1986). Un concepto central de este acercamiento es el de *ciclo de vida familiar*, del que son elementos constitutivos la noción de *paso del tiempo*, la idea de *fase* o *estadio del desarrollo* a través de los cuales debe pasar la familia y la idea de *tareas del desarrollo* (Zani, 1993a).

Desde un punto de vista psicosocial, el criterio más adecuado para subdividir en fases el ciclo de vida familiar es identificar algunos eventos críticos que la familia encuentra en su transcurso. El ingreso de un miembro de la familia en la adolescencia es uno de estos momentos críticos, un momento particular de *crisis* potencial para el equilibrio familiar: las modalidades habituales de funcionamiento que hasta ese momento se han experimentado resultan inadecuadas y debe operarse una reorganización, a través de la activación de nuevos procesos de adaptación. En particular, la familia se encuentra con el deber de sincronizar dos movimientos antagónicos que se presentan con una creciente intensidad: la tendencia del sistema hacia la unidad, al mantenimiento de lazos afectivos y al sentimiento de pertenencia por un lado, y la tendencia hacia la diferenciación y la autonomía de los miembros singulares, por otro lado (Minuchin, 1974). En este sentido la adolescencia de un miembro de la familia pone a prueba la

capacidad de toda la organización familiar de adaptarse, cambiando muy rápidamente la forma de las relaciones entre sus miembros. En diversos niveles, la tarea común de las generaciones en esta fase del ciclo de vida familiar es progresar hacia una diferenciación siempre mayor y una individuación cada vez más profunda, adecuando a este fin los tipos de lazos que los unen (Scabini y Galimberti, 1986; Zani, 1993). El proceso de separación, además, se relaciona no sólo con el adolescente sino también con los padres -aspecto al que se le ha prestado una menor atención- (Bonini y Zani, 1991): ellos deben separarse de los hijos, aceptar que se están convirtiendo en adultos y ayudarles en su proceso de emancipación. Por otra parte, la forma en que los padres viven esta separación está destinada a tener efectos relevantes sobre la consecución del proceso de crecimiento y de autonomía de los mismos hijos. Las dificultades, según Stone y Church (1968), surgen porque 'se está preparado para la vida adulta alrededor de dos años más tarde de lo que les gustaría a los adolescentes y alrededor de dos años antes de lo que los padres quieren admitir' (pp. 447).

Está fuera de duda que la calidad de las relaciones familiares es crucial para determinar la competencia y confianza con la que el adolescente afronta el periodo de transición de la infancia a la edad adulta. No obstante, los investigadores que estudian el desarrollo del adolescente en el contexto familiar mantienen la premisa básica de que el desarrollo está influido por la calidad de las relaciones padres-adolescente (Honess y Robinson, 1993). Tales relaciones influyen en cómo los jóvenes negocian las principales tareas de la adolescencia, la medida en que se encuentran implicados en problemas comportamentales generalmente asociados a este periodo y la habilidad de establecer relaciones íntimas significativas y duraderas. Aunque los adolescentes muestran un nuevo interés en la compañía de los iguales y un interés por las relaciones de pareja, los padres aún juegan un papel crítico en el desarrollo del adolescente (Lasser y Snarey, 1989; Schlegel y Barry, 1991). De hecho, un creciente campo de evidencia empírica indica que los padres son la influencia externa

más importante en la mayoría de los jóvenes que intentan cumplir con su tarea evolutiva de la autonomía (Armsden y Greenberg, 1987; Baumrind, 1975). Los aspectos de la familia que parecen particularmente importantes son la potenciación de la autonomía y de la independencia de los hijos, el grado de control deseado por los progenitores, la cantidad y tipo de conflicto entre los miembros, la medida en que los lazos familiares son más o menos estrechos y el apoyo disponible a los adolescentes.

## **1. Autonomía y comunicación con los padres**

Una de las tareas del desarrollo más importante para el adolescente en el proceso de adquisición de una identidad positiva y estable de adulto puede ser definida como la adquisición de autonomía. El principal elemento de esta tarea consiste en una separación o distanciamiento gradual de los adolescentes en relación con sus padres (Besevegis y Giannitsas, 1996), que ya no está caracterizada, como sucedía tiempo atrás, por la salida de casa de las jóvenes generaciones: de hecho, la conquista de la autonomía tiene lugar *en* la familia, ámbito en el que los hijos permanecen cada vez más tiempo (Zani, 1993). En este sentido, los cambios sociales han transformado el escenario de desarrollo tanto para los adolescentes como para los padres: basta con pensar en las fuerzas contradictorias que vienen dadas por un lado por la reducción de la mayoría de edad a los 18 años, que comporta la adquisición de la autonomía y de la responsabilidad en el ámbito de los derechos civiles y políticos, y por otro lado, el incremento de la edad de efectiva adquisición de autonomía en el plano económico, ligada al alargamiento de la escolaridad, a la falta de oportunidades laborales y a la dificultad de encontrar vivienda (Zani, 1993). De esta forma, existen circunstancias específicas para los adolescentes. Tal y como señalan Compas et al. (1995) el final del siglo XX representa tanto el mejor de los tiempos como el peor de los tiempos para los adolescentes. Como hemos indicado al principio de este capítulo, la adolescencia es un periodo de crecimiento y desarrollo positivo, pero a la vez en estos tiempos, tal y

como Frydenberg (1997) plantea, los adolescentes se encuentran limitados con frecuencia por su situación económica, constreñidos por los cambios legales y las políticas juveniles, influenciados por una industria consumista multimedia, relegados a áreas limitadas de trabajo y restringidos en su grado de participación política.

Emancipación no significa ruptura de las relaciones familiares, sino la transformación de tales relaciones de forma que se conviertan en más igualitarias y recíprocas; independencia no significa irse de casa, sino libertad para instaurar nuevas relaciones, libertad personal de asumir la responsabilidad de sí mismo en ámbitos tales como la educación, el trabajo, las opiniones políticas y la elección del propio desarrollo profesional (Coleman y Hendry, 1990). La autonomía no es sólo externa, sino también interna, es decir, la posibilidad de tomar las decisiones relativas a la propia vida sin sentimientos de culpa y sin necesidad de juzgar las propias acciones en función de criterios atribuidos a los padres. Este proceso de emancipación no es lineal, sino tortuoso, complicado y cargado de ambivalencia: precisamente por esto puede dar lugar a comportamientos contradictorios típicos del adolescente. Por otra parte, además de las características del adolescente, sobre el proceso de emancipación influyen otros factores, tales como el comportamiento de los padres y el contexto sociocultural en el que se sitúa la familia. La ansiedad y la ambivalencia distinguen, de hecho, la actitud y el comportamiento de los padres, que a menudo oscila entre el orgullo de que su hijo se pueda valer por sí mismo y las preocupaciones y temores de las consecuencias de haber alcanzado esa autonomía (Zani, 1993).

El adolescente abandona las opiniones infantiles de que sus padres son infalibles y perfectos y se da cuenta de que puedan equivocarse: por ello, mientras que en el pasado aceptaba sus consejos, ahora comienza a discutirlo todo. Los padres que eran vistos como aquellos *que lo sabían todo*, ahora son considerados como aquellos que *piensan que lo saben todo*.

## **2. Transformación de las relaciones padres-hijos**

La tarea del desarrollo por excelencia de la familia, consiste en establecer el tipo de relaciones adecuado a cada una de las fases del ciclo vital que atraviesa: así, la modalidad de las relaciones padres/adolescentes son necesariamente distintas de las relaciones entre padres/niños. Reconocer esta realidad y tratar de desarrollar esta tarea es fundamental para el funcionamiento de la organización familiar (Scabini, 1985). Sin embargo, hablar de relaciones padres-adolescentes es muy genérico y abstracto: de los resultados que se encuentran habitualmente en la literatura, emerge claramente las diferenciaciones realizadas en función bien del género del adolescente y el padre o la madre. Los adolescentes hacen una distinción clara entre padre y madre respecto a las cuestiones de las que hablan, al tiempo que pasan juntos y al tono que adoptan las discusiones (Hunter, 1985; Noller y Bagi, 1985; Youniss y Smollar, 1985). En general, las madres son descritas, respecto a los padres, como más abiertas para escuchar los problemas y a ayudar a aclarar los sentimientos. Esto viene subrayado en mayor medida por las chicas: la comunicación madre-hija es, por lo general, definida como más proclive y abierta a la discusión que la relación padre-hija. Los chicos, por el contrario, hablan de sí menos abiertamente que las chicas y no hacen muchas diferenciaciones entre los dos progenitores en aquello que le dicen a uno o a otro (Youniss y Ketterlinus, 1987; Zani, 1993).

Otra área en la que padre y madre son diferenciados concierne a la búsqueda de ayuda y consejo. Youniss y Ketterlinus (1987) han analizado también la dimensión del afecto en las relaciones padres-hijos, en cuanto a que los adolescentes tengan en consideración las opiniones del padre y la madre. El problema es importante porque tiene que ver con el proceso de individuación descrito por Grotevant y Cooper (1986) y Youniss y Smollar (1985). En función del análisis de estos autores, una parte del desarrollo del adolescente consiste en alejarse de las definiciones de sí mismo que eran válidas durante la



infancia y en configurar un “sí mismo” que se adapte a la propia experiencia más que a los deseos de los padres. El otro aspecto consiste en mantener el vínculo con los padres, para recibir de ellos aprobación y conformidad: el adolescente no solo desea que padre y madre reconozcan que él ya no es un niño, sino que demanda en cierto modo la aprobación de las nuevas transformaciones que va incorporando en su identidad. El mantenimiento de este vínculo con los padres es un indicador de cómo las relaciones entre padres e hijos son dinámicas y evolucionan en el tiempo, tanto es así que si permanecieran como eran en la infancia de los hijos, la autonomía de estos últimos no sería posible (Zani, 1993).

Grotevant y Cooper (1986) han tratado de identificar los aspectos de la comunicación familiar que parecen reforzar la competencia psicosocial del adolescente. Han desarrollado un modelo del proceso de *individuación*, definido como una propiedad de las relaciones intrafamiliares, caracterizado por la interdependencia entre individualidad y cohesión de los miembros. En cuanto descripción de una relación, la individuación es coherente con la conceptualización de los psicólogos clínicos con orientación sistémica tales como Minuchin (1974) y Olson et al. (1979), que ven la cohesión familiar como una dimensión con dos extremos: el aglutinamiento (que comporta un alto grado de cohesión, en la que los miembros de la familia actúan y piensan todos del mismo modo) y el desligamiento (que significa un bajo grado de cohesión, en el que los miembros son ampliamente independientes y tienen poca influencia los unos sobre los otros). Las relaciones *individualizadas* son aquellas que muestran un equilibrio entre individualidad y cohesión.

El modelo de individuación propuesto por Grotevant y Cooper (1986) consta de cuatro factores. Dos reflejan aspectos de la individualidad: la aserción/afirmación de sí mismo (self assertion), esto es, la capacidad de tener un punto de vista y de comunicarlo con claridad, y la separación, esto es, la capacidad de expresar la diferencia entre sí mismo y los otros. Los otros dos factores implican

aspectos diferenciados de apoyo e implicación dentro de la familia: se trata de la permeabilidad (mostrar responsividad y apertura a las ideas de los otros) y mutualidad (mostrar sensibilidad y respeto en las relaciones con los otros). De la investigación de Grotevant y Cooper (1986) emerge que la co-ocurrencia de estos factores en las relaciones intrafamiliares define el contexto del desarrollo en la adolescencia contribuyendo tanto al desarrollo de la identidad y la autoestima del adolescente, como a la adquisición de capacidades interpersonales, tales como el role-taking y habilidades de negociación.

### **3. Conflicto familiar y Desarrollo familiar**

Aunque, como ya hemos indicado anteriormente, la adolescencia en la última década ha dejado de tener un sentido de absoluto conflicto, impulsos incontrolados e inevitable estrés, no puede dudarse de que el conflicto sea, con frecuencia, un proceso característico del desarrollo del adolescente, que da cuenta de esta transición (Jackson y colaboradores, 1996; Zani, 1993). Ya en los años 60 se comenzó a debatir esta idea, aportándose evidencia de relaciones positivas entre los adolescentes y sus padres (Dovan y Adelson, 1966; Offer, 1969; Rutter y colaboradores, 1976). Se hace evidente que para muchos jóvenes la adolescencia no es un periodo particularmente turbulento: que las relaciones con los padres son más una muestra de armonía que de conflicto; que muchos se identifican con sus padres y los aprecian (Steinberg y colaboradores, 1989). Esto no significa que el conflicto se haya eliminado de la escena familiar ni que el adolescente proceda tranquilamente sin problemas en su transcurso hacia la edad adulta. En realidad, el conflicto se entiende como una consecuencia asociada a determinadas circunstancias como la búsqueda del adolescente de una mayor libertad para tomar sus propias decisiones junto con la percepción de que esa libertad está amenazada por los padres.

La investigación realizada por Bachman et al. (1987), muestra que los adolescentes perciben un acuerdo sustancial entre ellos y sus propios padres sobre los valores relacionados con la educación, los valores importantes de la vida, las creencias religiosas y en menor

medida en relación con las opiniones políticas. El desacuerdo aparece con mayor frecuencia a propósito de cómo gastar el propio dinero y de qué cosas están permitidas en una relación sentimental (Herrero, 1992). Sólo un porcentaje mínimo declara tener relaciones conflictivas: la mayor parte muestra confianza en la relación con su propia familia, que es valorada por la función afectiva que supone; las divergencias de opinión no son consideradas en términos de contraposición, sino como diversidad que no perjudica la seguridad de la interacción afectiva ni la recíproca aceptación ni la viveza de la relación (Zani y colaboradores, 1992).

También se ha observado que el género y la edad modulan las relaciones entre los miembros. Por ejemplo, los adolescentes tienen más conflictos con la madre que con el padre, pero al mismo tiempo declaran tener con ella interacciones más positivas. El nivel de conflictividad más elevado parece estar relacionado con el hecho de tener comunicaciones más frecuentes y significativas con un progenitor que con el otro: este hecho no sorprende si se piensa que en nuestra sociedad es la madre la que está más implicada en las rutinas cotidianas de la vida familiar, en los problemas emocionales e interpersonales (Schlegel y Barry, 1991; Youniss y Smollar, 1985; Zani, 1993).

A propósito de los temas de discusión y conflicto entre padres e hijos, Montemayor (1984) ha evidenciado que en los años 70 y 80 se discute fundamentalmente de los mismos temas que en los años 20. Como ya se ha dicho, tales temas se relacionan con la vida cotidiana y las relaciones en el interior de la familia: sobre los temas importantes donde se pueden dar grandes divergencias se prefiere no hablar: valga el ejemplo de la comunicación sobre temas concernientes a la sexualidad (Zani, 1993).

Uno de los temas de conflicto en este grupo de edad se relaciona con las diversas perspectivas de padres e hijos sobre la cantidad y grado de control que los padres deberían tener sobre distintos aspectos de la vida de los adolescentes. Estos reivindican para sí un número

creciente de áreas, que anteriormente se consideraban bajo el control de los padres. Por ejemplo, los adolescentes están menos dispuestos a aceptar la tentativa de los padres de influir en la elección de los amigos o el estilo de vestir. Los datos de la investigación de Zani et al. (1992) realizada con adolescentes de 13 y 15 años y sus respectivos padres, muestran claramente que con el incremento de edad son más numerosas las áreas en las que los adolescentes están en desacuerdo con los padres y en las que consideran normal para alguien de su edad poder tomar decisiones, reivindicando para sí mismo un mayor espacio de autonomía.

Durante la adolescencia, el joven comienza a considerar que legítimamente ciertas cuestiones dependen de una toma de decisiones personal, visión que no es necesariamente compartida por los padres (Jackson y colaboradores, 1996). En general, los padres mantienen que las áreas bajo su propio control son más numerosas que las indicadas por los hijos. Los problemas de carácter moral y aquellos concernientes a las convenciones sociales se mantienen como áreas legítimas del control parental, pero a menudo los padres quieren controlar incluso las áreas más personales. Estas cuestiones incluyen temas relacionados con la vida en el hogar, la apariencia personal, la higiene personal, la elección de los amigos y el trabajo escolar. Es, precisamente, en torno a estas cuestiones donde es más probable que se produzca el conflicto (Jackson y colaboradores, 1996). En un estudio realizado por Kalantzi et al. (1989), se encontró que la mayoría de los conflictos entre padres y adolescentes se centraban en torno a temas tales como: *salidas* (por la noche y hora de regreso a casa), *vacaciones* (ir de vacaciones con o sin la familia), *colegio* (comportamiento en el colegio, progreso y notas), *vocabulario* (forma de hablar del adolescente), *compañías* (clase de amigos), *paga* (cantidad de dinero que se le da y su uso), *ideas personales y vida personal* (derechos del hijo de tener su propio estilo de vida y su ideología), *profesión* (elección y preparación para el trabajo futuro), *pareja* (relaciones afectivas) y *entretenimiento* (forma y manera de entretenerse el adolescente). En un estudio posterior realizado por

Besevegis y Giannitsas (1996) en el que se tuvieron en cuenta todos estos temas de conflicto, se encontró que las salidas nocturnas, colegio, vocabulario, vacaciones, forma de entretenerse y compañías eran los temas que generaban las discusiones más fuertes entre padres y adolescentes. Por otra parte, en general los conflictos eran más frecuentes con las madres que con los padres.

En relación con las estrategias de resolución de los conflictos, estas pueden ser de dos tipos: (a) soluciones unilaterales: los padres ceden o bien es el hijo el que desiste, activa o pasivamente; (b) soluciones bilaterales, que pueden ser fórmulas de compromiso o bien, en el extremo opuesto, permanencia del conflicto no llegándose a alcanzar un acuerdo. Esta última modalidad puede ser realizada activamente, mediante la constatación común de que no se puede alcanzar una solución, o bien pasivamente, dejándolo pasar. Los efectos de tales conflictos no son necesariamente perjudiciales para el funcionamiento del adolescente o de la familia. En realidad, cierto grado de conflicto de este tipo puede ser saludable, en la medida en que ayuda al adolescente a lograr importantes cambios en los roles y relaciones en el hogar (Gecas y Seff, 1990). Las situaciones donde se produzcan tales conflictos positivos pueden ser iniciadas por el adolescente o por los padres. En el último caso, por ejemplo, se puede potenciar que el joven asuma nuevas responsabilidades o viva nuevas experiencias. El conflicto positivo puede, por lo tanto, entenderse como un proceso de 'tira y afloja' que puede ser iniciado en unas ocasiones por los padres y en otras ocasiones por el adolescente. Sin embargo, hay que señalar que los límites dentro de los cuales el conflicto se muestra positivo pueden ser estrechos. En la medida en que comience a exceder ciertos niveles de frecuencia o intensidad se podrá anticipar que los efectos sobre el funcionamiento familiar y sobre el desarrollo del adolescente serán negativos (Jackson y colaboradores, 1996).

El conflicto es funcional dependiendo del contexto en el que se manifieste y de los otros comportamientos de los que se acompaña. Si

bien el conflicto se ha considerado a menudo como indicador de incompatibilidad, hay pruebas de que puede tener también una función constructiva cuando tiene lugar en condiciones intersubjetivas de confianza e intimidad. La forma en que los miembros de la familia muestran sus puntos de vista y sus desacuerdos con los otros parecen predecir la capacidad de adaptación y la habilidad de relación de los hijos adolescentes. En tales interacciones los hijos pueden escuchar, tomar en consideración e integrar diversos puntos de vista; las decisiones se toman a través de negociaciones más que después de imposiciones unilaterales por parte de uno de los padres o de la aparente indiferencia. En la práctica, en tales circunstancias se evidencia la coocurrencia de conflicto y cohesión, lo que va en paralelo con los resultados de la investigación sobre el desarrollo cognitivo, según la cual cuando los amigos están en desacuerdo y discuten sobre los motivos de su desacuerdo, progresan en mayor medida (Zani, 1993). Al contrario, cuando el conflicto familiar es hostil, incoherente y con una escalada de intensidad, los hijos se sienten abandonados y evitan la interacción con los padres (Patterson, 1986). Por lo tanto, lo importante no es únicamente controlar la ocurrencia o no ocurrencia de conflicto, sino el contexto en el que éste se produce; si éste es un contexto de cohesión relacional, la aparición de cierto grado de conflicto puede proporcionar beneficios personales y una mejoría de las relaciones.

Por otra parte, si el conflicto entre la familia y el adolescente puede conceptualizarse como un proceso que, dependiendo de las características familiares, puede llegar a ser productivo o perjudicial, entonces surgen una serie de cuestiones importantes. Y estas no son sólo cuestiones tales como la frecuencia, intensidad o naturaleza del conflicto, sino cuestiones más fundamentales relacionadas con la forma de funcionamiento familiar en situaciones donde aparecen diferencias particulares de opinión o comportamientos. De especial interés son las cuestiones relacionadas con el acercamiento al conflicto y el resultado de éste. Estas cuestiones son centrales para clarificar la comprensión de qué función cumple el conflicto con los

padres en los procesos de negociación y re-definición que tienen lugar durante la adolescencia. También son cuestiones básicas para la comprensión de las circunstancias en las que puede producirse un daño importante o incluso la ruptura de las relaciones entre padres y adolescentes (Jackson y colaboradores, 1996).

### **3.1. El estudio de Jackson y colaboradores**

Según Jackson et al. (1996), el estudio del conflicto y sus relaciones con el cambio y el desarrollo en la familia requiere dos tipos de acercamientos metodológicos: medidas dirigidas a identificar los patrones familiares y, específicamente, las diferencias entre adolescentes y padres y acercamientos diseñados para focalizarse en los procesos subyacentes al conflicto y el desarrollo del adolescente en la familia. Estos dos acercamientos han sido utilizados por estos autores en un ambicioso estudio transcultural. El objetivo general de este estudio en el que se utilizaron muestras de padres y adolescentes italianos, holandeses e ingleses era investigar la percepción de padres y adolescentes acerca de la adolescencia, analizando los procesos de toma de decisiones en el entorno familiar y cómo se relacionaban con la satisfacción y comunicación familiar, así como el grado en que aparecen los conflictos/desacuerdos en la medida en que el adolescente pretende conseguir mayor autonomía e independencia de sus padres. Sin entrar a detallar este estudio, sí que nos gustaría resaltar algunos de los resultados que en él se presentan y que consideramos de gran interés en relación con el manejo del desacuerdo y las estrategias parentales para mantener la autoridad.

#### **3.1.1 El manejo del desacuerdo.**

En relación con el proceso de negociación de roles y relaciones en la familia, se identificaron tres tipos típicos de situaciones: (a) desacuerdos que surgen debido a que los padres esperan una mayor autonomía por parte del adolescente (por ejemplo, en cuestiones tales como mantener la habitación ordenada, hacer los deberes, etc). Normalmente, estos conflictos se reducen a quejas recurrentes que los

padres, aunque no los adolescentes, consideran frustrantes. Cuando ocurren, los adolescentes a menudo tratan de justificarse, pero finalmente obedecen a sus padres; (b) desacuerdos que tienen lugar debido a que los padres piensan que no es adecuado que el adolescente decida por sí mismo. Usualmente suceden como resultado de una demanda realizada por el joven relacionada con temas que los padres perciben importantes porque pueden tener efectos sobre el futuro o bienestar del hijo/a (ej., salidas, amigos, elección de escuela). Normalmente, los padres ven a su hijo/a como demasiado inmaduro e incapaz de prever las consecuencias a largo plazo de tales elecciones o acciones. Los adolescentes tienden a considerar estos temas de una forma más auto-centrada y aunque a menudo son conscientes de la preocupación de sus padres, consideran que son exagerados; (c) desacuerdos producto de diferencias en gustos y preferencias personales. Normalmente son provocados por las críticas de los padres y se centran en temas tales como la elección de la ropa, música, TV, etc.

Además de estas diferencias en relación con las áreas implicadas, estos autores también encuentran diferencias en la forma en que se maneja el conflicto. Estas diferencias, dependen del grado de control que los padres quieren mantener sobre las decisiones, en contraposición, con el grado de autonomía que están dispuestos a permitir al adolescente.

(1) En los temas en los que los padres parecen querer mantener el control y se ve al hijo como dependiente (ej.: cuestiones relacionadas con el colegio, vacaciones, vuelta a casa por la noche), los padres tienden a imponer sus decisiones. Si esto no funciona, pueden utilizar la amenaza para conseguir que el hijo obedezca. Si aún así el hijo desobedece, entonces se le castiga. Algunas veces estas discusiones tienen un carácter emocional/agresivo, dependiendo de las características individuales de los miembros familiares implicados.



(2) En las áreas donde los padres comienzan a permitir una mayor autonomía (ej. elección de amigos, salidas), padres y adolescentes utilizan en mayor medida los procesos de negociación que finalizan en el compromiso, donde las dos partes ceden. Esta clase de desacuerdo muestra cómo los padres comienzan a reconocer y aceptar las peticiones del adolescente de una mayor autonomía en la toma de decisiones, aunque aún no se encuentran del todo dispuestos a dejar la total responsabilidad en la toma de decisiones al adolescente. Esta es una fase intermedia entre una relación completamente asimétrica donde únicamente deciden los padres y una relación simétrica, donde el adolescente es libre de decidir por sí mismo.

(3) En los temas tales como el ocio, los gustos personales, la comida y la apariencia personal, en general los padres dejan completa libertad de elección. Sin embargo, pueden criticarlos y quejarse.

### **3.1.2. Estrategias parentales para mantener la autoridad.**

Los resultados del estudio de Jackson et al. (1996) muestran que a medida que el adolescente se hace mayor, los padres tienden a imponer sus ideas apelando a su autoridad. Los padres informaban que los adolescentes de 13 años podían ser convencidos más fácilmente con una explicación de las razones de sus decisiones, mientras que los adolescentes de 15 años presentaban una mayor oposición. Tenían lugar más discusiones debido a que el joven está más capacitado para argumentar contra la posición paterna. A menudo los padres tenían que cortar las discusiones de este tipo y simplemente imponer sus decisiones.

Los resultados mostraron que con los adolescentes de 13 años los padres generalmente trataban de explicar sus decisiones y proporcionar razones adecuadas. Normalmente, esto se hacía de forma calmada, con una especial atención en lo que se decía y en cómo se

decía. Los padres que actuaban de esta forma, sentían que sus hijos entendían y aceptaban sus argumentos y que su autoridad era aceptada.

Con los adolescentes de 15 años esta estrategia a menudo fracasaba. Los jóvenes tendían a argumentar en contra y a cuestionar las razones y justificaciones de las decisiones de los padres. Esto significa que en algunas familias, los padres se veían forzados a proporcionar razones más convincentes o a cortar la discusión e imponer su decisión apelando a su autoridad. Estos hechos parecen sugerir que los quince años es un momento particularmente difícil para las relaciones padres-adolescentes. Los padres sienten que no tienen otros recursos, aparte del uso de la autoridad, para mantener el control con sus hijos adolescentes.

Las respuestas de los adolescentes indicaron diferentes razones para la aceptación de los requerimientos de sus padres. Algunos de los adolescentes más jóvenes admitieron que aceptaban las decisiones de sus padres y que consideraban aceptables las explicaciones paternas de los aspectos positivos o negativos de una decisión concreta.

Otros adolescentes declararon que aceptaban las decisiones paternas, pero sentían que sus razones deberían ser adecuadas y que la forma en que las presentaban era importante. Para algunos de estos adolescentes, el aspecto crucial parecía ser la naturaleza de las relaciones con sus padres y la necesidad de ser tratados y reconocidos como personas capaces de tomar sus propias decisiones. Sus reacciones parecían ser una petición de que las relaciones fueran más simétricas y en las que los padres no dieran órdenes, sino que hicieran sugerencias, plantearan propuestas u ofrecieran alternativas.

Algunos de los adolescentes del grupo de más edad parecían reconocer y tener en cuenta los motivos de sus padres para aceptar sus decisiones. Estos jóvenes parecían haber alcanzado una relación más simétrica con sus padres, al menos en lo relativo al acercamiento a la toma de decisiones. Ellos y sus padres hacían hincapié en que las

decisiones eran tomadas conjuntamente y que se tenía en cuenta la opinión de los demás. En tales casos, los adolescentes declararon que aceptaban las decisiones de sus padres y las razones para hacerlo incluían el reconocimiento de los motivos y explicaciones de los padres. Aquí, la dimensión relacional parecía ser menos crítica, en la medida en que el adolescente sentía que los padres habían comenzado a tratarles como un igual.

### **3.2. El conflicto en la familia española**

En un estudio que actualmente se está llevando a cabo en la Universidad de Valencia, Musitu y colaboradores también han analizado el conflicto padres-hijos. Como han señalado Jackson y colaboradores (1996), el estudio del conflicto entre padres e hijos se debe analizar desde una doble perspectiva metodológica: un análisis que permita identificar las principales áreas de conflicto en la familia y el análisis de los procesos que permitan aproximarse a la comprensión de los procesos subyacentes al conflicto. En este sentido, los modelos de estrés familiar, las explicaciones sistémicas del funcionamiento familiar y las orientaciones teóricas que contemplan la interacción familiar como objeto de estudio suponen un complemento a la identificación de los tópicos comunicacionales que padres e hijos consideran que son motivo de conflicto. Desde este punto de vista, las metodologías más cuantitativas permitirían desarrollar marcos conceptuales en cuanto a los procesos explicativos mientras que las orientaciones metodológicas más cualitativas servirían para identificar las áreas de conflicto. Esta propuesta de Jackson y colaboradores (1996) permite vincular de forma eficaz dos aproximaciones metodológicas que, derivando de posiciones epistemológicas diferentes, en la actualidad constituyen uno de los ejes fundamentales del desarrollo de las ciencias sociales (Páez y colaboradores, 1992; Ibáñez e Iñiguez, 1996). Siguiendo con esta lógica de la investigación, Musitu y colaboradores han analizado la presencia de conflicto en la comunicación entre padres e hijos en una muestra de 591 adolescentes en edades comprendidas entre los 15 y los 20 años. Para ello, se les

preguntó tanto a los adolescentes como a sus padres por aquellos aspectos de la relación paterno-filial que consideraban más conflictivos así como el tipo de respuestas que daban a estas situaciones. Finalmente, se les preguntó por aquellos aspectos que tanto padres como hijos pensaban que podrían, a su juicio, mejorar las relaciones entre padres e hijos. El análisis del contenido de las repuestas tanto de los padres como de los hijos proporciona algunos elementos de análisis interesantes.

### **3.2.1 Situaciones más difíciles en la relación padres-hijos.**

A grandes rasgos, padres e hijos coinciden en los temas más difíciles de la interacción diaria. Entre estos destacan los estudios, el tipo de amistades, problemas de la comunicación como las desavenencias o las tareas del hogar. Sin embargo, existe una prioridad diferente para padres e hijos.

*Preocupaciones de los padres.* El padre reconoce estar fundamentalmente preocupado por los estudios, los gastos de los hijos y los problemas de comunicación con ellos, como áreas prioritarias. Las madres, por su parte, indican que son las tareas del hogar las que mayor conflicto generan en la relación con sus hijos aunque conceden una gran importancia también a los gastos y los estudios. A diferencia del padre, que también considera conflictiva la distribución de las responsabilidades domésticas en los hijos, la madre está especialmente preocupada por esta circunstancia. Otra área de conflicto es el aprovechamiento del ocio y el tiempo libre, fundamentalmente los horarios de llegada a casa y las amistades. En esto padre y madre coinciden, aunque la madre expresa una preocupación ligeramente mayor que el padre. Una tercera área de conflicto es la referida a la calidad de las relaciones con los hijos, sobre todo la ausencia de comunicación y las desavenencias familiares. En esto el padre está más preocupado que la madre, lo que indica un mayor distanciamiento del padre con respecto a los hijos. Finalmente, los temas referidos las

relaciones sexuales preocupan de manera más marcada a las madres que a los padres.

*Preocupaciones de los hijos.* En general, los hijos coinciden en identificar prácticamente las mismas áreas de conflicto que los padres. Aunque la prioridad que conceden a estos conflictos presenta marcadas diferencias en comparación con la encontrada en los padres. Así, las tareas del hogar no representan una preocupación especial para los hijos, aunque reconocen que es un tema de conflicto con los padres -fundamentalmente con la madre-. También asignan una gran importancia a los temas relacionados con la sexualidad, sobre todo las chicas. Muy probablemente, ésta preocupación por los temas relacionados con la sexualidad en las chicas esté relacionado con su mayor preocupación por los horarios de vuelta a casa los fines de semana, como efectivamente así se observa. En el caso de los chicos, encuentran el mayor grado de conflicto en lo relacionado con el rendimiento escolar, algo que para las chicas ocupa un lugar secundario. En este sentido, existe un abundante cuerpo de evidencia científica que ha señalado cómo las chicas tienen un rendimiento académico mejor que los chicos y cómo esto se traduce en una mejor valoración como estudiante (Cava 1998; para una revisión). Por otra parte, las peleas entre hermanos es un área de conflicto muy característica de los chicos, al igual que los problemas derivados de la elección de amistades. En cuanto a los problemas en la calidad de la comunicación señalados por los padres, chicos y chicas reconocen que es una área de conflicto familiar, si bien no una de las más importantes. Mientras las chicas se quejan en mayor medida de la incompreensión de los padres hacia ellas, los chicos critican los comportamientos intransigentes de los padres.

### **3.2.2. Respuestas a las situaciones conflictivas de padres e hijos.**

El tipo de soluciones que padres e hijos dan a las situaciones conflictivas no registran tanto consenso como el tipo de situaciones que se consideran conflictivas. Algunas de estas soluciones son

utilizadas tanto por padres como por hijos: diálogo, discusión, enfado y resignación. Otras, sin embargo, son más características de los hijos y no se encuentran en los padres: mentir, buscar consejo en la madre e indiferencia. Estas diferencias reflejan las distintas posiciones de poder entre padres e hijos, lo que en ocasiones condiciona el tipo de respuestas que se dan a las situaciones.

*Respuestas de los padres.* Tanto el padre como la madre reconocen que en gran parte de las situaciones lo que intentan es dialogar con los hijos. Cuando esto no funciona, se abre un abanico de posibilidades que va desde el enfado a la indiferencia. Así, la madre admite enfadarse con los hijos en mayor medida que el padre. Mientras que el padre opta con mayor frecuencia por inhibirse del tema y no hablar. En este sentido, la mayor implicación de la madre en las tareas del hogar, por ejemplo, explica que la estrategia de no hablar de los temas conflictivos se utilice menos, ya que este tipo de conflicto va asociado a la realización de actividades puntuales en un momento preciso. Finalmente, es interesante el hecho de que el padre admita resignarse ante la actitud de los hijos con mayor frecuencia que la madre. Esto estaría en consonancia con su menor implicación familiar ya señalada y, probablemente, tiene que ver con su estrategia de evitar hablar de los problemas.

*Respuestas de los hijos.* Tanto los chicos como las chicas coinciden en señalar que el diálogo es la respuesta más frecuente aplicada a las situaciones conflictivas. Y al igual que los padres, cuando esto no funciona la resignación y el enfado son las principales estrategias utilizadas. El chico también muestra una mayor resignación ante los problemas familiares que la chica, y aquí existe un paralelismo con las respuestas del padre, que se resigna con mayor frecuencia que la madre. Esta consonancia en la respuesta en función del género, viene acompañada en el chico por una mayor indiferencia y pasotismo en la dinámica familiar. Por su parte, las chicas destacan su tendencia al enfado pero manifiestan un menor grado de indiferencia hacia los conflictos familiares. En cuanto a las estrategias

específicas de los hijos que no son empleadas por los padres, los chicos suelen mentir más a menudo mientras que las chicas acuden con mayor frecuencia a la madre. Evidentemente, la indiferencia hacia los conflictos familiares manifestada por los chicos deriva en que la mentira sea una estrategia posible ante los problemas. En el caso de las chicas, los disgustos derivados en su relación con el padre pueden estar explicando la búsqueda de consejo en la madre.

### **3.2.3. Propuestas de los padres para mejorar la relación con sus hijos.**

Cuando se les pregunta a los padres qué circunstancias permitirían mejorar la relación con sus hijos éstos destacan que un mayor conocimiento de sus hijos mejoraría sensiblemente la interacción familiar. En general, los padres manifiestan un desconocimiento de los proyectos e intereses de los hijos que, en su opinión, son la base de los conflictos familiares. En este sentido, tanto el padre como la madre reconocen que un conocimiento en mayor profundidad de los proyectos de futuro de los hijos, su evolución en los estudios, las salidas nocturnas y las amistades permitirían mejorar la calidad de la comunicación familiar. En menor medida también aparece la preocupación por el consumo de drogas, una preocupación que descansa en la incertidumbre con respecto al tipo de actividades que el adolescente realiza fuera del hogar, fundamentalmente en su tiempo de ocio. Existen, sin embargo, algunas diferencias entre el padre y la madre. La madre considera que estar más informada sobre las relaciones de pareja de los hijos -fundamentalmente de las chicas- reduciría en buena medida el conflicto familiar. En este tema el padre presenta una mayor inhibición. Además, la madre considera que la ausencia de comprensión por parte de los hijos es uno de los grandes obstáculos para la eliminación del conflicto. Este egoísmo de los hijos no parece ser compartido por el padre, quien considera que la comprensión, si bien importante, no es uno de los principales recursos que permitirían disminuir el conflicto. Como se aprecia, los padres tienden a señalar que un mayor conocimiento de la vida de los adolescentes mejoraría la calidad de la interacción familiar. Como se

comprueba al analizar las respuestas de los adolescentes, los hijos sitúan el origen del problema en el grado de autoridad que los padres aplican en las decisiones sobre los aspectos relacionados con ellos.

#### **3.2.4. Propuestas de los hijos para mejorar la relación con sus padres.**

Los cuatro elementos que mejorarían la calidad de la interacción familiar tanto para las chicas como para los chicos son: mayor comprensión, más diálogo, respeto por la autonomía y reducción del castigo. Como vemos, a diferencia de los padres, los hijos no perciben que sean los contenidos de la comunicación lo importante para reducir el conflicto, sino la actitud ante ellos. Esta diferente perspectiva en el análisis, obviamente, perpetúa el conflicto ya que mientras los padres demandan más información los hijos requieren una diferente actitud. De este modo, los niveles de análisis son diferentes lo que se traduce en diferentes demandas que no encuentran fácil solución. Así, tanto los chicos como las chicas demandan mayor diálogo y respeto por la autonomía, independientemente de los contenidos transmitidos durante la interacción. Los chicos, por su parte, manifiestan una mayor sensibilidad ante la agresión y el castigo físico mientras que las chicas muestran una mayor sensibilidad hacia la presencia de comprensión en la comunicación con los padres.

### **Resumen**

En este capítulo hemos analizado las relaciones familiares respecto a la autonomía y comunicación mutua de los adolescentes con los padres.

Se han presentado estudios sobre los problemas que surgen en la familia española cuando el adolescente busca su independencia y los padres tienen que utilizar nuevas estrategias para mantener la autoridad. Pueden ser situaciones difíciles y conflictivas.



También hemos visto las propuestas de los padres para mejorar la relación con sus hijos y las propuestas de los hijos para mejorar la relación con sus padres.



# **Segunda Parte**

# **ESTUDIO EMPÍRICO**



# CAPÍTULO V:

## MÉTODO

---

En primer lugar, plantearemos los objetivos, generales y específicos, que orientan y guían esta investigación y las hipótesis que de ellos se derivan a la luz del marco teórico presentado.

Seguidamente se describiremos la muestra seleccionada en función del género, edad, nivel y tipo de centro de estudios, estructura familiar.

En tercer lugar presentaremos los instrumentos seleccionados para la recogida de datos en la muestra. Esta selección ha sido guiada en todo momento por los objetivos de la investigación en un intento de cubrir la información necesaria de cada una de las variables objeto de estudio (variables familiares, apoyo social y conductas delictivas y consumo de sustancias) y por la idea de que lo que nos interesa es la percepción del propio adolescente. De hecho, numerosos autores han defendido el punto de vista fenomenológico en el estudio de la conducta humana. Así, Brofenbrenner (1979, pág. 24) señala que “lo que cuenta para la conducta y el desarrollo es el ambiente como se lo *percibe*, más que como pueda existir en la realidad “objetiva”. De este modo encontramos también en la abundante literatura sobre adolescencia y conductas de riesgo, numerosos autores que defienden el uso del autoinforme como técnica de recogida de datos para adolescentes en relación a las variables familiares (Freeman y Newland, 2002; Jackson *et al.*, 1998), el apoyo social (Gracia *et al.*, 2002), las conductas delictivas (Slomkowski *et al.*, 2001) y el consumo de sustancias.

En cuarto lugar, encontraremos la referencia al procedimiento y diseño utilizado en el estudio.

## 1. Objetivos e hipótesis

### 1.1. Objetivos

El objetivo general de este trabajo de investigación es fundamentalmente de naturaleza teórico conceptual. Como ya hemos dicho al comienzo de este informe científico, queremos estudiar los distintos grados de asociación o correlación existentes entre un grupo relevante de variables que, sintéticamente, denominamos **relaciones familiares**, y de éstas, a su vez, con comportamientos indicadores de **ajuste** – o desajuste- en los adolescentes de la Comunidad de Castilla y León.

Este objetivo general lo acotamos de la siguiente manera, o si se prefiere, lo concretamos en los siguientes objetivos específicos como ya hemos adelantado en la página 15 de este informe:

Uno: estudiar el funcionamiento familiar según las distintas tipologías que ofrece la literatura científica más relevante. Es decir: *realizar un análisis de las relaciones familiares desde las tipologías del funcionamiento familiar y de otras variables relevantes de los ámbitos familiar e individual con el fin de seleccionar aquellas que tengan una mayor relación con el ajuste.*

Dos: comprobar la relación, o grado de asociación, del funcionamiento familiar y de la comunicación familiar con el ajuste de los adolescentes. Es decir: *comprobar hasta qué punto el funcionamiento y la comunicación familiar permiten identificar a las familias con mayor nivel de ajuste y analizar la influencia de estos dos recursos en el ajuste individual de los adolescentes que viven en esas familias.*

Tres: analizar la influencia de la comunicación familiar vista desde la perspectiva del adolescente, en el ámbito familiar. Es decir:

*identificar el grado de relación o asociación de la comunicación padres / hijos y el afrontamiento familiar, así como su influencia en el bienestar familiar y de cada uno de sus miembros.*

Cuatro: analizar la relación o asociación del funcionamiento familiar y de la comunicación familiar con la manifestación de conductas de riesgo del adolescente (ajuste/desajuste). Es decir: *identificar el grado de correlación existente entre estas tres variables: funcionamiento familiar, comunicación familiar y conductas de riesgo, sobre todo consumo de sustancias y conductas desviadas.*

## **1.2. Hipótesis**

Guiándonos por los conocimientos científicos disponibles revisados y asumidos en la primera parte de este informe (principio de la acumulación y principio de la autocorrección de los conocimientos científicos), nos parece razonable poder encontrar evidencia empírica suficiente que avale las siguientes hipótesis derivadas de cada uno de los objetivos:

*Primera:* Las relaciones del Funcionamiento Familiar (cohesión más adaptabilidad) con ajuste familiar, serán de tipo lineal: a mayor nivel de funcionamiento familiar, mayor será el grado de ajuste familiar e individual de los adolescentes.

*Segunda:* El funcionamiento familiar y la comunicación entre padres e hijos se relacionarán consistentemente con un mejor ajuste de los adolescentes.

*Tercera:* La identificación de comunicación familiar por los adolescentes será un indicador válido de la presencia de otros recursos del sistema familiar.

*Cuarta:* La relación funcional del funcionamiento y la comunicación familiar con la percepción de disponibilidad de recursos de apoyo social será de tipo lineal: a mayor nivel de

funcionamiento y de comunicación familiar, mayor será la percepción de apoyo social por parte del adolescente.

*Quinta:* Existirán diferencias significativas en la manifestación de conductas de riesgo, como consumo de sustancias, en función de la tipología familiar y la comunicación.

*Sexta:* A mayor nivel de funcionamiento y comunicación familiar, menor será la implicación del adolescente en conductas de riesgo, como consumo de sustancias y conducta delictiva.

*Séptima:* El apoyo social percibido por el adolescente, actuará como mediador o reductor del efecto negativo que los problemas de funcionamiento ejercen sobre el ajuste psicosocial del adolescente.

*Octava:* El funcionamiento familiar y la comunicación se interrelacionarán siendo significativos con los factores de ajuste del adolescente.

## **2. Participantes**

El universo de la presente investigación son los adolescentes de ambos géneros de la comunidad castellano-leonesa. El muestreo se ha realizado en función del género y la edad entre la población general de adolescentes escolarizados en la Comunidad de Castilla y León.

A continuación se analizan las características de la muestra objeto de estudio. Aunque el conjunto total de los individuos a los que se han aplicado los instrumentos es  $n=1047$ . Debido a algunas omisiones y errores en las respuestas, en ocasiones los análisis se han efectuado sobre un número menor de observaciones. Este porcentaje es en todos los casos residual, tal y como se desprende de los datos que se presentan a continuación sobre la naturaleza de la muestra.



## 2.1. Género

En la tabla 1 se puede observar la distribución de la muestra en función del género. El número de chicas es ligeramente superior al de chicos (55% frente a 45%) si bien ambas categorías están bien representadas en la muestra. Un 3.5% de la muestra no indicó correctamente su pertenencia a uno u otro grupo.

**Tabla 1:** *Distribución de la muestra en función del género.*

		Frecuencia	Porcentaje	Porcentaje válido	Porcentaje acumulado
Válidos	chicos	454	43,4	45,0	45,0
	chicas	556	53,1	55,0	100,0
	Total	1010	96,5	100,0	
Perdidos	Perdidos	37	3,5		
	Total	37	3,5		
Total		1047	100,0		

## 2.2. Edad

En la tabla 2 se presenta la distribución de la muestra en función de la edad. Con el objeto de obtener una representación adecuada de los diferentes estadios de la adolescencia (pre-adolescencia, adolescencia y adolescencia tardía) se ha incluido en esta muestra sujetos en un rango de edad que va de 12 a 20 años. Un 3.5% de los sujetos no indicaron correctamente su edad.

**Tabla 2:** *Distribución de la muestra en función de la edad.*

		Frecuencia	Porcentaje	Porcentaje válido	Porcentaje acumulado
Válidos	12	10	1,0	1,0	1,0
	13	106	10,1	10,5	11,5
	14	210	20,1	20,8	32,3
	15	149	14,2	14,8	47,0
	16	156	14,9	15,4	62,5
	17	125	11,9	12,4	74,9
	18	83	7,9	8,2	83,1
	19	105	10,0	10,4	93,5
	20	66	6,3	6,5	100,0
	Total		1010	96,5	100,0
Perdidos	Perdidos	37	3,5		
	Total	37	3,5		
Total		1047	100,0		

### **2.3. Grupos de Edad y Género**

Con el objeto de agrupar a los individuos en función de la edad de manera que represente también los diferentes estadios o fases de la adolescencia, se ha dividido el rango de edad en tres grupos: 12-14 años; 15-17 años, y; 18-20 años. Este tipo de diferenciación obedece al interés por crear categorías que permitan reflejar adecuadamente los diferentes estadios evolutivos durante la adolescencia. En nuestro caso, el primer grupo (12-14 años) identificaría a aquellos jóvenes que se encuentran en la primera fase de la adolescencia -PRE-adolescencia-; el segundo grupo (15-17 años) identificaría a los sujetos en fase de adolescencia media; y, finalmente, el tercer grupo (18-20 años) recoge a aquellos sujetos en la última fase de la adolescencia -post-adolescencia-. En la tabla 3 se presenta la distribución de los sujetos en función del grupo de edad y el género.

**Tabla 3:** *Distribución de los grupos de edad en función del género.*

		sexo			
		chicos		chicas	
		Recuento	% tabla	Recuento	% tabla
Grupos de edad	12-14 años	156	15,6%	168	16,8%
	15-17 años	205	20,5%	223	22,3%
	18-20 años	89	8,9%	161	16,1%

En esta tabla se aprecia con claridad que en las seis categorías generadas por las variables género y grupo de edad existe una representación adecuada de los sujetos. Además, los porcentajes de chicos y chicas en cada grupo de edad son similares, si bien en el grupo de edad de 18 a 20 años existe una proporción más marcada de chicas (64.7% de chicas frente a un 35.3% de chicos).

#### **2.4. Nivel de Estudios**

Una característica singular de la muestra que se ha utilizado en esta investigación es la completa escolarización de los sujetos que la componen. El mero hecho de asistir con regularidad a un centro de estudios es un índice indirecto de que los miembros de la muestra no constituyen, a priori, una muestra con problemas de adaptación y que podemos considerar, por tanto, como normal. En la tabla 4 se presenta el tipo de estudios que cursaban los sujetos de esta investigación.

**Tabla 4:** *Distribución de la muestra en función del curso.*

		Frecuencia	Porcentaje	Porcentaje válido	Porcentaje acumulado
Válidos	1º ESO	29	2,8	3	3
	2º ESO	246	23,5	25,2	28,2
	3º ESO	240	22,9	24,6	52,8
	4º ESO	89	8,5	9,1	61,9
	1º BACH	204	19,5	20,9	82,8
	2º BACH	53	5,1	5,4	88,2
	Facultad	115	11,0	11,8	100
	Total	976	93,2	100	
Perdidos	Perdidos	71	6,8		
Total		1047	100,0		

## 2.5. Tipo de Centro

En la tabla 5 se presenta la distribución de los sujetos de la muestra en función del tipo de centro en el que cursan sus estudios. Gran parte de estos sujetos estudian en centros de enseñanza privada (81.7%) y tan sólo 180 sujetos pertenecían a centros públicos de enseñanza (18.7%). Por último, 66 sujetos no indicaron correctamente el tipo de centro al que pertenecían.

**Tabla 5:** *Distribución de la muestra en función del tipo de centro de enseñanza.*

		Frecuencia	Porcentaje	Porcentaje válido	Porcentaje acumulado
Válidos	Privado	801	76,5	81,7	81,7
	Público	180	17,2	18,3	100,0
	Total	981	93,7	100,0	
Perdidos	Perdidos	66	6,3		
	Total	66	6,3		
Total		1047	100,0		

## 2.6. Estructura Familiar

### 2.6.1. Formas familiares

Como se recoge en la tabla 6, la gran mayoría de la muestra pertenece a familias que podríamos considerar, inicialmente, como ‘normales’. Este tipo de familia ‘normal’, refleja la presencia de los dos progenitores naturales del individuo. Esta categoría de ‘familia completa’, agrupa al 88.8% de la muestra (914 sujetos). Si bien vivir en una familia completa no constituye ninguna garantía de ajuste ni familiar ni individual, sí puede tomarse como un nuevo indicio de que la muestra de esta investigación puede considerarse normal. Tan sólo un 4.5% de la muestra vive en familias en la que los padres están separados, mientras que un 3.2% son familias que de alguna u otra manera han sido reconstituidas -algún miembro de la pareja se separó y volvió a casarse, enviudó y volvió a casarse, etc.-. Un porcentaje residual de la muestra recoge a sujetos que son hijos adoptivos (0.6%). Un 3.3% de los sujetos indicaron alguna otra situación familiar no recogida en las categorías previas y, finalmente, un 1.1% de los componentes de la muestra no indicaron con claridad a qué tipo de familia pertenecían.

**Tabla 6:** *Distribución de la muestra en función del tipo de familia.*

		Frecuencia	Porcentaje	Porcentaje válido	Porcentaje acumulado
Válidos	Familia Completa	914	87,3	88,3	88,3
	Padres Separados	47	4,5	4,5	92,9
	Familia Reconstituida	33	3,2	3,2	96,0
	Padres Adoptivos	6	,6	,6	96,6
	Otros	35	3,3	3,4	100,0
	Total	1035	98,9	100,0	
Perdidos	Perdidos	12	1,1		
	Total	12	1,1		
Total		1047	100,0		

### 2.6.2. Número de hijos

En la tabla 7 se presenta la información referida al número de hermanos/as de los sujetos que componen la muestra. Como se aprecia en esta tabla, la muestra recoge de manera bastante fiel una realidad bien conocida de la familia española: gran parte de las familias tiene entre dos y tres hijos/as. De este modo, en la muestra que ha servido de base a esta investigación, el número de familias que tienen entre dos y tres hijos/as alcanza el 78.1% de la muestra, aproximadamente tres cuartas partes del total. Con una representación más o menos residual se encuentran aquellas familias con un sólo hijo/a (8.6%) y aquellas con cuatro o más hijos/as (11.6%). Finalmente, un 3.1% de los sujetos no indicó con claridad el número de hermanos/as en la familia.

**Tabla 7:** *Distribución de la muestra en función del número de hermanos.*

		Frecuencia	Porcentaje	Porcentaje válido	Porcentaje acumulado
Válidos	Hijo único/a	87	8,3	8,6	8,6
	2-3 hermanos	793	75,7	78,1	86,7
	4-5 hermanos	118	11,3	11,6	98,3
	más de 5 hermanos	17	1,6	1,7	100,0
	Total	1015	96,9	100,0	
Perdidos	Perdidos	32	3,1		
	Total	32	3,1		
Total		1047	100,0		

### 2.6.3. Posición de los hijos

La dinámica familiar, al incluir con frecuencia un número de interacciones y rutinas de naturaleza multidimensional y compleja, ha sido explicada en ocasiones en función del orden de nacimiento que, de este modo, ordena y clasifica a los sujetos. Tanto la experiencia investigadora como la propia rutina diaria, ha señalado las diferencias existentes, por ejemplo, entre la realidad familiar de un hijo/a única/a o el de un miembro de una familia numerosa. Como todo grupo, la familia debe ajustarse a la presencia de nuevos miembros y debe reajustar los recursos materiales, psicosociales (por ejemplo, el afecto) y educativos a las nuevas necesidades. Este discurrir lleva implícito un aprendizaje de nuevas situaciones y conlleva a menudo el ensayo de nuevas estrategias para resolver las dificultades que se presentan en el día a día. Es interesante, por tanto, contrastar no sólo el número de miembros (hermanos/as) que hay en la familia sino incluso el orden que ocupan. En la tabla 8 se resume esta circunstancia para el conjunto de la muestra. Tal y como se recoge en la tabla 8, la mayor parte de la muestra se divide entre los hermanos/as mayores (31.8% de primogénitos) y los benjamines (39.3%). De aquellos sujetos que

pertenecen a familias de tres o más hermanos/as, 205 ocupan una posición intermedia entre los hijos/as (20.3% de la muestra). Finalmente, hay 87 adolescentes (8.6%) que son hijos únicos.

**Tabla 8:** *Distribución de la muestra en función de la posición entre los hermanos.*

		Frecuencia	Porcentaje	Porcentaje válido	Porcentaje acumulado
Válidos	Hijo único	87	8,3	8,6	8,6
	Primogénito	322	30,8	31,8	40,5
	Benjamín	397	37,9	39,3	79,7
	Hermano Mediano	205	19,6	20,3	100,0
	Total	1011	96,6	100,0	
Perdidos	Perdidos	36	3,4		
	Total	36	3,4		
Total		1047	100,0		

Finalmente, para dar idea del tipo de sujetos que componen la muestra se ha combinado la información procedente de tablas anteriores para mostrar cuál es la distribución de la muestra en función de su grupo de edad, el género y la posición que ocupan en la familia. Como puede apreciarse en la tabla 9, todas las categorías están marcadamente equilibradas y a tenor de este resumen de los datos no puede hablarse de una presencia especial en la muestra de una categoría u otra.



**Tabla 9:** *Distribución de la muestra en función de la posición entre los hermanos, el grupo de edad y el género.*

				sexo			
				chicos		chicas	
				Recuento	% tabla	Recuento	% tabla
Posición entre los hermanos	Hijo único	Grupos de edad	12-14 años	10	1,0%	21	2,1%
			15-17 años	19	1,9%	14	1,4%
			18-20 años	11	1,1%	10	1,0%
	Primogénito	Grupos de edad	12-14 años	47	4,7%	52	5,2%
			15-17 años	75	7,5%	69	6,9%
			18-20 años	23	2,3%	51	5,1%
	Benjamín	Grupos de edad	12-14 años	80	8,0%	66	6,6%
			15-17 años	73	7,3%	94	9,4%
			18-20 años	24	2,4%	54	5,4%
Hermano mediano	Grupos de edad	12-14 años	19	1,9%	25	2,5%	
		15-17 años	37	3,7%	45	4,5%	
		18-20 años	31	3,1%	46	4,6%	

### 3. Instrumentos

En esta sección se presentan los instrumentos utilizados para definir operativamente las variables prestando especial atención a su consistencia interna y validez de los mismos dada la naturaleza correccional de esta investigación. Los instrumentos en dos tipos: familiares e individuales. Funcionamiento familiar, comunicación familiar, estrés familiar y afrontamiento familiar, ajuste individual y conductas de riesgo en los adolescentes.

Para hacer más ágil la lectura, se presentan de forma resumida los resultados de los análisis realizados con los siguientes instrumentos:

1. FACES III (R)
2. Cuestionario de Satisfacción Familiar (SF)
3. Escala de Evaluación de Comunicación Padres-Hijos (CM)
4. Cuestionario de Eventos y Cambios Vitales (A-FILE-R-)
5. Cuestionario de Afrontamiento Familiar (F-COPES-R)
6. Cuestionario de Autoestima (AUT-30-R)
7. Cuestionario de Animo Depresivo (CES-D)
8. Cuestionario de Evaluación de Relaciones Interpersonales (RP).
9. Cuestionario de Consumo de Sustancias (CS)
10. Cuestionario de Conductas delictivas (CD)

Para una consulta detallada de estos análisis, ver ANEXO CD

### **3.1. Para operacionalizar “Funcionamiento Familiar”**

El funcionamiento familiar ha sido definido como aquel conjunto de atributos que caracterizan a la familia como sistema y que explican las regularidades encontradas en la forma cómo el sistema familiar opera, evalúa o se comporta (McCubbin y Thompson, 1987). Es frecuente que el funcionamiento familiar se analice a partir de tipologías familiares que permitan distinguir, con pocas dimensiones, sistemas familiares que funcionan de forma muy diferente tanto internamente como en relación al exterior. Son múltiples las tipologías que se han ofrecido del funcionamiento familiar y aunque todas ellas comparten el objetivo de discriminar entre los diferentes tipos de sistemas familiares, suelen estar basadas en diferentes dimensiones del sistema familiar (consultar el MARCO TEÓRICO para un análisis más detallado). Así, McCubbin y Thompson (1987) han sugerido la tipología de la Familia Regenerativa -basado en trabajos previos sobre el poder regenerativo de Hill (1949)- que tiene en cuenta la coherencia familiar y la resistencia familiar. La Coherencia Familiar hace referencia al énfasis que la familia pone en la lealtad, aceptación y confianza entre los miembros durante el proceso de resolución de los problemas que afectan al sistema familiar. La Resistencia Familiar, por su parte, tiene que ver con la persistencia e intensidad de recursos familiares como el sentimiento de control de las situaciones estresantes, la implicación en actividades comunes y el compromiso para evolucionar conjuntamente. Estas dos dimensiones del funcionamiento familiar proporcionan cuatro tipos de familias, según se trate de niveles alto/bajo en cada una de las variables: familias vulnerables, familias seguras, familias duraderas, familias regenerativas. En tanto que las familias regenerativas mantienen altos niveles de Resistencia y Coherencia Familiar -dos recursos del sistema familiar- la capacidad de adaptación de este tipo de familias será mayor en comparación con los otros tres tipos de formas familiares.

Otros autores (Lavee, 1985; McCubbin y Thomson, 1987) han propuesto las dimensiones de Cohesión y Adaptabilidad familiar para configurar una tipología similar a la propuesta por Olson y colaboradores (1985). En este caso, lo que se evalúa del funcionamiento familiar es el grado de vinculación emocional de los miembros de la familia (Cohesión familiar) y la capacidad de la familia para cambiar sus reglas y roles en respuesta a las nuevas demandas que encuentra durante su desarrollo (Adaptabilidad Familiar). La combinación de niveles bajo/alto de estas dos dimensiones proporciona cuatro formas familiares: Familias Frágiles, Familias Unidas, Familias Flexibles y Familias Resistentes. En esta tipología, el sistema familiar definido como resistente (con alta cohesión y alta adaptabilidad) se caracteriza por su gran capacidad de adaptación ante las nuevas demandas y por su capacidad para mantener intacto el vínculo emocional entre sus miembros. Desde el punto de vista de la calidad del funcionamiento familiar, este tipo de sistema familiar resistente proporcionará mayor nivel de ajuste y adaptación a sus miembros que los restantes tres tipos.

Existen otras tipologías del funcionamiento familiar, basadas también en la clasificación de las familias dependiendo de sus niveles bajo/alto en dos dimensiones ortogonales del sistema familiar. Por ejemplo, la tipología basada en la Familia Rítmica analiza las Rutinas Familiares, por una parte, y la valoración que los miembros de la familia realizan de esas rutinas (McCubbin y Thompson, 1987). Obviamente, aquella familia con una estructura clara de rutinas y distribución del tiempo, por una parte, y con una valoración positiva por parte de sus miembros de esa estructura (Familia Rítmica), mantendrá mejores niveles de ajuste durante su ciclo vital. En el caso de la tipología Tradicionalista (McCubbin y Thompson, 1987), lo que se evalúa son las Tradiciones Familiares y las Celebraciones Familiares. En este caso, la Familia Tradicional (aquella que no pone un gran énfasis en las celebraciones pero que se preocupa por la transmisión de las tradiciones de generación en generación) mantiene

mayor cantidad de recursos durante el ciclo vital que las otras tres formas familiares.

Frente a este tipo de formas familiares que establecen relaciones lineales entre las dimensiones evaluadas y el nivel de ajuste de la familia durante el ciclo vital, Olson y colaboradores (1985) han propuesto en su Modelo Circumplejo una tipología de formas familiares que tiene en cuenta la relación curvilínea entre las dimensiones y el ajuste de la familia. De este modo, y a partir de las dimensiones de Cohesión Familiar y Adaptabilidad Familiar, estos autores han propuesto la existencia de tres tipos básicos de sistemas familiares: familias extremas, familias equilibradas y familias intermedias o de rango medio. La lógica que subyace a esta distinción reside en considerar negativo para la evolución del sistema familiar tanto los niveles bajos como los niveles altos de cohesión y adaptabilidad. Por familia extrema se entiende aquel tipo de familia que o bien mantiene simultáneamente niveles muy bajos de cohesión y adaptabilidad o bien los mantiene excesivamente elevados. Por su parte, la familia equilibrada se caracteriza por mantener niveles moderados de cohesión y adaptabilidad, mientras que la familia de rango medio presenta una mezcla de niveles bajo y alto en las dos dimensiones. De estos tres tipos de sistema familiar, es la familia equilibrada (con niveles moderados de adaptabilidad y cohesión) la que mantiene mejores niveles de ajuste durante el ciclo vital ya que combina los recursos del funcionamiento familiar de una manera equilibrada y eficaz. En otras palabras, un sistema familiar que mantenga un gran énfasis en el sentimiento de vinculación emocional entre sus miembros (elevada cohesión) y a la vez una gran capacidad de cambio de sus roles y estructuras familiares en función de las demandas externas a la familia (elevada adaptabilidad) mostrará los mismos problemas de ajuste y adaptación durante el ciclo vital que una familia que mantenga simultáneamente poca capacidad de cambio de sus estructuras (baja adaptabilidad) y una baja vinculación emocional entre sus miembros (baja cohesión).

Puesto que un objetivo de esta investigación es precisamente el análisis del tipo de relación que existe entre las dimensiones del funcionamiento familiar, con la finalidad de descubrir qué forma familiar se adapta con mayor éxito durante el ciclo vital, se ha elegido la evaluación de la cohesión y la adaptabilidad familiar que proponen Olson y colaboradores (1985) ya que esta elección permite, en otros objetivos, analizar la pertinencia de asumir relaciones lineales o curvilíneas, un aspecto que ha promovido un enriquecedor debate entre los estudiosos de la familia (McCubbin y colaboradores, 1996; para un análisis).

### **3.1.1. Faces-III (R)**

El desarrollo del instrumento de evaluación familiar FACES (*The Family Adaptability and Cohesion Evaluation Scales*) tiene una historia de dos décadas. En 1978, Olson, Portner y Bell iniciaron el análisis del funcionamiento familiar con un conjunto de escalas construidas con un lenguaje asequible para niños a partir de los doce años de edad. En esta primera versión, se evaluaba la cohesión y la adaptabilidad familiar percibida por cada miembro a través de 96 ítems que mostraban un  $\alpha$  de Cronbach de .75 y .83 para las escalas de adaptabilidad y cohesión respectivamente (N=631), aunque el total de ítems era de 111 una vez añadidos 15 ítems de la escala de Deseabilidad Social de Edmond. Comparados con familias en terapia, se observó en la muestra normal un mayor porcentaje de familias equilibradas y menor porcentaje de familias extremas, lo que se consideró como un índice de la validez del instrumento. A partir de 1981 (Olson, Portner y Bell), iniciaron un trabajo de reducción del número de ítems de la escala y simplificación de las frases en algunos ítems. De este modo, se redujo el instrumento a 30 ítems (FACES-II) que proporcionaban un  $\alpha$  de Cronbach de .78 y .87 para las escalas de adaptabilidad y cohesión respectivamente (N=2412). El tamaño de esta nueva muestra permitió analizar las características del instrumento en diferentes subgrupos, comprobando la bondad del instrumento. Además, se comprobó la fiabilidad test-retest al cabo de

cuatro semanas en un grupo de 124 estudiantes de instituto y universitarios. Las correlaciones encontradas para el FACES-II fueron elevadas para las dos dimensiones evaluadas: cohesión ( $r=.83$ ) y adaptabilidad ( $r=.80$ ).

Desde 1983, Olson, Portner y Lavee han venido trabajando en el problema de la ortogonalidad o independencia de las escalas de cohesión y adaptabilidad. En este sentido, la creación de tipologías en función de la cohesión y la adaptabilidad descansa en el supuesto de independencia de las dos dimensiones. En versiones previas del FACES (versión I y II) estas escalas se mostraban muy correlacionadas. Con la selección de 20 ítems de la escala original, los autores han informado haber encontrado una correlación entre cohesión y adaptabilidad muy baja ( $r=.03$ ). El FACES-III también evalúa la percepción ideal que los miembros de la familia mantienen con respecto a los niveles de cohesión y adaptabilidad. Se indica cómo se han configurado las variables En el cuadro I

**Cuadro I:** Configuración de las variables del FACES-III (R)

<b>Cohesión (Percibida e Ideal)</b>	item01+item03+item05 +item07+item09+item11+item13+item15+item17+item19
<b>Adaptabilidad (Percibida e Ideal)</b>	item02+item04+item06+item08 +item10+item12+item14+item16+item18+item20

Los datos descriptivos de las 4 variables configuradas se presentan en ANEXO CD. Puede comprobarse que la desviación de la normalidad es pequeña en todas las variables para los coeficientes de asimetría y curtosis.

**Fiabilidad:** El análisis de la fiabilidad de la escala global en la muestra proporciona un  $\alpha$  de Cronbach de .8258 (estandarizado). El  $\alpha$  para la escala de cohesión es de .8123 mientras que el  $\alpha$  para la escala de adaptabilidad es de .6455 (estandarizado). Con respecto a la cohesión y adaptabilidad ideal, la escala global muestra una consistencia interna de .8169 (estandarizado). Por su parte, las escalas tienen un  $\alpha$  de Cronbach de .7946 y .6651 para las dimensiones de

cohesión ideal y adaptabilidad ideal, respectivamente (ambos coeficientes son los correspondientes a las puntuaciones estandarizadas). Se puede consultar con más detalle los resultados del análisis de consistencia interna en el ANEXO CD (en CD).

**Grupos de Género y Edad:** ha realizado un análisis multivariado en las puntuaciones de Adaptabilidad y Cohesión-Percibida e Ideal-para los grupos de género (chico-chica) y edad (12-14 años; 15-17 años; 18-20 años). En primer lugar se analiza la existencia de efectos de segundo orden (interacción género\*edad) en la puntuaciones del funcionamiento familiar. En la tabla 10 se presentan los resultados del MANOVA con dos factores.

**Tabla 10:** MANOVA de las dimensiones del funcionamiento familiar con género y grupos de edad como factores fijos

	<i>F</i>	<i>Gl hipótesis</i>	<i>Gl error</i>	<i>Sig.</i>
Sexo	7.44	4	931	.000
Cohesión Per.				.320
Adapt. Perc.				.020
Cohesión Ideal				.030
Adapt. Ideal				.000
Edad	4.32	8	1864	.000
Cohesión Per.				.000
Adapt. Perc.				.572
Cohesión Ideal				.001
Adapt. Ideal				.212
Sexo*Edad	1.31	8	1864	.234

Atendiendo primero a los resultados del análisis multivariado género\*edad (parte baja de la tabla 10), se observa que no existe interacción ( $F_{8,1864}=1.31$ ;  $p=.234$ ). La ausencia de interacción entre los factores permite analizar los efectos de menor orden con mayor confianza (Stevens, 1992); en este caso, los efectos principales de los factores en las dimensiones del funcionamiento familiar. Las puntuaciones de cohesión y adaptabilidad (tanto percibida como ideal) se diferencian en función del género ( $F_{4,931}=7.44$ ;  $p=.000$ ) y la edad ( $F_{8,1864}=4.32$ ;  $p=.000$ ). Cuando existe un efecto multivariado es habitual realizar un contraste univariado de cada variable con el factor para comprobar qué variables realizan la contribución más importante al efecto multivariado. Debajo de la variable género, se presentan las

significaciones estadísticas del contraste univariado para este factor. Se observa que tanto la adaptabilidad percibida ( $p=.020$ ) como la cohesión ideal ( $p=.030$ ) y la adaptabilidad ideal ( $p=.000$ ) presentan diferentes puntuaciones para chicos y chicas. En el caso del contraste univariado de estas dimensiones en los tres grupos de edad, la cohesión percibida ( $p=.000$ ) y la cohesión ideal ( $p=.001$ ) son las únicas que presentan significación estadística. En la tabla 11 se presentan los resultados del contraste de medias para el género y la edad en cada una de las variables incluidas en el análisis. Para una descripción detallada de los resultados puede consultarse el ANEXO CD.

**Tabla 11:** Comparación de la medias de las dimensiones del funcionamiento familiar para los niveles de género y edad<sup>1</sup>

	Género		Grupos de Edad		
	Chicos	Chicas	Grupo 1 12-14 años	Grupo 2 15-17 años	Grupo 3 18-20 años
Cohesión Per.			34.52 a	32.92 b	32.43 b
Adaptabilidad Per.	28.44 b	29.39 a			
Cohesión Ideal	38.09 b	38.87 a	39.26 a	37.76 b	38.43
Adaptabilidad Ideal	37.63 b	39.37 a			

(1) La significación de las medias es al nivel de .05

a>b,  $p<.05$



**Tabla 11:** Comparación de la medias de las dimensiones del funcionamiento familiar para los niveles de género y edad<sup>1</sup>

	Género		Grupos de Edad		
	Chicos	Chicas	Grupo 1 12-14 años	Grupo 2 15-17 años	Grupo 3 18-20 años
Cohesión Per.			34.52 a	32.92 b	32.43 b
Adaptabilidad Per.	28.44 b	29.39 a			
Cohesión Ideal	38.09 b	38.87 a	39.26 a	37.76 b	38.43
Adaptabilidad Ideal	37.63 b	39.37 a			

(1)La significación de las medias es al nivel de .05

a>b; p<.05

En el caso del género, se observa que las chicas puntúan más alto en todas las dimensiones que han mostrado significación (Adaptabilidad Percibida, Adaptabilidad Ideal y Cohesión Ideal). Esto es así para los sujetos de cualquier edad. En el caso de la edad, el contraste de las medias (con la corrección de Bonferroni) indica que los sujetos de la muestra en el grupo de edad de 12 a 14 años perciben sus familias más cohesionadas e incluso desearían que lo estuviera más que el resto de los grupos de edad ( $a > b$ ) La ausencia de interacción género\*edad permite además afirmar que esto es así tanto para los chicos como para las chicas. Sin embargo, tan sólo existen diferencias significativas entre el grupo de menor edad y el grupo intermedio ( $a > b$ ) pero no entre éste y el de mayor edad ni entre el grupo de mayor y el de menor edad. Los resultados de esta tabla sugieren que los chicos tienden a percibir niveles más bajos de funcionamiento familiar al tiempo que también desean para su familia niveles más bajos de funcionamiento que las chicas. Además son los menores, los que perciben y desean niveles más altos de funcionamiento familiar.

**Relaciones entre las escalas:** Una vez comprobada la relación del funcionamiento familiar con la edad y el género se ha realizado un análisis de la correlación parcial-controlando el género y la edad-entre las escalas para contrastar la hipótesis de la ortogonalidad o independencia de las dimensiones. Estos resultados se presentan en la tabla 12.

**Tabla 12:** *Correlaciones parciales (controlando género y edad) para la cohesión y adaptabilidad (percibida e ideal)<sup>1</sup>*

	Cohesión Percibida	Adaptabilidad Percibida	Cohesión Ideal	Adaptabilidad Ideal
Cohesión Percibida	-			
Adaptabilidad Percibida	.472 <sup>p=.000</sup>	-		
Cohesión Ideal	.549 <sup>p=.000</sup>	.227 <sup>p=.000</sup>	-	
Adaptabilidad Ideal	.137 <sup>p=.000</sup>	.165 <sup>p=.000</sup>	.343 <sup>p=.000</sup>	-

(1) Corrección de Bonferroni ( $\alpha=.05$ )=.008

Debido a la presencia de un efecto multivariado para el género y la edad en las puntuaciones del funcionamiento familiar, se ha controlado este efecto en las correlaciones de la tabla 12. La correlación entre la cohesión y la adaptabilidad percibida es de ( $r=.472$ ;  $p=.000$ ) y la correlación entre la cohesión ideal y la adaptabilidad ideal ( $r=.343$ ,  $p=.000$ ). Estos resultados sugieren que ambas dimensiones del funcionamiento familiar no se comportan ortogonalmente; esto es, de forma independiente. Aquellos adolescentes que perciben mayor cohesión en su familia perciben también mayor adaptabilidad. Mientras que aquellos adolescentes que desean más cohesión en su familia, desean también mayor adaptabilidad. Esta circunstancia reviste una especial importancia y se analizará en mayor profundidad conforme se vayan presentando nuevos instrumentos de análisis del sistema familiar.

### 3.1.2. Cuestionario de Satisfacción Familiar (SF)

Olson y Wilson (1982) han diseñado una escala de satisfacción familiar que evalúa directamente a partir de 14 ítems la satisfacción de los miembros de la familia con respecto a las dimensiones de cohesión y adaptabilidad. La escala de Satisfacción Familiar pregunta directamente sobre el nivel de satisfacción con respecto al funcionamiento familiar, centrando el contenido de los ítems en aspectos que tienen que ver con la cohesión y la adaptabilidad. En el cuadro II se presenta la configuración de las variables de la Satisfacción Familiar (SF).

**Cuadro II:** *Configuración de las variables del SF*

<b>Satisfacción Cohesión</b>	item01+item03+item05+item07+item09+item11+item13+item14
<b>Satisfacción Adaptabilidad</b>	item02+item04+item06+item08+item10+item12

Los análisis descriptivos de las dimensiones de satisfacción pueden consultarse en el ANEXO CD. Las variables no muestran una desviación marcada de la normalidad.

**Fiabilidad:** El  $\alpha$  de Cronbach para la escala total es de .8710, algo menor a la encontrada por estos autores en una muestra de 2076 sujetos ( $\alpha=.92$ ). Con respecto a la consistencia interna encontrada para la satisfacción con la cohesión y la satisfacción con la adaptabilidad, esta es de .7793 y .7654, respectivamente. Estos coeficientes son menores a los encontrados por Olson y Wilson (1982) en estudios previos (.85 y .84, para cohesión y adaptabilidad respectivamente).

**Grupos de género y edad:** El análisis multivariado de las puntuaciones de satisfacción familiar del SF en función del género y la edad se presenta en la tabla 13. Como se puede apreciar en esta tabla, no existe interacción en las puntuaciones de satisfacción a través de los grupos de edad y género ( $F_{4,1876}=0.34$ ;  $p=.349$ ). Sí existen efectos principales para el género ( $F_{2,937}=2.67$ ;  $p=.000$ ) y los grupos de edad ( $F_{4,1876}=3.86$ ;  $p=.004$ ). El análisis univariado para cada una de las medidas de satisfacción se presenta debajo de cada factor. En el caso del género, tan sólo la satisfacción con la adaptabilidad presenta significación estadística ( $p=.035$ ). En lo que respecta a la edad, ambas dimensiones del SF presentan significación (cohesión,  $p=.003$ ; adaptabilidad,  $p=.002$ ).

**Tabla 13:** MANOVA de las dimensiones de la satisfacción familiar con género y grupos de edad como factores fijos

	F	Gl hipótesis	Gl error	Sig.
Género	4.34	2	937	.000
SF-Cohesión				.776
SF-Adaptabilidad				.035
Edad	3.86	4	1876	.004
SF-Cohesión				.003
SF-Adaptabilidad				.002
Género*Edad	0.34	4	1876	.349

En la tabla 14 se presenta el resultado del contraste de las medias en aquellas dimensiones que han presentado significación estadística en el análisis univariado, con el objeto de precisar mejor la contribución de cada variable. Para una descripción detallada de los resultados del análisis multivariado y el contraste de las medias, puede consultarse el ANEXO CD.

**Tabla 14:** Comparación de la medias de las dimensiones de la satisfacción familiar para los niveles de género y edad<sup>1</sup>.

	Género		Grupos de Edad		
	Chicos	Chicas	12-14 años	15-17 años	18-20 años
SF-Cohesión	-	-	29.78 a	29.16 a	28.16 b
SF-Adaptabilidad	20.84 a	20.21 b	21.23 a	20.44 b	19.91 b

(1) La significación de las medias es al nivel de .05

a>b; p<.05

En cuanto al género, se observa que los chicos están más satisfechos que las chicas con la cohesión familiar y son los más mayores quienes muestran consistentemente menor satisfacción con el funcionamiento familiar: SF-cohesión y SF-Adaptabilidad. En el caso del SF-Adaptabilidad existen también una diferencia significativa entre el grupo 1 y el grupo 2. La tendencia de estas diferencias apunta a que conforme aumenta la edad de los sujetos disminuye su satisfacción con respecto al funcionamiento familiar.

### 3.2. Para operacionalizar “Comunicación Familiar”

Definimos ahora operativamente la “comunicación familiar” como variable involucrada en el objetivo “dos” de esta investigación.

#### 3.2.1. Escala de Evaluación de Comunicación Padres-Hijos (CM)

Junto con la administración del FACES, Olson y colaboradores recomiendan analizar la comunicación familiar como una dimensión del Modelo Circumplejo que facilita el funcionamiento familiar. Así, se evalúa la presencia de dobles mensajes, criticismo, empatía, mensajes que implican apoyo, etc. Desde este punto de vista, el efecto que una u otra forma familiar presenta en el desarrollo y evolución de la familia, está estrechamente vinculada al tipo de comunicación familiar presente en el sistema. La comunicación positiva y eficaz entre sus miembros facilita la resolución de las transiciones familiares de una manera adaptativa, mientras que una comunicación negativa obstruye el desarrollo familiar. En este sentido, la comunicación familiar es más que un vehículo de transmisión de mensajes, que

presumiblemente están embebidos de un clima familiar determinado. En muchas ocasiones la comunicación familiar es tanto el origen como la consecuencia de la incapacidad del sistema familiar para evolucionar de una forma armoniosa. De este modo, la presencia de problemas en la comunicación familiar se constituye en un indicador muy fiable de que el funcionamiento familiar dista de ser el adecuado para el bienestar de sus miembros.

El Cuestionario de Comunicación Familiar (Olson y colaboradores, 1982) se compone de dos escalas. La primera evalúa la comunicación entre los hijos y la madre -en nuestro caso desde el punto de vista de los hijos- y la segunda evalúa la comunicación con el padre -en este caso, también desde el punto de vista de los hijos-. Cada escala consta de 20 ítems tipo likert que representan dos grandes dimensiones de la comunicación padres-hijos: la apertura en la comunicación y los problemas en la comunicación. La apertura en la comunicación tiene que ver con la presencia en la díada padre-hijo/a de una comunicación positiva, basada en la libertad, el libre flujo de información, la comprensión y la satisfacción experimentada en la interacción. Los problemas de comunicación, por su parte, tienen que ver con la comunicación poco eficaz, excesivamente crítica o negativa en la díada. Así, se centra en aspectos como la resistencia a compartir información y afecto o estilos negativos de interacción. En el cuadro III se presentan la forma cómo se han configurado las dimensiones del CM.

**Cuadro III:** *Configuración de las variables del CM*

<b>Apertura Madre</b>	item01+item03+item06+item07+item08+item09+item13+item14+item16+item17
<b>Apertura Padre</b>	item01+item03+item06+item07+item08+item09+item13+item14+item16+item17.
<b>Problemas Madre</b>	item05+item10+item11+item12+item15+item18+item19+(18(item02+item04+item20)).
<b>Problemas Padre</b>	item05+item10+item11+item12+item15+item18+item19+(18-(item02+item04+item20))

Los análisis descriptivos de estas cuatro dimensiones de la comunicación indican que no existe una desviación marcada de la normalidad (ANEXO CD).

**Fiabilidad:** Tanto la escala de comunicación con la madre como la escala de comunicación con el padre proporcionan adecuados coeficientes de consistencia interna ( $\alpha$  de Cronbach de .8738 y .7551, para madre y padre respectivamente). Barnes y Olson (1985) también informan de adecuados índices de consistencia interna en una muestra de 1841 sujetos ( $\alpha$  de Cronbach de .87 y .88 para madre y padre respectivamente). En cuanto a las subescalas, los ítems referidos a la apertura en la comunicación presentan para la madre y el padre índices de consistencia interna adecuados ( $\alpha$  de Cronbach de .8875 y .9073, respectivamente), sin embargo la consistencia es menor para los ítems referidos a los problemas de comunicación ( $\alpha$  de Cronbach de .6376 y .6590, para madre y padre respectivamente). Puede realizarse una consulta detallada de estos análisis en el ANEXO CD.

**Grupos de género y edad:** El análisis de la comunicación familiar en función del género y el grupo de edad se presenta en la tabla 15. Como puede apreciarse en la parte baja de la tabla, no existe interacción género\*edad ( $F_{8,1694}=0.52$ ;  $p=.837$ ) pero se observan efectos principales para el género ( $F_{4,846}=3.15$ ;  $p=.014$ ) y la edad ( $F_{8,1694}=3.28$ ;  $p=.001$ ). El análisis univariado para cada factor revela que la comunicación con el padre es diferente entre chicos y chicas (apertura,  $p=.015$ ; problemas,  $p=.031$ ). Para la edad, es la apertura en la comunicación la que diferencia a los grupos (madre,  $p=.001$ ; padre,  $p=.004$ ).

**Tabla 15:** MANOVA de las dimensiones la comunicación familiar con género y grupos de edad como factores fijos

	F	Gl hipótesis	Gl error	Sig.
Género	3.15	4	846	.014
Madre (Apertura)				.187
Padre (Apertura)				.015
Madre (Prob.)				.779
Padre (Prob.)				.031
Edad	3.28	8	1694	.001
Madre (Apertura)				.001
Padre (Apertura)				.004
Madre (Prob.)				.466
Padre (Prob.)				.805
Género*Edad	0.52	8	1694	.837

En la tabla 16 se presentan los resultados del contraste de las medias para el género y los grupos de edad. En cuanto al género, se observa que los chicos perciben una comunicación más fluida con el padre que las chicas: puntúan menos en problemas y puntúan más en apertura. Es interesante hacer notar que la comunicación con la madre no es diferente para chicos y chicas. Con respecto al género, el contraste de las medias en las variables con relación significativa de la tabla 15, muestra que el grupo de menor edad tiene niveles significativamente superiores de apertura con el padre y con la madre que los dos grupos restantes ( $a > b$ ). Aunque perciben mayor apertura, es interesante recordar que los resultados no indican que estos perciban una comunicación más problemática. Las diferencias en la comunicación, además, se producen siempre entre el grupo 1 (12-14 años) y los grupos 2 y 3 (15-20 años). Para una consulta detallada de los análisis multivariados y univariados así como para el contraste de las medias puede consultarse el ANEXO CD.

**Tabla 16:** Comparación de la medias de las dimensiones de la comunicación familiar para los niveles de género y edad<sup>1</sup>.

	Género		Grupos de Edad		
	Chicos	Chicas	12-14 años	15-17 años	18-20 años
Madre (Apertura)	-	-	39.44 a	37.83 b	36.80 b
Padre (Apertura)	33.22 a	31.63 a	33.87 a	32.26 b	31.15 b
Madre (Problemas)	-	-	-	-	-
Padre (Problemas)	27.00 b	28.02 a	-	-	-

(1) La significación de las medias es al nivel de .05

a>b;  $p < .05$

**Relaciones entre las escalas:** Como ya hemos mencionado, la comunicación familiar no sólo constituye un vehículo de transmisión de la información entre los miembros de la familia sino que impregna completamente la naturaleza y la calidad de la vida familiar. Por ello, la comunicación familiar puede entenderse como un índice del clima y la calidad del sistema familiar. En tanto que soporte de la vida familiar, es previsible una sólida relación entre los distintos tipos de comunicación familiar (apertura y problemas en la comunicación). Los resultados del análisis de correlación parcial -controlando género y edad- de las dimensiones de comunicación se presentan en la tabla 17.



**Tabla 17:** *Correlaciones parciales (controlando género y edad) para las dimensiones de la comunicación familiar<sup>1</sup>*

	Apertura Padre	Apertura Madre	Problemas Padre	Problemas Madre
Apertura Padre	-			
Apertura Madre	.386 <sup>p=.000</sup>	-		
Problemas Padre	-.634 <sup>p=.000</sup>	-.228 <sup>p=.000</sup>	-	
Problemas Madre	-.262 <sup>p=.000</sup>	-.691 <sup>p=.000</sup>	.385 <sup>p=.000</sup>	-

(1) Corrección de Bonferroni ( $\alpha=.05$ )=.008

En el caso de la comunicación con el padre y con la madre, por separado, es previsible encontrar una fuerte relación entre las dos dimensiones. Así, la apertura y los problemas con la madre muestran una correlación elevada ( $r=-.691$ ;  $p=.000$ ), una magnitud muy similar, si bien menor, a la encontrada para la apertura y los problemas con el padre ( $r=-.634$ ;  $p=.000$ ). Existe una relación moderada entre la comunicación con un cuidador y la comunicación con el otro. Así, la apertura con la madre se relaciona con la apertura con el padre ( $r=.386$ ;  $p=.000$ ) y lo mismo sucede para los problemas con el padre y con la madre ( $r=.385$ ;  $p=.000$ ). De acuerdo con estos coeficientes, un mismo estilo de comunicación -bien sea apertura o problemas- es más probable que se reproduzca en las dos díadas (padre-hijo/a y madre-hija/a). Por otra parte, un estilo negativo de comunicación con uno de los padres se relaciona también, en esta ocasión en sentido inverso, con la presencia de un estilo de comunicación positivo con el otro padre. Así, la apertura con la madre y los problemas con el padre ( $r=-.228$ ;  $p=.000$ ) y los problemas con la madre y la apertura con el padre ( $r=-.262$ ;  $p=.000$ ) están significativamente relacionados, indicando una interdependencia entre los diferentes estilos de comunicación con los padres.

### **3.3. Para operacionalizar “Estrés familiar” y “Afrontamiento familiar”**

Desde el trabajo pionero de Cannon (1929) y el más clásico de Selye (1956) sobre el estrés, la segunda mitad del siglo XX ha sido testigo de un interés creciente por el análisis de las condiciones

amenazantes para el individuo y la forma en que éste las soluciona (McCubbin, Thompson y McCubbin, 1996; para una revisión). Autores como Hinkle y Wolff (1957), French y Kahn (1962) o Lazarus (1966) proporcionaron un fuerte impulso en este campo de estudio a partir de sus trabajos sobre las fuentes de estrés y las formas de afrontarlo.

En el ámbito más específico de la familia, es sin duda el trabajo de Hill (1949) y las modificaciones a su modelo propuestas por McCubbin y colaboradores (1987, 1996) uno de los intentos más rigurosos por entender la forma en cómo la familia opera como un sistema que negocia con las amenazas internas y externas para mantener el equilibrio y posibilitar su propio desarrollo. La mayor parte de estos modelos del desarrollo familiar parten de la idea de que la familia, como sistema, posee unas características que le son propias y que condicionan su desarrollo y adaptación al medio. Este paralelismo con los modelos de afrontamiento del estrés de corte más individual (por ejemplo, las primeras formulaciones del modelo de afrontamiento de Lazarus, 1966) ha llevado a asumir un esquema que subraya cómo la presencia de situaciones estresantes no es directamente evitable mientras que la capacidad para afrontarlas sí que es mejorable (Cassel, 1976).

La propia capacidad para afrontar el estrés, además, permite reducir en el futuro la existencia de estrés (Tausig, 1986) debido, fundamentalmente, a que gran parte de las situaciones que las personas consideran como estresantes tienen un origen o unas consecuencias sociales (Hinkle y Wolff, 1957; Holmes y Rahe, 1967; Lin, Dean y Ensel, 1986). Si a esto se suma la valoración que se realiza de la situación (Lazarus, 1966) como uno de los filtros/potenciadores más importantes durante el proceso estrés-afrontamiento, es comprensible que un importante cuerpo de investigaciones haya dirigido sus esfuerzos a analizar en profundidad no sólo el efecto del estrés familiar en el bienestar, sino cómo influye la valoración de la situación y, con ella, la naturaleza del contexto

familiar y social en la misma percepción del estrés familiar. Este efecto de los propios recursos en la percepción del estresor (Lazarus, 1966) ha sido aplicado al entorno de la familia por McCubbin y colaboradores (1987, 1996) señalando que el proceso estrés-afrontamiento-ajuste/adaptación no es un proceso determinado absolutamente por la presencia de unas situaciones estresantes.

Contrariamente, la capacidad de la familia para incidir en las fuentes del estrés familiar o para reducir su potencial amenazante constituye uno de los aspectos esenciales que explican la evolución de la familia. Para analizar este doble proceso, distinguen lo que serían las condiciones amenazantes *per se*, de lo que sería la capacidad del sistema familiar para afrontarlas. En otras palabras, distinguen lo que es el estrés familiar del afrontamiento al estrés.

Todo lo dicho tiene que ver con el objetivo “tres” que nos hemos planteado en esta investigación.

### **3.3.1. Cuestionario de Eventos y Cambios Vitales (AFILE-R-)**

Aunque ya desde los años 40 existe constancia de la utilización de registros que identifican la presencia de situaciones estresantes y analizan su influencia en el funcionamiento del organismo (Leif, 1948), es probablemente el inventario de eventos vitales de Holmes y Rahe (1967) el que más atención y estudio ha generado entre los investigadores. A partir de análisis previos (Hawkins, Davies y Holmes, 1957) estos autores elaboran un listado de 43 situaciones en los ámbitos personal, familiar, laboral y económico con efectos potencialmente negativos para el desarrollo individual. Tanto por la validez del instrumento como por las relaciones que permitía establecer entre sus puntuaciones y diferentes índices del ajuste individual este instrumento, y otros afines a él (Dohrenwend, Krasnoff, Askerasy y Dohrenwend, 1978; Tausig, 1986; entre otros), se han convertido en instrumentos de análisis con creciente protagonismo en las investigaciones sobre estrés, afrontamiento y

bienestar. Aunque gran parte de estos inventarios analizan la presencia de situaciones estresantes en el ámbito familiar, no van dirigidos directamente a cuantificar el impacto de los cambios familiares en el ajuste individual de sus miembros. En este sentido, la propuesta que realizan McCubbin, Paterson y Wilson con el FILE puede considerarse como pionera en el estudio de la influencia de los cambios familiares en el desarrollo y bienestar de la familia y centra su interés en la existencia de situaciones estresantes para cualquier miembro de la familia - sea éste o no quien responda el cuestionario- debido a que la familia, como sistema, está influida por lo que le pasa a cada uno de sus miembros (McCubbin, Thompson y McCubbin, 1996; para un análisis). Existe una versión posterior de este instrumento (A-FILE: McCubbin, Paterson, Bauman y Harris, 1981) que está especialmente indicado para familias con presencia de adolescentes en el hogar.

El A-FILE (Adolescent-Family Inventory of Life Events and Changes) consta de 50 ítems referidos a eventos tanto normativos como no normativos que el adolescente percibe que han sido experimentados por su familia en los doce meses previos a la aplicación del instrumento. Está especialmente indicado para adolescentes escolarizados mayores de 12 años, vivan o no vivan con sus familias, y recoge fundamentalmente la presencia de situaciones que requieren algún tipo de cambio en el sistema familiar. Los 50 ítems se distribuyen en 6 subescalas que cubren los siguientes ámbitos: transiciones, sexualidad, pérdidas, responsabilidades y tensiones, abuso de sustancias, y conflictos legales. Aunque cada escala proporciona un índice de estrés familiar, se puede utilizar también un índice general que recoge la presencia total de situaciones estresantes. Los autores informan de una consistencia interna moderada ( $\alpha$  de Cronbach=.67) para una muestra de 954 adolescentes y existe evidencia de fiabilidad test-retest (con un lapso de dos semanas) en una muestra de 74 estudiantes (McCubbin, Thompson y McCubbin, 1996). El problema con este tipo de índices, como señalan estos autores, es la gran variabilidad de la ocurrencia de los eventos, lo

que limita en gran medida la existencia de elevados niveles de consistencia interna (Tausig, 1986; para un análisis). En general, aunque en principio los eventos pueden parecer independientes, en la práctica no lo son del todo y es por ello por lo que muestran una estructura estadística moderadamente consistente. Sus características psicométricas deben interpretarse siempre desde este punto de vista (McCubbin, y colaboradores, 1987; 1996). La versión final del instrumento utilizada en esta investigación -A-FILE(R)- consta de 49 ítems que fueron seleccionados del cuestionario original en función de modificaciones previas sometidas a la consideración de 25 jueces externos y, posteriormente, analizadas en una muestra de 125 adolescentes. El instrumento proporciona un índice global que se obtiene asignando 1 a la ocurrencia del evento y 0 a su ausencia en los últimos 12 meses. La suma total proporciona el nivel de eventos vitales estresantes. La gran variabilidad en las puntuaciones en las subescalas -máxime en muestras normales- sugiere la utilización del número total de eventos como una aproximación del nivel de estrés familiar experimentado por la familia durante el último año. Son numerosas las investigaciones que han utilizado esta estrategia con el A-FILE; en este sentido, McCubbin, Thompson y McCubbin (1996) informan de al menos 23 investigaciones que han analizado la validez de este procedimiento en diferentes muestras. En el cuadro IV se presenta la configuración de la variable eventos vitales estresantes a partir de A-FILE-(R).

**Cuadro IV:** Configuración de las variables del A-FILE- (R)

<b>Eventos Vitales Estresantes (Estrés Familiar)</b>	item01+item02+item03+item04+item05+item06 +item07+item08+item09+item10+item11+ item12+item13+item14+item15+item16+item17 +item18+item19+item20+item21+item22+ item23+item24+item25+item26+item27+item28 +item29+item30+item31+item32+item33+ item34+item35+item36+item37+item38+item39 +item40+item41+item42+item43+item44+ item45+item46+item47+item48+item49 (para AUSENCIA=0; PRESENCIA=1)
--	--

En el ANEXO CD se pueden consultar los resultados descriptivos de la variable de eventos vitales estresantes.

### 3.3.1.1. Fiabilidad

**Fiabilidad:** El análisis de la consistencia interna del cuestionario para el conjunto de los 49 ítems proporciona un  $\alpha$  de Cronbach de .7449 (ver ANEXO CD). Este coeficiente es ligeramente superior al encontrado por McCubbin y colaboradores (1981) para una muestra de 954 adolescentes. En muestras de adolescentes con problemas de ajuste, se han encontrado índices de consistencia más elevados: en adolescentes con problemas de abuso de sustancias (N=74,  $\alpha$  de Cronbach=.82; Needle y colaboradores, 1986) y adolescentes en situaciones de riesgo de maltrato (N=50,  $\alpha$  de Cronbach=.81; Williamson, Bourdin y Howe, 1991).

**Grupos de género y edad:** El análisis del efecto univariado del género y la edad en las puntuaciones del A-FILE se puede consultar en la tabla 18. No existe ni efecto de la interacción género\*edad ( $F_{2,973}=0.11$ ;  $p=.892$ ) ni para cada uno de los dos factores por separado: género ( $F_{1,973}=3.01$ ;  $p=.083$ ) y grupos de edad ( $F_{2,973}=0.59$ ;  $p=.553$ ).

**Tabla 18:** ANOVA del estrés familiar con género y grupos de edad como factores fijos.

	<i>F</i>	<i>Gl hipótesis</i>	<i>Gl error</i>	<i>Sig.</i>
Sexo	3.01	1	973	.083
Edad	0.59	2	973	.553
Sexo*Edad	0.11	2	973	.892

### 3.3.2. Cuestionario de Afrontamiento Familiar (F-COPES-R)

El F-COPES (Family Crisis Orientation Personal Evaluation Scales) es un instrumento inicialmente diseñado para evaluar e identificar el tipo de estrategias conductuales y resolución de problemas que la familia, como sistema, utiliza durante las situaciones

problemáticas. En general, analiza los recursos de afrontamiento de la familia ante el estrés y entre estos recursos estudia el apoyo social de la comunidad (Caplan, 1974) y los amigos y vecinos (Litwak y Szelenyl, 1969), las estrategias en la resolución de los problemas (Klein y Hill, 1979), la evaluación que la familia realiza del estresor (Gerhardt, 1979) así como el apoyo espiritual y la inclinación a pedir ayuda (McCubbin, Thompson y McCubbin, 1996). La escala inicial constaba de 30 ítems (McCubbin, Olson y Larsen, 1981) y evaluaba dos dimensiones del afrontamiento familiar: a) patrones internos del afrontamiento familiar en situaciones de crisis, y; b) patrones externos de afrontamiento familiar en situaciones de crisis. La primera dimensión incluye la confianza de la familia en la solución de los problemas, la reestructuración de los problemas familiares y la pasividad familiar en las situaciones difíciles. La segunda dimensión abarca los recursos provenientes de instituciones seculares, el contexto social compuesto por los amigos, los vecinos y la familia extensa y los recursos de la comunidad.

La versión del cuestionario utilizado en esta investigación es una modificación del instrumento original, consistente en una adaptación léxica del cuestionario y la eliminación de algunos ítems. Esta nueva versión (F-Copes-R) se estudió en una muestra de 50 adolescentes, a modo de entrevista, con el fin de observar la dificultad que presentaba la formulación de los ítems. Una vez incluidas las referencias e indicaciones de los entrevistadores, se analizó el cuestionario por un procedimiento de jueces externos (N=25) y con ese documento final se evaluó el cuestionario en una muestra piloto de adolescentes (N=125). La versión definitiva consta de 21 ítems y mantiene gran parte de la estructura interna del cuestionario original, si bien simplificada.

**Fiabilidad:** La consistencia interna del conjunto global de la escala es de .7471 ( $\alpha$  de Cronbach) muy similar a la que los autores informan haber encontrado con el instrumento original en una muestra de 119 miembros de familias que representaban todos los períodos del

ciclo vital (McCubbin, Thompson y McCubbin, 1996). Debido a las transformaciones efectuadas en el cuestionario no se han calculado la fiabilidad de las subescalas hasta no haber contrastado su estructura factorial. En el ANEXO CD se puede consultar una descripción detallada del análisis de consistencia interna para la escala global.

**Análisis Factorial:** Para estudiar la estructura del cuestionario se ha efectuado un análisis de componentes principales con rotación VARIMAX para el conjunto de los 21 ítems. Este análisis permite identificar una estructura factorial compuesta de seis dimensiones o factores que, en conjunto, explican un 56.27% de la varianza total de las puntuaciones. Los ítems que saturan en cada factor así como la varianza explicada por cada uno de ellos (después de la rotación) y la fiabilidad de la subescala se presentan en las tablas 19 a 24. En el ANEXO CD se puede encontrar una presentación más detallada del análisis factorial y el análisis de la consistencia interna para cada uno de los factores.

**Tabla 19:** Factor 1. Varianza explicada después de la rotación VARIMAX, consistencia interna del factor, ítems y saturaciones

REESTRUCTURACIÓN	Varianza Explicada 13.60% $\alpha$ de Cronbach=.7533	SATURACIONES
09.Demostramos que somos fuertes		.715
08.Tratamos de encontrar rápidamente soluciones, sin ponernos nerviosos y pensando friamente en el problemas		.701
03.Sabemos que tenemos la capacidad suficiente para resolver problemas importantes		.681
15.Creemos que podemos solucionar los problemas por nosotros mismos		.635
16.Definimos el problema familiar de forma positiva para no sentirnos demasiado desanimados o tristes		.634
11.Aceptamos los problemas como parte de la vida		.549
14.Aceptamos que los problemas aparecen de forma inesperada		.470

En el primer factor (tabla 19), la saturación de todos los ítems es elevada ( $\geq .470$ ) y la semántica de los ítems que lo componen coinciden con lo que McCubbin Thompson y McCubbin (1996) identifican como Reestructuración: la forma cómo la familia percibe las situaciones que exigen respuesta y el tipo de respuesta (negativa, positiva o neutra) ante las necesidades de cambio derivada de la existencia de esas situaciones. La consistencia interna de esta



subescala es de .7533. En la tabla 20 se presentan los resultados correspondientes al segundo factor extraído.

**Tabla 20:** Factor 2. Varianza explicada después de la rotación VARIMAX, consistencia interna del factor, ítems y saturaciones

Apoyo Amigos y Familiares	Varianza Explicada 11.24% $\alpha$ de Cronbach=.7022	SATURACIONES
02.Buscamos consejo y ayuda en amigos		.796
12.Compartimos nuestras preocupaciones con amigos cercanos		.763
04.Buscamos información y ayuda en personas que han tenido problemas iguales y similares		.570
01. Compartimos los problemas con la familia más cercana		.558

Como se aprecia en la tabla, el segundo factor explica -una vez rotado- el 11.24% de la varianza y tiene una consistencia interna de .7022. Este factor, por la semántica de los ítems, coincide con el factor de apoyo social identificado por Olson y colaboradores (1981) en el cuestionario original. Existen, sin embargo, dos diferencias importantes. En primer lugar, como más tarde comprobaremos, el apoyo social de los vecinos no viene incluido en este factor, mientras que en el F-COPES sí. Además, la búsqueda de apoyo en personas con problemas similares se refiere más a personas próximas que hayan pasado por lo mismo que otro tipo de ayuda mutua que suele iniciarse situaciones de carácter más grave (Gracia, 1997). Los resultados correspondientes al tercer factor se presentan en la tabla 21.

**Tabla 21:** Factor 3. Varianza explicada después de la rotación VARIMAX, consistencia interna del factor, ítems y saturaciones

APOYO ESPIRITUAL	Varianza Explicada 09.49% $\alpha$ de Cronbach=.7229	SATURACIONES
10.Asistimos a los servicios religiosos acordes con nuestras creencias y participamos en otras actividades religiosas		.841
21.Tenemos fe en Dios y confiamos en su ayuda		.807
18.Buscamos consejo en un sacerdote (religioso/a)		.675

Este tercer factor coincide con la dimensión de apoyo espiritual señalada por Olson y colaboradores (1981) para el cuestionario original. Las saturaciones son elevadas para todos los ítems ( $\geq .675$ ) y la consistencia interna es de .7229 para una varianza explicada -después de la rotación- de 09.49%. El factor tiene que ver con la

orientación religiosa de la familia, más que con la simple creencia en que los problemas dependen de entidades divinas (Dios). En este sentido, puede tomarse como una forma de apoyo social derivado de las instituciones religiosas. En la tabla 22 se presentan los resultados para el cuarto factor.

**Tabla 22:** Factor 4. Varianza explicada después de la rotación VARIMAX, consistencia interna del factor, ítems y saturaciones

APOYO FORMAL	Varianza Explicada 08.26% $\alpha$ de Cronbach=.6339	SATURACIONES
05..Buscamos ayuda en profesionales (psicólogo, trabajador social, etc.)		.834
06.Buscamos información y ayuda en el médico de familia		.763

El cuarto factor, explica un 8.26% de la varianza total y presenta saturaciones elevadas para ambos ítems ( $\geq .763$ ). Aunque este factor se compone sólo dos ítems, es interesante notar que tanto por las elevadas saturaciones en el factor como por las bajas saturaciones en otros factores (ver ANEXO CD), la ayuda que procede del ámbito profesional (formal) se percibe por los miembros de la familia como una ayuda distinta de la que procede de los amigos y personas próximas o la derivada del ámbito religioso. Este factor coincide con el factor de movilización de apoyo señalado por Olson y colaboradores (1981) con la peculiaridad de que en esta versión reducida del F-COPES los ítems que saturan en este factor referidos a instituciones comunitarias han sido eliminados debido a los problemas de comprensión que planteaban a los sujetos más jóvenes de la muestra. La consistencia interna ( $\alpha$  de Cronbach) es de .6339 Los resultados correspondientes al quinto factor se presentan en la tabla 23

**Tabla 23:** Factor 5. Varianza explicada después de la rotación VARIMAX, consistencia interna del factor, ítems y saturaciones

APOYO VECINOS	Varianza Explicada 07.22% $\alpha$ de Cronbach=.7876	SATURACIONES
20.Compartimos los problemas con los vecinos		.678
07.Pedimos consejo y apoyo a los vecinos		.619

Con un 7.22% de varianza explicada y una consistencia interna de .7876 el quinto factor hace referencia a la búsqueda de apoyo en los vecinos. En el cuestionario original de Olson y colaboradores (1981), el apoyo de los vecinos está incluido en la dimensión de apoyo social que, como se ha señalado, aquí se desglosa en apoyo de amigos y familiares, apoyo formal y apoyo vecinal. Así, los adolescentes que componen la muestra diferencian en sus respuestas estos tres tipos de apoyo social, además del apoyo espiritual que también se distingue como un factor propio en el cuestionario original. En la tabla 24 se presentan los resultados para el último factor rotado.

**Tabla 24:** Factor 6. Varianza explicada después de la rotación, consistencia interna del factor, ítems y saturaciones

EVALUACIÓN PASIVA	Varianza Explicada 06.43% $\alpha$ de Cronbach=.2930	SATURACIONES
19.Creemos que si esperamos lo suficiente, el problema por sí solo desaparecerá		.678
17.Sentimos que por muy preparados que estemos, siempre nos costará solucionar los problemas		.619
13.Vemos en los juegos de azar una solución importante para resolver nuestros problemas familiares		.461

Finalmente, en esta tabla se presenta el sexto factor, que explica un 6.43% de la varianza total y, por la semántica de los ítems, coincide con la dimensión Evaluación Pasiva analizada por Olson y colaboradores (1981). Este factor tiene que ver con la pasividad como estrategia de afrontamiento de los problemas familiares y supone, frente a los otros factores, una circunstancia negativa que puede entorpecer el desarrollo y la adaptación de la familia a lo largo del ciclo vital. Su baja consistencia interna, sin embargo, aconseja analizar con cautela los resultados de los análisis en los que interviene esta variable. Los análisis descriptivos para dimensión del F-COPES-(R) se pueden consultar en el ANEXO CD. Los índices de curtosis y asimetría no indican una marcada desviación de la normalidad, a excepción del apoyo de los vecinos que presenta índices moderados de asimetría y curtosis. En el cuadro V se presenta la configuración de cada una de las dimensiones.

**Cuadro V: Configuración de las variables del F-COPES- (R)**

<b>Reestructuración</b>	item03+item08+item09+item11+item14+item15+item16.
<b>Apoyo Amigos y Familiares</b>	item01+item02+item04+tem12.
<b>Apoyo Espiritual</b>	item10+item18+item21.
<b>Apoyo Formal</b>	item05+item06.
<b>Apoyo Vecinos</b>	item20+item07.
<b>Evaluación Pasiva</b>	item13+item17+item19.

**Grupos de género y edad:** continuación se presentan los análisis de la relación de las puntuaciones del afrontamiento familiar en los grupos de género y edad. En la tabla 25 se pueden consultar los resultados del análisis multivariado del afrontamiento familiar con el género y los grupos de edad como factores.

**Tabla 25: MANOVA de las dimensiones del afrontamiento familiar con género y grupos de edad como factores fijos**

	<i>F</i>	<i>Gl hipótesis</i>	<i>Gl error</i>	<i>Sig.</i>
Género	2.73	6	981	.012
Reestructuración				.978
Amigos y Fam.				.008
Apoyo Espiritual				.516
Apoyo Formal				.928
Apoyo Vecinos				.256
Eval. Pasiva				.133
Edad	5.57	12	1962	.000
Reestructuración				.088
Apoyo Social				.000
Apoyo Espiritual				.000
Apoyo Formal				.028
Apoyo Vecinos				.001
Eval. Pasiva				.000
Género*Edad	0.95	12	1962	.489

En primer lugar, el análisis de la interacción género\*edad no es significativo ( $F_{12,1962}=0.95$ ;  $p=.489$ ), pero sí los efectos principales para el género ( $F_{6,981}=2.73$ ;  $p=.012$ ) y los grupos de edad ( $F_{12,1962}=5.57$ ;  $p=.000$ ). El análisis univariado de cada dimensión del afrontamiento en el factor género indica que tan sólo el apoyo de amigos y familiares es significativo ( $p=.008$ ). Para la edad, todas las dimensiones, a excepción de la reestructuración, muestran relaciones significativas con la edad: apoyo social ( $p=.000$ ), espiritual ( $p=.000$ ), formal ( $p=.028$ ), vecinos ( $p=.001$ ) y evaluación pasiva ( $p=.001$ ). En la tabla 26 se presentan los resultados del contraste de medias para las variables que muestran significación estadística. Se pueden consultar

el ANEXO CD para una descripción detallada de los resultados del MANOVA y el contraste de medias.

**Tabla 26:** Comparación de la medias de las dimensiones del afrontamiento familiar para los niveles de género y edad<sup>1</sup>.

	Sexo		Grupos de Edad		
	Chicos	Chicas	12-14 años	15-17 años	18-20 años
Reestructuración	-	-	-	-	-
Amigos y Fam.	11.33 b	11.92 a	12.39 a	11.42 b	11.07 b
Apoyo Espiritual	-	-	07.65 a	06.45 b	06.28 b
Apoyo Formal	-	-	04.46 a	04.20 a	04.00 b
Apoyo Vecinos	-	-	03.71 a	03.36 b	03.15 b
Eval. Pasiva	-	-	07.40 a	06.98 b	06.65 c

(1) La significación de las medias es al nivel de .05

a>b>c; p<.05

En cuanto al género, los chicos tienden a percibir que la familia acude menos a los amigos y familiares en situaciones difíciles. Las restantes dimensiones no ofrecen significación estadística. Con respecto a los grupos de edad, en todos los casos los adolescentes menores de la muestra (12-14 años) perciben mayores recursos de afrontamiento en su familia que el resto. En cuanto a los otros dos grupos de edad, muestran niveles similares en la percepción de recursos de afrontamiento familiar en el apoyo de familiares y amigos, el apoyo espiritual, y el apoyo de los vecinos. Entre estos dos grupos, existen diferencias en el apoyo formal (mayor en el grupo 2) y la evaluación pasiva (mayor en el grupo 2). En líneas generales, el hecho de que exista relación entre las estrategias de afrontamiento y la edad en todas las dimensiones menos en la Reestructuración debiera interpretarse como que esta estrategia de afrontamiento familiar es la que se percibe de forma más clara y distinta a través de los grupos de edad y género. No existe ninguna razón teórica de peso que explique por qué los más pequeños informan de una percepción más positiva de los recursos de su familia que los mayores, por ejemplo. Este sesgo pudiera tener una relación con la precisión con que se valoran determinadas estrategias del afrontamiento familiar. Estos resultados no coinciden con los encontrados por McCubbin, Thompson y McCubbin (1996) quienes no encuentran diferencias significativas

entre chicos y chicas adolescentes en las dimensiones del afrontamiento familiar, pero sí entre diferentes culturas.

### **3.4. Para operacionalizar “ajuste en los miembros de la familia”**

Hasta ahora se han presentado instrumentos de evaluación cuyo objetivo es identificar aspectos que favorecen u obstaculizan el desarrollo del sistema familiar (funcionamiento familiar, comunicación familiar, estrés familiar y afrontamiento familiar). Los instrumentos presentados hasta el momento permiten conocer aspectos globales del sistema familiar y, por tanto, posibilitan extraer conclusiones con respecto al ajuste de la familia como sistema. Desde este punto de vista, el ajuste de la familia condiciona el bienestar de sus miembros y una manera de llegar a conocer éste es precisamente a través del estudio de la familia. Sin embargo, mientras que algunas de las características de la familia permiten realizar inferencias sobre la evolución del sistema familiar y la capacidad de adaptarse a las nuevas situaciones por la que atraviesa durante su ciclo vital, nada dicen -al menos directamente- sobre el ajuste de sus miembros y la capacidad para adaptarse en su desarrollo no sólo a la familia sino a su entorno psicosocial.

Es previsible, en este sentido, que una deficiente calidad de la comunicación padres-hijos esté asociada con bajos niveles de autoestima -fundamentalmente, autoestima familiar- o que la pertenencia a una familia con déficits en el funcionamiento familiar se relacione con problemas conductuales -abuso en el consumo de sustancias- o psicológicos -ánimo depresivo-.

Si la familia es un contexto de aprendizaje sobre el mundo y las relaciones que en él se establecen, es previsible también que el adolescente que vive en una familia con un clima positivo de comunicación muestre una orientación también positiva hacia las relaciones sociales fuera de la familia -apoyo social-. Por otra parte, la inclusión de variables centradas en el individuo permite completar el

análisis de la familia estableciendo de este modo un doble baremo de valoración: a) el ajuste de la familia, y: b) el ajuste de los miembros de la familia. McCubbin, Thompson y McCubbin (1996) han distinguido lo que son los recursos del sistema familiar (ya analizados) de lo que son los recursos personales y los recursos sociales y comunitarios. Dentro de los recursos personales destacan la inteligencia de los miembros de la familia, el grado y calidad de la educación, rasgos de personalidad, salud emocional, espiritual y física, sensación de control, autoestima, percepción de coherencia e identidad étnica.

De entre estos recursos, continúan estos autores, la sensación de controlar la propia vida, la autoestima y la percepción de coherencia y la identidad étnica han sido consistentemente vinculados con la capacidad para afrontar el estrés y mantener cierto sentido del orden en situaciones de cambio en el sistema familiar. En 1986, Lin, Dean y Ensel ya habían mostrado cómo el locus de control ejercía una influencia importante en el mantenimiento del bienestar durante situaciones de estrés. Sin embargo, la evaluación de la autoestima permitía a estos autores una mejor predicción del ajuste bio-psico-social que el locus de control (Lin, Dean y Ensel, 1986).

Otros trabajos posteriores han delimitado con mayor claridad el papel de los recursos personales en el afrontamiento al estrés familiar, centrándose básicamente en la relación entre el estrés familiar, la autoestima, el apoyo social y la depresión (Lin y Ensel, 1989). Entre los recursos sociales y comunitarios, McCubbin y colaboradores (1996) destacan el papel del apoyo social en el mantenimiento del bienestar basándose en los trabajos de numerosos autores que desde principio de los años 70 han aportado evidencia sólida sobre las relaciones entre apoyo y salud física y mental (Gracia, Herrero y Musitu, 1995; para una revisión).

En una fase del desarrollo como la adolescencia, tanto el ambiente familiar como los nuevos ensayos que se realizan fuera de la familia contribuyen al bienestar psicosocial de los jóvenes. Comprobar la naturaleza e intensidad de estas relaciones es un objetivo que justifica

la inclusión en el estudio de las variables de corte individual. Finalmente, algunas de estas variables denominadas individuales lo son en tanto que van referidas al individuo y no al sistema familiar, ello no quiere decir que sean características inherentes al individuo, independientemente de cómo sea su entorno familiar y social. Es en este sentido en el que deben interpretarse, como una expresión de cómo el individuo percibe y valora su situación psicosocial. Otras variables dentro del ámbito individual como el abuso de sustancias o las conductas delictivas, si bien relacionadas con las anteriores, no tienen su componente valorativo y deben entenderse como índices de ajuste social. Todo esto tiene que ver con diversos aspectos del objetivo “tres” que nos hemos planteado.

#### **3.4.1. Cuestionario de Autoestima (AUT-30-R)**

La autoestima, entre otros constructos que se refieren a “si mismo”, ha sido objeto de un considerable interés por un amplio espectro de disciplinas científicas, al menos desde la publicación de los trabajos de finales del XIX y principios del siglo XX de autores como William James (1890), Charles Cooley (1902) y George Mead (1934). Es en las últimas tres décadas cuando la autoestima adquiere protagonismo tanto en las elaboraciones teóricas como en la *praxis* profesional. Sin duda, la importancia de la autoestima como elemento central de la individualidad ha animado a los estudiosos a valorar su naturaleza. Entre los esfuerzos de estos científicos destaca el debate en torno a la naturaleza estable o variable de la autoestima. Un debate que va desde posiciones afines a un “si mismo” fundamentalmente estable y consistente a lo largo del tiempo hasta un “si mismo” plástico y maleable en un grado e intensidad que difiere en función de los autores. Como todo debate entre posiciones extremas, la tendencia más extendida actualmente es asumir un “si mismo” estable y maleable a la vez (Shavelson y colaboradores, 1976; Marsh, 1993). Este tipo de orientación está muy ligada al debate en torno a la estructura del “si mismo”, debido a que la simultánea maleabilidad y estabilidad del “si mismo” es posible gracias a una diferenciación



entre aspectos específicos del “si mismo” y el “si mismo” general. Aquí la nomenclatura difiere según los autores, pero en general refleja la idea de que si bien los aspectos más específicos del “si mismo” pueden estar sometidos a cambio -“si mismo” variable o mutable-, existe un “si mismo” más global o general cuya variabilidad es mucho menor -“si mismo” estable-. Esta posición mixta permite salvar dos escollos conceptuales en la teorización sobre el “si mismo”:

*1. Si el “si mismo” es estable, o muy estable, se limita en buena medida el crecimiento personal y el desarrollo psicológico, hipotecando al individuo y haciéndole deudor de sus primeros estadios de desarrollo, en los que previsiblemente se configura definitivamente el “si mismo”.*

*2. Si el “si mismo” es mutable o muy variable, más allá de amenazar al individuo, se le elimina directamente, pues la variabilidad del “si mismo” le encadena a los contextos de referencia -contextos sociales- de los que extrae las autopercepciones sobre su funcionamiento individual, las cuales, básicamente, las determina el ambiente.*

En lo que se refiere a la estructura y complejidad del “si mismo” la herencia del interaccionismo simbólico es muy marcada y en numerosos trabajos en los que se habla de un “si mismo” multidimensional se reconocen sus aspectos sociales, físicos y psicológicos (Lila, Musitu y Molpeceres, etc. 1994). Esta distinción es deudora de los postulados de Cooley (1902) y Mead (1934) etc, quienes a su vez se inspiraron en el trabajo pionero de William James (1890). Parafraseando a Rosenberg, etc. (1965), por autoestima entienden la actitud positiva o negativa que un individuo tiene sobre un objeto, que en este caso es el “si mismo”, y se refiere a la percepción que el individuo mantiene sobre su funcionamiento social, psicológico y físico o corporal. La afinidad que mantiene esta estructura con la diferenciación entre “si mismo” espiritual, material y social de James (1890) o la distinción entre Yo y Mí de Cooley (1902) es evidente.

Shavelson y colaboradores (1976) han sido quizás quienes más han incidido en esta naturaleza multidimensional del “si mismo”, distinguiendo no sólo unos ámbitos en cuanto al contenido sino una estructura jerárquica que los organiza. En su modelo distinguen aspectos emocionales, sociales y físicos del “si mismo”, así como académicos. La estructura jerárquica que propone Shavelson tiene en su cima a la autoestima global, que se ramifica en sus aspectos académicos y no académicos. Entre los segundos destacan los aspectos emocionales, físicos y sociales. Tanto para el “si mismo” académico y no académico, hay ramificaciones de lo más general a lo más específico, estableciéndose así una estructura en diferentes niveles. Bien sea directa o indirectamente, numerosos autores han adoptado las ideas de Shavelson y colaboradores, asumiendo la necesidad de contemplar la estructura plural del “si mismo”.

Musitu y colaboradores (1991), por ejemplo, han trabajado con un modelo muy similar al de Shavelson en alumnos de 12 a 18 años, distinguiendo los aspectos académicos, sociales, emocionales y familiares del self. Este modelo ha mostrado su eficacia para reflejar empíricamente relaciones consistentes teóricamente entre la autoestima y las técnicas de socialización familiar, la conducta prosocial, el consumo de drogas o la integración social. También Lila (1995), continuando con esta tradición en la evaluación del “si mismo”, ha encontrado que el modelo propuesto por Musitu es eficaz para explicar el ajuste psicosocial de los alumnos y que el instrumento de evaluación del “si mismo” utilizado presenta una estructura invariable en otros países.

El cuestionario de autoestima utilizado en la presente investigación supone una modificación del AUT-30 (Musitu y Gracia, 1995), que a su vez encuentra su precedente en una escala anterior (AFA, Musitu y colaboradores, 1991) junto con otros ítems extraídos del Tennessee Self-Concept Scale. El AUT-30 es un instrumento compuesto por 30 ítems que miden en un rango de respuestas de 1 a 3 (Siempre, algunas veces, nunca) 5 dimensiones de la autoestima en adolescentes: social,

académica, familiar, emocional y física. Este instrumento ha sido analizado en diferentes muestras y en todas ellas ha mostrado una consistencia interna adecuada ( $\alpha$  de Cronbach=.0794, Lila, 1995;  $\alpha$  de Cronbach=.0801, Marchetti, 1997). La consistencia interna de los cinco factores también es adecuada ( $.691 < \alpha$  de Cronbach  $< .829$ ) y existen pruebas de su validez en diferentes muestras (Lila, Musitu y Molpeceres, 1994; Lila, 1995; Marchetti, 1997) que evidencia la relación de las dimensiones de la autoestima con la socialización familiar.

El instrumento utilizado en la presente investigación (AUT-30-R) supone una modificación del original en cuanto a la formulación de algunos ítems y el aumento de la escala de medida de 3 a 5 posibilidades (nunca, pocas veces, algunas veces, muchas veces, siempre). Un proceso de jueces externos y un estudio piloto con 125 adolescentes sugirió la reformulación de algunos ítems, pero en general el instrumento guarda la misma estructura que el original. En la versión definitiva se ha eliminado el ítem 15 por la baja saturación que presentaba en los análisis factoriales.

**Fiabilidad:** la consistencia interna en esta versión de 29 ítems es muy similar ( $\alpha$  de Cronbach=.8288) a la encontrada en investigaciones anteriores con el AUT-30 (Lila, 1995). Para un análisis en detalle de los análisis de consistencia interna para las dos versiones puede consultarse el ANEXO CD. Los resultados del análisis factorial correspondiente a la versión con 29 ítems se presentan a continuación.

**Análisis factorial:** para estudiar la estructura del cuestionario se ha efectuado un análisis de componentes principales con rotación PROMAX para el conjunto de los 29 ítems. PROMAX es un procedimiento de rotación oblicua recomendada para muestras grandes y permite contrastar la existencia de dimensiones correlacionadas en un conjunto de ítems. Este análisis permite identificar una estructura factorial compuesta de cinco dimensiones o factores que, en conjunto, explican un 52.25% de la varianza total de

las puntuaciones. Los ítems que saturan en cada factor así como la varianza explicada -antes de la rotación- por cada uno de ellos y la fiabilidad de la subescala se presentan a continuación. Los resultados para el primer factor rotado se presentan en la tabla 27 (una descripción pormenorizada de estos resultados puede encontrarse en el ANEXO CD).

**Tabla 27:** Factor 1. Varianza explicada antes de la rotación PROMAX, consistencia interna del factor, ítems y saturaciones

AUTOESTIMA FAMILIAR	Varianza Explicada 18.74% $\alpha$ de Cronbach=.8358	SATURACIONES
29.Me siento muy querido/a por mis padres		.832
09.Me siento feliz en casa		.808
24.Mis padres confían en mí		.742
19.Mi familia me ayudaría en cualquier tipo de problema		.730
04.Soy muy criticado en casa		-.674
14.Mi familia está decepcionada conmigo		-.589

El primer factor, Autoestima Familiar, hace referencia a la valoración que el adolescente realiza sobre sí mismo como miembro de la familia. Los ítems de este factor que hacen referencia a la percepción de ayuda por parte de los padres y a la existencia de confianza en el ámbito familiar, saturan de forma positiva en el factor ( $\geq .730$ ); por su parte, los ítems referidos a la crítica por parte de la familia o a la decepción de los padres con respecto al hijo/a saturan de forma negativa con el factor. La consistencia interna de esta escala es adecuada ( $\alpha$  de Cronbach=.8358). En la configuración final de esta variable, mayores puntuaciones indican mayor nivel de autoestima familiar (Cuadro VI).

**Tabla 28:** Factor 2. Varianza explicada antes de la rotación PROMAX, consistencia interna del factor, ítems y saturaciones

AUTOESTIMA ACADÉMICA	Varianza Explicada 12.82% $\alpha$ de Cronbach=.8290	SATURACIONES
07.Mis profesores consideran que soy buen estudiante		.882
22.Soy un buen estudiante		.849
02.Hago bien los trabajos escolares		.724
12.Trabajo mucho en clase		.647
27.Mis profesores me consideran inteligente		.643
17.Mis profesores me aprecian		.633

El segundo factor, Autoestima Académica, explica antes de la rotación aproximadamente un 13% de la varianza total (tabla 28). Las saturaciones de los ítems son moderadas/altas ( $\geq .633$ ) y su semántica hace referencia a la percepción que tiene el adolescente sobre su rendimiento académico. La consistencia interna de esta escala es adecuada ( $\alpha$  de Cronbach=.8290). Puntuaciones elevadas en esta variable indican nivel alto de autoestima académica (ver Cuadro VI).

**Tabla 29:** Factor 3. Varianza explicada antes de la rotación PROMAX, consistencia interna del factor, ítems y saturaciones

AUTOESTIMA SOCIAL	Varianza Explicada 07.87% $\alpha$ de Cronbach=.7657	SATURACIONES
01.Consigo amigos/as fácilmente		.795
11.Es difícil para mí hacer amigos		-.788
06.Soy una persona sociable		.676
26.Tengo muchos amigos		.666
21.Me cuesta hablar con desconocidos		-.523
16.Soy una chico/a alegre		.502

El tercer factor, Autoestima Social, hace referencia a la capacidad percibida del adolescente para iniciar y mantener amistades. En general, las saturaciones son moderadas/elevadas ( $\geq .502$ ) y el factor explica un porcentaje del 7.87% del total. La consistencia interna es de .7657 ( $\alpha$  de Cronbach). Puntuaciones elevadas en la variable indican elevada autoestima social (Cuadro VI).

**Tabla 30:** Factor 4. Varianza explicada antes de la rotación PROMAX, consistencia interna del factor, ítems y saturaciones

AUTOESTIMA FÍSICA	Varianza Explicada 07.407% $\alpha$ de Cronbach=.7322	SATURACIONES
25.Soy bueno/a haciendo deporte		.819
10.Me buscan para realizar actividades deportivas		.784
20.Me gusta como soy físicamente		.596
05.Me cuido físicamente		.554
30.Soy una persona atractiva		.528

El cuarto factor, Autoestima Física, tiene que ver con la valoración que hace el adolescente de su capacidad física para hacer deporte y de la aceptación de su cuerpo. Este factor explica un 7.4% de la varianza total y sus ítems presentan saturaciones moderadas/altas con el factor ( $\geq .528$ ). La consistencia interna para esta subescala es de .7322 ( $\alpha$  de Cronbach). Altas puntuaciones en la variable indican elevada autoestima física (Cuadro VI).

**Tabla 31:** Factor 5. Varianza explicada antes de la rotación PROMAX, consistencia interna del factor, ítems y saturaciones

AUTOESTIMA EMOCIONAL	Varianza Explicada 05.417% $\alpha$ de Cronbach=.7348	SATURACIONES
08.Muchas cosas me ponen nervioso/a		.769
28.Soy nervioso/a		.724
13.Me asusto con facilidad		.618
18.Cuando los mayores me dicen algo me pongo nervioso		.610
23.Me pongo nervioso/a cuando me pregunta el profesor		.557
03.Tengo miedo de algunas cosas		.528

Finalmente, el quinto factor -Autoestima Emocional- hace referencia a la noción que tiene uno mismo acerca de su mayor o menor capacidad para mantener la serenidad ante determinados adultos (personas mayores, profesores, etc.) y en general mantener el equilibrio ante situaciones inciertas (miedo, asustarse, etc.). La varianza explicada es de 5.41% y todos los ítems saturan de forma moderada/alta en el factor ( $\geq .517$ ). La consistencia interna de la escala es de .7348 ( $\alpha$  de Cronbach). En la configuración final de esta variable, puntuaciones elevadas indican un elevado nivel de

autoestima emocional (menos miedo, menor nivel de nerviosismo, etc.). En general, tanto por la estructura factorial, las saturaciones de los ítems en sus factores y la consistencia interna de cada escala, puede considerarse que este instrumento posee unas adecuadas características psicométricas.

A continuación se presenta en el Cuadro VI la configuración de cada dimensión de la autoestima a partir de los ítems del cuestionario. Las características descriptivas de cada variable o dimensión de la autoestima se pueden consultar detalladamente en el ANEXO CD.

**Cuadro VI:** *Configuración de las variables del AUT-30- (R)*

<b><i>Autoestima Familiar</i></b>	item09 + item24+item19+item29+(12-(item04+item14))
<b><i>Autoestima Académica</i></b>	item02 +item07+item12+item17+item22+ item27
<b><i>Autoestima Social</i></b>	item01+ item 06+ item 16+item26+ (12-( item 11+ item 21))
<b><i>Autoestima Física</i></b>	item 05+ item 10+ item 20+ item 25+item 30
<b><i>Autoestima Emocional</i></b>	(36-( item 03 +item 08+ item 13 + item 18+ item 23+item 28))

Para comprobar la hipótesis de la interrelación de las dimensiones de la autoestima, se presenta en la tabla 32 las correlaciones entre las dimensiones de la autoestima. El triángulo inferior de la tabla se presentan las correlaciones bivariadas entre las dimensiones de la autoestima; en el triángulo superior, la correlaciones parciales controladas por género y edad.

**Tabla 32:** Correlaciones bivariadas y parciales (controlando género y edad) entre las dimensiones de la autoestima<sub>1</sub>

	A. FAMILIAR	A. ACADÉMICA	A. SOCIAL	A. FÍSICA	A. EMOCIONAL
A. FAMILIAR	-	.376 <sup>p=.000</sup>	.200**	.376 <sup>p=.000</sup>	.125 <sup>p=.000</sup>
A. ACADÉMICA	.370 <sup>p=.000</sup>	-	.107 <sup>p=.001</sup>	.191 <sup>p=.000</sup>	.040 <sup>p=.040</sup>
A. SOCIAL	.214 <sup>p=.000</sup>	.097 <sup>p=.002</sup>	-	.421 <sup>p=.000</sup>	.249 <sup>p=.000</sup>
A. FÍSICA	.145 <sup>p=.000</sup>	.141 <sup>p=.000</sup>	.406 <sup>p=.000</sup>	-	.189 <sup>p=.000</sup>
A. EMOCIONAL	.095 <sup>p=.000</sup>	.011ns	.232 <sup>p=.000</sup>	.261 <sup>p=.000</sup>	-

(1) Corrección de Bonferroni ( $\alpha=.05$ )=.002



La zona sombreada corresponde a coeficientes que no alcanzan la significación estadística al tener en cuenta el número de comparaciones ( $N=20$ ). Al aplicar la corrección de Bonferroni para  $\alpha=.05$ , prácticamente la mayoría de las correlaciones mantienen la significación estadística. El control del género y la edad no cambia este patrón de relaciones: tan sólo la autoestima emocional y la académica no presentan relaciones entre sí. Esta ausencia de significación es interesante, habida cuenta de que la autoestima emocional también va referida a la incertidumbre o ansiedad que genera que el profesor se dirija al alumno. Previsiblemente, aquellos alumnos que se perciben mejores estudiantes -autoestima académica- debieran también percibir un mayor control cuando el profesor les pregunta -autoestima emocional-. De no ser así, es posible que el temor a la evaluación no se relacione con la percepción de aptitud académica sino que haya otros elementos implicados. Destaca la elevada relación entre la autoestima social y la autoestima física y la relación entre la autoestima familiar y la autoestima académica que no se ve reducida al controlar género y edad: la relación entre familia y escuela -ajuste en la familia y ajuste en la escuela- queda reflejada en esta relación, si bien el tipo de análisis no permite discriminar si existe una relación unidireccional que explique la magnitud del coeficiente. En líneas generales el cuestionario presenta unas dimensiones moderadamente correlacionadas que justifica la elección de una rotación oblicua (PROMAX) para identificar correctamente su estructura.

**Grupos de género y edad:** en la tabla 33 se presentan los resultados del análisis multivariado las puntuaciones de la autoestima en los diferentes niveles de género y edad. El efecto de la interacción género\*edad no es significativo ( $F_{10,1946}=1.77$ ;  $p=.061$ ) mientras que existe un efecto principal del género ( $F_{5,972}=53.8$ ;  $p=.000$ ) y la edad ( $F_{10,1946}=4.84$ ;  $p=.000$ ). El análisis univariado muestra significación estadística de la autoestima emocional ( $p=.000$ ) la autoestima académica ( $p=.000$ ) y la autoestima física ( $p=.000$ ), en el caso del

género. En cuanto a la edad, sólo la autoestima académica y la física muestran significación estadística ( $p=.000$ , en ambos casos).

**Tabla 33:** MANOVA de las dimensiones de la autoestima con género y grupos de edad como factores fijos

	<i>F</i>	<i>Gl hipótesis</i>	<i>Gl error</i>	<i>Sig.</i>
Género	53.8	5	972	.000
A. Familiar				.059
A. Social				.942
A. Emocional				.000
A. Académica				.000
A. Física				.000
Edad	4.84	10	1946	.000
A. Familiar				.107
A. Social				.051
A. Emocional				.447
A. Académica				.000
A. Física				.000
Género*Edad	1.77	10	1946	.061

En la tabla 34 se presentan los resultados del contraste de medias para aquellas dimensiones significativas en el análisis univariado. En cuanto al género, los chicos muestran mayor nivel de autoestima emocional y física que las chicas, mientras que éstas muestran mayor nivel de autoestima académica. En lo que respecta a la edad, el grupo 1 (12-14 años) presenta mayor nivel de autoestima académica que el resto de los grupos de edad ( $a>b$ ,  $p<.05$ ) y, junto con el grupo 2, los mayores niveles de autoestima física.

**Tabla 34:** Comparación de la medias en las dimensiones de la autoestima para los niveles de género y edad<sup>1</sup>.

	Sexo		Grupos de Edad		
	Chicos	Chicas	Grupo 1 12-14 años	Grupo 2 15-17 años	Grupo 3 18-20 años
A. Familiar	-	-	-	-	-
A. Social	-	-	-	-	-
A. Emocional	19.56 a	16.88 b	-	-	-
A. Académica	19.12 b	20.45 a	20.77 a	19.09 b	19.48 b
A. Física	17.59 a	14.80 b	16.82 a	16.40 a	15.37 b

(1)La significación de las medias es al nivel de .05

### 3.4.2. Cuestionario de Ánimo Depresivo (CES-D)

La depresión es uno de los estresores psicológicos que ha recibido mayor atención por parte de los científicos sociales. Son varias las razones que avalan este interés. En primer lugar, la depresión es un trastorno muy bien documentado del que se disponen adecuados instrumentos para su evaluación. En segundo lugar, la depresión -o más concretamente el ánimo depresivo- refleja un continuo en cuyo espectro se sitúan la mayoría de las personas. Esto no sucede, por ejemplo, con otros trastornos psicológicos menos extendidos como la esquizofrenia o las psicopatías graves.

En el plano conceptual, el constructo de la depresión presenta consistentes relaciones teóricas con otras variables -acontecimientos vitales no deseables, autoestima, apoyo social, etc- lo que posibilita establecer *a priori* vínculos teóricos objeto de contrastación empírica. Su presencia en las sociedades modernas, finalmente, le ha hecho objeto de numerosos estudios y trabajos en los que se ha relacionado su intensidad con el grado de ajuste social y diversos índices de funcionamiento psicosocial -absentismo escolar, interacción familiar, etc.-.

En la presente investigación se ha utilizado como instrumento de evaluación de la depresión el CESD, diseñado por el Centro de Estudios Epidemiológicos de Estados Unidos como herramienta de trabajo en estudios con grandes poblaciones (Radloff, 1977). Esta escala consta de 20 ítems seleccionados de otras escalas validadas que evalúan la depresión (Zung Depression Scale; Beck Depression Scale; Minnesota Multiphasic Personality Inventory; Raskin Self-reported Depression Scale; y, finalmente, Gardner Symptom Checklist) y presenta seis dimensiones: ánimo depresivo, sentimientos de culpa e inutilidad, desamparo y desesperación, pérdida de apetito, problemas de sueño y problemas psicomotores. Además, el CES-D proporciona un índice general de ánimo depresivo. A la elevada fiabilidad del instrumento ( $\alpha = .85$ , Radloff, 1977;  $\alpha=.89$ , Lin, Dean y Ensel, 1986;

$\alpha=.88$ , Herrero, Gracia y Musitu, 1996) hay que añadir la considerable cantidad de trabajos que lo han utilizado tanto en pacientes psiquiátricos como en población general. Algunos de estos estudios documentan la buena capacidad de discriminación entre sujetos no depresivos y aquellos que podrían beneficiarse de un tratamiento terapéutico. Así, se ha apreciado con claridad que los sujetos que puntúan alto en el CESD son catalogados como susceptibles de tratamiento cuando son evaluados con otros métodos diagnósticos más orientados hacia la práctica clínica, lo que prueba la validez del instrumento.

El CESD evalúa la sintomatología que habitualmente va asociada con la depresión, pero no evalúa la depresión en sí misma. Así, una persona diagnosticada con depresión de acuerdo con los parámetros clínicos de diagnosis es posible que no informe de todos los síntomas listados en el CESD, de la misma forma que una persona puede experimentar alguno de esos síntomas sin llegar a estar deprimida. Además, diferentes personas de distintos estratos socioeconómicos pueden informar de un tipo de síntomas diferentes. Diversos estudios con grandes muestras han encontrado una elevada validez del cuestionario, evidenciada tanto en las correlaciones positivas con las puntuaciones de otros cuestionarios que evalúan depresión -  $r=.83$  con el SCL-90- como en las correlaciones negativas encontradas con otras medidas de ánimo positivo - la escala de discapacidad social de Marlow-Crowne- (Herrero, 1994). Además de estas pruebas de validez convergente y discriminante, diversos estudios han señalado la influencia de acontecimientos estresantes en la variabilidad de las puntuaciones del CESD (Lin, Dean y Ensel, 1986; Herrero, Gracia y Musitu, 1996, entre otros) lo que prueba su validez de constructo.

Finalmente, Radloff (1977) señala una serie de limitaciones en la utilización de este instrumento. Así, las puntuaciones del CESD deben interpretarse como el grado de sintomatología que acompaña a la depresión y no como una medida del desorden psicológico en sí misma. Además, se hace especialmente relevante un cuidado especial

en la traducción del instrumento a otros idiomas distintos del inglés, respetando los giros lingüísticos y las expresiones coloquiales. A este respecto, en la traducción del original se ha seguido el procedimiento seguido por otros autores (Lin, Dean y Ensel, 1981): a una traducción inicial al español elaborada por personal bilingüe de la USC (University of Southern California, Los Angeles), le siguió una traducción de nuevo al inglés por personal bilingüe de la Universidad de Valencia. Finalmente, la concordancia entre ambas versiones del instrumento constituyó un índice del ajuste al contenido original, que en este caso fue elevado. La configuración de la variable a partir del cuestionario se presenta en el cuadro 7.

**Cuadro 7:** Configuración de las variables del CES-D

<b>Depresión</b>	item01+item02+item03+item05+item06 +item07+item09+item10+item11+item13+item14+ item15+item16+item17+item18+item19 +item20+ (20-(item04+item08+item12+item16)).
------------------	---

Los análisis descriptivos de esta variable se presentan detalladamente en el ANEXO CD. Los índices de curtosis y asimetría no sugieren una marcada desviación de la normalidad.

**Fiabilidad:** la consistencia interna del cuestionario es de .8928 ( $\alpha$  de Cronbach), una magnitud muy similar a la encontrada por otros autores que han utilizado este instrumento (Radloff, 1977; Lin, Dean y Ensel, 1986; Herrero, Gracia y Musitu, 1996). Para una descripción detallada del análisis de consistencia interna, se puede consultar el ANEXO CD.

#### 3.4.2.1. Grupos de Género y Edad

En la tabla 35 se presentan los resultados del análisis univariado de la depresión y los niveles de género y edad. La interacción género\*edad no presenta significación estadística ( $F_{2,961}=0.81$ ;  $p=.444$ ) mientras que el género ( $F_{1,961}=32.86$ ;  $p=.000$ ) y la edad ( $F_{2,961}=3.26$ ;  $p=.039$ ) presentan una relación significativa con las puntuaciones de ánimo depresivo.

**Tabla 35:** ANOVA de la depresión con género y grupos de edad como factores fijos

	<i>F</i>	<i>Gl hipótesis</i>	<i>Gl error</i>	<i>Sig.</i>
Sexo	32.86	1	961	.000
Edad	3.26	2	961	.039
Sexo*Edad	0.81	2	961	.444

Un análisis del contraste de medias indica (tabla 36) que las chicas perciben mayor nivel de depresión que los chicos y que, en cuanto a los grupos de edad, se observa significación estadística sólo entre los grupos 1 y 3: los más jóvenes afirman sentirse menos deprimidos que los más mayores.

**Tabla 36:** Comparación de la medias en depresión para los niveles de género y edad<sup>1</sup>.

	Sexo		Grupos de Edad		
	Chicos	Chicas	Grupo 1 12-14 años	Grupo 2 15-17 años	Grupo 3 18-20 años
Animo Depresivo	39.55 b	43.48 a	40.31 a	41.74	42.49 b
<b>(1)La significación de las medias es al nivel de .05</b>					a>b; p<.05



### **3.4.3. Cuestionario de Evaluación de Relaciones Interpersonales (RP)**

Desde mediados de los años 70 el concepto de apoyo social se ha consolidado en la investigación científica como uno de los más importantes recursos con que cuenta el individuo para lograr el ajuste y mejorar su bienestar. Ya en los primeros trabajos de Caplan (1974), Cassel (1974) y Cobb (1976) se comprobó que aquellas personas con relaciones sociales íntimas y de confianza mostraban mejor salud física y psicológica que aquellos que no disponían de tales relaciones. Esta contrastación empírica de la influencia de las relaciones sociales en el bienestar venía a completar un recorrido teórico cuyo inicio puede situarse en sociólogos de finales del siglo XIX y principios del siglo XX como Durkheim o Weber. El rigor metodológico y la solidez de las explicaciones teóricas que las acompañaban, contribuyó a inaugurar una tradición en la investigación que aún continúa dando frutos.

Sin embargo, el incremento del número de científicos y profesionales dedicados al estudio del apoyo social ha venido acompañado de un considerable aumento de los debates tanto en los aspectos teóricos como en los metodológicos. Entre los términos con que se expresa este debate destaca la discusión sobre la forma en que se ha de operativizar y medir el apoyo social (Gracia, Herrero y Musitu, 1995; para una revisión). Básicamente dos son las aproximaciones teóricas al concepto de apoyo social: la perspectiva estructural y la perspectiva funcional. La principal consecuencia de adoptar una u otra perspectiva se observa en los criterios de operativización y medida del apoyo social ya que la primera se centra en el estudio de las condiciones objetivas del contexto social y la segunda en las funciones que ese contexto cumple para el individuo.

Como han puesto de manifiesto numerosos autores, a pesar de que las investigaciones que estudian el apoyo social han proliferado tanto

en cantidad como en calidad, este esfuerzo investigador no se ha caracterizado precisamente por una unanimidad de criterios (Laireiter y Baumann, 1992). Esta falta de convergencia se expresa inicialmente en las distintas conceptualizaciones que se han formulado sobre el apoyo social y tienen su principal consecuencia en la prolífica aparición de medidas de apoyo social (Gracia, Herrero y Musitu, 1995).

En la presente investigación se ha utilizado el RP desarrollado por Van Aken y colaboradores (1997) para evaluar con un formato de red las dimensiones del apoyo social en el adolescente. En el instrumento original Van Aken y colaboradores (1997) analizan las relaciones interpersonales del adolescente con referencia a cuatro fuentes: padre, madre, hermano y mejor amigo, cuando lo hay. En esta versión se ha analizado también la presencia de un adulto especial, bien familiar (abuelos, tíos, etc.) o extrafamiliar (profesor, animador, etc.).

Este instrumento está compuesto por 27 ítems que se organizan en cinco 5 factores de apoyo social. Cuatro factores son bipolares y el quinto es unipolar. Los factores bipolares son:

- *Apoyo emocional*. Las dos dimensiones del apoyo emocional son el afecto ('Me demuestra que me quiere') y la hostilidad ('Me ridiculiza, me humilla, me pone en evidencia').

- *Autonomía*. Evalúa el Respeto por la Autonomía ('Me deja solucionar los problemas por mí mismo y me ayuda cuando se lo pido') y Establecimiento de límites ('Toma las decisiones por mí, incluso las que quiero tomar por mí mismo').

- *Información*. Evalúa la provisión la información ('Me explica o me enseña cómo tengo que hacer las cosas') o su inaccesibilidad ('No me explica por qué tengo que hacer o dejar de hacer las cosas').

- *Metas*. Evalúa la convergencia de metas ('Tenemos las mismas ideas acerca de la vida') o la divergencia de metas ('Critica lo que a mí me gusta')

El factor unipolar, Aceptación como persona, hace referencia a la percepción que tiene el adolescente en cuanto al grado en que es aceptado por la persona ('Me acepta tal como soy'). En el caso de los factores bipolares, se utiliza una sola puntuación proveniente de combinar ambos polos. De este modo, el cuestionario proporciona 5 puntuaciones para seis fuentes de apoyo: padre, madre, adulto, hermano/a, amigo/a y novio/a. Estos 30 ítems son la escala inicial a partir de la cual se calcula la consistencia interna y el análisis de las dimensiones del cuestionario. En el cuadro 8 se presenta la configuración de estas 30 puntuaciones a partir del cuestionario original.

**Cuadro VIII: Configuración de las variables del RP.**

Apoyo Emocional	item01+item10+item19+item15+(12-(item06+item24)) .
Respeto por la autonomía	item02+item11+item20+(18-(item07+item16+item25)) .
Calidad de la información	item12+item21+(24-(item03+item08+item17+item26)) .
Convergencia de metas	item13+item09+item18+(18-(item04+item22+item27)) .
Aceptación como persona	item23+(12 -(item05+item14))

A partir de estas cinco puntuaciones, se obtiene una escala de 30 ítems que resulta de contabilizar cada característica de las relaciones interpersonal en las seis fuentes de apoyo (novio/a, padre, madre, adulto, amigo/a y hermano/a). Los restantes análisis se realizan en función de esta escala.

**Fiabilidad:** la consistencia interna de los 30 ítems del cuestionario es de .9188 ( $\alpha$  de Cronbach) en su valor estandarizado. Para una consulta detallada, ver ANEXO CD.

**Análisis Factorial:** Se ha realizado un análisis de componentes principales con rotación VARIMAX para los 30 ítems del cuestionario. Este análisis proporciona 6 factores que explican un 76.38% del total de la varianza. Los resultados para cada factor se presentan a continuación. La matriz de componentes rotados ordenada por la magnitud de las saturaciones, se presentan en el ANEXO CD. Puede observarse que la estructura factorial es extraordinariamente clara para este cuestionario y tan sólo el factor 6 presenta algunos ítems que también saturan en el factor 1. Estas saturaciones son siempre menores que .350 cuando la saturación menor para el factor 6 es de .578.

**Tabla 37:** Factor 1. Varianza explicada después de la rotación VARIMAX, consistencia interna del factor, ítems y saturaciones.

APOYO SOCIAL NOVIO/A	Varianza Explicada 14.160% $\alpha$ de Cronbach=.9406	SATURACIONES
Apoyo emocional (novio/a)		.962
Autonomía (novio/a)		.946
Aceptación (novio/a)		.920
Convergencia de metas (novio/a)		.918
Calidad de la información (novio/a)		.805

El primer factor extraído -apoyo social del novio/a- explica un 14% de la varianza después de la rotación (tabla 37). Su consistencia interna es elevada ( $\alpha$  de Cronbach=.9406) así como la saturación de los ítems (>.805). El factor recoge información sobre las cinco dimensiones de apoyo con respecto al novio/a del adolescente. (Para una descripción detallada de la consistencia interna del factor, ver ANEXO CD)

**Tabla 38:** Factor 2. Varianza explicada después de la rotación VARIMAX, consistencia interna del factor, ítems y saturaciones.

APOYO SOCIAL PADRE	Varianza Explicada 14.085% $\alpha$ de Cronbach=.9232	SATURACIONES
Apoyo emocional (padre)		.882
Aceptación (padre)		.845
Convergencia de metas (padre)		.803
Autonomía (padre)		.800
Calidad de la información (padre)		.725

El segundo factor (tabla 38) explica -después de la rotación- aproximadamente un 14% de la varianza total y sus ítems presentan una consistencia interna elevada ( $\alpha$  de Cronbach=.9174). Al igual que en el caso del apoyo social proveniente del novio/a -factor 1-, la dimensión que más satura es el apoyo emocional.

**Tabla 39:** Factor 3. Varianza explicada después de la rotación VARIMAX, consistencia interna del factor, ítems y saturaciones

APOYO ADULTO	Varianza Explicada 12.950% $\alpha$ de Cronbach=.9174	SATURACIONES
Apoyo emocional (adulto)		.927
Convergencia de metas (adulto)		.888
Autonomía (adulto)		.881
Aceptación (adulto)		.839
Calidad de la información (adulto)		.689

El tercer factor (tabla 39) apoyo social proveniente de una persona adulta importante- explica aproximadamente el 13% de la varianza total -después de la rotación-. Las saturaciones son elevadas ( $\geq .689$ ) y, al igual que en los factores 1 y 2, la dimensión que mayor saturación presenta es el apoyo emocional que proporciona esa persona. Finalmente, la consistencia interna es elevada ( $\alpha$  de Cronbach=.8892).

**Tabla 40:** Factor 4. Varianza explicada después de la rotación VARIMAX, consistencia interna del factor, ítems y saturaciones

APOYO HERMANO/A	Varianza Explicada 12.486% $\alpha$ de Cronbach=.8952	SATURACIONES
Apoyo emocional (hermano/a)		.865
Convergencia de metas (hermano/a)		.831
Autonomía (hermano/a)		.805
Aceptación (hermano/a)		.782
Calidad de la información (hermano/a)		.674

El factor 4 (tabla 40)-apoyo social proveniente de un hermano especial- explica algo más del 12% de la varianza total y sus ítems presentan una consistencia interna de .8952 ( $\alpha$  de Cronbach). Los ítems, además, presentan una saturación moderada/elevada en el factor ( $\geq .674$ ). Es interesante señalar que, de nuevo, la dimensión que más satura en este factor es el apoyo emocional y que en este caso el orden de importancia de las dimensiones, por la magnitud de la saturación, es idéntico al del apoyo social proveniente de un adulto importante.

**Tabla 41:** Factor 5. Varianza explicada después de la rotación VARIMAX, consistencia interna del factor, ítems y saturaciones.

APOYO AMIGO/A	Varianza Explicada 11.698% $\alpha$ de Cronbach=.8527	SATURACIONES
Apoyo emocional (amigo/a)		.875
Autonomía (amigo/a)		.847
Convergencia de metas (amigo/a)		.819
Aceptación (amigo/a)		.702
Calidad de la información (amigo/a)		.677

El quinto factor (tabla 41) extraído -apoyo social proveniente de un adulto especial- presenta una varianza explicada después de la rotación más del 11%. Los ítems tienen una consistencia interna de .8527 ( $\alpha$  de Cronbach) y presentan saturaciones moderadas/elevadas en el factor ( $\geq .674$ ).

**Tabla 42:** Factor 6. Varianza explicada después de la rotación VARIMAX, consistencia interna del factor, ítems y saturaciones.

APOYO MADRE	Varianza Explicada 11.005% $\alpha$ de Cronbach=.9113	SATURACIONES
Autonomía (madre)		.761
Apoyo emocional (madre)		.748
Convergencia de metas (madre)		.736
Calidad de la información (madre)		.719
Aceptación (madre)		.578

Finalmente, se presentan los resultados para el factor 6 (tabla 42) - apoyo social proveniente de la madre-. La varianza explicada por este factor es del 11%, y a diferencia de los factores anteriores, es el único que presenta saturaciones mayores que .350 en otros factores (ver ANEXO CD) si bien estas saturaciones nunca exceden a .500. Además, el orden de las dimensiones, en cuanto a la magnitud de la saturación, es diferente al de los otros factores, y de menor cuantía ( $\leq .748$ ). La consistencia interna es de .8896 ( $\alpha$  de Cronbach).

En general, el cuestionario de apoyo social no sólo presenta una elevada consistencia interna para el global de la escala, sino que su estructura factorial está claramente delimitada y la consistencia interna de cada subescala es elevada. En el ANEXO CD pueden consultarse los análisis descriptivos para cada una de las dimensiones del cuestionario RP. La configuración definitiva de las dimensiones de apoyo se presenta en el cuadro IX.

**Cuadro IX: Configuración de las variables del RP**

Apoyo Novio/a Items referidos al novio/a	item01+ item02+ item09+item10+item11+ item12+item13 item15+item18+item19+ item20+ item21 + item23 + (84-( item03++item04+item05+ item06+ item07+item08 +item14+item16+item17+item22+ item24 +item25+item26 +item27))
Apoyo Padre Respuestas referidas al padre	item01+ item02+ item09+item10+item11+ item12+item13 item15+item18+item19+ item20+ item21 + item23 + (84-( item03++item04+item05+ item06+ item07+item08 +item14+item16+item17+item22+ item24 +item25+item26 +item27))
Apoyo Adulto Respuestas referidas al adulto	item01+ item02+ item09+item10+item11+ item12+item13 item15+item18+item19+ item20+ item21 + item23 + (84-( item03++item04+item05+ item06+ item07+item08 +item14+item16+item17+item22+ item24 +item25+item26 +item27))
Apoyo Hermano/a Respuestas referidas al hermano/a	item01+ item02+ item09+item10+item11+ item12+item13 item15+item18+item19+ item20+ item21 + item23 + (84-( item03++item04+item05+ item06+ item07+item08 +item14+item16+item17+item22+ item24 +item25+item26 +item27))
Apoyo Amigo/a Respuestas referidas al amigo/a	item01+ item02+ item09+item10+item11+ item12+item13 item15+item18+item19+ item20+ item21 + item23 + (84-( item03++item04+item05+ item06+ item07+item08 +item14+item16+item17+item22+ item24 +item25+item26 +item27))
Apoyo Madre Respuestas referidas a la madre	item01+ item02+ item09+item10+item11+ item12+item13 item15+item18+item19+ item20+ item21 + item23 + (84-( item03++item04+item05+ item06+ item07+item08 +item14+item16+item17+item22+ item24 +item25+item26 +item27))

A diferencia del análisis factorial en el cuestionario de autoestima, el procedimiento de rotación (VARIMAX) supone que los factores no están correlacionados. A priori, es plausible la suposición de que, por ejemplo, el apoyo social del novio/a no se relaciona con el de la madre o el padre. Las correlaciones entre los factores se presentan en la tabla 43.



**Tabla 43:** *Correlaciones bivariadas y parciales (controlando género y edad) entre las dimensiones del apoyo social<sup>1</sup>*

	<b>Novio/a</b>	<b>Padre</b>	<b>Adulto</b>	<b>Hermano/a</b>	<b>Amigo/a</b>	<b>Madre</b>
<b>Novio/a</b>	-	-.008ns	.058ns	.003ns	.110 <sup>p=.002</sup>	.007ns
<b>Padre</b>	-.026ns	-	.071ns	.218 <sup>p=.001</sup>	.070ns	.715 <sup>p=.001</sup>
<b>Adulto</b>	.065ns	.073 <sup>p=.030</sup>	-	.007ns	.147 <sup>p=.001</sup>	.087 <sup>p=.017</sup>
<b>Hermano/a</b>	.028ns	.181 <sup>p=.001</sup>	.001ns	-	.042ns	.266 <sup>p=.001</sup>
<b>Amigo/a</b>	.173 <sup>p=.001</sup>	.090 <sup>p=.001</sup>	.175 <sup>p=.001</sup>	.079 <sup>p=.022</sup>	-	.097 <sup>p=.008</sup>
<b>Madre</b>	-.010ns	.732 <sup>p=.001</sup>	.083 <sup>p=.013</sup>	.242 <sup>p=.001</sup>	.120 <sup>p=.001</sup>	-

(1) Corrección de Bonferroni ( $\alpha=.05$ )=.003

La tabla 43 muestra las correlaciones bivariadas y parciales (controladas para género y edad) -triángulo superior- de las diferentes dimensiones del apoyo social. Cabe señalar la independencia del apoyo social del novio/a con respecto a las distintas dimensiones. Este tipo de apoyo sólo se relaciona de forma significativa con el apoyo proveniente de un amigo/a especial ( $r=.173$ ,  $p<.001$ ) y continúa siendo significativa al controlar por género y edad ( $r=.110$ ,  $p<.05$ ) si bien la relación es menor. Destaca, como era de esperar, la estrecha relación entre el apoyo percibido del padre y de la madre ( $r=.732$ ,  $p<.001$ ) que se mantiene constante al controlar por los niveles de género y la edad ( $r=.715$ ,  $p<.001$ ). Además, el apoyo percibido de un amigo especial se relaciona con todas las dimensiones del apoyo social, si bien cuando se controla por el género y edad desaparece para el padre y el hermano/a. Es preciso un análisis en mayor profundidad de esta circunstancia, pero probablemente indique la influencia de la creación de una red social responsiva en el desarrollo del adolescente. De este modo, aquellos adolescentes que son capaces de vincularse de forma positiva con otras personas ajenas a su red familiar perciben también mayor apoyo de su familia.

**Grupos de género y Edad:** en la tabla 44 se presentan los resultados de los análisis multivariados y univariados para las dimensiones del apoyo social y los grupos de género y edad. El análisis multivariado de la interacción género\*edad en las dimensiones de apoyo social no es significativo ( $F_{12,1476}=1.46$ ;  $p=.132$ ). Hay sin embargo evidencia de efectos principales en el género ( $F_{6,737}=5.73$ ;  $p=.000$ ) y los grupos de edad ( $F_{12,1476}=3.13$ ;  $p=.000$ ). El análisis univariado de las dimensiones de apoyo en cada factor permite observar que en el caso del género, el apoyo del novio/a ( $p=.000$ ) y el apoyo del amigo/a realizan la mayor contribución ( $p=.003$ ). En los grupos de edad, muestran significación el apoyo del novio/a, el apoyo del padre ( $p=.002$ ) y el apoyo de la madre ( $p=.000$ ).

**Tabla 44:** MANOVA de las dimensiones del apoyo social con género y grupos de edad como factores fijos

	F	Gl hipótesis	Gl error	Sig.
Género	5.73	6	737	.000
Apoyo Novio/a				.000
Apoyo Padre				.418
Apoyo Adulto				.569
Apoyo Hermano				.477
Apoyo Amigo/a				.003
Apoyo Madre				.205
Edad	3.13	12	1476	.000
Apoyo Novio/a				.029
Apoyo Padre				.002
Apoyo Adulto				.596
Apoyo Hermano				.278
Apoyo Amigo/a				.233
Apoyo Madre				.000
Género*Edad	1.46	12	1476	.132

La tabla 45 presenta los resultados del contraste de las medias para género y edad. En el caso del género, las chicas muestran más apoyo del novio/a que los chicos. A través de los grupos de edad, se muestra que este apoyo del novio/a es también mayor en el grupo 3 (18-20 años), y que los grupos 1 y 2 no se diferencian entre sí. En cuanto al apoyo del padre y al apoyo de la madre, se observa una disminución en los grupos de mayor edad, siendo los más pequeños los que más apoyo tanto del padre como de la madre perciben ( $a > b$ ,  $p < .05$ ).

**Tabla 45:** Comparación de la medias de las dimensiones del apoyo social para los niveles de género y edad<sup>1</sup>

	Género		Grupos de Edad		
	Chicos	Chicas	12-14 años	15-17 años	18-20 años
Apoyo Novio/a	49.31 b	68.08 a	53.09 b	57.48 b	65.52 a
Apoyo Padre	-	-	105.51 a	101.05 b	99.65 b
Apoyo Adulto	-	-	-	-	-
Apoyo Hermano/a	-	-	-	-	-
Apoyo Amigo/a	75.43 b	86.86 a	-	-	-
Apoyo Madre	-	-	109.69 a	104.53 b	104.85 b

(1) La significación de las medias es al nivel de .05

$a > b$ ;  $p < .05$

### **3.5. Para operacionalizar conductas de riesgo de los hijos**

Finalmente, para acabar la presentación de los instrumentos, se estudian a continuación algunos aspectos de la vida del adolescente que pueden tomarse como conductas desajustadas. Básicamente, los dos tipos de conductas que se analizan son el consumo y abuso de sustancias -tanto legales como ilegales- y el comportamiento delictivo o desviado. La lógica que subyace a la inclusión de estas variables en la presente investigación descansa en la suposición de que algunos síntomas del malestar familiar pueden observarse en las conductas del adolescente y no sólo en cómo se valora a sí mismo o el afecto que percibe de su entorno social, por poner sólo algunos ejemplos.

Emler (1984) ha señalado que algunos elementos inherentes al acto delictivo en la adolescencia tienen también que ver con el sistema de regulación social. La regulación social abarca entidades en organización jerárquica que van desde la ley a las instituciones sociales pero, en el caso de la adolescencia, quizás sea la escuela el contacto más directo del adolescente con este tipo de organizaciones. Desde este punto de vista, las conductas violentas en la escuela y la transgresión consistente y sistemática de sus reglas de convivencia puede tomarse como una falta de disposición en el adolescente para plegarse a la regulación social. De hecho, existe una sólida relación entre las actitudes hacia la escuela y las actitudes hacia el sistema social (Emler, Ohana y Dickinson, 1990).

Lo mismo puede afirmarse del consumo y abuso de sustancias. Hasta cierto límite -dependiendo de la edad de los adolescentes y los patrones culturales de la sociedad en la que viven - es una circunstancia tolerable que, como la transgresión de normas en la escuela, puede llegar a alcanzar niveles preocupantes. Llevadas a su extremo, ambas suponen un obstáculo hacia la integración toda vez que ambas están prohibidas en el entorno social en el que se desarrolla el individuo. En este sentido, la presencia de ambas formas de comportamiento incide de forma directa en la dinámica familiar,

fundamentalmente a través del incremento de conflictos con los padres. Estos conflictos pueden producirse por diferentes motivos como la transgresión de las propias reglas de la familia, la dificultad en las relaciones escuela-familia, la sospecha de los padres sobre el tipo de amistades de los hijos, etc. Todo esto tiene que ver con el objetivo “cuatro” de esta tesis.

### 3.5.1. Cuestionario de Consumo de Sustancias (CS)

Para conocer el nivel de consumo y abuso de sustancias se ha elaborado un instrumento que recoge la frecuencia en el consumo de tabaco, café, bebidas alcohólicas, derivados del cannabis y otras sustancias como drogas de diseño, speed o cocaína. También incluye el número de sustancias consumidas alguna vez por el adolescente y el número de sustancias consumidas semanalmente. La información proporcionada por sus 46 ítems se articula en torno los índices configurados de acuerdo con el cuadro X.

**Cuadro X:** *Configuración de las variables del RP*

Sustancias probadas	item01+item02+item03+item04+item05+item06+ item07+item08+item09 (para AUSENCIA=0; PRESENCIA=1)
Sustancias consumidas fin de semana	item23+item24+item25+item26+item27+item28+ item29+item30+item31+item32+item33 (para AUSENCIA=0; PRESENCIA=1)
Consumo diario de tabaco	item11
Consumo diario de café	item12
Consumo semanal de bebidas alcohólicas	item13+item14+item15+item16+item17
Consumo semanal de cannabis	item18
Consumo semanal de otras drogas	item19+item20+item21+item22

Los análisis descriptivos de cada uno de los índices se presentan en el ANEXO CD. Para dar una idea de nivel de consumo que afirman mantener los adolescentes en el cuadro XI se presenta la traducción de las medias a la semántica de los ítems. Las sustancias más frecuentemente consumidas son sustancias legales (café, tabaco, alcohol) y el consumo de sustancias ilegales es prácticamente inexistente salvo para el consumo de derivados de cannabis.

**Cuadro XI: Niveles típicos en el consumo de sustancias**

Sustancias probadas alguna vez	Entre 3 y 4 tipos de sustancias, normalmente café, cerveza, tabaco y alcohol
Sustancias consumidas fin se semana	Dos, normalmente café y cerveza o tabaco y cerveza
Consumo diario de tabaco	entre 1 y 5 cigarrillos al día
Consumo diario de café	una taza de café al día aproximadamente
Consumo semanal de bebidas alcohólicas	consumo típico: unas cinco cañas, o 2 cubalitos a la semana
Consumo semanal de cannabis	consumo típico: ninguno
Consumo semanal de otras drogas	consumo típico: ninguno

La distribución de las puntuaciones en el consumo de sustancias son las habituales en este tipo de estudios: gran parte de la muestra se aglutina en torno al no consumo y unos pocos sujetos muestran algún tipo de consumo. Estas puntuaciones se traducen en desviaciones marcadas de la normalidad, fundamentalmente en la presencia de distribuciones apuntadas. Esto es así sobre todo en la distribución de las puntuaciones en consumo de otras drogas (speed, cocaína, ácidos y drogas de diseño) en el que la mayoría de los sujetos de la muestra afirman no consumirlas habitualmente. Obviamente esto obliga a una selección de los sujetos de la muestra para los análisis posteriores. Así, tan sólo 34 (4.7%) sujetos de los 1047 que componen la muestra afirman consumir semanalmente alguna de estas sustancias bajo la denominación de ‘otras drogas’. Esta variable se excluirá en los posteriores análisis.

### **3.5.1.1. Grupos de género y edad**

Grupos de género y edad: los resultados del análisis multivariado del consumo de sustancias en los grupos de género y edad se presentan en la tabla 46. En primer lugar se observa la no significación de la interacción género\*edad ( $F_{14,1710}=1.28$ ;  $p=.206$ ). Tanto los efectos principales del género ( $F_{7,854}=6.52$ ;  $p=.000$ ) como de los grupos de edad ( $F_{14,1710}=13.65$ ;  $p=.000$ ) son significativos. El análisis univariado para comprobar qué variables realizan la mayor contribución revela que en el caso del género, el número de sustancias probadas ( $p=.045$ ), el alcohol consumido a la semana ( $p=.000$ ) y el cannabis consumido semanalmente ( $p=.000$ ) presentan diferentes

niveles para chicos y chicas. En cuanto a los grupos de edad, todos los índices de consumo de sustancias presentan significación estadística.

**Tabla 46:** MANOVA de las dimensiones del consumo de sustancias con género y grupos de edad como factores fijos

	F	Gl hipótesis	Gl error	Sig.
Género	7.46	6	855	.000
Tabaco				.889
Café				.288
Probadas				.045
Alcohol				.000
Cannabis				.000
Consumo seman.				.055
Edad	15.82	12	1712	.000
Tabaco				.000
Café				.000
Probadas				.000
Alcohol				.000
Cannabis				.000
Consumo seman				.000
Género*Edad	1.34	12	1712	.184

En la tabla 47, se presentan los resultados del contraste de las medias para las variables que han mostrado significación estadística en los análisis univariados.

**Tabla 47:** Comparación de la medias de consumo de sustancias para los niveles de género y edad<sup>1</sup>.

	Género		Grupos de Edad		
	Chicos	Chicas	12-14 años	15-17 años	18-20 años
Tabaco	-	-	1.20 c	1.58 b	1.93 a
Café	-	-	1.22 c	1.39 b	1.64 a
Sust. Probadas	3.79 a	3.50 b	2.54 c	3.80 b	4.60 a
Alcohol	7.98 a	7.08 b	6.29 c	7.81 b	8.48 a
Cannabis	1.32 a	1.11 b	1.09 b	1.23 a	1.33 a
Consumo semanal	-	-	1.23 b	2.62 a	2.90 a

(1)La significación de las medias es al nivel de .05

a>b>c; p<.05



En lo que respecta a los grupos de la variable género, las chicas muestran consistentemente un consumo menor que los chicos en todas las categorías analizadas. En cuanto a los grupos de edad, se observa que el grupo 1 (12-14 años) presenta menores índices de consumo que el grupo 2 y estos, a su vez, menores índices que el grupo 3 ( $a > b > c$ ,  $p < .05$ ). Esto es así en la mayoría de las categorías salvo algunas excepciones: el consumo semanal de sustancias y el consumo de cannabis. Estos resultados vienen a confirmar la eclosión del consumo de drogas durante la adolescencia media (15-17 años) y, debido a la ausencia de interacción género\*edad, esto se produce tanto en los chicos como en las chicas.

### 3.5.2. Cuestionario de conductas delictivas (CD)

El cuestionario de conductas delictivas, basado en el cuestionario de Rubini y Bombeni (en Rubini y Palmonari, 1993), consta de 23 ítems que reflejan comportamientos transgresivos con respecto a personas y a bienes materiales en los últimos tres años. La adaptación del cuestionario se produjo mediante el proceso de doble traducción italiano-español español-italiano, un sistema de jueces externos y 125 adolescentes que sugirieron algunas modificaciones en los ítems. Al tratarse de un auto-informe sobre la transgresión, aun siendo anónimo, suscita la sospecha de que quizás metodológicamente no sea un instrumento fiable. Emler y Reicher (1995) han informado de resultados homogéneos utilizando un instrumento de similares características. En el cuadro XII se presenta la configuración de las variables del CD.

**Cuadro XII:** Configuración de las variables del CD

<b>Número de conductas delictivas</b>	item01+item02+item03+item04+item05+item06+item07+item08+item09+item10+item11+item12+item13+item14+item15+item16+item17+item18+item19+item20+item21+item22+item23 (para AUSENCIA=0; PRESENCIA=1)
---------------------------------------	---

Los análisis descriptivos (ANEXO CD) sugieren un ligero apuntamiento en la distribución de las puntuaciones del CD.

**Fiabilidad:** la consistencia interna del cuestionario ( $\alpha$  de Cronbach=.9178) se puede tomar como un indicador de la elevada homogeneidad de los ítems que componen el instrumento. Este coeficiente es similar al encontrado por De Candini (1996), quien en una muestra de 328 adolescentes encontró un  $\alpha$  de Cronbach de .92 en la versión de CD elaborada por Rubini y Bombeni. (Para una descripción detallada de este análisis, ver ANEXO CD).

**Grupos de género y edad:** los resultados del análisis de las puntuaciones en conductas delictivas en función de los grupos de género y edad como factores fijos se presentan en la tabla 48. No existe efecto de la interacción género\*edad en la puntuaciones en el nivel de conductas delictivas ( $F_{2,983}=0.24$ ;  $p=.781$ ), ni tampoco efecto principal para el factor grupos de edad ( $F_{2,983}=0.10$ ;  $p=.904$ ). Tan sólo el género presenta significación estadística ( $F_{1,983}=24.99$ ;  $p=.000$ ).

**Tabla 48:** ANOVA del número de conductas delictivas con género y grupos de edad como factores fijos

	F	Gl hipótesis	Gl error	Sig.
Género	24.99	1	983	.000
Edad	0.10	2	983	.904
Género*Edad	0.24	2	983	.781

En la tabla 49 se presentan las medias para los chicos y las chicas y se puede comprobar que los chicos puntúan más alto en conductas delictivas, prácticamente el doble. Una inspección de los ítems del cuestionario (ver ANEXO CD) pronto sugiere una explicación a estos datos: el tipo de conducta que se evalúa como delictiva. En general, casi todos los ítems hacen referencia a situaciones que implican una actividad física violenta: he forzado para robar, he pegado, he dañado cabinas, he dañado paredes, he participado en peleas, etc. La expresión cultural de la violencia puede por tanto estar sesgando la interpretación de los datos: debido a que son actos típicamente

masculinos, los chicos afirman haberlos realizado con mayor frecuencia.

**Tabla 49:** Comparación de la medias de conductas delictivas para los niveles de género y edad<sup>1</sup>

	Género		Grupos de Edad		
	Chicos	Chicas	12-14 años	15-17 años	18-20 años
Conductas Delictivas	04.11 a	02.84 b	-	-	-

(1)La significación de las medias es al nivel de .05

a>b; p<.05

## 4. Procedimiento y diseño

### 4.1. Procedimiento

Participaron en el estudio un total de 1.047 adolescentes de ambos géneros y edades comprendidas entre los 12 y los 20 años. Todos los adolescentes de la muestra cursaban estudios de enseñanza secundaria en el momento de la aplicación de los instrumentos en cuatro centros de enseñanza de Castilla y León.

La aplicación de los instrumentos se realizó después de obtener los correspondientes permisos paternos y de la dirección de los centros escolares. Los adolescentes participantes en el estudio cumplieron los instrumentos en sus centros de enseñanza durante un período regular de clase. La colaboración de profesores y adolescentes fue, en todos los casos, consentida. Asimismo, se insistió a los adolescentes en el anonimato y la confidencialidad de los datos.

Se aplicaron los instrumentos en grupo, repartidos en dos días, empleando una hora cada día.

En la corrección de las pruebas conté con la colaboración de algunas alumnas de Magisterio.

## 4.2. Diseño estadístico

En este trabajo de naturaleza correlacional se ha realizado el Análisis de Correlación Canónica, puesto que, es un modelo estadístico multivariante que facilita el estudio de las interrelaciones entre múltiples variables criterio (dependientes) y múltiples variables predictoras (independientes). Es decir, predice simultáneamente múltiples variables dependientes a partir de múltiples variables independientes.

El análisis de correlación canónica es una técnica útil y potente para explorar las relaciones o asociaciones entre variables dependientes e independientes múltiples. La técnica es ante todo descriptiva, aunque puede ser empleada con fines predictivos. Los resultados obtenidos a partir de un análisis canónico deben dar respuestas a cuestiones relacionadas con el número de maneras en la que se relacionan dos conjuntos de múltiples variables, la validez de las relaciones y la naturaleza de las relaciones definidas.

El análisis canónico posibilita combinar en una medida compuesta, lo que de otra forma podría ser un gran número difícil de manejar de correlaciones bivariantes entre conjuntos de variables. Es útil para identificar relaciones globales entre múltiples variables dependientes e independientes, especialmente cuando el analista tiene poco conocimiento a priori sobre las relaciones entre los conjuntos de variables. Fundamentalmente, se puede aplicar el análisis de correlación canónica a un conjunto de variables, seleccionar aquellas variables (tanto dependientes como independientes) que aparecen ser significativamente relacionadas, y llevar a cabo posteriores correlaciones canónicas con las restantes variables más significativas, o realizar regresiones con estas variables.

Se ha determinado el nivel de error estadístico de Tipo I, también llamado alfa. Especificando un nivel alfa, se establece el nivel de significación estadística aceptable. Además, y mediante MANOVAS con la edad y el género como variables independientes, se ha

calculado la validez discriminante de cada uno de los cuestionarios. También se ha calculado la relación entre los distintos constructos incluidos en un mismo cuestionario. Finalmente, se han realizado análisis factoriales para comprobar la estructura factorial de algunos de los cuestionarios utilizados.

Como dijimos en un principio, para investigar y poner a prueba nuestras hipótesis, se han empleado diversas técnicas estadísticas. Así, se ha estudiado la relación entre los diversos constructos mediante correlaciones bivariadas, a partir de las cuales se han podido establecer tipologías familiares. También se han calculado ANOVAS, en las que las variables independientes estaban constituidas por las tipologías familiares anteriores, además de tablas de contingencia. Por otro lado, se han realizado distintas regresiones para establecer la relación entre el apoyo familiar y las distintas características del sistema familiar. Además, se ha realizado un análisis de conglomerados y un análisis discriminante para examinar la relación entre los recursos familiares y la comunicación familiar. Finalmente, y a partir de las variables de mayor relevancia, se han realizado distintos análisis mediante ecuaciones estructurales en el que la variable dependiente final ha sido la conducta delictiva (ANEXO CD).



# CAPÍTULO VI:

## RESULTADOS

### 1. Para la primera hipótesis

*“Las relaciones del Funcionamiento Familiar (cohesión más adaptabilidad) con ajuste familiar, serán de tipo lineal: a mayor nivel de funcionamiento familiar, mayor será el grado de ajuste familiar e individual de los adolescentes”.*

#### 1.1. Funcionamiento Familiar (Cohesión y Adaptabilidad), Comunicación y Satisfacción

La tabla 1 permite conocer las relaciones entre la comunicación padres-hijos, el funcionamiento familiar y la satisfacción con el funcionamiento familiar. Debido al efecto del género y la edad comprobado en todas las variables, las correlaciones están controladas para género y edad.

**Tabla 1:** Correlaciones parciales -por género y edad- entre las dimensiones de Comunicación, Funcionamiento y Satisfacción<sup>1</sup>

	APERTURA COMUNICACIÓN		PROBLEMAS COMUNICACIÓN	
	Padre	Madre	Padre	Madre
Cohesión	.484 <sup>p=.000</sup>	.543 <sup>p=.000</sup>	-.306 <sup>p=.000</sup>	-.400 <sup>p=.000</sup>
Adaptabilidad	.330 <sup>p=.000</sup>	.354 <sup>p=.000</sup>	-.266 <sup>p=.000</sup>	-.329 <sup>p=.000</sup>
Satisfacción/cohesión	.601 <sup>p=.000</sup>	.549 <sup>p=.000</sup>	-.402 <sup>p=.000</sup>	-.511 <sup>p=.000</sup>
Satisfacción/adaptabilidad	.591 <sup>p=.000</sup>	.590 <sup>p=.000</sup>	-.473 <sup>p=.000</sup>	-.540 <sup>p=.000</sup>

(1) Corrección de Bonferroni ( $\alpha=.05$ )=.003

Si atendemos a los coeficientes referidos a la relación de la apertura en la comunicación con el funcionamiento familiar, observamos que un buen clima comunicacional está relacionado positivamente tanto con la percepción de cohesión ( $r=.484$ ;  $p=.000$  para el padre,  $r=.543$ ;  $p=.000$  para la madre) y la percepción de

adaptabilidad ( $r=.330$ ;  $p=.000$  para el padre,  $r=.354$ ;  $p=.000$  para la madre), como con la satisfacción con la cohesión ( $r=.601$ ;  $p<.000$  para el padre,  $r=.549$ ;  $p=.000$  para la madre) y la satisfacción con la adaptabilidad ( $r=.591$ ;  $p=.000$  para el padre,  $r=.590$ ;  $p=.000$  para la madre). Los problemas comunicacionales, por otra parte, están negativamente relacionados con la percepción de cohesión ( $r=-.306$ ;  $p=.000$  para el padre,  $r=-.400$ ;  $p=.000$  para la madre) y adaptabilidad ( $r=-.266$ ;  $p=.000$  para el padre,  $r=-.329$ ;  $p=.000$  para la madre) así como con la satisfacción con la cohesión ( $r=-.402$ ;  $p=.000$  para el padre,  $r=-.511$ ;  $p=.000$  para la madre) y la satisfacción con la adaptabilidad ( $r=-.473$ ;  $p=.000$  para el padre,  $r=-.540$ ;  $p=.000$  para la madre). Se observa además cómo los problemas comunicacionales con el padre tienen una mayor influencia en la percepción del funcionamiento familiar que los problemas de comunicación con la madre; esto es así tanto para la percepción del funcionamiento familiar como para la satisfacción con ese funcionamiento. De este modo, conforme mayor es el nivel de problemas de comunicación con el padre los adolescentes describen de forma más negativa el funcionamiento familiar y están menos satisfechos con ese funcionamiento.

## **1.2. Tipologías del funcionamiento familiar**

Hemos visto en el marco teórico que las dimensiones del funcionamiento familiar -Cohesión y Adaptabilidad- permiten configurar diferentes tipologías familiares. De acuerdo con Olson y colaboradores (1979), ambas dimensiones del funcionamiento familiar tienen una relación curvilínea con el ajuste y la adaptación familiar. Así, niveles extremos de cohesión y adaptabilidad están positivamente relacionados con problemas de ajuste, mientras que niveles moderados en ambas variables están relacionados con adecuados niveles de ajuste. Las implicaciones de esta relación son importantes. Si las relaciones son curvilíneas, no puede hablarse ni de la cohesión ni de la adaptabilidad como recursos del sistema familiar. Serán recursos en tanto que sus niveles sean medios, pero tanto el exceso como el



defecto obstaculizan el desarrollo familiar y las familias que presentan niveles extremos en estas dimensiones son disfuncionales. Por otra parte, la familia funcional es aquella que es capaz de situarse en parámetros moderados tanto de adaptabilidad como de cohesión.

Desde la década de los 80 son cada vez más los autores que han criticado conceptual y empíricamente la curvilinealidad de las dimensiones del funcionamiento familiar. En el plano conceptual, Beavers y colaboradores (1983) han señalado que la noción de equilibrio en el modelo de Olson y colaboradores (1979) hace referencia a un equilibrio entre el cambio continuo (morfogénesis) y la imposibilidad del cambio (morfoestasis) en lo que respecta a la dimensión de la adaptabilidad. En otras palabras, la familia funcional se sitúa entre los extremos del caos y la rigidez. Sin embargo, estos autores han señalado que la definición de adaptabilidad como la capacidad de cambiar las reglas del funcionamiento familiar es ambigua, en el sentido de que no precisa el tipo de cambio. Desde un punto de vista sistémico, estos autores defienden que la adaptabilidad representa el potencial ilimitado para el cambio en el sistema familiar y es esta capacidad la que permite al sistema familiar anular los procesos entrópicos. El funcionamiento del sistema familiar, por tanto, va unido a su capacidad para adecuar sus reglas a las nuevas situaciones (negentropía). En tanto que una familia competente es también una familia funcional, la habilidad para cambiar las reglas está relacionada linealmente con el desarrollo y ajuste familiar. Se puede distinguir entonces entre la habilidad para cambiar las reglas y el cambio de esas reglas. Es posible que el cambio de las reglas muestre una relación curvilínea mientras que la capacidad para cambiarlas muestre una relación lineal. Así, una constante transformación de las estructuras de funcionamiento familiar puede llevar a la familia al caos, del mismo modo que la ausencia de cambio fomenta rigidez e incapacidad de desarrollo y adaptación. Esta relación lineal de la adaptabilidad ha sido también analizada para la cohesión (Hampson, Hulgus y Beavers, 1991).

En el plano empírico, diversos autores han informado de relaciones lineales en las dimensiones familiares evaluadas a partir del FACES (Hampson y colaboradores, 1991; Anderson y Gavazzi, 1990; Green y colaboradores, 1991; McCubbin y colaboradores, 1996). En general estas relaciones lineales se explican a partir de las características de los instrumentos, no del modelo.

Desde el principio de esta década, Olson (1993) viene asumiendo la existencia de relaciones lineales en su modelo. Matizan, sin embargo, que una excesiva adaptabilidad y cohesión situarán a la familia en niveles disfuncionales. El problema reside en saber cuándo y por qué medios pueden conocerse estos niveles extremos del funcionamiento familiar. De su propuesta se desprende que tanto el seguimiento durante el ciclo evolutivo como el estudio de los efectos que los cambios en el funcionamiento familiar ejercen en el desarrollo de la familia son indispensables para poder hablar de un cambio de segundo orden en el sistema familiar. Desde este punto de vista, las familias extremas se caracterizarían por su incapacidad para efectuar cambios de segundo orden en su estructura, aplicando soluciones del tipo '*más de lo mismo*'. Alternativamente, las familias funcionales mostrarían una elevada capacidad para llevar a cabo transformaciones profundas en el sistema familiar (cambio de segundo orden). Los instrumentos disponibles en el FACES no tienen la capacidad para aprehender cambios de segundo orden en el sistema familiar por sí mismos, aunque el estudio de las dimensiones del funcionamiento familiar junto con la comunicación y satisfacción familiar constituye una vía indirecta para constatar su presencia (Olson y colaboradores, 1979; 1982).

El Modelo Circumplejo de Olson, partiendo del supuesto de que la adaptabilidad y la cohesión son dimensiones ortogonales del funcionamiento familiar, diferencia 16 tipos de familia basadas en 4 tipos de familia en función de cada dimensión (4\*4) (ver MARCO TEÓRICO). Cada dimensión presenta 4 niveles que permiten clasificar a la familia en función de su cohesión - desligada, separada,

conectada, aglutinada- y adaptabilidad -rígida, estructurada, flexible y caótica-. Olson y colaboradores (1985) han analizado la presencia de cada tipo de familia en amplias muestras, lo que les ha permitido identificar unos rangos de puntuaciones directas a partir de los cuales es posible clasificar a las familias. Esto lo han realizado con familias en distintas fases de su desarrollo (parejas, familias con adolescentes, etc.). En el caso de las familias con adolescentes (mayores de 12 años), el instrumento proporciona los siguientes puntos de corte.

**Tabla 2:** *Baremos proporcionados por Olson y colaboradores (1985) para el FACES-III y distribución de las familias para la muestra original y la muestra española.*

RANGO	COHESIÓN FAMILIAR				ADAPTABILIDAD FAMILIAR			
	Desligada	Separada	Unida	Aglutinada	Rígida	Estructurada	Flexible	Caótica
	10-31	32-37	38-43	44-50	10-19	20-24	25-29	30-50
% OLSON	18.6%	30.3%	36.4%	14.7%	15.9%	37.3%	32.9%	13.9%
% MUESTRA	35.1%	38.2%	24.1%	02.5%	05.0%	16.5%	31.5%	47.0%

En esta tabla 2 en la primera fila se indica el rango de puntuaciones que permiten clasificar a los sujetos de la muestra utilizada por Olson y colaboradores (1985). En la fila de abajo, se presenta la clasificación en esa muestra a partir de las puntuaciones directas en el FACES-III. Esta muestra, compuesta por adolescentes entre 12 y 18 de los Estados Unidos, se distribuye en la dimensión de cohesión de una manera homogénea, presentando similares porcentajes en los extremos -desligada y aglutinada- y situando a la mayor parte de la muestra en niveles medios de cohesión -separada y unida-. Lo mismo se puede decir en el caso de la adaptabilidad. Los extremos presentan magnitudes similares -rígida y caótica- mientras que en el centro se sitúa la mayor parte de la muestra -estructurada y flexible-. En la última fila de la tabla 2 se presenta la clasificación resultante de aplicar los baremos de Olson a la muestra española. Así, se aprecia con claridad que el baremo no permite clasificar a los sujetos con la misma distribución observada para la muestra utilizada por Olson y colaboradores (1985). Gran parte de los adolescentes perciben que su familia está desligada (el doble que en la muestra

americana) y tan sólo existe un 2.5% de adolescentes que perciba su familia como aglutinada o muy cohesionada. En el caso de la adaptabilidad, se observa un patrón similar. Prácticamente no hay adolescentes que perciban su familia como rígida y, sorprendentemente, casi la mitad de los sujetos consideran su familia caótica. Tratándose de una muestra compuesta en su mayoría por sujetos escolarizados, que viven en familias completas y no habiendo sido seleccionados por la presencia o posibilidad de algún desajuste individual o familiar, estos niveles de adaptabilidad y cohesión no pueden tomarse como índices de disfunción familiar -como se deriva de la clasificación ofrecida por Olson y colaboradores (1985)-. Para comprobar hasta qué punto estos niveles de cohesión y adaptabilidad son deseados por los propios adolescentes -lo que constituye una primera aproximación a la satisfacción familiar- se ha realizado una clasificación similar a la presentada en la tabla 2, en esta ocasión con la cohesión y la adaptabilidad ideal para los adolescentes.

**Tabla 3:** *Distribución de las familias de la muestra por su funcionamiento familiar ideal de acuerdo con los baremos proporcionados por Olson y colaboradores (1985).*

RANGO	COHESIÓN FAMILIAR IDEAL				ADAPTABILIDAD FAMILIAR IDEAL			
	Desligada 10-31	Separada 32-37	Unida 38-43	Aglutinada 44-50	Rígida 10-19	Estructurada 20-24	Flexible 25-29	Caótica 30-50
% MUESTRA	09.7%	28.5%	44.1%	17.8%	-	00.7%	04.4%	94.9%

La tabla 3 presenta una situación diferente a la que sería previsible en función de la clasificación propuesta por Olson y colaboradores (1985). En el caso de la cohesión, la mayor parte de los adolescentes desean una familia cohesionada -unida- pero no excesivamente cohesionada -aglutinada-. Esta distribución de las puntuaciones estaría en consonancia con la idea de Olson y colaboradores (1985) de que los niveles extremos de cohesión son disfuncionales. En el caso de la adaptabilidad, prácticamente la totalidad de los adolescentes desean una familia caótica, con niveles máximos de adaptabilidad. Este tipo de adaptabilidad, como han señalado diversos autores (Beavers y colaboradores, 1983; McCubbin y colaboradores, 1996) no parece que

haga referencia a transformaciones profundas de las reglas familiares - serían los cambios de segundo orden indicados por Olson (1993)- sino que refleja un grado deseable de flexibilidad que los adolescentes consideran como ideal. Obviamente, desde la percepción del adolescente, una familia moderadamente unida en la que se permita el protagonismo en la toma de decisiones de los hijos, es muy deseable. Esta circunstancia no sólo plantea una duda sobre la pertinencia de considerar el nivel máximo de adaptabilidad como un síntoma de la disfunción familiar, sino que sitúa la cuestión en un punto aún más interesante: ¿hasta qué punto la familia ideal para el adolescente es una familia funcional? Aplicando los baremos de Olson y colaboradores (1985), el 94% de los adolescentes estudiados en la presente investigación desean una familia caótica y, por tanto, disfuncional; tratándose de población normal estos resultados no dejan de sorprender. Probablemente, los baremos utilizados por Olson y colaboradores (1985) para la muestra estadounidense no sean aplicables a la muestra española, fundamentalmente por el comportamiento diferencial en la adaptabilidad familiar. En principio, las puntuaciones medias difieren en ambas muestras (37.1 y 24.3 para la cohesión y adaptabilidad en la muestra estadounidense; 33.4 y 29.0 para la cohesión y adaptabilidad en la muestra española). Estas diferencias son estadísticamente significativas para la cohesión ( $t=14.58$ ,  $gl>120$ ;  $p=.000$ ) y la adaptabilidad ( $t=-18.57$ ,  $gl>120$ ;  $p=.000$ ) e indican que la muestra de Olson y colaboradores (1985) percibe por término medio un sistema familiar más cohesionado pero menos adaptativo que la muestra española utilizada en esta investigación. Ello explica por qué, al aplicar el baremo de Olson y colaboradores (1985) a la muestra española, la presencia de familias aglutinadas -cohesión máxima- es prácticamente irrelevante (2.5%) de la misma forma que se observa que casi la mitad de los adolescentes perciben niveles máximos de adaptabilidad familiar -familia caótica-. En este sentido, quizás fuera pertinente realizar la clasificación familiar en función de los niveles de la muestra española ya que tanto teórica como empíricamente hay indicios que aconsejan esta estrategia.

### **1.2.1. Tipologías basadas en la curvilinealidad y la ortogonalidad**

A partir de las 4 dimensiones de adaptabilidad y cohesión, se han propuesto distintas tipologías que reflejan diferentes formas de clasificar los 16 tipos de familia que resultan de combinar las dimensiones del funcionamiento familiar en una tabla 4\*4. Al suponer relaciones curvilíneas, estos autores destacan tres tipos de estructuras familiares (Olson y colaboradores, 1985): las familias extremas -con niveles extremos en las dos dimensiones, aglutina 4 tipos de familia-, las familias de rango medio -con algún valor extremo y otro valor medio, aglutina 8 tipos de familia- y las familias equilibradas -sólo con valores medios en ambas dimensiones, aglutina 4 tipos de familia-. De estos tres tipos, la familia equilibrada presentará los mejores índices de ajuste a lo largo de su desarrollo ya que este tipo de familia se caracteriza por niveles moderados de cohesión y adaptabilidad. La familia de rango medio, si bien menos funcional que la familia equilibrada, es sin embargo más funcional que la familia extrema. En la familia de rango medio se percibe una combinación de niveles moderados y bajos de cohesión y adaptabilidad mientras que en la familia extrema se perciben sólo niveles extremos en esas dimensiones familiares. Por ello, la familia extrema incluye tanto a familias poco o nada cohesionadas/adaptables como a familias altamente cohesionadas/adaptables. De ser aplicable el principio de relaciones curvilíneas entre las funciones familiares y el ajuste familiar, ambos polos dentro de las familias extremas mostrarán el mismo nivel de ajuste familiar; de ser aplicable el principio de las relaciones lineales, ambos polos del funcionamiento familiar mostrarían diferentes niveles de ajuste familiar. A continuación se presenta la distribución de las familias en los tipos equilibrados, rango medio y extremos del funcionamiento familiar.

**Tabla 4:** *Distribución de las familias de acuerdo con la tipología 1 en la muestra original y la muestra española*

	FAMILIA EXTREMA	FAMILIA RANGO MEDIO	FAMILIA EQUILIBRADA
MUESTRA ESPAÑOLA	15.5%	58.6%	25.9%
MUESTRA OLSON	11.3%	40.2%	48.5%

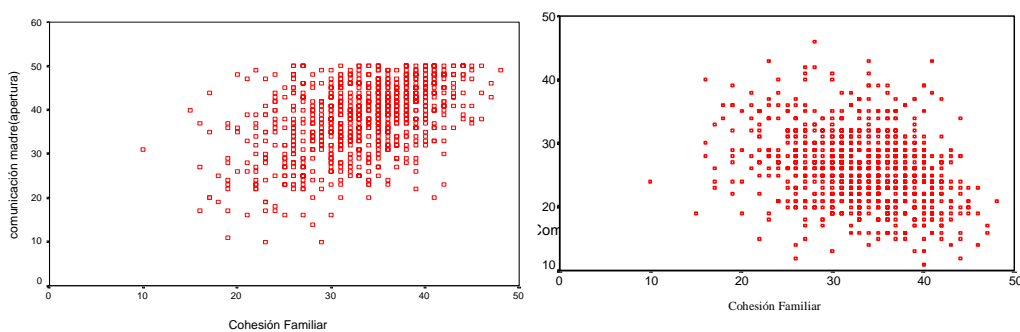
En la primera fila de la tabla 4 se presenta la distribución de las familias en la muestra española de acuerdo con los baremos utilizados por Olson y colaboradores (1985) para la muestra estadounidense. En la fila de abajo, se presenta la clasificación de las familias obtenida por Olson y colaboradores para una muestra de adolescentes en Estados Unidos. A diferencia de la muestra norteamericana, no existen muchas familias equilibradas en la muestra española y casi el 60% del total de la muestra pertenece a familias de Rango Medio.

### **1.2.2. Tipologías basadas en la linealidad y la ortogonalidad**

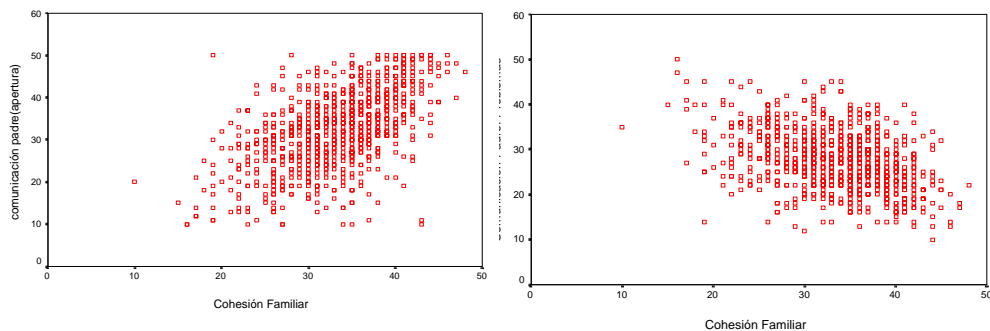
La curvilinealidad de las relaciones entre el funcionamiento y el ajuste familiar es un aspecto que ha centrado el debate durante los años 80 y 90 en investigación respecto de familia. A tenor de algunas conclusiones dentro de este debate, parece que el FACES-III identifica aspectos del funcionamiento familiar que se relacionan de forma lineal con el ajuste familiar. Previamente, ya se ha presentado la relación de las puntuaciones del funcionamiento familiar -cohesión y adaptabilidad- con la comunicación familiar (tabla 1). Estas correlaciones sirven para contrastar la hipótesis de la curvilinealidad de las dimensiones identificadas por el FACES-III. Como han señalado Olson y colaboradores (1985), la comunicación familiar es la dimensión que permite moverse a lo largo de las dimensiones de cohesión y adaptabilidad. De esta forma, las habilidades de comunicación positiva (empatía, muestras de apoyo, etc.) permiten a los miembros de la familia ajustar sus necesidades con respecto a la cohesión y el apoyo, mientras que una comunicación negativa (dobles mensajes, criticismo, etc.) reduce la capacidad de los miembros de la familia para compartir sus sentimientos y conocer sus necesidades en estas dos dimensiones. La comunicación abierta es, por tanto, una

característica de las familias ajustadas. Su presencia debería relacionarse de forma curvilínea con la adaptabilidad y la cohesión familiar. Niveles extremos de adaptabilidad y cohesión familiar deberían estar relacionados con bajos niveles de apertura en la comunicación padres-hijos y con niveles altos en los problemas de comunicación padres-hijos. Volviendo a la tabla 1, se observa que las correlaciones entre la apertura en la comunicación y la cohesión son moderadas para el padre y la madre (.484 y .543;  $p < .001$ ); un esquema similar siguen las correlaciones entre la cohesión y los problemas de comunicación (-.306 y -.400;  $p < .001$ , para el padre y la madre respectivamente). (Lo mismo se aplica para la adaptabilidad). La magnitud de estas correlaciones sugiere la presencia de una relación lineal entre el funcionamiento y el ajuste familiar evaluado a través del FACES-III. Una inspección visual de estas relaciones ilustra esta idea (Gráfico 1).

**Gráfico 1:** *Dispersión de las puntuaciones de la cohesión familiar en función comunicación con madre y el padre.*

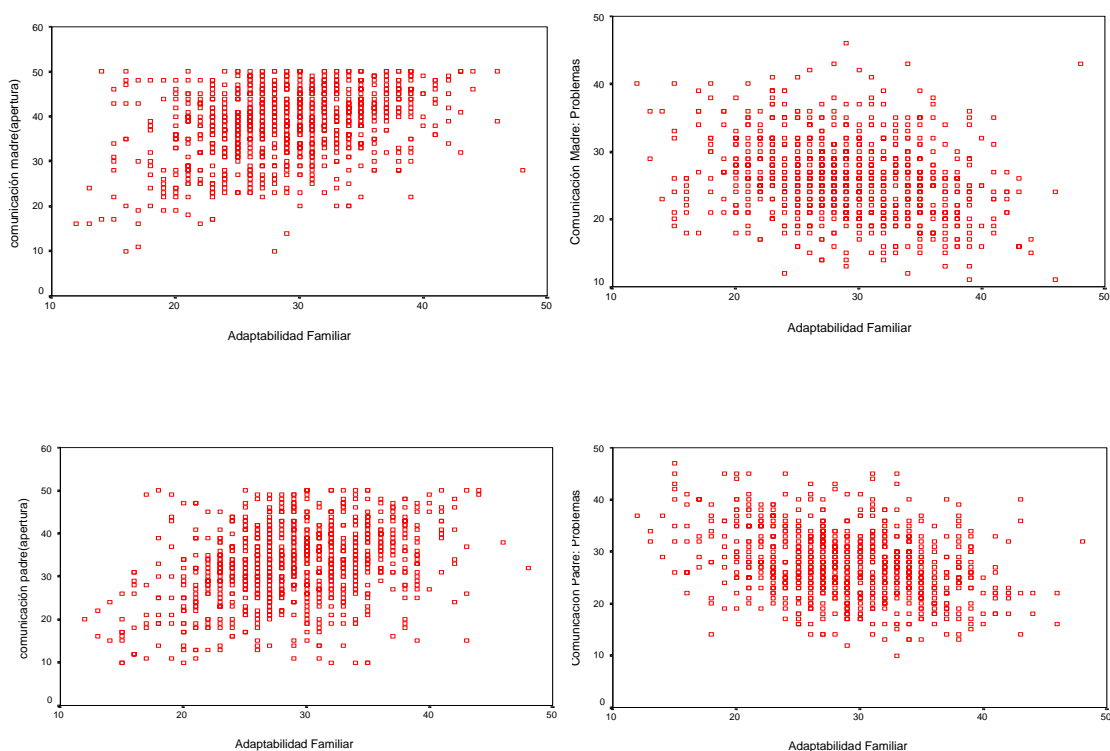






En los cuadros de la izquierda del gráfico 1 pueden observarse las relaciones entre las puntuaciones de cohesión y la apertura en comunicación (madre y padre). En la parte derecha del gráfico, se presentan la dispersión de las puntuaciones de cohesión en función de los problemas de comunicación (madre y padre). En el caso de la comunicación positiva, se observa una clara tendencia de las puntuaciones a ajustarse a una línea ascendente: a medida que aumentan las puntuaciones en comunicación positiva también lo hacen las puntuaciones para la cohesión familiar. En la parte derecha del gráfico, se puede observar que las puntuaciones elevadas en comunicación negativa están relacionadas con puntuaciones bajas en cohesión familiar. Las puntuaciones parecen ajustarse a una línea descendente. En el caso de la adaptabilidad familiar, las relaciones son menos pronunciadas pero siguen el mismo patrón (Gráfico 2).

**Gráfico 2:** *Dispersión de las puntuaciones de la adaptabilidad familiar en función de la comunicación con el padre y la madre*



En la parte izquierda de este gráfico se presentan las relaciones entre la adaptabilidad familiar y los patrones de comunicación positivos (apertura en la comunicación). Aunque en este caso la relación es menos marcada, también se observa que la relación entre ambas puntuaciones tiende a ser lineal, en este caso una línea ascendente. Para la comunicación negativa -en la parte derecha del gráfico 2- también se observa una relación lineal, en este caso una línea descendente: conforme más altas son las puntuaciones en comunicación negativa menor es la frecuencia de puntuaciones elevadas en adaptabilidad familiar.

Estos resultados aportan evidencia empírica sobre la linealidad de las relaciones entre la cohesión y la adaptabilidad familiar, evaluadas a través del FACES-III, y la comunicación familiar. Si la comunicación positiva entre padres e hijos es un vehículo del desarrollo familiar, la propia comunicación se convierte en un índice de ajuste familiar. Lo mismo puede afirmarse de los problemas en la comunicación y el desarrollo familiar. Los diagramas de dispersión contenidos en los gráficos 1 y 2 -y los coeficientes de correlación de la tabla 1- indican que la adaptabilidad y la cohesión se comportan como recursos del funcionamiento familiar, cuyos máximos niveles tienden a coincidir con altos niveles de comunicación positiva y bajos niveles de comunicación negativa entre padres e hijos. El desarrollo de tipologías familiares basadas en una relación curvilínea entre estas variables y ajuste familiar, no se justifica con estos instrumentos y en esta muestra.

Podría afirmarse, junto con Olson y colaboradores (1982), que es la propia calidad de la comunicación padres-hijos la que define el grado en que el nivel de cohesión y adaptabilidad es funcional o no. Así, elevados niveles de cohesión junto con una presencia elevada de mensajes dobles o críticas, podría indicar la necesidad en esa familia de un cambio profundo en sus estructuras de funcionamiento. Sería en este tipo de familias en el que la elevada cohesión y adaptabilidad podrían reflejar una disfunción del sistema familiar. En otras palabras, es positivo que los miembros de la familia se sientan vinculados los unos a los otros. Este vínculo abarca desde expresión de sentimientos y búsqueda de apoyo social hasta una comunicación positiva. Cuando, sin embargo, la proximidad emocional va unida a la crítica, a los mensajes dobles, etc., el sistema familiar queda sometido a una dinámica que puede tornarse perjudicial para su propio desarrollo. Este sería el caso, por ejemplo, en el que sería previsible encontrar que niveles elevados de cohesión familiar pudieran estar relacionados con niveles bajos de ajuste familiar.

Si, por otra parte, se abandona definitivamente la idea de relaciones curvilíneas de las variables del funcionamiento familiar con el ajuste familiar, McCubbin y Thompson (1987) ofrecen también una tipología familiar basada en las relaciones lineales a partir de las dimensiones de cohesión y adaptabilidad que proporciona el FACES-III. Esta tipología comparte con la anterior la idea de que adaptabilidad y cohesión son dimensiones ortogonales. En primer lugar identifican a las familias con bajos niveles en adaptabilidad y cohesión: la familia frágil. Esta familia se caracteriza porque sus miembros dudan a la hora de pedir apoyo en el seno familiar, prefieren confiar en personas ajenas al círculo familiar y perciben que la familia desea que cada miembro vaya, de alguna manera, a su aire. Muestran además una clara rigidez conforme al cambio en las reglas familiares. En segundo lugar, las familias unidas muestran elevados niveles de cohesión pero niveles bajos de adaptabilidad: se sienten vinculados pero son poco flexibles para implicar a los miembros de la familia en la toma de decisiones, por ejemplo. En tercer lugar, las familias flexibles presentan elevados niveles de adaptabilidad pero bajos niveles de cohesión. Aunque son capaces de hacer partícipes de las decisiones importantes a los miembros de la familia, no se perciben vinculados unos a otros, o lo perciben de una manera muy tenue. En cuarto lugar, las familias resistentes, con elevados niveles de cohesión y adaptabilidad, confían los unos en los otros y se piden ayuda a la vez que el sistema familiar muestra una flexibilidad para distribuir las responsabilidades y hacer partícipe a sus miembros de las decisiones importantes. Estos autores no informan haber aplicado los baremos de Olson y colaboradores (1985), y para elaborar las categorías del funcionamiento familiar dividen la muestra en función de alta/baja cohesión y alta/baja adaptabilidad. En la presente investigación se ha realizado un análisis de conglomerados (K-medias) para diferenciar dos grupos de cohesión y dos grupos de adaptabilidad. La distribución de los cuatro tipos de familia resultantes se presenta en la tabla 5, junto con los descriptivos correspondientes a cada tipo de familia (para una descripción detallada de este análisis, consultar ANEXO CD).

**Tabla 5:** *Distribución de las familias de acuerdo con la tipología 2 en la muestra española.*

	FRÁGIL	UNIDA	FLEXIBLE	RESISTENTE
Porcentaje	19.1%	02.5%	54.3%	24.1%
Media Cohesión	27.71	39.44	32.05	40.49
Media Adaptabilidad	20.87	21.64	30.43	33.24

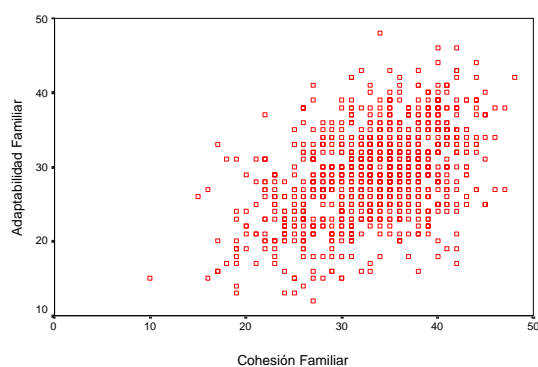
La mayor parte de las familias caen bajo la etiqueta de flexible mientras que apenas existe representación de familias unidas. Esta circunstancia ya ha sido señalada por McCubbin y Thompson (1987), quienes han observado una disminución de familias unidas en el ciclo familiar coincidiendo con la presencia de hijos/as adolescentes en el hogar. Se observa también que las categorías intermedias -familias unidas y flexibles- contienen puntuaciones extremas en cohesión y adaptabilidad. La familia unida tiene un elevado nivel de cohesión y un bajo nivel de adaptabilidad, mientras que la familia flexible muestra un elevado nivel de adaptabilidad y más bajo nivel de cohesión.

### **1.2.3. Clasificación basada en la linealidad y la no ortogonalidad**

La tipología anterior, y otras que se han propuesto con instrumentos de evaluación del funcionamiento familiar similares (familias regenerativas, familias tradicionalistas, familias rítmicas; McCubbin y Thompson, 1987; para una revisión), tienen en común la idea de que las dimensiones que configuran las tipologías familiares son ortogonales. Esta ortogonalidad se manifiesta en la ausencia de correlaciones, en el caso del FACES-III, entre la adaptabilidad y la cohesión familiar. Así, Olson y colaboradores (1985) han mostrado cómo el FACES-II aún reflejaba correlaciones entre ambas dimensiones ( $r=.65$ ) mientras que en versiones posteriores esta correlación queda prácticamente reducida a cero ( $r=.03$  en el FACES-III). En análisis previos ya se ha mostrado que para la muestra de esta investigación se han encontrado correlaciones moderadas entre ambas dimensiones y entre todos aquellos aspectos relacionados con ellas (satisfacción con el funcionamiento, funcionamiento ideal, etc.). El

gráfico 3 recoge una representación visual del tipo de relación existente en la muestra entre las puntuaciones de cohesión y adaptabilidad percibida ( $r=.463$ ,  $p<.001$ ).

**Gráfico 3:** *Dispersión de las puntuaciones de la adaptabilidad y la cohesión familiar.*



Esta relación ofrece una evidencia de que las dimensiones distan de la ortogonalidad. De acuerdo con el gráfico 3, conforme las puntuaciones en cohesión familiar alcanzan puntuaciones máximas, también lo hacen las puntuaciones en adaptabilidad familiar. Esta distribución de las puntuaciones ofrece serias dudas sobre la pertinencia de clasificar a las familias manteniendo la ortogonalidad de las dimensiones. De acuerdo con el gráfico 3, conforme las familias están más cohesionadas también son más adaptativas y por tanto más funcionales. Esta moderada correlación entre las escalas de adaptabilidad y cohesión, además, invita a una clasificación del tipo: funcionamiento deficiente, funcionamiento normal, funcionamiento satisfactorio. Esto es debido a que, por una parte, las relaciones entre las dimensiones del funcionamiento familiar son lineales con el ajuste de la familia y que, por otra parte, ambas dimensiones están moderadamente correlacionadas. Conforme aumentan las puntuaciones en cohesión lo hacen también las puntuaciones en adaptabilidad y este aumento de las puntuaciones lleva una mejora del ajuste familiar (evaluado a través de la comunicación familiar). Para contrastar esta hipótesis a lo largo de la investigación se ha

configurado una tercera tipología familiar (tipología 3) que asume que cualquier combinación baja/media/alta de cohesión y adaptabilidad ofrece la posibilidad de estudiar adecuadamente el ajuste y la adaptación del sistema familiar. Esta nueva tipología, que asume relaciones lineales con el ajuste familiar y dimensiones no ortogonales entre la cohesión y la adaptabilidad, se ha realizado en función de un análisis de conglomerados (K-medias) conjunto para las variables cohesión y adaptabilidad percibida. Posteriormente se ha realizado un análisis multivariado de las diferencias en las puntuaciones en cada grupo y el contraste de las medias correspondiente. El resultado del MANOVA indica que existen diferencias multivariadas en las puntuaciones de cohesión y adaptabilidad para los tres grupos ( $F_{4,1970}=485.95$ ;  $p=.000$ ). El contraste de las medias indica que todos los grupos se diferencian significativamente ( $p<.05$ ). Una consulta detallada del análisis de conglomerados (K-medias) y del MANOVA así como el contraste de las medias puede consultarse en detalle en el ANEXO CD.

En la tabla 6 se presenta la distribución de las familias en función del análisis de conglomerados realizado para las dimensiones de la adaptabilidad y cohesión familiar. (Para una información detallada de este análisis de conglomerados ver ANEXO CD).

**Tabla 6:** *Distribución de las familias en la tipología 3*

	BAJOS RECURSOS	MEDIOS RECURSOS	ALTOS RECURSOS
N	254	388	346
Porcentaje	26.5%	39.2%	34.9%
Media de Cohesión	25.78	35.26	37.03
Media de Adaptabilidad	23.63	27.07	35.27

Los grupos se diferencian claramente en el promedio de cohesión y adaptabilidad, además el análisis de conglomerados asegura precisamente que esa diferencia sea estadísticamente significativa. La distribución es bastante homogénea y mantiene una representación similar en todas las categorías. Al asumir la linealidad en las relaciones funcionamiento familiar-ajuste familiar, esta clasificación distingue tres tipos de familias en función de que la presencia

promedio de los dos recursos del funcionamiento familiar sea baja, media o alta. En comparación con la clasificación familiar que presume relaciones curvilíneas y ortogonales en las dimensiones familiares, las puntuaciones se distribuyen tal y como refleja la tabla 7.

**Tabla 7:** Distribución de las familias de la tipología 1 y la tipología 3

	BAJOS RECURSOS	MEDIOS RECURSOS	ALTOS RECURSOS
EXTREMA	66	29	58
RANGO MEDIO	187	104	288
EQUILIBRADA	1	255	-

De acuerdo con el supuesto de relaciones curvilíneas y ortogonales lo que en la tipología 1 son familias equilibradas son en la tipología 3 familias de recursos medios (n=255). Por su parte, las familias extremas en la clasificación de Olson y colaboradores (1985) son en esta clasificación familias con bajos recursos (n=66) casi en la misma proporción que familias con elevados recursos (n=58). Finalmente, las familias de rango medio se distribuyen como familias con bajos recursos (n=187) y, sobre todo, como familias con elevados recursos (n=288). La distribución de las puntuaciones de las tipologías 2 y 3 se presenta en la tabla 8.

**Tabla 8:** Comparación en la distribución de las familias de la tipología 2 y la tipología 3

	BAJOS RECURSOS	MEDIOS RECURSOS	ALTOS RECURSOS
FRÁGIL	147	42	-
UNIDA	-	25	-
FLEXIBLE	107	249	180
RESISTENTE	-	72	166

Ambas tipologías tienden a clasificar a las familias en la misma dirección. Así, las familias frágiles son en su mayoría familias con bajos recursos (n=147); todas las familias unidas son familias de recursos medios al igual que la mayor parte de las familias flexibles (n=249). Finalmente, todas las familias resistentes se sitúan o bien como familias con recursos medios o, en su mayor parte, como familias con elevados recursos (N=72 frente a N=166).



Una vez configuradas estas tres tipologías de funcionamiento familiar, de acuerdo con el tipo de relaciones con el ajuste (lineal/curvilíneo) y entre las propias dimensiones del funcionamiento familiar (ortogonal/no ortogonal), se pasan a comprobar las relaciones que se observan en estas familias con los procesos de afrontamiento familiar en situaciones estresantes y el efecto que produce también en el ajuste individual de los miembros.

## **2. Para la segunda hipótesis**

*“El funcionamiento familiar y la comunicación entre padres e hijos se relacionarán consistentemente con un mejor ajuste de los adolescentes”.*

### **2.1. Estrés familiar, funcionamiento y comunicación familiar**

El nivel de estrés familiar experimentado por la familia no es independiente de cómo funciona la familia y en ocasiones es consecuencia de ello. Desde un punto de vista evolutivo, el funcionamiento familiar condiciona la manera en que la familia va respondiendo a las necesidades de cambio que se van presentando - adaptabilidad-, a la vez que proporciona a cada miembro información sobre su relación con los otros miembros -cohesión-. Inicialmente, una inadecuada forma de interpretar/responder a los eventos - afrontamiento- lleva a la familia a una situación de riesgo tanto para sus miembros como para la familia. El propio funcionamiento familiar, además, puede generar conflictos y tensiones entre sus miembros cuando no se permite una reacción adecuada ante las necesidades cambiantes. En el caso de las familias con adolescentes, las nuevas exigencias pueden derivar en problemas de comunicación entre padres-hijos fomentados, precisamente, por la incapacidad del sistema familiar para adecuar su funcionamiento a las nuevas situaciones. En este sentido, la necesidad de ajustar los horarios de los hijos adolescentes a la nueva situación puede verse entorpecida por una baja adaptabilidad de la familia lo que sin duda puede generar un

incremento de las discusiones entre los padres y los hijos. Esta situación será percibida como estresante por sus miembros, incrementando de esta forma el nivel de tensiones familiares y exigiendo del sistema familiar nuevos cambios que permitan hacer frente a esta forma de estrés familiar. En la tabla 9 se presentan las correlaciones entre el nivel total de estrés familiar obtenido por el A-FILE(R) y las dimensiones del funcionamiento y comunicación familiar presentadas analizadas en apartados anteriores.

**Tabla 9:** Correlaciones parciales (controlando género y edad) entre el estrés familiar y el funcionamiento y la comunicación familiar<sup>1</sup>

	COHESIÓN		ADAPTABILIDAD		COM. MADRE		COM. PADRE	
	Percibida	Satisfacc.	Percibida	Satisfacc.	Apertura	Problema	Apertura	Problema
Estrés	-.257 <sup>p=.000</sup>	-.372 <sup>p=.000</sup>	-.184 <sup>p=.000</sup>	-.347 <sup>p=.000</sup>	-.203 <sup>p=.000</sup>	.245 <sup>p=.000</sup>	-.291 <sup>p=.000</sup>	.270 <sup>p=.000</sup>

(1) Corrección de Bonferroni ( $\alpha=.05$ )=.006

Las correlaciones entre el estrés familiar y el funcionamiento y la comunicación familiar presentadas en la tabla 9 ponen de manifiesto que la presencia de estrés familiar está relacionada positivamente con problemas de comunicación entre padres e hijos ( $r=.245$ ,  $p=.000$  y  $r=.270$ ,  $p=.000$ , para madre y padre respectivamente). Asimismo, su relación con el funcionamiento familiar, con la existencia de una comunicación positiva y con la percepción que los hijos tienen de los padres es negativa. En el caso específico de la percepción del funcionamiento familiar, estos coeficientes recuerdan de nuevo el debate entre las relaciones lineales o curvilíneas del funcionamiento y el ajuste familiar. En el apartado anterior ya se han expuesto las consecuencias que tiene para las tipologías familiares la asunción de estos supuestos. Nuevamente, estas relaciones moderadas entre funcionamiento y ajuste (con un rango de  $-.257$ ,  $-.184$ ,  $p=.000$ ) constituyen un apoyo a la hipótesis de la linealidad.

## 2.2. Estrés familiar y tipologías familiares

Continuando con el análisis de las tipologías familiares iniciado en el apartado anterior, es interesante estudiar con mayor profundidad hasta qué punto las diferentes tipologías familiares posibilitan

distinguir las familias funcionales de las disfuncionales por su nivel de estrés familiar experimentado en los últimos 12 meses. Para ello se ha realizado un análisis de conglomerados para agrupar a los sujetos de la muestra en función de su nivel de estrés familiar. La distribución de las puntuaciones para cada grupo se presenta en la tabla 10. Una descripción detallada de los resultados del análisis de conglomerados (K-medias) puede encontrarse en el ANEXO CD.

**Tabla 10:** Grupos de bajo y alto número de eventos vitales estresantes: análisis descriptivos

	NIVEL DE EVENTOS VITALES ESTRESANTES	
	BAJO	ALTO
Media	3.86	10.59
Mínimo	0	8
Máximo	7	24
N	736	287
Porcentaje	71.9%	28.1%

El grupo con bajo nivel de eventos vitales (entre 0 y 7) agrupa al 71.9% de la muestra (N=736) mientras que el restante 28.1% (N=287) ha experimentado un rango que va de 8 a 24 eventos en los últimos 12 meses. Para analizar la presencia de eventos en las diferentes tipologías familiares se ha realizado un análisis de Ji-cuadrado para contrastar la hipótesis nula de que la distribución de los grupos de alto y bajo nivel de estrés familiar es similar en las distintas tipologías familiares. Olson y colaboradores (1985) han señalado que la forma más adecuada de analizar la relación del tipo de familia y el ajuste familiar, es precisamente, a través de Ji-cuadrado. Otras técnicas basadas en puntuaciones promedio como la prueba t o el análisis de varianza, señalan estos autores, no son apropiadas para evaluar el modelo. Esta circunstancia, es especialmente relevante en el caso de que se desee contrastar la existencia de relaciones curvilíneas; esto es, comparar los extremos del modelo (alto/bajo) con el centro del mismo (familias equilibradas). Los resultados que ofrecen los análisis del Ji-cuadrado para cada una de las tipologías familiares se presentan en la tabla 11. Para una descripción detallada de este análisis así como para la inspección de las medidas de asociación simétricas, puede consultarse el ANEXO CD.



**Tabla 11:** Tablas de contingencia para las frecuencias de los grupos de bajo y alto estrés familiar en las Tipologías 1, 2, y 3

		TIPO DE FAMILIA			
		EXTREMA	RANGO MEDIO	EQUILIBRADA	
TIPOLOGÍA 1					
Bajo Estrés (72.6%)		60.7%	74.3%	75.7%	
<i>Residuo Corregido</i>		-3.6	1.5	1.3	
Alto Estrés (27.4%)		39.3%	25.7%	24.3%	
<i>Residuo Corregido</i>		3.6	-1.5	-1.3	
$\chi^2 = 12.79, gl=2, p=.002$					
TIPOLOGÍA 2		FRÁGIL	UNIDA	FLEXIBLE	RESISTENTE
Bajo Estrés (72.6%)		55.7%	91.3%	73.8%	81.2%
<i>Residuo Corregido</i>		-5.7	2.0	0.9	3.4
Alto Estrés (27.4%)		44.3%	08.7%	26.2%	18.8%
<i>Residuo Corregido</i>		5.7	-2.0	-0.9	-3.4
$\chi^2 = 39.22, gl=3, p<.001$					
TIPOLOGÍA 3		RECURSOS BAJOS	RECURSOS MEDIOS	RECURSOS ALTOS	
Bajo Estrés (72.6%)		56.6%	77.7%	78.6%	
<i>Residuo Corregido</i>		-6.5	2.9	3.1	
Alto Estrés (27.4%)		43.4%	22.3%	21.4%	
<i>Residuo Corregido</i>		6.5	-2.9	-3.1	
$\chi^2 = 42.89, gl=2, p<.001$					

En esta tabla se presentan los resultados del análisis del Ji-cuadrado realizado para los grupos de alto y bajo número de eventos vitales y cada una de las tres tipologías familiares estudiadas. En la parte superior de la tabla, en cada columna se puede consultar la proporción de adolescentes clasificados como familia extrema que se sitúan en el grupo de bajo estrés familiar (60.7%), y el porcentaje de los adolescentes en familias extremas incluidos en el grupo de alto estrés familiar (39.3%). La suma de ambos porcentajes incluye al total de los clasificados como familia extrema (100%). La misma lectura se realiza para todas las columnas de la tabla 11. Debajo de cada porcentaje se presenta el residuo estandarizado ajustado que se interpreta como cualquier valor de una variable estandarizada en una distribución normal: valores superiores a  $\pm 1.96$  difieren de 0 con una probabilidad superior a 0.95 (Sánchez Carrión, 1995) y valores superiores a  $\pm 2.56$  difieren de 0 con una probabilidad superior a 0.99. Al pie de cada módulo de la tabla se presenta el análisis del Ji-cuadrado para cada una de las tipologías familiares y los grupos de eventos.

Atendiendo en primer lugar a la tipología basada en relaciones curvilíneas y dimensiones ortogonales -familia extrema, de rango medio y equilibrada- observamos que el análisis del Ji-cuadrado es significativo estadísticamente ( $\chi^2 = 12.79$ ,  $gl=2$ ,  $p=.002$ ). Existe por tanto una relación entre el tipo de familia y el nivel de estrés familiar experimentado por sus miembros. Observando los residuales corregidos, se observa que en el caso de las familias extremas la relación entre vivir en una familia extrema y situarse en el grupo de alto estrés familiar es estadísticamente significativa (residuo=3.6,  $p<.001$ ). Esta relación también se puede intuir al comparar los porcentajes de familias extremas con bajos y altos niveles de estrés familiar (60.7% y 39.3%, respectivamente) con el porcentaje global de sujetos clasificados como bajo y alto estrés familiar y que han sido utilizados en el análisis (72.6% y 27.4%, respectivamente). Este

último porcentaje es similar al presentado en la tabla 30 al analizar las frecuencias de cada cluster (71.9% y 28.1%) y las diferencias se deben a la existencia de valores perdidos (N=21). No sucede lo mismo con el resto de las familias, cuya clasificación en los grupos de estrés familiar es próxima a la del total de la muestra (resíduo=-1.5,  $p>.05$  y resíduo=-1.3,  $p>.05$ ; para la familia de rango medio y la familia equilibrada, respectivamente). En estas familias no existe una relación estadística con el nivel de estrés familiar.

En la zona media de la tabla 11 se presentan los resultados para la tipología familiar bajo los supuestos de linealidad y ortogonalidad -frágil, unida, flexible y resistente-. Al pie de este módulo se puede observar que existe una relación estadísticamente significativa ( $\chi^2 = 39.22$ ,  $gl=3$ ,  $p<.001$ ) y el análisis de los residuales para cada casilla nos indica que existen relaciones significativas para todos los tipos de familia con la excepción de la familia flexible (resíduo=-0.9,  $p>.05$ ). Así, las familias frágiles se relacionan de forma inversa con el nivel de estrés familiar (resíduo=5.7,  $p<.001$ ) mientras que las familias unida y resistente lo hacen de forma negativa (resíduo=-2.0,  $p<.05$  y resíduo=-3.4,  $p<.001$ ; para la familia unida y la resistente, respectivamente).

Finalmente, en la última parte de la tabla 11 se presentan los resultados del análisis del Ji-cuadrado para la tipología familiar basada en la linealidad y la no ortogonalidad de las dimensiones familiares. Esta tipología, como se recordará, se ha obtenido a partir de un análisis de conglomerados conjunto para las dimensiones de cohesión y adaptabilidad familiar y diferencia familias con niveles de cohesión y adaptabilidad bajos (recursos bajos), medios (recursos medios) y altos (recursos altos). El análisis del Ji-cuadrado para estudiar la independencia entre el tipo de familia y nivel de estrés familiar es estadísticamente significativo ( $\chi^2 = 42.89$ ,  $gl=2$ ,  $p<.001$ ) y, a diferencia de las otras tipologías, todas las casillas muestran relaciones significativas. Así, la familia con pocos recursos derivados de su funcionamiento familiar muestra una relación positiva con el nivel de

estrés familiar (resíduo=6.5,  $p<.001$ ) mientras que tanto la familia con recursos intermedios (resíduo=-2.9,  $p<.001$ ) como la familia con elevados recursos (resíduo=-3.1,  $p<.001$ ) evidencian una relación negativa con el estrés familiar.

En comparación con las otras dos tipologías familiares, esta clasificación permite distinguir la disfunción familiar de una forma mucho más nítida. Así, en el caso de la tipología basada en relaciones curvilíneas y dimensiones ortogonales, no queda claro por qué la familia más funcional (familia equilibrada) no presenta niveles de estrés sensiblemente menores (al menos, menores que los de la muestra total). Por su parte, en el caso de la tipología basada en relaciones lineales y dimensiones ortogonales, habría que explicar por qué las familias flexibles no muestran niveles de estrés diferentes a los de la muestra completa mientras que la familia unida sí.

### **2.3. Relaciones entre estrés familiar, afrontamiento familiar y comunicación familiar**

El afrontamiento familiar, como respuesta de la familia a las situaciones difíciles, se relaciona con el nivel de estrés experimentado por la familia (McCubbin, Thompson y McCubbin, 1996). De acuerdo con estos autores, el afrontamiento familiar opera como un recurso con capacidad para proteger a la familia de las amenazas externas e internas. Ya se han analizado otros recursos del sistema familiar, del que destacan especialmente el clima familiar evaluado a través de la comunicación padres-hijos y el funcionamiento familiar. Es interesante, por tanto, conocer las relaciones entre el estrés familiar experimentado en el último año, las diferentes estrategias de afrontamiento familiar y otros recursos del sistema familiar ya presentados -comunicación familiar y funcionamiento familiar-. En la tabla 9 ya se han presentado las relaciones entre el estrés familiar y el funcionamiento y comunicación familiar; en la tabla 12 se incluye la relación del estrés familiar con las estrategias de afrontamiento familiar y las relaciones de éstas con los otros recursos del sistema familiar presentados hasta ahora.



**Tabla 12:** *Correlaciones parciales (controlando género y edad) entre el afrontamiento familiar y el estrés familiar y la comunicación familiar<sup>1</sup>*

	Reestructuración	Amigos y Fam.	Apoyo Espiritual	Apoyo Formal	Apoyo Vecinos	Evaluación Pas.
Estrés Familiar	-.096 <sup>p=.005</sup>	.094 <sup>p=.007</sup>	-.099 <sup>p=.004</sup>	.023ns	.068ns	.068ns
Problema Madre	-.216 <sup>p=.000</sup>	-.047ns	-.085 <sup>p=.014</sup>	-.080 <sup>p=.020</sup>	.009ns	.112 <sup>p=.001</sup>
Problema Padre	-.197 <sup>p=.000</sup>	-.103 <sup>p=.004</sup>	-.156 <sup>p=.000</sup>	-.085 <sup>p=.013</sup>	-.033ns	.107 <sup>p=.002</sup>
Apertura Madre	.314 <sup>p=.000</sup>	.191 <sup>p=.000</sup>	.181 <sup>p=.000</sup>	.168 <sup>p=.000</sup>	.114 <sup>p=.001</sup>	-.045ns
Apertura Padre	.268 <sup>p=.000</sup>	.192 <sup>p=.000</sup>	.185 <sup>p=.000</sup>	.135 <sup>p=.000</sup>	.049ns	.018ns

(1) Corrección de Bonferroni ( $\alpha=.05$ )=.001

En esta tabla 12 se han sombreado aquellas casillas que, tras realizar la corrección de Bonferroni para  $\alpha=.05$ , no alcanzarían significación estadística. En esta tabla resulta sorprendente que ninguna estrategia de afrontamiento se relacione directamente con el estrés familiar. En cuanto a la relación entre estrategias de afrontamiento y comunicación familiar, tan sólo la Reestructuración y el Apoyo Espiritual mantienen relaciones claras con la ausencia de problemas de comunicación y la presencia de apertura en la comunicación. La pobreza de estos resultados invita a analizar con más detalle la naturaleza del F-COPES(R). En este sentido, cabría preguntarse hasta qué punto los adolescentes son conscientes de las técnicas de afrontamiento que utiliza la familia o en qué grado sus percepciones del afrontamiento familiar se ajustan a las situaciones reales por las que atraviesa la familia. A tenor de las relaciones de F-COPES(R) con los problemas de comunicación padres-hijos y la apertura en la comunicación parece que los recursos de afrontamiento evaluados por el F-COPES (R) se relacionan de forma más consistente con la existencia de un clima adecuado de comunicación familiar que con la existencia de un clima negativo de comunicación.

#### **2.4. Tipologías de la familia y afrontamiento familiar**

Las magnitudes en los coeficientes de correlación entre las escalas del F-COPES (R) y las escalas de la comunicación familiar invitan de nuevo a pensar en la existencia de relaciones lineales entre funcionamiento y ajuste. Ya hemos visto con antelación que probablemente el funcionamiento familiar mantenga relaciones lineales con otros recursos del sistema familiar (comunicación) e indicadores del ajuste (eventos). El afrontamiento familiar, en tanto que característica distintiva de la orientación del sistema familiar ante las situaciones que exigen un cambio en su funcionamiento (McCubbin, Thompson y McCubbin, 1996), sirve también para contrastar la hipótesis de la curvilinealidad y aportar nuevos datos con

los que evaluar esta relación. Para contrastar esta hipótesis se ha realizado un análisis del Ji-cuadrado para las frecuencias para niveles bajos y altos de recursos de afrontamiento y las tres tipologías familiares estudiadas. Los grupos de bajo y alto nivel de recursos se han configurado mediante el análisis de conglomerados (K-medias). Toda vez que las puntuaciones del F-COPES (R) no muestran un patrón consistente para todas las escalas en las relaciones con otros recursos del sistema familiar, se ha realizado un análisis de conglomerados para cada dimensión por separado. Estos seis análisis independientes de conglomerados -que permitirá estudiar la relación entre cada estrategia de afrontamiento y las tipologías familiares- se presentan de forma resumida en la tabla 13 (para una consulta más detallada, ver ANEXO CD).

**Tabla 13:** Grupos de bajo y alto nivel de estrategias de afrontamiento familiar: análisis descriptivos

	NIVEL BAJO			NIVEL ALTO		
	<i>N</i>	<i>%</i>	<i>Puntuaciones Directas (Rango)</i>	<i>N</i>	<i>%</i>	<i>Puntuaciones Directas (Rango)</i>
Reestructuración	469	45.13	8-25	570	54.87	26-35
Apoyo Social	611	58.75	4-12	429	41.25	13-20
Apoyo Espiritual	756	72.69	3-8	284	27.31	9-15
Apoyo Formal	771	74.06	2-5	270	25.94	6-10
Apoyo Vecinos	829	79.71	2-4	211	20.29	5-10
Evaluación Pasiva	823	79.13	3-8	217	20.87	9-15

En la tabla 13 se consigna el número de sujetos, el porcentaje de la muestra y el rango de las puntuaciones directas para cada escala para los grupos de bajo y alto nivel de recursos de afrontamiento. Debido a que la técnica utilizada (K-medias) separa los grupos en función de que los centros de cada grupo (medias) se separen lo máximo posible, una inspección global de la tabla 14 nos sugiere que mientras que los niveles de Reestructuración y Apoyo Social se distribuyen uniformemente en la muestra (aproximadamente la mitad tiene niveles bajos y la otra mitad niveles altos) las otras dimensiones agrupan en los niveles altos a sólo una cuarta parte de la muestra. Esto se puede interpretar como que en las dimensiones de Apoyo Espiritual, Apoyo Formal, Apoyo de los Vecinos y Evaluación Pasiva, la mayor parte de la muestra tiende a manifestar niveles bajos mientras que sólo una parte percibe niveles altos.

**Tabla 14:** Tablas de contingencia para las frecuencias de los grupos de baja y alta Reestructuración en las Tipología 1, 2, y 3

Tipología 1		TIPO DE FAMILIA		
REESTRUCTURACIÓN	EXTREMA	RANGO MEDIO	EQUILIBRADA	
Bajo Nivel (45.2%)	44.4%	47.0%	41.4%	
<i>Residuo Corregido</i>	-0.2	1.4	1.4	
Alto Nivel (54.8%)	55.6%	53.0%	59.6%	
<i>Residuo Corregido</i>	0.2	-1.4	-1.4	
Tipología 2		$\chi^2 = 02.27, gl=2, p=.328$		
REESTRUCTURACIÓN	FRÁGIL	UNIDA	FLEXIBLE	RESISTENTE
Bajo Nivel (45.2%)	60.4%	32.0%	47.5%	29.5%
<i>Residuo Corregido</i>	4.6	-1.3	-1.5	-5.6
Alto Nivel (54.8%)	39.6%	68.0%	52.5%	70.5%
<i>Residuo Corregido</i>	-4.6	1.3	1.5	5.6
Tipología 3		$\chi^2 = 43.84, gl=3, p<.001$		
REESTRUCTURACIÓN	RECURSOS BAJOS	RECURSOS MEDIOS	RECURSOS ALTOS	
Bajo Nivel (45.2%)	62.1%	42.6%	35.8%	
<i>Residuo Corregido</i>	6.2	-1.3	-4.4	
Alto Nivel (54.8%)	37.9%	67.4%	64.2%	
<i>Residuo Corregido</i>	-6.2	1.3	4.4	
		$\chi^2 = 42.45, gl=2, p<.001$		

Esta tabla 14 presenta una síntesis del análisis de Ji-cuadrado para los niveles de bajo y alta reestructuración en los tres tipos de familias configurados. Al pie del primer módulo de la tabla -el referido a la significación global- se observa que no existe una relación estadística entre el nivel de Reestructuración y el tipo de familia. Esta ausencia de relación contradice la tesis de una relación curvilínea defendida por Olson y colaboradores (1985) ya que no parece haber ningún tipo de asociación entre la pertenencia a una familia extrema y el hecho de que sus miembros se sitúen en el grupo de menor nivel de Reestructuración. De acuerdo con la noción de familia extrema aportada por estos autores, este tipo de familia es disfuncional en el sentido de que no permite al sistema alcanzar un funcionamiento óptimo. Bien porque en cuanto a la adaptabilidad familiar promueve el cambio continuo o la rigidez extrema; bien porque en cuanto a la cohesión familiar vincula excesivamente a sus miembros o los disgrega de manera sensible. Esta disfuncionalidad debiera relacionarse con la capacidad de la familia para afrontar los problemas de una manera positiva que los haga solubles (Reestructuración). Los datos de esta investigación no permiten afirmar la existencia de esa relación.

En el segundo módulo de la tabla 14 se puede contrastar la tesis de que las dimensiones del funcionamiento familiar son independientes u ortogonales. La relación entre el tipo de familia configurada a partir de ese supuesto y la pertenencia al grupo de bajo o alto nivel de Reestructuración es significativa ( $\chi^2=43.84$ ,  $gl=3$ ,  $p<.001$ ). Una inspección de cada una de las casillas de este segundo módulo de la tabla permite descubrir que las categorías con mayor grado de asociación son la familia frágil y la familia resistente (resíduo=-4.6,  $p<.001$  y resíduo=5.6,  $p<.001$ ; para la familia frágil y resistente, respectivamente). Las categorías intermedias no muestran significación estadística. En otras palabras, sólo aquellas categorías que recogen niveles extremos (bajo/bajo y alto/alto) están asociadas

con el nivel de recursos. En el caso de familias con bajo nivel de cohesión y adaptabilidad (frágil) la relación entre la pertenencia a esta categoría y la pertenencia al grupo de baja reestructuración es positiva y significativa (resíduo=4.6,  $p<.001$ ). Por su parte, la relación entre pertenecer a una familia resistente y situarse en el grupo de baja reestructuración es negativa y significativa (resíduo=-5.6,  $p<.001$ ). Esto puede interpretarse como que cuando en la categoría se exige los mismos niveles de cohesión y adaptabilidad (se obvia por tanto la ortogonalidad) el tipo de familia muestra una asociación significativa con el afrontamiento familiar: a mejor funcionamiento familiar mayores recursos de afrontamiento. Por el contrario, cuando se analizan categorías familiares que incluyen niveles opuestos de una y otra dimensión del funcionamiento familiar (alta/baja, baja/alta), y por tanto se asume su independencia, estas categorías no muestran relación con el nivel de Reestructuración.

Finalmente, en el pie del tercer módulo de la tabla 14, se observa que la relación entre la tipología familiar basada en relaciones lineales y dimensiones correlacionadas y el nivel de recursos de afrontamiento muestran una relación estadística significativa ( $\chi^2=42.45$ ,  $gl=2$ ,  $p<.001$ ). La dirección de la relación, además, es la esperada: las familias con puntuaciones menores en funcionamiento familiar evidencian una puntuación menor en Reestructuración (resíduo=6.2,  $p<.001$ ); mientras que las familias con niveles máximos de funcionamiento se sitúan con menor frecuencia en el grupo de baja Reestructuración (resíduo=-4.4,  $p<.001$ ). En general, esta tendencia se observa para la mayor parte de las dimensiones del afrontamiento familiar. Los resultados de los análisis del Ji-cuadrado para estas dimensiones se pueden consultar en el ANEXO CD. A continuación se presenta en una única tabla resumen las relaciones encontradas para cada una de las tipologías familiares y los niveles de recursos de afrontamiento.



**Tabla 15:** Síntesis de las Tablas de contingencia para las frecuencias de los grupos de bajo y alto afrontamiento familiar en las Tipología 1, 2, y 3.

	RECURSOS DE AFRONTAMIENTO FAMILIAR				
	APOYO AMIGOS Y FAMILIARES	APOYO ESPIRITUAL	APOYO FORMAL	APOYO VECINOS	EVALUACIÓN PASIVA
Extrema					
Rango Medio					
Equilibrada					
Frágil	-	-		<i>n.s</i>	
Unida	<i>n.s</i>	<i>n.s</i>		-	
Flexible	<i>n.s</i>	-		<i>n.s</i>	
Resistente	+	+		+	
Nivel Bajo	-	-	-	-	
Nivel Medio	<i>n.s</i>	+	<i>n.s</i>	<i>n.s</i>	
Nivel Alto	+	+	+	+	

Las columnas de la tabla 15 representan las 5 dimensiones que restan por analizar del afrontamiento familiar. En la parte horizontal de la tabla, dividida en tres módulos- uno para cada tipología familiar- se presentan las diferentes categorías de cada tipología familiar. El resto de la tabla contiene el resumen de los análisis estadísticos del Ji-cuadrado que pueden consultarse con más detalle en el ANEXO CD. Estos análisis permiten extraer dos tipos de resultados: a) la significación general de la prueba Ji-cuadrado de la independencia del tipo de familia y el nivel de recursos de afrontamiento, y; b) la significación y dirección de las relaciones de cada categoría con los niveles de recursos de afrontamiento dentro en cada una de las tipologías familiares.

Con respecto a la significación global entre tipología familiar y nivel de recursos, la zona sombreada de la tabla indica que el test del Ji-cuadrado no es significativo (no existe asociación entre las puntuaciones). Cuando la asociación es significativa se indica la no significación de cada casilla (n.s.) o, en su caso, la dirección de la significación. Así, en el caso de la tipología extrema/rango medio/equilibrada se observa que para todas las dimensiones del afrontamiento familiar ninguna relación es significativa. Ello quiere decir que al clasificar así a las familias no se observarían diferencias significativas en el nivel de recursos de afrontamiento que proporciona el F-COPES(R). En el caso de la tipología 2, el Apoyo Formal y la Evaluación Pasiva no muestran significación global; las restantes dimensiones muestran significación estadística. Finalmente, en el caso de la tipología 3, tan sólo la Evaluación Pasiva no muestra relación significativa con el nivel de recursos de afrontamiento.

Con respecto al análisis de cada una de las casillas, la dirección de la relación viene indicada por los símbolos -/+. Así, al leer la primera la columna correspondiente al Apoyo Amigos y Familiares se observa que las familias frágiles acuden menos a los amigos y familiares

amigos y las familias resistentes acuden a ellos con mayor frecuencia. Las dos categorías restantes (unida y flexible) no muestran una relación estadísticamente significativa. En el caso de la tipología basada en la linealidad y la no ortogonalidad de las dimensiones, las familias con bajos niveles en el funcionamiento familiar indican también menor búsqueda de apoyo, mientras que las familias con alto nivel de funcionamiento familiar expresan mayor búsqueda de apoyo. La familia con niveles medios de funcionamiento familiar no muestra una relación significativa con la búsqueda de apoyo en amigos y familiares.

En el caso del Apoyo Espiritual, la dirección en las relaciones es muy similar, con la excepción de que la familia flexible también presenta menores niveles de apoyo espiritual y que la familia con niveles medios de funcionamiento familiar presenta mayores niveles de apoyo espiritual. Parecida tendencia se observa para la búsqueda de ayuda entre los vecinos, con la salvedad de que en este caso la familia flexible no presenta significación estadística mientras que la familia unida sí. De este modo, las familias unidas tienden a mostrar menores niveles en la búsqueda de apoyo en los vecinos que las familias resistentes. En el caso de la tipología basada en relaciones lineales y dimensiones ortogonales se observa repetidamente -al igual que se ha señalado para la Reestructuración- que los niveles máximos en todas las dimensiones del afrontamiento familiar corresponden a las familias resistentes, caracterizadas por elevados niveles de cohesión y adaptabilidad. Lo mismo se observa para la tipología basada en la linealidad y la no ortogonalidad de las dimensiones: allá donde haya niveles máximos de cohesión/adaptabilidad, el nivel de recursos de afrontamiento es mayor. En cuanto a la ortogonalidad, se puede observar que aquellas categorías que incorporan un nivel alto y otro bajo de las dimensiones del funcionamiento familiar (familia unida y familia flexible) o bien muestran los mismos niveles de recursos que la familia frágil (con bajos niveles en ambas dimensiones) o bien no se diferencian con respecto a la familia frágil.

Finalmente, cabe señalar que la Evaluación Pasiva no muestra ninguna relación estadística con ninguna de las tipologías del funcionamiento familiar. A priori, parece que las elevadas puntuaciones en Evaluación Pasiva debieran relacionarse con la pertenencia a familias disfuncionales (Extremas, Frágiles o con Bajos Recursos de funcionamiento familiar) máxime cuando las restantes dimensiones del afrontamiento familiar se comportan conforme era de esperar. En principio, el comportamiento diferencial de la Evaluación Pasiva puede deberse a la escasa fiabilidad de la escala. No obstante, son precisos análisis multivariados para comprobar si esta ausencia de relación se debe a la influencia de terceras variables (interacción y mediación).

### **3. Para la tercera hipótesis**

*“La identificación de comunicación familiar por los adolescentes será un indicador válido de la presencia de otros recursos del sistema familiar”.*

#### **3.1. Tipologías Familiares y Autoestima Familiar**

La autoestima familiar representa la percepción que el adolescente tiene de su posición en la familia. Percibirse querido y valorado es, sin duda, una sensación positiva que invita a relajarse en el entorno familiar. Alternativamente, percibir que la crítica acecha y que la decepción de los demás sobre uno es el clima general de intercambio en el sistema familiar constituye una pesada carga con la que convivir a diario. Desde este punto de vista, es posible que existan algunas condiciones externas que inviten al adolescente a percibir que ha decepcionado a su familia -por ejemplo, el fracaso escolar-. Sin embargo, es la familia la que le confirma con su actitud si aquello que le preocupa al adolescente es grave o no. Como ya se ha señalado, la forma como reacciona la familia ante la situación del adolescente puede incrementar el grado del problema e, incluso, agravarlo de tal forma que se haga irresoluble. Es aquí donde las características del funcionamiento familiar deben permitir predecir cuándo una familia

reaccionará de forma inadecuada ante la situación personal del adolescente -familia disfuncional- o cuando su forma de reaccionar y manejar las situaciones permite una aproximación a las soluciones - familia funcional-. La autoestima familiar del adolescente puede servir, por tanto, para contrastar el grado en que las diferentes combinaciones de cohesión y adaptabilidad pueden incidir no ya en el bienestar de la familia, como ya se ha comprobado, sino en el bienestar de sus miembros. En este sentido, un sistema familiar que por sus características de funcionamiento asegure su desarrollo durante su ciclo vital a costa del bienestar de sus miembros -por ejemplo, baja autoestima familiar- no puede considerarse una familia funcional. Es aquí donde los índices del ajuste individual de los miembros utilizados en este estudio encuentran todo su sentido: permiten valorar hasta qué punto el funcionamiento general de la familia tiene una influencia negativa en el desarrollo de sus miembros. Para estudiar esta relación se ha realizado un análisis del Ji-cuadrado entre los niveles de autoestima familiar y el tipo de familia para los grupos de bajos eventos estresantes y altos eventos estresantes por separado (Herrero, Musitu y Gracia, 1996). De esta forma es posible discriminar si existen condiciones objetivas que inciden en las autopercepciones familiares del adolescente. Los grupos de bajo/alto nivel de eventos ya están descritos en la tabla 10. Los resultados del análisis de conglomerados (procedimiento K-means) para configurar los grupos de baja y alta autoestima familiar se presentan en la tabla 16 (una consulta detallada de este análisis puede realizarse en el ANEXO CD).

**Tabla 16:** Grupos de bajo y alto nivel de autoestima familiar: descriptivos.

	NIVEL DE AUTOESTIMA FAMILIAR	
	<i>BAJO</i>	<i>ALTO</i>
Media	17.68	26.18
Mínimo	6	22
Máximo	21	30
N	240	800
Porcentaje	23.1%	76.9%

La distribución de las puntuaciones en los grupos de bajo/alto nivel de autoestima familiar indica que, en general, los adolescentes perciben un elevado nivel de autoestima familiar: casi el 80% de la muestra tiene niveles de autoestima familiar que van de 22 al máximo de 30. En tanto que la muestra procede de la población general esta distribución del nivel de autoestima no es sorprendente. A continuación se ha realizado un análisis del Ji-cuadrado en cada uno de los dos grupos de eventos vitales por separado. A continuación se presenta el resultado para el grupo de bajo nivel de eventos vitales estresantes.

**Tabla 17:** Tablas de contingencia para las frecuencias de los grupos de baja y alta Autoestima Familiar en las Tipologías 1, 2, y 3. Grupo de Bajo nivel de Estrés familiar.

		TIPO DE FAMILIA			
Tipología 1		<b>EXTREMA</b>	<b>RANGO MEDIO</b>	<b>EQUILIBRADA</b>	
Baja estima (16.7%)		26.4%	16.5%	12.2%	
	<i>Residuo Corregido</i>	2.7	-.1	-1.9	
Alta estima (83.3%)		73.6%	83.5%	87.8%	
	<i>Residuo Corregido</i>	-2.7	.1	1.9	
$\chi^2 = 8.38, gl=2, p=.012$					
Tipología 2		<b>FRÁGIL</b>	<b>UNIDA</b>	<b>FLEXIBLE</b>	<b>RESISTENTE</b>
Baja estima (16.7%)		46.5%	19.0%	14.3%	5.3%
	<i>Residuo Corregido</i>	8.7	.3	-1.9	-4.9
Alta estima (83.3%)		53.5%	81.0%	85.7%	94.7%
	<i>Residuo Corregido</i>	-8.7	-.3	1.9	4.9
$\chi^2 = 84.14, gl=3, p<.001$					
Tipología 3		<b>RECURSOS BAJOS</b>	<b>RECURSOS MEDIOS</b>	<b>RECURSOS ALTOS</b>	
Baja estima (16.7%)		43.9%	12.2%	7.2%	
	<i>Residuo Corregido</i>	9.6	-2.7	-5.2	
Alta estima (83.3%)		56.1%	87.8%	92.8%	
	<i>Residuo Corregido</i>	-9.6	2.7	5.2	
$\chi^2 = 95.16, gl=2, p<.001$					

El módulo superior de la tabla 17 muestra los resultados para la tipología basada en la curvilinealidad y las relaciones ortogonales entre las dimensiones del funcionamiento familiar (cohesión y adaptabilidad). Al pie de este módulo se observa que la hipótesis de la independencia autoestima familiar\*tipo de familia debe ser rechazada ( $\chi^2 = 8.38$ ,  $gl=2$ ,  $p=.012$ ). Un análisis de las casillas nos indica que tan sólo la familia extrema presenta una relación significativa con el nivel de autoestima familiar (resíduo=2.7,  $p<.001$ ). Sin embargo, las familias equilibradas no presentan una relación significativa con su inclusión en el grupo de baja/alta autoestima (resíduo=-1.9,  $p<.05$ ) si bien está próxima a la significación. En lo que respecta al segundo módulo de la tabla, la hipótesis de la independencia también debe ser rechazada ( $\chi^2 = 84.14$ ,  $gl=3$ ,  $p<.001$ ) y se observa una clara tendencia entre pertenecer a una familia frágil y situarse en el grupo de baja autoestima familiar (resíduo=8.7,  $p<.001$ ) y lo mismo puede decirse entre pertenecer a una familia resistente y pertenecer al grupo de alta autoestima familiar (resíduo=4.9,  $p<.001$ ). Finalmente, al pie del tercer módulo de la tabla se observa la significación estadística para rechazar la hipótesis de la independencia entre la tipología basada en la linealidad y la no ortogonalidad y los niveles de autoestima familiar ( $\chi^2 = 95.16$ ,  $gl=2$ ,  $p<.001$ ). Atendiendo a cada casilla por separado, se observa que los adolescentes de familias con pocos recursos (baja cohesión y adaptabilidad) tienden claramente a situarse en el grupo de baja autoestima familiar (resíduo=9.6,  $p<.001$ ). La diferencia entre los porcentajes (43.9%-16.7%) indica que casi un 30% más del esperado por azar se sitúan en el grupo de baja autoestima. Además, prácticamente la mayoría de los adolescentes en familias con muchos recursos se sitúan en el grupo de alta autoestima familiar (92.8%, resíduo=5.2,  $p<.001$ ). Es interesante comprobar si esta tendencia se mantiene para el grupo de adolescentes con un elevado nivel de estrés familiar. Los resultados del Ji-cuadrado para este grupo se presentan en la tabla 18.



**Tabla 18:** Tablas de contingencia para las frecuencias de los grupos de baja y alta Autoestima Familiar en las Tipologías 1, 2, y 3. Grupo de Alto nivel de Estrés familiar.

		TIPO DE FAMILIA			
		EXTREMA	RANGO MEDIO	EQUILIBRADA	
Tipología 1					
Baja estima (40%)		45.8%	42.1%	29.5%	
	<i>Residuo Corregido</i>	1.0	.8	-1.9	
Alta estima (60%)		54.2%	57.9%	70.5%	
	<i>Residuo Corregido</i>	-1.0	-.8	1.9	
		$\chi^2 = 3.87, gl=2, p=.144$			
Tipología 2		FRÁGIL	UNIDA	FLEXIBLE	RESISTENTE
Baja estima (40%)		61.7%	0.0%	37.7%	9.1%
	<i>Residuo Corregido</i>	4.8	.3	-1.9	-4.9
Alta estima (60%)		38.3%	100%	62.3%	90.9%
	<i>Residuo Corregido</i>	-8.7	-.3	1.9	4.9
		$\chi^2 = 35.09, gl=3, p<.001$			
Tipología 3		RECURSOS BAJOS	RECURSOS MEDIOS	RECURSOS ALTOS	
Baja estima (40%)		67.6%	25.4%	15.3%	
	<i>Residuo Corregido</i>	7.6	-3.2	-5.0	
Alta estima (60%)		32.4%	74.1%	84.7%	
	<i>Residuo Corregido</i>	-7.6	3.2	5.0	
		$\chi^2 = 59.65, gl=2, p<.001$			

Al analizar sólo el grupo de elevado estrés familiar, la nueva distribución en los grupos de baja y alta autoestima familiar es la previsible: un 40% de los sujetos se sitúan en el grupo de baja estima, frente al 16.7% que se observaba al analizar el grupo de bajo nivel de estrés familiar (tabla 17). Al comprobar la relación de pertenecer a un tipo de familia y situarse en el grupo de baja/alta estima descubrimos que no existe relación estadística significativa para la tipología basada en la curvilinealidad y la ortogonalidad ( $\chi^2 = 3.87$ ,  $gl=2$ ,  $p=.144$ ). Este resultado supone un serio argumento en contra de la tipología ofrecida por Olson y colaboradores (1985) a partir de las puntuaciones del FACES-III ya que es en las situaciones estresantes donde, de acuerdo con el modelo, el tipo de familia ejerce su influencia más característica sobre el bienestar de sus miembros. En el caso de las restantes tipologías, los resultados son similares a los encontrados para el grupo de bajo nivel de estrés familiar. Es interesante señalar que, en el caso de la tipología basada en la linealidad y la no ortogonalidad - último módulo de la tabla - los miembros de familias con elevados recursos de funcionamiento familiar se sitúan mayoritariamente (84.7%) en el grupo de alta autoestima familiar, aun en el caso de que todos ellos pertenezcan al grupo de alto nivel de eventos estresantes. Estos datos dan una idea de la influencia de la familia con recursos en el bienestar de sus miembros y sugieren que, a diferencia de la propuesta de McCubbin y colaboradores (1996), quizás sea el propio funcionamiento familiar y el clima familiar entre padres e hijos el mejor recurso de afrontamiento con el que cuenta la familia. Este extremo se contrastará posteriormente.

### **3.2. Comunicación Familiar y Autoestima**

En la tabla 19 se presentan las correlaciones entre las dimensiones de la autoestima y las variables de la comunicación familiar padres-hijos (apertura y problemas en la comunicación), controladas para género y edad.

**Tabla 19:** *Correlaciones parciales (controlando género y edad) entre la autoestima y la comunicación familiar*<sup>1</sup>

	A. FAMILIAR	A. SOCIAL	A. EMOCIONAL	A. ACADÉMICA	A. FÍSICA
Apertura Madre	.572 <sup>p=.000</sup>	.161 <sup>p=.000</sup>	.049ns	.297 <sup>p=.000</sup>	.096 <sup>p=.006</sup>
Apertura Padre	.483 <sup>p=.000</sup>	.162 <sup>p=.000</sup>	.097 <sup>p=.005</sup>	.265 <sup>p=.000</sup>	.200 <sup>p=.000</sup>
Problemas Madre	-.452 <sup>p=.000</sup>	-.051ns	-.122 <sup>p=.000</sup>	-.179 <sup>p=.000</sup>	-.003ns
Problemas Padre	-.443 <sup>p=.000</sup>	-.061ns	-.168 <sup>p=.000</sup>	-.179 <sup>p=.000</sup>	-.096 <sup>p=.016</sup>

(1) Corrección de Bonferroni ( $\alpha=.05$ )=.002

Una inspección global de la tabla 19 permite observar que las dimensiones que mayor relación presentan con la comunicación padres-hijos son, por este orden, la autoestima familiar y la autoestima académica. En el caso de la autoestima familiar, las correlaciones son moderadas -positivas con la apertura en la comunicación para ambos padres y negativas para los problemas de comunicación con ambos padres- ( $r > \pm .443$ ;  $p < .001$ ). La autoestima académica muestra la misma tendencia -relaciones positivas con la apertura y negativa con los problemas- si bien las magnitudes en los coeficientes son menores ( $r > \pm .179$ ;  $p < .001$ ). De las restantes dimensiones, destaca la significación estadística de la mayoría de ellas con la apertura en la comunicación -a excepción de la autoestima emocional- y una menor relación con los problemas en la comunicación.

### 3.3. Estrés familiar, Afrontamiento Familiar y Autoestima Familiar

En principio, cabe esperar observar algún tipo de relación entre el estrés familiar y el bienestar psicológico -efectos directos del estrés-. Las relaciones de la autoestima familiar con las estrategias de afrontamiento familiar, inicialmente y en tanto que recursos ante situaciones de estrés, debieran mostrar algún tipo de relación positiva. Para comprobar este extremo, se presentan las correlaciones parciales controladas por género y edad en la tabla 20.

**Tabla 20:** Correlaciones parciales -controlando por género y edad- entre la autoestima familiar, el estrés familiar y el afrontamiento familiar<sup>1</sup>

	A. FAMILIAR
Sucesos Vitales	-.345 <sup>p=.000</sup>
Reestructuración	.324 <sup>p=.000</sup>
A.Amigos y Famil.	.191 <sup>p=.000</sup>
A.Espiritual	.191 <sup>p=.000</sup>
A.Formal	.064 <sup>p=.035</sup>
A.Vecinos	.038 ns
Evaluación Pasiva	-.031ns

(1) Corrección de Bonferroni ( $\alpha = .05$ ) = .007

Las correlaciones sombreadas de la tabla 20 no muestran significación estadística al aplicar la corrección de Bonferroni. En primer lugar, con respecto a la relación entre el estrés familiar y la autoestima, se observa que la autoestima familiar tiene una relación negativa con el estrés familiar. En segundo lugar, la dimensión del afrontamiento familiar más relacionada con la autoestima familiar es la Reestructuración. El hecho de que la Reestructuración se relacione de forma más clara con la autoestima familiar, con el estrés familiar (ver tabla 12) y que no presente relaciones ni con los niveles de género ni con los de edad, sugiere que quizás es la estrategia de afrontamiento que mejor identifican los adolescentes de la muestra.

### **3.4. Tipología Familiar y Depresión**

La depresión, como se ha señalado, constituye uno de los principales constructos con los que la comunidad científica define la salud mental. Su presencia puede considerarse como un desajuste en el individuo, bien por causas endógenas bien por la existencia de condiciones ambientales que, sumadas a su incapacidad para afrontarlas, incidan de manera especial en el sujeto. Desde este punto de vista, una de las manifestaciones o síntomas de las familias disfuncionales puede ser la tendencia de sus miembros hacia algún tipo de desajuste. A continuación se presentan los resultados del análisis del Ji-cuadrado para la depresión y las tipologías familiares. Al igual que en el caso de la autoestima, y debido a la estrecha relación teórica entre estrés familiar y depresión, se han realizado los análisis para dos grupos por separado: bajo y alto nivel de estrés familiar. Con respecto a la depresión, se ha agrupado a los sujetos mediante el procedimiento de conglomerados K-medias cuyos resultados se presentan en la tabla 21 (para una consulta detallada de este análisis de conglomerados, ver ANEXO CD).

**Tabla 21:** Grupos de bajo y alto nivel de ánimo depresivo: descriptivos

	NIVEL DE ÁNIMO DEPRESIVO	
	BAJO	ALTO
Media	35.20	53.36
Mínimo	24	45
Máximo	44	80
N	650	362
Porcentaje	64.2%	35.8%

El grupo de bajo nivel de depresión aglutina a la mayor parte de la muestra (64.2%) con una media de 35.2. El grupo de alto nivel de depresión (35.8%) tiene por su parte una media de 53.3. En cuanto a las puntuaciones directas, el punto de corte para la pertenencia a uno u otro grupo se sitúa aproximadamente en la mitad (puntuación de 50). Los resultados del análisis de Ji-cuadrado para el grupo con bajo nivel de eventos estresantes se presentan en la tabla 22 (para una consulta detallada, ver ANEXO CD).

**Tabla 22:** Tablas de contingencia para las frecuencias de los grupos de baja y alta Depresión en las Tipologías 1, 2, y 3. Grupo de bajo nivel de Estrés familiar.

		TIPO DE FAMILIA			
Tipología 1		<b>EXTREMA</b>	<b>RANGO MEDIO</b>	<b>EQUILIBRADA</b>	
Baja Depresión (70.5%)		56.3%	70.8%	23.2%	
<i>Residuo Corregido</i>		-3.1	.2	2.2	
Alta Depresión (29.5%)		43.6%	19.4%	76.8%	
<i>Residuo Corregido</i>		3.1	-.2	-2.2	
$\chi^2 = 11.87, gl=2, p=.003$					
Tipología 2		<b>FRÁGIL</b>	<b>UNIDA</b>	<b>FLEXIBLE</b>	<b>RESISTENTE</b>
Baja Depresión (70.5%)		55.2%	81.0%	68.8%	80.4%
<i>Residuo Corregido</i>		-3.6	1.1	-1.1	3.6
Alta Depresión (29.5%)		44.8%	19.0%	31.2%	19.1%
<i>Residuo Corregido</i>		3.6	-1.1	1.1	-3.6
$\chi^2 = 21.89, gl=3, p<.001$					
Tipología 3		<b>RECURSOS BAJOS</b>	<b>RECURSOS MEDIOS</b>	<b>RECURSOS ALTOS</b>	
Baja Depresión (70.5%)		54.1%	75.7%	73.4%	
<i>Residuo Corregido</i>		-4.7	2.5	1.3	
Alta Depresión (29.5%)		45.9%	24.3%	26.6%	
<i>Residuo Corregido</i>		4.7	-2.5	-1.3	
$\chi^2 = 22.28, gl=2, p<.001$					

Para el grupo de bajo nivel de eventos estresantes, las tres tipologías familiares presentan una relación con la depresión. Así, la tipología basada en la curvilinealidad y la ortogonalidad de las dimensiones del funcionamiento familiar presenta una relación estadísticamente significativa con el nivel de depresión ( $\chi^2 = 11.87$ ,  $gl=2$ ,  $p=.003$ ). Las familias extremas tienden a situarse en el grupo de alta depresión (resíduo=3.1,  $p<.001$ ) mientras que las familias equilibradas tienden a situarse en el grupo de baja depresión (resíduo=2.2,  $p<.05$ ). En el caso de la tipología basada en la linealidad y la ortogonalidad, también se observa una asociación significativa con el nivel de depresión ( $\chi^2 = 21.89$ ,  $gl=3$ ,  $p<.001$ ): la familia frágil se relaciona positivamente con el nivel alto de depresión (resíduo=3.6,  $p<.001$ ) mientras que la familia resistente lo hace positivamente con el nivel bajo de depresión (resíduo=3.6,  $p<.001$ ). Finalmente, en el caso de la tipología basada en la linealidad y no ortogonalidad de las dimensiones, también se observa un grado significativo de asociación ( $\chi^2 = 22.28$ ,  $gl=2$ ,  $p<.001$ ), en el que la familia con bajos recursos tiende a situarse en el grupo de alta depresión (resíduo=-4.7,  $p<.001$ ) y la de recursos medios en el grupo de baja depresión (resíduo=2.5,  $p<.05$ ). Estos resultados no ofrecen mucha seguridad sobre qué tipología diferencia mejor a los sujetos deprimidos: realmente las tres lo hacen. El análisis del grupo de altos eventos vitales estresantes aporta de nuevo información relevante sobre el comportamiento de estas tipologías. Estos resultados se presentan en la tabla 23.



**Tabla 23:** Tablas de contingencia para las frecuencias de los grupos de baja y alta Depresión en las Tipologías 1, 2, y 3. Grupo de alto nivel de Estrés familiar.

		TIPO DE FAMILIA			
Tipología 1		<b>EXTREMA</b>	<b>RANGO MEDIO</b>	<b>EQUILIBRADA</b>	
Baja Depresión (47.1%)		39.3%	47.9%	52.5%	
<i>Residuo Corregido</i>		-1.3	.3	1.0	
Alta Depresión (52.9%)		60.7%	52.1%	47.5%	
<i>Residuo Corregido</i>		1.3	-.3	-1.0	
$\chi^2 = 2.11, \text{gl}=2, p=.348$					
Tipología 2		<b>FRÁGIL</b>	<b>UNIDA</b>	<b>FLEXIBLE</b>	<b>RESISTENTE</b>
Baja Depresión (47.1%)		35.8%	100%	45.9%	69.8%
<i>Residuo Corregido</i>		-2.5	1.5	-.4	3.3
Alta Depresión (52.9%)		53.5%	81.0%	85.7%	94.7%
<i>Residuo Corregido</i>		2.5	-1.5	.4	-3.3
$\chi^2 = 15.34, \text{gl}=3, p=.002$					
Tipología 3		<b>RECURSOS BAJOS</b>	<b>RECURSOS MEDIOS</b>	<b>RECURSOS ALTOS</b>	
Baja Depresión (47.1%)		30.8%	54.1%	62.9%	
<i>Residuo Corregido</i>		-4.3	1.6	3.1	
Alta Depresión (52.9%)		56.1%	87.8%	92.8%	
<i>Residuo Corregido</i>		4.3	-1.6	-3.1	
$\chi^2 = 19.78, \text{gl}=2, p<.001$					

En primer lugar, se observa que la relación tipología/depresión para el grupo de bajo nivel de estrés familiar no se produce en el grupo de alto estrés familiar para la tipología basada en la curvilinealidad ( $\chi^2 = 2.11$ ,  $gl=2$ ,  $p=.348$ ). Las restantes tipologías presentan relaciones estadísticamente significativas entre el funcionamiento familiar y el nivel de depresión para la tipología basada en la linealidad y ortogonalidad ( $\chi^2 = 15.34$ ,  $gl=3$ ,  $p=.002$ ) y la tipología basada en la linealidad y no ortogonalidad ( $\chi^2 = 19.78$ ,  $gl=2$ ,  $p<.001$ ). Una inspección de las relaciones en cada tipo de familia revela que, en el primer caso, tan sólo aquellas familias o bien con bajos niveles de cohesión y adaptabilidad o bien con altos niveles de cohesión y adaptabilidad presentan relaciones significativas con la depresión (resíduo=-2.5,  $p<.05$  y resíduo=3.3,  $p<.001$ ) para la familia frágil y resistente, respectivamente. Las familias frágiles tienden a situarse en el grupo de alta depresión mientras que las familias resistentes lo hacen en el grupo de baja depresión. En el caso de la tipología basada en la no ortogonalidad, las familias con pocos recursos de funcionamiento familiar tienden a situarse en el grupo de alta depresión (resíduo=4.3,  $p<.001$ ) mientras que las familias con elevados recursos familiares lo hacen en el grupo de baja depresión (resíduo=3.1,  $p<.001$ ). En este sentido, ambas tipologías muestran en mismo patrón de relaciones: cuando la cohesión y la adaptabilidad son bajas, el nivel de depresión en el adolescente es mayor; cuando la cohesión y la adaptabilidad son altas, el nivel de depresión en el adolescente es menor. Estos datos apoyan la hipótesis de la linealidad. En cuanto a la ortogonalidad, el hecho de que las categorías intermedias -familia unida y familia flexible- no muestren significación apoya la tesis de la no ortogonalidad o correlación entre las dimensiones del funcionamiento familiar.

### 3.5. Comunicación Familiar y Depresión

El clima comunicacional entre padres e hijos está consistentemente relacionado con las dimensiones de la autoestima y, por tanto, con el ajuste de los miembros de la familia. La relación con el nivel de depresión de sus miembros se puede observar en la tabla 24 en la que se presentan las correlaciones parciales controladas por género y edad entre la depresión y la comunicación familiar.

**Tabla 24:** *Correlaciones parciales (controlando género y edad) entre la depresión y la comunicación familiar<sup>1</sup>*

	Apertura Madre	Apertura Padre	Problemas Madre	Problemas Padre
Depresión	$-.304^{p=.000}$	$-.304^{p=.000}$	$.321^{p=.000}$	$.294^{p=.000}$

(1) Corrección de Bonferroni ( $\alpha=.05$ )= $.012$

La relación de la depresión con las dimensiones de la comunicación familiar es muy similar en todos los casos. Así, muestra una relación positiva con la existencia de una comunicación problemática ( $r=.294$ ,  $p=.000$  y  $r=.321$ ,  $p=.000$ , para el padre y la madre) y una relación negativa con la existencia de una comunicación fluida y respetuosa entre padres e hijos ( $r=-.304$ ,  $p=.000$ , para el padre y la madre). Nuevamente, estos resultados resaltan la importancia de la comunicación familiar, como una de las características del sistema familiar que mejor diferencia el nivel de ajuste de sus miembros y, por tanto, como uno de los principales recursos del sistema familiar.

### 3.6. Estrés familiar, Afrontamiento Familiar y Depresión

Si el sistema familiar se relaciona con el ajuste de sus miembros, aquellas familias con recursos de afrontamiento mostrarán un menor nivel de depresión que aquellas familias caracterizadas por estrategias de afrontamiento como la negación del problema, el aislamiento o la pasividad ante la situación. Además, como ya se ha sugerido en análisis anteriores, la presencia de estrés familiar se relaciona con el ajuste de los miembros -autoestima familiar, autoestima académica y autoestima emocional- y por tanto con el nivel de depresión. Estas relaciones se analizan en la tabla 25.

**Tabla 25:** Correlaciones parciales (controlando género y edad) entre la depresión y el estrés familiar y el afrontamiento familiar<sup>1</sup>

	Estrés	Reestruct.	Arrigos y Familiares	Apoyo Espiritual	Apoyo Formal	Apoyo Vecinos	Eval. Pasiva
Depresión	.333 <sup>p&lt;.000</sup>	-.168 <sup>p&lt;.000</sup>	-.053 <sup>p=.018</sup>	-.016 <sup>ns</sup>	-.035 <sup>ns</sup>	-.042 <sup>ns</sup>	.099 <sup>p=.002</sup>

(1) Corrección de Bonferroni ( $\alpha=.05$ )=.007

En la tabla 25 se recogen la correlaciones parciales entre la depresión, el estrés familiar y el afrontamiento familiar, controladas por género y edad. La relación entre la depresión y el estrés familiar ( $r=.333$ ,  $p<.001$ ) es moderada y viene a coincidir con la magnitud de la relación observada para ambas variables evaluadas con instrumentos muy similares. Así, Herrero y Musitu (1995) han encontrado una  $r=.345$  ( $p<.001$ ) en una muestra de 1200 personas mayores de 18 años utilizando el CES-D y un listado de eventos vitales. Por su parte, Lin, Dean y Ensel (1986), encontraron una  $r=.29$  ( $p<.001$ ) para las puntuaciones del CES-D y un listado de eventos vitales estresantes también en una muestra compuesta por adultos ( $N=1091$ ). La relación entre el afrontamiento familiar y la depresión es bastante menos marcada y tan sólo la Reestructuración ( $r=-.168$ ,  $p<.001$ ) y la Evaluación Pasiva ( $r=.099$ ,  $p<.001$ ) muestran significación estadística. La dirección de estas relaciones es la esperada: la mayor puntuación en estrategias de afrontamiento basadas en la evaluación positiva del problema está relacionada con menores niveles de depresión, mientras que la negación de la situación o la pasividad ante las dificultades evidencia una relación positiva con la depresión.

### 3.7. Autoestima y Depresión

Finalmente, en tanto que la depresión está teóricamente unida a la evaluación del self es previsible encontrar relaciones significativas entre ambas escalas. Sin embargo, como han señalado Dohrenwend y Dohrenwend (1981), es posible que cualquier medida de autoinforme esté sesgada por la existencia de depresión o alguna otra circunstancia referida a la salud mental. Desde este punto de vista, y en tanto que ambas incluyen una evaluación del self, podría existir un solapamiento

entre la autoestima y la depresión y, por tanto, constituir medidas redundantes. En la tabla 26 se presentan las correlaciones entre las dimensiones de la autoestima y la depresión, controladas por género y edad.

**Tabla26:** *Correlaciones parciales (controlando género y edad) entre la depresión y las dimensiones de autoestima<sup>1</sup>*

	A FAMILIAR	A SOCIAL	A EMOCIONAL	A ACADÉMICA	A FÍSICA
Depresión	$-.408^{p=0.000}$	$-.262^{p=0.000}$	$-.370^{p=0.000}$	$-.237^{p=0.000}$	$-.292^{p=0.000}$

(1) Corrección de Bonferroni ( $\alpha=.05$ )=.010

Aunque la magnitud de las correlaciones de esta tabla no invita a equiparar la autoestima con la depresión, se ha seguido el procedimiento sugerido por Lin, Ensel y Vaughn (1981) para evaluar hasta qué punto la depresión y la autoestima constituyen medidas equivalentes (aunque de diferente signo). Como señalan estos autores, la redundancia entre dos escalas implica que una escala puede tomarse como índice de la otra. En este caso, si depresión y la autoestima son equivalentes, la utilización de una u otra puntuación proporcionará resultados similares al relacionarlas con una tercera variable. Siguiendo este procedimiento, Lin, Dean y Ensel (1986) analizaron la independencia entre las puntuaciones del CES-D y la escala de autoestima de Rosenberg (1965). Estos autores comprobaron que mientras la depresión se relaciona con el género y los eventos vitales, la autoestima no lo hace. Por tanto, una escala no puede tomarse como equivalente a la otra. A diferencia de la investigación de Lin, Dean y Ensel (1986), que utilizaron una única puntuación global de autoestima (la que proporcionan los 10 ítems de la escala de Rosenberg), en esta investigación se ha utilizado un cuestionario que evalúa cinco dimensiones del self. En la tabla 27 se presentan los resultados del análisis de regresión de la depresión y las dimensiones de la autoestima sobre la edad. Para una consulta detallada, ver ANEXO CD.

**Tabla 27:** Coeficientes de regresión para la depresión y la autoestima sobre la edad<sup>1</sup>

	Beta	t	p
Depresión	.078	2.43	.015
A. Familiar	-.044	-1.40	.160
A. Social	-.084	-2.66	.008
A. Emocional	-.034	-1.08	.279
A. Académ.	-.061	-1.92	.055
A. Física	-.176	-5.65	.000

(1) Los coeficientes son los correspondientes a cada ecuación independiente

(2) Corrección de Bonferroni para ( $\alpha=.05$ )=.008

Se observa que la depresión presenta una relación positiva con la edad mientras que la autoestima social y la física muestran una relación negativa. Estos resultados, permiten concluir que, si bien relacionadas, las escalas de autoestima y depresión evalúan diferentes constructos.

#### 4. Para la cuarta hipótesis

*“La relación funcional del funcionamiento y la comunicación familiar con la percepción de disponibilidad de recursos de apoyo social será de tipo lineal: a mayor nivel de funcionamiento y de comunicación familiar, mayor será la percepción de apoyo social por parte del adolescente”.*

##### 4.1. Tipología Familiar y Apoyo Familiar

Si bien no todas las dimensiones del apoyo social tienen una relación directa con el sistema familiar, al menos dos de ellas -el apoyo del padre y el apoyo de la madre- constituyen piezas fundamentales sobre las que descansa el ajuste familiar. Tal y como han sido operativizados en este trabajo, el apoyo social del padre y de la madre aseguran la transmisión sincera del afecto entre padres e hijos, promueven la aceptación del adolescente como persona, favorece la búsqueda de autonomía durante la adolescencia y permite un intercambio de información simétrico entre padres e hijos. Una familia con elevados niveles de apoyo familiar es, por tanto, una familia funcional y con recursos para adaptarse a nuevas situaciones durante el curso de su desarrollo. Por ello, el estudio del apoyo familiar sirve para completar el análisis de la relación entre tipologías

familiares y ajuste. Se ha realizado un análisis de conglomerados (K-medias) para el apoyo social del padre y de la madre por separado. Este análisis ha permitido configurar dos grupos de bajo y alto apoyo social tanto del padre como de la madre. Los resultados de estos análisis se presentan en la tabla 28 (para un descripción detallada puede consultarse el ANEXO CD).

**Tabla 28:** Grupos de bajo y alto nivel de apoyo del padre y de la madre: descriptivos.

	APOYO SOCIAL PADRE		APOYO SOCIAL MADRE	
	Nivel Bajo	Nivel Alto	Nivel Bajo	Nivel Alto
Mínimo	37	98	38	101
Máximo	97	135	100	135
Media	81.98	113.46	86.51	114.96
N	325	597	273	647
Porcentaje	35.2%	64.8%	29.7%	70.3%

Para evitar que la configuración de los grupos de bajo y alto apoyo familiar incluya adolescentes con valores mixtos en los grupos de apoyo del padre y de la madre (bajo/alto y alto/bajo) se han configurado dos grupos de apoyo familiar. El primer grupo -bajo nivel de apoyo familiar- está compuesto por aquellos adolescentes con bajos niveles de apoyo del padre y de la madre; el grupo de alto apoyo familiar incluye a sujetos de la muestra con alto apoyo del padre y de la madre. El grupo de bajo apoyo familiar está compuesto por 215 sujetos y el grupo de alto apoyo familiar consta de 535 sujetos ( $N_{total}=750$ ). Debido a la elevada correlación entre ambas dimensiones, gran parte de los que tienen poco apoyo de la madre también tienen poco apoyo del padre, por lo que los grupos muestran una proporción muy similar a la presentada en la tabla 28. A continuación se ha realizado un análisis del Ji-cuadrado para comprobar el tipo de relación que existe entre los niveles de apoyo familiar y las tres tipologías familiares estudiadas. Los resultados del Ji-cuadrado se presentan en la tabla 29 (para una consulta más detallada ver ANEXO CD).

**Tabla 29:** Tablas de contingencia para las frecuencias de los grupos de bajo y alto Apoyo Familiar en las Tipologías 1, 2, y 3.

		TIPO DE FAMILIA		
		EXTREMA	RANGO MEDIO	EQUILIBRADA
Tipología 1				
Bajo Apoyo (28.6%)		44.9%	26.4%	24.1%
	<i>Residuo Corregido</i>	4.1	-1.5	-1.6
Alto Apoyo (71.4%)		55.1%	73.6%	75.9%
	<i>Residuo Corregido</i>	-4.1	1.5	1.6
		$\chi^2 = 16.76, \text{gl}=2, p < .001$		
Tipología 2		FRÁGIL	UNIDA	FLEXIBLE
Bajo Apoyo (28.6%)		65.5%	9.5%	29.5%
	<i>Residuo Corregido</i>	9.6	-2.0	.6
Alto Apoyo (71.4%)		34.5%	90.5%	70.5%
	<i>Residuo Corregido</i>	-9.6	2.0	-6
		$\chi^2 = 130.94, \text{gl}=3, p < .001$		
Tipología 3		RECURSOS BAJOS	RECURSOS MEDIOS	RECURSOS ALTOS
Bajo Apoyo (28.6%)		65.0%	24.1%	10.2%
	<i>Residuo Corregido</i>	11.7	-2.2	-8.1
Alto Apoyo (71.4%)		35.0%	75.9%	89.8%
	<i>Residuo Corregido</i>	-11.7	2.2	8.1
		$\chi^2 = 150.89, \text{gl}=2, p < .001$		



En cuanto al contraste de la hipótesis de la independencia entre apoyo familiar y tipología familiar, todas las formas familiares muestran una relación significativa con el apoyo familiar ( $\chi^2 = 16.76$ ,  $gl=2$ ,  $p<.001$ ;  $\chi^2 = 130.94$ ,  $gl=3$ ,  $p<.001$ ;  $\chi^2 = 150.89$ ,  $gl=2$ ,  $p<.001$ ). Un análisis más detallado de la relación de cada casilla en cada tipología, muestra que en el caso de la tipología basada en la curvilinealidad y la ortogonalidad de las dimensiones, tan sólo las familias extremas muestran una tendencia significativa a situarse en el grupo de bajo apoyo familiar (resíduo=9.5,  $p<.001$ ). En la segunda tipología -linealidad y ortogonalidad- la familia frágil tiende a situarse en el grupo de bajo apoyo familiar (resíduo=9.6,  $p<.001$ ) mientras que la familia unida y la familia resistente (resíduo=-2.0,  $p<.05$ ; resíduo=-8.1,  $p<.001$ , respectivamente) muestran una relación directa con la pertenencia al grupo de alto apoyo. La tipología basada en la linealidad y no ortogonalidad de las dimensiones ofrece la mayor diferenciación estadística para cada una de sus casillas. La familia con pocos recursos de funcionamiento familiar muestra una tendencia muy clara a proporcionar poco apoyo familiar (resíduo=11.7,  $p<.001$ ) mientras que la familia con elevados recursos de funcionamiento familiar sitúa a casi todos sus miembros en el grupo de alto apoyo familiar (resíduo=8.1,  $p<.001$ ). En este sentido, tan sólo un 10.2% de los adolescentes que perciben niveles altos de funcionamiento familiar perciben también poco apoyo familiar. En este tipo de clasificación de las familias, incluso la familia de recursos medios muestra una significación estadística en su tendencia a situarse en el grupo de alto apoyo familiar (resíduo=2.2,  $p<.05$ ). Estos datos aportan nueva evidencia a favor de la tipología basada en la linealidad y no ortogonalidad de las dimensiones del funcionamiento familiar, ya que este tipo de clasificación permite diferenciar mejor a los sujetos de la muestra en función de su nivel de apoyo familiar. El hecho de que, por ejemplo, las familias equilibradas -en la primera tipología familiar- no muestren una tendencia significativa a situarse en el grupo de alto apoyo plantea la duda de hasta qué punto este tipo de familias son tan

funcionales como el modelo de Olson y colaboradores (1985) supone. En el caso de la segunda tipología familiar, la familia flexible no muestra ninguna relación con el apoyo familiar y, en todo caso, su relación -aunque no significativa- es positiva con el grupo de bajo apoyo (resíduo=.6). Obviamente, no pueden extraerse conclusiones con estos niveles de confianza pero sí permite inferir que los niveles mixtos del funcionamiento familiar no tienen una incidencia en el ajuste como se presumiría en el supuesto de relaciones ortogonales.

## 4.2. Comunicación Familiar y Apoyo Familiar

En este apartado se continúa con el análisis entre las características del sistema familiar y el apoyo familiar -configurado a partir del apoyo social percibido en el padre y la madre-. En la tabla 30 se presentan las correlaciones parciales controladas para género y edad entre las dimensiones de la comunicación familiar -apertura y problemas- y el apoyo social del padre y de la madre.

**Tabla 30:** Correlaciones parciales (controlando género y edad) entre el apoyo familiar y la comunicación familiar.<sup>1</sup>

	Apertura Madre	Apertura Padre	Problemas Madre	Problemas Padre
Apoyo Padre	.457 <sup>p=.000</sup>	.696 <sup>p=.000</sup>	-.373 <sup>p=.000</sup>	-.643 <sup>p=.000</sup>
Apoyo Madre	.704 <sup>p=.000</sup>	.459 <sup>p=.000</sup>	-.591 <sup>p=.000</sup>	-.397 <sup>p=.000</sup>

(1) Corrección de Bonferroni ( $\alpha=.05$ )=.006

Todas las relaciones son estadísticamente significativas ( $p=.000$ ) y destaca la magnitud de las correlaciones entre el apoyo social de uno de los padres y su estilo comunicacional. Debido a que el apoyo social familiar y la comunicación familiar presentan teóricamente una evidente vinculación, es preciso analizar con mayor profundidad hasta qué punto los dos tipos de variables se solapan y constituyen un mismo constructo. En la tabla 31 se presentan los resultados del análisis de regresión de la comunicación familiar y el apoyo familiar sobre la edad.

**Tabla 31:** Coeficientes de regresión para la comunicación familiar y el apoyo familiar sobre la edad.<sup>1</sup>

	Beta	t	p
Apertura Madre	-.159	-2.839	.005
Apertura Padre	-.061	-1.048	.285
Problemas Madre	-.122	-2.363	.018
Problemas Padre	-.075	-1.076	.282
Apoyo Padre	-.091	-2.725	.007
Apoyo Madre	-.082	-2.462	.014

(1) Los coeficientes son los correspondientes a cada ecuación independiente

(2) Corrección de Bonferroni para  $(\alpha=.05)=.008$

Una vez aplicada la corrección de Bonferroni, tan sólo presentan significación estadística los coeficientes relativos a la apertura con la madre y al apoyo del padre ( $p=.005$  y  $p=.007$ , respectivamente). Ambas medidas, aunque correlacionadas, deben considerarse como diferentes.

### 4.3. Estrés familiar, Afrontamiento Familiar y Apoyo Familiar

En principio, el apoyo familiar debe caracterizar a las familias con mejores recursos de afrontamiento y, en tanto que algunos eventos estresantes proceden de la propia dinámica familiar, es previsible que se relacione con una menor incidencia de los eventos vitales estresantes. Estas relaciones se pueden contrastar en la tabla 32.

**Tabla 32:** Correlaciones parciales (controlando género y edad) entre el apoyo familiar, el estrés familiar y el afrontamiento familiar.<sup>1</sup>

	Estrés	Reestruct.	Amigos y Familiares	Apoyo Espiritual	Apoyo Formal	Apoyo Vecinos	Eval. Pasiva
Apoyo Padre	-.363 <sup>p=.000</sup>	.315 <sup>p=.000</sup>	.171 <sup>p=.000</sup>	.225 <sup>p=.000</sup>	.119 <sup>p=.000</sup>	.077 <sup>p=.024</sup>	-.052ns
Apoyo Madre	-.336 <sup>p=.000</sup>	.362 <sup>p=.000</sup>	.204 <sup>p=.000</sup>	.216 <sup>p=.000</sup>	.152 <sup>p=.000</sup>	.088 <sup>p=.004</sup>	-.053ns

(1) Corrección de Bonferroni ( $\alpha=.05)=.008$

El apoyo del padre y de la madre se relaciona consistentemente con todas las dimensiones del afrontamiento familiar de forma positiva ( $r \geq .119$ ,  $p=.000$ ) a excepción de la Evaluación Pasiva y el Apoyo de los Vecinos, con las que no muestra significación estadística. Además, el apoyo procedente de los padres está asociado a una menor incidencia de sucesos vitales estresantes en la familia ( $r=-.363$  y  $r=-.336$ ,  $p=.000$ ; para el padre y la madre respectivamente). De

este modo, el adolescente que percibe apoyo de sus padres también percibe menor número de eventos vitales y una mayor cantidad de recursos de afrontamiento. En el caso específico de la evaluación pasiva, aunque la dirección es la prevista -a mayor apoyo familiar menor pasividad ante los problemas- la ausencia de significación vuelve a plantear dudas sobre la calidad de esta escala -cuya consistencia interna era extraordinariamente baja-.

#### 4.4. Autoestima Familiar y Apoyo Social

La autoestima familiar y el apoyo familiar, a priori, pueden parecer constructos equivalentes. Ambos están positivamente relacionados con el ajuste individual (Pierce, y colaboradores, 1997) y hacen referencia a aspectos positivos derivados del funcionamiento familiar. De hecho, la correlación observada en la muestra entre estas dos variables es elevada ( $r=.711$ ,  $p<.001$ ). Teóricamente, sin embargo, es posible precisar su diferencia: mientras la relación de apoyo tiene que ver con la percepción de que los otros desean ayudar, el self o autoestima se refiere a que la persona se siente en alguna forma valiosa y valorada por los otros (en este caso, en el ámbito de la familia). Es posible que una persona sienta que le quieren ayudar y confíe en los demás sin que por ello se sienta valiosa y valorada por aquellos (Herrero y Musitu, 1998). Obviamente, procesos continuados de apoyo familiar derivan en un incremento de la autoestima familiar. En la tabla 33 se presentan los resultados de la regresión lineal de apoyo familiar y autoestima familiar sobre la edad.

**Tabla 33:** Coeficientes de regresión para el apoyo del padre y de la madre y la autoestima familiar con la edad.<sup>1</sup>

	Beta	t	p
Apoyo Padre	-.091	-2.725	.007
Apoyo Madre	-.082	-2.462	.014
Autoestima Familiar	-.044	-1.400	.160

(1) Los coeficientes son los correspondientes a cada ecuación independiente

(2) Corrección de Bonferroni para  $(\alpha=.05)=.016$

Como ya se ha comprobado, el apoyo del padre y de la madre muestra una relación estadística con la edad mientras que la

autoestima familiar no. No pueden considerarse, por tanto, como variables equivalentes o solapadas.

#### 4.5. Depresión y Apoyo Social

En este apartado se consideran las relaciones entre la depresión y las dimensiones del apoyo social estudiadas. Puesto que ambas están relacionadas significativamente con el género y la edad, a continuación se presentan las correlaciones parciales controladas para género y edad (tabla 34).

**Tabla 34:** Correlaciones parciales (controlando género y edad) entre la depresión y las dimensiones del apoyo social.<sup>1</sup>

	Apoyo novia	Apoyo Padre	Apoyo Adulto	Apoyo Herm.	Apoyo Amigo/a	Apoyo Madre
Depresión	.089 <sup>ns</sup>	-.325 <sup>p&lt;.001</sup>	.003ns	-.114 <sup>p&lt;.002</sup>	-.049ns	-.382 <sup>p&lt;.001</sup>

(1) Corrección de Bonferroni ( $\alpha=.05$ )=.008

En esta tabla, destaca la relación observada entre la depresión y el apoyo del padre ( $r=-.325$ ,  $p<.001$ ) y de la madre ( $r=-.382$ ,  $p<.001$ ), situando a los recursos de apoyo de los padres como uno de los aspectos fundamentales del ajuste individual.

### 5. Para la quinta hipótesis

“ Existirán diferencias significativas en la manifestación de conductas de riesgo como el consumo de sustancias, en función de la tipología familiar y la comunicación”.

#### 5.1. Tipología Familiar y Consumo de Sustancias

Para comprobar la relación entre el consumo de sustancias de los adolescentes y la pertenencia a un tipo u otro de familia, se ha realizado un análisis del Ji-cuadrado de las frecuencias en cada tipología familiar, para los grupos de adolescentes con bajo y alto índice de consumo de sustancias. Para elaborar los grupos de bajo y alto consumo de sustancias se ha realizado un análisis de conglomerados (K-medias) incluyendo todas las variables, a excepción de otras drogas. Estos grupos de consumo de sustancias se

han configurado a partir de una análisis de conglomerados (K-medias) cuyos descriptivos se presentan en la tabla 35.

**Tabla 35:** Grupos de bajo y alto nivel de consumo de sustancias: descriptivos.

	NIVEL MEDIO DE CONSUMO DE SUSTANCIAS	
	<i>BAJO</i>	<i>ALTO</i>
Tabaco	1	2
Café	1	2
Alcohol	5.72	11.22
Cannabis	1.03	1.56
Cons. semana	1.09	4.81
N <sub>TOTAL</sub>	625	277
Porcentaje	69.2%	31.8%

En la tabla 35 se pueden observar las puntuaciones medias en cada índice de consumo para el grupo de bajo nivel medio de consumo (N=625) y alto nivel medio de consumo (N=277). Los centros o medias de cada grupo definen con claridad el bajo consumo del consumo elevado y sitúan a la mayor parte de los sujetos de la muestra en el grupo de bajo consumo (69.2%). A continuación se presentan los resultados del análisis de Ji-cuadrado (tabla 36).

**Tabla 36:** Tablas de contingencia para las frecuencias de los grupos de bajo y alto consumo de sustancias en las Tipologías 1, 2, y 3.

		TIPO DE FAMILIA			
Tipología 1		<b>EXTREMA</b>	<b>RANGO MEDIO</b>	<b>EQUILIBRADA</b>	
Bajo Consumo (68.9%)		69.2%	65.6%	75.8%	
<i>Residuo Corregido</i>		.1	-2.4	2.6	
Alto Consumo (31.1%)		30.8%	34.4%	24.2%	
<i>Residuo Corregido</i>		-.1	2.4	-2.6	
$\chi^2 = 7.33, gl=2, p=.026$					
Tipología 2		<b>FRÁGIL</b>	<b>UNIDA</b>	<b>FLEXIBLE</b>	<b>RESISTENTE</b>
Bajo Consumo (68.9%)		59.6%	75.0%	68.4%	76.4%
<i>Residuo Corregido</i>		-2.8	.7	-.3	2.6
Alto Consumo (31.1%)		40.4%	25.0%	31.6%	23.6%
<i>Residuo Corregido</i>		2.8	-.7	.3	-2.6
$\chi^2 = 12.00, gl=3, p=.007$					
Tipología 3		<b>RECURSOS BAJOS</b>	<b>RECURSOS MEDIOS</b>	<b>RECURSOS ALTOS</b>	
Bajo Consumo (68.9%)		61.5%	74.3%	68.2%	
<i>Residuo Corregido</i>		-2.7	2.7	-.3	
Alto Consumo (31.1%)		38.5%	25.7%	31.18%	
<i>Residuo Corregido</i>		2.7	-2.7	.3	
$\chi^2 = 9.97, gl=2, p=.007$					

La tabla 36, en su conjunto, muestra unos resultados poco previsibles a tenor del comportamiento de las tipologías familiares al analizar su relación con otras variables del funcionamiento familiar, la comunicación y el ajuste de los adolescentes. Aunque la hipótesis de la independencia entre consumo y tipología familiar debe ser rechazada en todos los casos -tipología 1 ( $\chi^2 = 7.33$ ,  $gl=2$ ,  $p=.026$ ); tipología 2 ( $\chi^2 = 7.33$ ,  $gl=2$ ,  $p=.026$ ) y tipología 3 ( $\chi^2 = 7.33$ ,  $gl=2$ ,  $p=.026$ )- el análisis específico de cada casilla revela algunos aspectos interesantes. En primer lugar, la familia extrema no muestra ninguna relación con el consumo de sustancias (resíduo=.1,  $p>.05$ ) mientras que la familia de rango medio muestra la relación inversa a la esperada (resíduo=-2.4,  $p<.05$ ). En la comparación entre estos dos tipos de familia, podría afirmarse que en cuanto al consumo de sustancias son las familias de rango medio las que muestran una tendencia a situarse en el grupo de alto consumo y no así las familias extremas.

En lo que se refiere a la segunda tipología, las relaciones son las previsibles: las familias frágiles tienden a situarse en el grupo de alto consumo (resíduo=2.8,  $p<.001$ ) mientras que la familia resistente se sitúa preferentemente en el grupo de bajo consumo (resíduo=2.6,  $p<.001$ ). Finalmente, en la tercera tipología no se observa una tendencia en la familia de recursos altos a situarse en el grupo de bajo consumo (resíduo=-.3,  $p>.05$ ). La familia con menos recursos muestra una tendencia a situarse en el grupo de alto consumo (resíduo=2.7,  $p<.001$ ) y la familia de recursos medios presenta una clara relación con la pertenencia al grupo de bajo consumo (resíduo=2.7,  $p<.001$ ). No queda claro por qué la familia con recursos se clasifica de forma diferente en los grupos de consumo y la familia con altos recursos no; máxime cuando el tipo de familia equivalente a la familia con altos recursos, en la tipología 2 -familia resistente- sí que muestra las relaciones esperadas.



## 5.2. Comunicación Familiar y Consumo de Sustancias

La vinculación entre una comunicación familiar inadecuada y el consumo y abuso de sustancias ha sido consistentemente señalada en la literatura científica (Noller y Bagi, 1985; Pons, 1995). En tanto que los comportamientos desviados en el adolescente se hacen más evidentes, la dinámica familiar sufre las consecuencias en términos de discusiones familiares y obstáculos al normal funcionamiento del sistema familiar. En casos extremos, el propio sistema familiar puede verse seriamente amenazado y los problemas del adolescente se trasladan por completo a sus padres y hermanos. Para comprobar esta relación, se han escogido el consumo de alcohol y el consumo de derivados del cannabis para evaluar su relación con la presencia de problemas en la comunicación familiar (problemas con el padre y con la madre). Los coeficientes de correlación parcial -controlados para género y edad- se presentan en la tabla 37.

**Tabla 37:** *Correlaciones parciales (controlando género y edad) entre el consumo de sustancias y el apoyo familiar.*

	Problemas Padre	Problemas Madre	Apertura Padre	Apertura Madre
Consumo de Alcohol	.119 <sup>p=.001</sup>	.082 <sup>p=.022</sup>	-.058ns	-.082 <sup>p=.022</sup>
Consumo de Cannabis	.032ns	.064ns	-.040ns	-.084 <sup>p=.019</sup>

(1) Corrección de Bonferroni ( $\alpha=.05$ )=.006

Los resultados de la tabla 37 no sugieren, precisamente, una fuerte relación entre el consumo de sustancias y los problemas de comunicación con los padres. Tan sólo se observa una relación significativa entre el consumo de alcohol y los problemas con el padre. Probablemente, el tipo de muestra, compuesta por población escolarizada que vive en su mayoría en familias completas, no recoja a individuos con un elevado consumo de sustancias que permitiera analizar esta relación con mayor confianza.

## 6. Para la sexta hipótesis

*“A mayor nivel de funcionamiento y de comunicación familiar menor será la implicación del adolescente en conductas de riesgo como el consumo de sustancias y la conducta delictiva”.*

### 6.1. Apoyo Familiar y Consumo de Sustancias

La relativa ausencia de problemas de comunicación en aquellos adolescentes que presentan mayores índices de consumo de sustancias, puede esconder la práctica indiferencia del adolescente hacia las relaciones con sus padres. De este modo, un diálogo inexistente o una total ausencia de entendimiento pueden enmascararse por el hecho de que no exista, de hecho, un diálogo tenso o frecuentes discusiones. El apoyo familiar proporcionado por los padres permite identificar esta situación. En tanto que el apoyo del padre y de la madre tiene que ver con la percepción que tiene el adolescente de que es respetado y comprendido por sus padres, la relación de este tipo de apoyo con el consumo de sustancias proporciona información adicional sobre la relación padres-hijos. Los coeficientes de correlación parciales controlados para el género y la edad se presentan en la tabla 38.

**Tabla 38:** *Correlaciones parciales (controlando género y edad) entre el consumo de sustancias y el apoyo familiar<sup>1</sup>*

	Apoyo Padre	Apoyo Madre
Consumo de Alcohol	-.115 <sup>p=.001</sup>	-.073 <sup>p=.041</sup>
Consumo de Cannabis	-.104 <sup>p=.003</sup>	-.064 <sup>p=.071</sup>

(1) Corrección de Bonferroni ( $\alpha=.05$ )=.012

Tal y como se esperaba, el apoyo familiar es más sensible a los índices de consumo de alcohol y cannabis que los problemas de comunicación familiar. Conforme aumenta el consumo de alcohol, disminuyen las puntuaciones en apoyo del padre aunque no sucede lo mismo con el apoyo de la madre. Sigue siendo la relación con el padre la que es más sensible a los índices de consumo.

## 6.2. Autoestima y Consumo de Sustancias

El inicio en el consumo de drogas y la adquisición del hábito de consumo de determinadas sustancias está vinculado con el inicio de la adolescencia. Frecuentemente, el hábito en el consumo de sustancias se relaciona con el papel socializador del grupo de iguales durante el período de la adolescencia. Durante este proceso de socialización, la existencia de un conjunto de conductas compartidas se interpreta dentro del grupo como prueba de vinculación y de amistad. El consumo de sustancias, entonces, se constituye en un vínculo grupal que permite identificar al individuo frente a otros grupos. En este sentido, la cultura grupal fomenta un sistema de valores propio que, en ocasiones, puede entrar en contradicción con el sistema de valores familiar e, incluso, social. Desde este punto de vista, la percepción de formar parte de un círculo de buenas amistades, estaría relacionado de forma positiva con el consumo de sustancias y por tanto éste se relacionará de forma positiva con la autoestima social. Por el contrario, la colisión de los valores en los ámbitos escolar y familiar y los valores del grupo de pares favorecerá una relación negativa entre la autoestima familiar y académica y el consumo de sustancias. Para comprobar esta relación, se ha realizado un análisis de correlación parcial, controlando por género y edad, en las puntuaciones de alcohol y cannabis con las puntuaciones en autoestima familiar, académica y social. Los resultados se presentan en la tabla 39.

**Tabla 39:** *Correlaciones parciales (controlando género y edad) entre el consumo de alcohol y cannabis y autoestima<sup>1</sup>*

	Autoestima Social	Autoestima Familiar	Autoestima Académica
Consumo de Alcohol	.120 <sup>p=.000</sup>	-.179 <sup>p=.000</sup>	-.199 <sup>p=.000</sup>
Consumo de Cannabis	.026ns	-.232 <sup>p=.000</sup>	-.177 <sup>p=.000</sup>

(1) Corrección de Bonferroni ( $\alpha=.05$ )=.008

Los resultados de la tabla 39 confirman en parte la hipótesis de partida. Sentirse valorado por los amigos y percibir en uno mismo capacidad para crear y mantener amistades está relacionado positivamente durante la adolescencia con el consumo de alcohol. Esta relación viene a confirmar la vertiente social de este tipo de conductas

e, indirectamente, señala uno de los procesos de socialización más importantes durante la adolescencia: la socialización a través del grupo de pares. Con respecto a las relaciones entre la autoestima académica y la autoestima familiar con el consumo de sustancias, tanto por la significación de los coeficientes como por la dirección de los mismos parece que los valores familiares y académicos chocan con este tipo de conductas. Esta relación observada es bastante sólida, ya que se refleja en todos los índices de consumo analizados y, además, tienen en cuenta el efecto del género y la edad.

### 6.3. Apoyo Social y Consumo de Sustancias

Si el papel socializador del grupo de pares en el consumo de alcohol es efectivo, no sólo se relacionará positivamente con la percepción de que una persona es amigable sino que mostrará una vinculación con la existencia de personas en la red social en los que se confía y a los que se pediría ayuda. De este modo, las figuras de apoyo que van incluyéndose en la red social durante la adolescencia -el novio/a y algún amigo muy próximo- probablemente compartirán los mismos valores grupales que el adolescente y por tanto mostrarán una actitud positiva ante el consumo de alcohol. Toda vez que el consumo de alcohol en estas edades es grupal, la red de apoyo se refuerza también gracias al consumo de alcohol compartido y la inclusión de nuevos miembros en la red de apoyo, está condicionado por esta circunstancia. Para comprobar esta relación, se ha realizado un análisis de correlación parcial, controlando por género y edad, entre el apoyo social del novio/a y del amigo/a especial y el consumo de alcohol y cannabis. Los resultados se presentan en la tabla 40.

**Tabla 40:** *Correlaciones parciales (controlando género y edad) entre el consumo de alcohol y cannabis y apoyo del novio/a y amigo/a.*<sup>1</sup>

	Apoyo novio/a	Apoyo Amigo/a
Consumo de Alcohol	.163 <sup>p&lt;.000</sup>	.036ns
Consumo de Cannabis	.082 <sup>p=.025</sup>	.026ns

(1) Corrección de Bonferroni ( $\alpha=.05$ )=.012

Nuevamente, las relaciones son las esperadas. Existe una relación positiva entre el apoyo del novio/a y el consumo de alcohol, aunque no con el consumo de derivados del cannabis. En el caso del apoyo del amigo/a no existe una relación significativa con el consumo.

#### 6.4. Tipología Familiar y Conductas Delictivas

El análisis de las tipologías familiares en función del número de conductas delictivas expresadas por sus miembros no proporciona significación estadística para ninguna de las tres tipologías, aun cuando este análisis se ha realizado para los grupos de género por separado. Tipología 1: chicos ( $\chi^2 = 2.41$ ,  $gl=2$ ,  $p=.298$ ) y chicas ( $\chi^2 = 1.27$ ,  $gl=2$ ,  $p=.530$ ); Tipología 2: chicos ( $\chi^2 = 2.45$ ,  $gl=3$ ,  $p=.484$ ) y chicas ( $\chi^2 = 2.65$ ,  $gl=3$ ,  $p=.448$ ); Tipología 3: chicos ( $\chi^2 = 1.70$ ,  $gl=2$ ,  $p=.426$ ) y chicas ( $\chi^2 = 2.32$ ,  $gl=2$ ,  $p=.307$ ). Estos análisis se pueden consultar en el ANEXO CD. En la tabla 41 se presentan los estadísticos descriptivos y las frecuencias derivadas del análisis de conglomerados realizado al dividir en dos grupos la muestra: bajo nivel de conductas delictivas y alto nivel de conductas delictivas.

**Tabla 41:** Grupos de bajo y alto nivel de conductas delictivas: descriptivos

	NIVEL DE CONDUCTAS DELICTIVAS	
	BAJO	ALTO
Media	1.98	10.43
Mínimo	00	07
Máximo	06	23
N	860	174
Porcentaje	77.1%	22.9%

#### 6.5. Comunicación, Apoyo Familiar y Conductas Delictivas

A continuación se analiza la relación de las conductas delictivas en el adolescente y su relación con los padres, incluyendo el clima comunicacional y la percepción de apoyo del padre y de la madre. En la tabla 42 se presentan las correlaciones parciales, controladas por género, entre los problemas de comunicación con los padres, el apoyo

percibido de los padres y la conducta delictiva del adolescente fuera de la familia.

**Tabla 42:** *Correlaciones parciales (controlando género) entre el número de conductas delictivas y el apoyo y la comunicación familiar<sup>1</sup>*

	Problemas Madre	Problemas Padre	Apertura Madre	Apertura Padre	Apoyo Madre	Apoyo Padre
Conductas Delictivas	.051ns	.022ns	-.056ns	-.012ns	-.098 <sup>p=.009</sup>	-.041ns

(1) Corrección de Bonferroni ( $\alpha=.05$ )=.008

Tan sólo el apoyo de la madre se relaciona significativamente con el número de actos delictivos, asumiendo un error tipo I ligeramente mayor al .05. La dirección de esta relación es la esperada: a mayor número de actos delictivos, la relación con la madre es peor.

## 6.6. Autoestima, Apoyo Social y Conductas Delictivas

Los actos transgresores en la escuela, de acuerdo con Emler, Ohana y Dickinson, (1990), son un indicador de la actitud hacia la escuela y, por extensión, hacia el sistema social como un todo. Es previsible por tanto encontrar alguna relación entre la autoestima académica -la percepción que el adolescente mantiene sobre su funcionamiento escolar- y la realización de actos delictivos. Además, de forma equivalente a lo que se observaba entre la autoestima social y el consumo de sustancias, este tipo de actos se realizan habitualmente en compañía y contienen un importante valor socializador en el grupo de iguales. Se esperará por tanto una asociación positiva entre este tipo de actos y la autoestima social. El mismo argumento puede aplicarse con respecto a las figuras de la red de apoyo del adolescente que no tienen que ver con la familia: novio/a y amigo/a. Los coeficientes de correlación parcial, controlados por género y edad, para la autoestima académica y social, el apoyo del novio/a y amigo/a y el número de actos delictivos se presentan en la tabla 43.

**Tabla 43:** *Correlaciones parciales (controlando género) entre el número de conductas delictivas y la autoestima académica y social y el apoyo del novio/a y amigo/a.*<sup>1</sup>

	Autoestima Académica	Autoestima Social	Apoyo Novio/a	Apoyo Amigo/a
Conductas Delictivas	.049ns	-.050ns	.004ns	-.043ns

(1) Corrección de Bonferroni ( $\alpha=.05$ )=.012

Nuevamente, las relaciones de la CD con otras variables con las que está teóricamente relacionado no presentan significación. Estos resultados, junto con los análisis previos realizados, plantean una duda sobre la validez del cuestionario. Sin duda, en contra de los resultados de los trabajos de Emler y Reicher (1995), las puntuaciones de la CD están no sólo ligadas a la deseabilidad social sino que plantean la duda de si aquellos que más transgreden no estarán también transgrediendo las respuestas al cuestionario. No hay que olvidar que el pase de estos instrumentos se ha realizado en el contexto del aula y, por tanto, la reacción ante la autoridad a la que se refiere Emler puede reflejarse en la cumplimentación de este instrumento.

## 7. Para la séptima hipótesis

*“El apoyo social percibido por el adolescente actuará como mediador o reductor del efecto negativo que los problemas de funcionamiento ejercen sobre el ajuste psicosocial del adolescente”.*

### 7.1. Estrés familiar, recursos familiares y ajuste familiar e individual

En el capítulo V (apartado instrumentos) se han presentado las cualidades psicométricas de los instrumentos utilizados para esta recogida de datos. Además, se ha analizado en detalle la pertinencia de asumir el comportamiento del funcionamiento familiar de forma curvilínea con respecto al ajuste de la familia y sus miembros (Olson y colaboradores, 1985) en oposición a otras orientaciones teóricas que mantienen que las dimensiones del funcionamiento familiar presentan una relación directa con el ajuste y la adaptación familiar (McCubbin, Thompson y McCubbin, 1996). Finalmente, como una derivación lógica de ésta última hipótesis, y debido al comportamiento de los

instrumentos que evalúan el funcionamiento familiar (FACES-III), se ha estudiado la pertinencia de eliminar la ortogonalidad de las dimensiones del funcionamiento familiar y asumir que cualquier combinación de ambas que maximice el nivel global de adaptabilidad y cohesión está relacionado de forma positiva con el desarrollo de la familia y el ajuste de sus miembros. Para contrastar empíricamente estas tres posturas se ha utilizado el análisis del Ji-cuadrado, cuya adecuación a éste tipo de análisis ha sido defendida por Olson y colaboradores (1985) y McCubbin, Thompson y McCubbin (1996). En general, este análisis ha proporcionado resultados desalentadores para la hipótesis de la curvilinealidad y ha mostrado que la hipótesis de la ortogonalidad no funciona de forma consistente a través de todas las variables analizadas. Antes de continuar, se presenta una síntesis de los resultados obtenidos en estos análisis (tabla 44).



**Tabla 44:** Síntesis de los resultados de las tablas de contingencia de los ámbitos familiar e individual en las Tipologías 1, 2, y 3.

	Tipologías del Funcionamiento Familiar									
	Tipología 1			Tipología 2				Tipología 3		
	Extrema	Rango M	Equilib.	Frágil	Unida.	Flex.	Resis.	Pocos Recursos	Recursos Medios	Elevados Recursos
Estrés Familiar	+			+	-		-	+	-	-
Afrontamiento Familiar				-			+	-		+
Autoestima Familiar(1)				-			+	-	+	+
Animo Depresivo(1)				+			-	+		-
Apoyo Familiar (padre y madre)	-			-	+		+	-	+	+
Consumo de Sustancias		-	+	+			-	+	-	
Conductas Delictivas										

(1) Para el grupo de elevados eventos vitales

La zona sombreada de la tabla 44 indica ausencia de relación estadísticamente significativa entre la casilla y la variable indicada en la primera columna. Cuando no existe significación para la variable y una tipología en general, toda la fila está sombreada -caso de autoestima familiar y ánimo depresivo para la tipología 1-. El signo ‘+’ indica que existe una relación positiva y significativa y el signo ‘-’ indica significación y relación negativa. El hecho de sombrear la no significación permite valorar de forma intuitiva y rápida la eficacia de cada tipología para discriminar puntuaciones en las variables de la primera columna. Así, de las 21 casillas de la tipología 1 -de los 21 análisis realizados- tan sólo 4 han mostrado significación (19.4% de significación); en el caso de la tipología 2 este porcentaje sube al 50% mientras que en la tipología 3 alcanza el 71.4%. Estos porcentajes no constituyen ninguna prueba de hipótesis pero sí aventuran lo que se puede observar analizando con más detalle la tabla 44. En primer lugar, la influencia de la familia extrema en ocasiones es la esperada -mayor nivel de estrés familiar y menor nivel de apoyo del padre y de la madre- y en otras ocasiones está ausente -enfrentamiento familiar, autoestima familiar y ánimo depresivo, cuando el nivel de estrés familiar es elevado-. La influencia de la familia equilibrada siempre está ausente y cuando muestra significación la dirección es opuesta a la esperada -las familias equilibradas evidencian una relación positiva con el consumo de sustancias en el adolescente-. En el caso de la tipología 2, las casillas más sensibles a las diferentes variables son las extremas -familia frágil y familia resistente-. La familia flexible no muestra relación con ninguna variable ni del sistema familiar ni del ajuste del adolescente y la familia unida tan sólo es sensible al estrés familiar y al apoyo familiar. Por último, la tipología 3 se comporta, en cuanto a los extremos, de manera similar a la tipología 2: es sensible a las puntuaciones de todas las variables, con la excepción de la relación entre la familia con elevados recursos de funcionamiento familiar y el consumo de sustancias, que no es significativa. La categoría intermedia mantiene la relación esperada con las variables, pero en

cuanto al afrontamiento familiar y el ánimo depresivo las relaciones no son significativas.

El comportamiento irregular de la tipología 1, junto con la poca relación entre las variables intermedias de la tipología 2 y las variables analizadas, permiten afirmar que: a) los niveles de cohesión y adaptabilidad no tienen una relación curvilínea con el ajuste familiar e individual, y; b) no existe justificación estadística para mantener la hipótesis de relaciones ortogonales entre la cohesión y la adaptabilidad. De hecho, cuanto más sensibles son las puntuaciones de cohesión y adaptabilidad a las diferentes características del sistema familiar es cuando se combinan niveles bajos o niveles altos en ambas. Incluso una combinación de niveles intermedios de cohesión y adaptabilidad muestra mayor relación con las características del sistema familiar que una combinación de niveles alto/bajo o bajo/alto. La explicación de este hecho reside en que los elevados niveles de cohesión -o adaptabilidad- pierden su capacidad de diferenciar entre las variables del sistema familiar cuando se combinan con niveles bajos en cohesión -o adaptabilidad-. Al seleccionar sólo las categorías extremas de la tipología 2, el comportamiento es prácticamente equivalente al de las categorías extremas de la tipología 3. En posteriores análisis sólo se contemplarán los grupos extremos de la tipología 3 para configurar los grupos de bajo y alto funcionamiento familiar, tal y como sugieren los resultados obtenidos en esta investigación.

Una vez analizada la influencia del funcionamiento en el sistema familiar, se pasa a estudiar con mayor detenimiento la comunicación familiar. En primer lugar se ha realizado un análisis de conglomerados para diferenciar en la muestra a los adolescentes que mantienen bajos niveles de comunicación familiar con los padres de aquellos que perciben una comunicación positiva. A través de este análisis se han configurado dos grupos de comunicación en función de las variables apertura y problemas en la comunicación (para una descripción detallada de los resultados, ver ANEXO CD). Las medias de los

grupos para cada variable así como la frecuencia de puntuaciones en cada grupo se presentan en la tabla 45.

**Tabla 45:** Grupos de bajo y alto nivel de comunicación familiar: descriptivos.

	GRUPOS DE COMUNICACIÓN FAMILIAR	
	BAJA	ALTA
Apertura Madre	33.96	42.05
Apertura Padre	25.50	38.98
Problemas Madre	28.46	23.78
Problemas Padre	31.71	23.68
N <sub>TOTAL</sub>	419	460
Porcentaje	47.7%	52.3%

El grupo de baja comunicación familiar se caracteriza por un nivel menor de apertura con el padre y la madre y un nivel mayor de problemas con ellos. El grupo de alta comunicación con los padres muestra una tendencia opuesta: elevado nivel de apertura y bajo nivel de problemas. El número de familias clasificadas como baja comunicación (N=419) es similar al de las familias con alta comunicación (N=460). Una primera forma de comprobar hasta qué punto la comunicación familiar está relacionada con procesos positivos de ajuste en el sistema familiar consiste en relacionar los niveles de comunicación familiar con aquellos aspectos del sistema familiar que también constituyen recursos de la familia. Para ello se ha realizado un análisis discriminante en el que las variables más importantes del sistema familiar analizadas -a excepción del funcionamiento familiar- han sido incluidas como variables independientes para diferenciar a los grupos de baja y alta comunicación. Este tipo de análisis no sólo permite conocer cuál es la relación de las variables independientes con la variable de agrupamiento, sino que a través de su procedimiento de clasificación permite una estimación de la capacidad predictiva de la función discriminante. Los ANOVAS univariados entre las puntuaciones de cada variable independiente en los grupos de comunicación se presentan en la tabla 46.

**Tabla 46:** *Análisis univariado de la diferencia de medias en los grupos de baja y alta comunicación.*<sup>1</sup>

	Lambda de Wilks	F	gl1	gl2	Sig.
Autoestima Familiar	,763	234,272	1	755	,000
Reestructuración	,930	56,532	1	755	,000
Apoyo Am. y Fam.	,954	36,226	1	755	,000
Apoyo Espiritual	,969	24,364	1	755	,000
Apoyo Formal	,972	21,635	1	755	,000
Apoyo Vecinos	,989	8,477	1	755	,004
Apoyo Social Padre	,635	434,077	1	755	,000
Apoyo Social Madre	,734	274,081	1	755	,000

(1) Corrección de Bonferroni ( $\alpha=.05$ )=.006

Como puede apreciarse en esta tabla, todas las dimensiones del sistema familiar incluidas en el análisis muestran significación estadística en función de la baja o alta comunicación. La existencia de significación estadística en las puntuaciones de cada variable independiente puede tomarse como un indicador de que los grupos son realmente diferentes en esas variables. No se presentan las medias puesto que, posteriormente, al analizar la matriz de estructura podrá estudiarse la relación de cada variable con el nivel de comunicación. En la tabla 47 se presenta el análisis del estadístico resultante de la comparación multivariada de los dos grupos (Lambda de Wilks) junto con la correlación canónica.

**Tabla 47:** *Estadísticos multivariados y nivel de significación para la función discriminante.*

Correlación Canónica	Lambda de Wilks	Chi-cuadrado	gl	Sig.
,630	,603	380,153	8	,000

Debido a que la variable de agrupación tiene dos categorías, sólo es posible extraer una función discriminante. La correlación canónica

es de  $r=.630$  y se puede interpretar como la capacidad de discriminación de la función. Así, cuando los grupos no son muy diferentes en las variables analizadas todas las correlaciones son bajas ya que no puede haber discriminación si no existen diferencias previas. El Lambda de Wilks es un estadístico multivariado que refleja las diferencias de los grupos de la variable dependiente a lo largo de un conjunto de variables independientes. Valores de Lambda próximos a 0 indican una alta discriminación -las medias de los grupos están muy separadas-. Lambda incrementa hacia su máximo de 1, lo que implica que cada vez es menor la diferencia entre los grupos. Así, cuando Lambda es igual a 1, las medias de los grupos son idénticas. Esta magnitud puede transformarse para tener una distribución  $\chi^2$  lo que permite asociar -dados unos grados de libertad- una significación estadística. En este caso, para una puntuación  $\chi^2$  de 380.15 con 8 grados de libertad, la probabilidad asociada es  $p<.0001$ . El análisis discriminante proporciona además una correlación de cada variable con la función discriminante, que suele interpretarse de forma equivalente a las saturaciones en un análisis factorial. Estas correlaciones se presentan en la tabla 48.

**Tabla 48:** *Matriz de estructura de la función discriminante: correlaciones con la función*

	Función
	1
Apoyo Social Padre	,934
Apoyo Social Madre	,742
Autoestima Familiar	,686
Reestructuración	,337
Apoyo Am/Fam	,270
Apoyo Espiritual	,221
Apoyo Formal	,209
Apoyo Vecinos	,131

Atendiendo a la tabla 48 se observa que el apoyo social del padre presenta una correlación elevada con la función ( $r=.934$ ) al igual que el apoyo social de la madre ( $r=.742$ ). La autoestima familiar también aparece muy relacionada con los procesos comunicacionales en la familia ( $r=.686$ ). Las restantes dimensiones muestran correlaciones moderadas, pero todas ellas positivas. Siguiendo la lógica de la interpretación de las saturaciones en el análisis factorial, la función discriminante obtenida tiene en cuenta fundamentalmente el apoyo familiar y la autoestima familiar; las estrategias de afrontamiento familiar ocupan un lugar secundario en la función. Para conocer el significado de estas correlaciones, se presentan en la tabla 49 los centroides de la función discriminante.

**Tabla 49:** Centroides de la función para los grupos de baja y alta comunicación

comunicación familiar	Función
Baja	-,842
Alta	,780

Las familias con niveles bajos de comunicación son discriminadas por la función hacia el polo negativo mientras que las de alta comunicación se sitúan en el polo positivo. Ello quiere decir que aquellas familias con un adecuado nivel de comunicación familiar presentan también altos niveles de apoyo del padre y la madre y autoestima familiar elevada. Los recursos de afrontamiento familiar, aunque relacionados, están menos vinculados a este tipo de familia pero también son característicos de ella. Finalmente, para comprobar la capacidad predictiva de la función, se presenta en la tabla 50 la clasificación de los sujetos de la muestra en función de los coeficientes de la función discriminante.

**Tabla 50:** Resultados de la clasificación del análisis discriminante ( $p_{previa}=.5$ ) para el total de la muestra

		comunicación familiar	Grupo de pertenencia pronosticado		Total
			Baja	Alta	
Original	Recuento	Baja	271	93	364
		Alta	49	344	393
	%	Baja	74,5	25,5	100,0
		Alta	12,5	87,5	100,0

Clasificados correctamente el 81.2%

El porcentaje medio de sujetos bien clasificados por la función es de 81.2%, un porcentaje elevado. Atendiendo a la distribución de los errores en la clasificación se observa que el conjunto de variables predice mejor el grupo de alta comunicación (87.5%) que el de baja comunicación (74.5%). Estos son sujetos con bajos niveles en las variables independientes que, no obstante, perciben una comunicación positiva con los padres. Obviamente, los procesos familiares son lo suficientemente complejos como para no esperar una predicción del 100%. Un nuevo análisis discriminante para los casos mal clasificados (N=142), a partir de las mismas variables, muestra que la función discriminante ( $\chi^2$  de 120.88 con 8 grados de libertad;  $r_{canónica}=.757$ ) es capaz de clasificar correctamente al 97.2% de los casos, equivocándose tan sólo en 4 casos. Con esta función, la mayor correlación la presenta el apoyo social de los padres ( $r=.820$ ) seguida del apoyo social de la madre ( $r=.480$ ), la autoestima familiar ( $r=.250$ ) y el apoyo espiritual ( $r=.164$ ). Son precisamente en estas variables en las que los sujetos presentan puntuaciones contrarias a las esperadas: mayores en el grupo de baja comunicación y menores en el grupo de alta comunicación (ver ANEXO CD). Para contrastar esta idea se presenta el análisis univariado de las puntuaciones de las variables independientes en los grupos de sujetos mal clasificados (tabla 51).



**Tabla 51:** *Análisis univariado de la diferencia de medias en los grupos de baja y alta comunicación.*<sup>1</sup>

	Lambda de Wilks	F	gl1	gl2	Sig.
Autoestima Familiar	,918	12,513	1	140	,001
Reestructuración	,990	1,372	1	140	,243
Apoyo Am/Fam	,980	2,839	1	140	,094
Apoyo Espiritual	,963	5,364	1	140	,022
Apoyo Formal	,982	2,632	1	140	,107
Apoyo Vecinos	1,000	,055	1	140	,814
Apoyo Social Padre	,509	134,842	1	140	,000
Apoyo Social Madre	,752	46,117	1	140	,000

(1) Corrección de Bonferroni ( $\alpha=.05$ )=.006

El análisis de varianza muestra que, ordenadas por el tamaño de la F, las variables que más se diferencian entre los dos grupos de sujetos mal clasificados son el apoyo social del padre, de la madre, la autoestima familiar y el apoyo espiritual. En la tabla 52 se presentan las medias en las puntuaciones de las variables que muestran significación.

**Tabla 52: Puntuaciones medias de las variables predictoras para los sujetos mal clasificados<sup>1</sup>**

Errores en la clasificación		Media
Grupo 1	Autoestima Familiar	25,6237
	Apoyo Espiritual	7,2903
	Apoyo Social Padre	110,2151
	Apoyo Social Madre	111,8710
Grupo 2	Autoestima Familiar	23,8367
	Apoyo Espiritual	6,1224
	Apoyo Social Padre	93,2041
	Apoyo Social Madre	99,6122

(1) Grupo 1: Sujetos con baja comunicación clasificados en el grupo de alta comunicación  
 Grupo 2: Sujetos con alta comunicación clasificados en el grupo de baja comunicación

Como se aprecia en la tabla 52, los adolescentes del grupo de baja comunicación que han sido clasificados como pertenecientes al grupo de alta comunicación muestran una media significativamente mayor en todas las dimensiones. La misma conclusión se obtiene al examinar los centroides de la función discriminante en los grupos (tabla 53).

**Tabla 53:** Centroides de la función para los grupos de baja y alta comunicación.

Errores en la clasificación	Función
	1
Bajo clasificado	.863
Alto clasificado	-1,637
bajo	

La función sitúa al grupo 1-clasificados como grupo alto de comunicación cuando se pertenece al grupo bajo de comunicación- en el polo positivo, lo que significa que las mayores puntuaciones en las variables independientes en los sujetos mal clasificados tienden a situarlos en el grupo alto, cuando debieran clasificarse como bajo. Estos resultados son equivalentes al análisis de la varianza y la inspección de las medias y constituyen dos maneras de analizar la misma situación.

Este grupo de 142 sujetos constituyen, en principio, una amenaza para la teoría, ya que percibiendo menor nivel de apoyo familiar (del padre y de la madre) perciben a la vez niveles altos de comunicación familiar con el padre y con la madre -sujetos que son del grupo de baja comunicación y se clasifican como alta comunicación- o percibiendo niveles altos de apoyo familiar se sitúan en el grupo de baja comunicación. Un análisis del Ji-cuadrado en estos 142 sujetos para analizar la independencia de pertenecer al grupo alto/bajo apoyo familiar (ver ANEXO CD para las características de estos grupos) y pertenecer al grupo de baja/alta comunicación aporta nuevamente evidencia de este comportamiento anómalo. Los resultados se presentan en la tabla 54.

**Tabla 54:** Tablas de contingencia para las frecuencias de los grupos de bajo y alto apoyo familiar y los grupos de baja y alta comunicación familiar (N=112).

	COMUNICACIÓN FAMILIAR	
	Baja	Alta
Baja Apoyo Familiar (15.2%) <i>Residuo Corregido</i>	02.4% -6.5	53.6% 6.5
Alto Apoyo Familiar (84.8%) <i>Residuo Corregido</i>	97.6% 6.5	46.4% -6.5
$\chi^2 = 42.74, gl=1, p=.000$		

Esta tabla presenta con claridad cómo los sujetos mal clasificados por el análisis discriminante tienden a situarse en los grupos de bajo apoyo familiar cuando la comunicación con los padres es buena (residuo=6.5,  $p < .001$ ) y en los grupos de alto apoyo familiar cuando la comunicación es deficiente (residuo=6.5,  $p < .001$ ). El análisis del Ji-cuadrado es significativo ( $\chi^2 = 42.74, gl=1, p=.000$ ).

Estos análisis han permitido diferenciar dos tipos de adolescentes en función de los recursos del sistema familiar -exceptuando el funcionamiento familiar-. Aquellos adolescentes cuya mejor percepción del sistema familiar va asociada con una buena comunicación y su peor percepción con una mala comunicación. Y aquellos sujetos que perciben la calidad de los recursos familiares inversamente relacionada con la comunicación familiar.

## 7.2. En sujetos bien clasificados

El análisis de los sujetos bien clasificados supone asumir que en estos sujetos la teoría funciona. Su comunicación familiar está relacionada con la forma en que la familia afronta las situaciones difíciles, con su percepción de las relaciones familiares y con la confianza y percepción de apoyo de los padres. En tanto que la teoría funciona, es conveniente analizar si el nivel de comunicación familiar muestra alguna interacción con el funcionamiento familiar en la explicación del ajuste familiar atendiendo, por ejemplo, al nivel de estrés familiar experimentado durante los últimos doce meses. Los resultados de éste análisis se presentan en la tabla 55.

**Tabla 55:** *Factorial general 2\*2 para eventos y comunicación\*funcionamiento familiar*

Variable dependiente: Sucesos Vitales

Fuente	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.
Comunicación Familiar	180,090	1	180,090	11,524	,001
Funcionamiento Familiar	89,347	1	89,347	5,717	,017
COM * FUN	76,111	1	76,111	4,870	,028
Error	5532,035	354	15,627		
Total	19910,000	360			

Como se aprecia en esta tabla, la existencia de interacción entre la comunicación familiar y el funcionamiento familiar indica que existen diferentes niveles de estrés familiar en las distintas combinaciones del grupos de comunicación\*funcionamiento ( $F_{1,354}=4.87$ ,  $p=.028$ ). La existencia de efectos de la interacción aconseja no analizar los efectos principales (Stevens, 1992). A continuación se presenta el contraste de medias en los 4 grupos de la interacción (tabla 56).

**Tabla 56:** Comparación entre las medias de estrés familiar para los niveles de los factores comunicación y funcionamiento familiar<sup>1</sup>

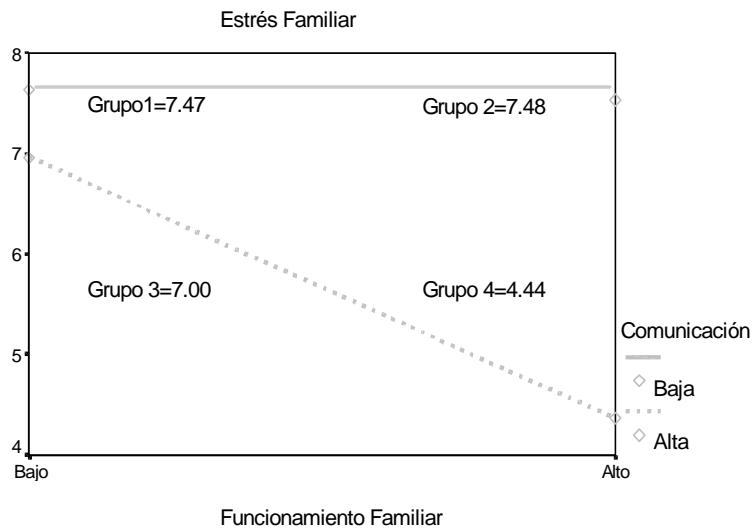
Variable dependiente: Estrés Familiar

(I) MEDIAS	(J) MEDIAS	Diferencia de medias (I-J)	Error típico	Sig.
Fun-bajo Com-baja 1	2,00	,4779	,894	1,000
	3,00	-,0010	,694	1,000
	4,00	3,0348	,458	,000
Fun-bajo Com-alta 2	1,00	-,4779	,894	1,000
	3,00	-,4884	1,024	1,000
	4,00	2,5569	,882	,024
Fun-alto Com-baja 3	1,00	,0010	,694	1,000
	2,00	,4884	1,024	1,000
	4,00	3,0453	,678	,000
Fun-alto Com-alta 4	1,00	-3,0348	,458	,000
	2,00	-2,5569	,882	,024
	3,00	-3,0453	,678	,000

(1) La significación de las medias es al nivel de .05 al corregir por Bonferroni

El contraste entre las medias indica que todos los grupos tienen una media mayor en estrés familiar que el grupo con alto funcionamiento familiar y alta comunicación familiar (el grupo 4 es significativamente diferente a los restantes grupos). Entre los demás grupos no se observan diferencias significativas. La representación visual del gráfico 4 ilustra estas relaciones.

**Gráfico 4:** Representación gráfica de los efectos de la interacción y efectos principales en el estrés familiar para los niveles de los factores comunicación y funcionamiento



En este gráfico se puede observar la significativa disminución del número de eventos vitales en aquellas familias que tienen buena comunicación familiar y buen funcionamiento familiar. El número de eventos vitales en el grupo de baja comunicación no es sensible a la presencia de buen o mal funcionamiento familiar. Sólo el grupo de alta comunicación, cuando además, tiene un buen funcionamiento familiar, registra un nivel inferior de estrés familiar en comparación con los otros grupo. De hecho se observa una reducción en el número de eventos vitales de aproximadamente el 40%. La existencia de interacción entre las dimensiones de la comunicación y el funcionamiento familiar sugiere diferenciar a dos tipos de familias: aquellas en que estos recursos son máximos y el resto de familias o bien con niveles bajo/bajo o una mezcla de alto/bajo en ambas características (grupos 1, 2 y 3). Esta clasificación permite estudiar con detalle el tipo de ajuste individual que se produce entre los

miembros de un tipo u otro de familia. La distribución de las familias en función de estos dos grupos se presenta en la tabla 57.

**Tabla 57:** *Distribución los sujetos de los grupos bajo y alto nivel de recursos familiares (comunicación+funcionamiento)*

		RECURSOS DEL SISTEMA FAMILIAR	
		BAJO/MEDIO	ALTO
N		204	171
Sexo			
	Chicos	88	70
	Chicas	113	97
Tipología 1			
	Extrema	56	26
	Rango Medio	148	145
	Equilibrada	1	-
Tipología 2			
	Frágil	99	-
	Flexible	96	72
	Resistente	9	99
Tipología 3			
	Pocos Recursos	160	-
	Medios Recursos	-	-
	Altos Recursos	44	171

El grupo que contiene a las familias con recursos bajos -baja comunicación y bajo funcionamiento-y medios está compuesto por 204 sujetos, 88 chicos y 113 chicas. En cuanto a la distribución de las tipologías familiares en este grupo, se observa que la nueva distribución de familias dejaría sin familias equilibradas en la categoría de altos recursos familiares y con tan sólo 1 familia equilibrada en el grupo 1. Con respecto a la tipología 2, tan sólo hay 9 familias resistentes con bajos recursos, mientras que en la tipología 3 hay 44 familias con altos recursos en el grupo 1 y el grupo 2 está compuesto íntegramente por familias con elevados recursos de funcionamiento familiar. Para contrastar la presencia significativa de chicos o chicas en cualquier nivel de edad en las familias con bajos/medios y altos recursos familiares se ha realizado un análisis de regresión logística en el que la variable dependiente tiene dos niveles (0: bajos/medios recursos; 1: altos recursos) y las variables predictoras son el género (0: chicos; 1: chicas) y la edad (variable continua). También se ha incluido como variable predictora el término de la interacción (edad\*género). Los resultados se presentan en la tabla 58.



**Tabla 58:** Coeficientes de regresión logística del género y la edad sobre la pertenencia a las categorías de bajo y altos recursos familiares<sup>1</sup>

	Wald (gl=1)	R	p
Género	.5571	.000	.4554
Edad	2.3290	-.025	.1270
Género*Edad	.7063	-.000	.4007
Ajuste del Modelo		$\chi^2=7.85$ ; gl=3; p=.110	

(1) R son los coeficientes de correlación parciales

(2) Para Wald<2 (gl\*2) R=.000

La ausencia de significación estadística para los coeficientes de correlación parcial indica que no existe relación entre ser chico/chica, tener un determinado nivel de edad y tener mayor probabilidad de situarse en el grupo de altos recursos familiares. El test de ajuste del modelo ( $\chi^2=7.85$ ; gl=3; p=.110) indica que los coeficientes de la ecuación no son distintos de 0. No existe por tanto una tendencia en los sujetos de la muestra a situarse en un tipo u otro de familia en función ni de la edad, ni del género, ni de ninguna combinación de edad y género.

### 7.2.1. Ajuste familiar y ajuste individual

Una vez identificadas a estas familias, se ha analizado el ajuste individual de los adolescentes miembros de ellas. La razón para realizar estos análisis es conocer hasta qué punto ambos grupos de familias también permiten diferenciar las puntuaciones de las variables de carácter más individual incluidas en el modelo. Si el ajuste y la adaptación familiar son claves para el desarrollo y pervivencia en el tiempo del sistema familiar, es preciso vincular las propias necesidades del sistema familiar con las necesidades de sus miembros. Un ajuste familiar adecuado, como el que se ha comprobado en las familias definidas como con altos recursos, debería acompañarse de un ajuste adecuado de sus miembros.

**Ajuste familiar y autoestima:** En primer lugar, se ha contrastado la hipótesis de que las familias con elevados recursos promueven el bienestar de los miembros a través de una mejor percepción de sí mismos -autoestima-. Esto no sólo se observará en la autoestima

familiar, cuya influencia ya se ha analizado, sino en las restantes dimensiones del “si mismo”. De este modo, si la familia opera como un laboratorio en el que los hijos aprenden a entender el mundo de las relaciones sociales, en aquellas familias con buenos recursos familiares los niveles de valoración del self serán mayores que en aquellas familias con menos recursos familiares. La autoestima social, en tanto que valoración que realiza el adolescente sobre sus relaciones sociales (extrafamiliares) permite contrastar esta hipótesis. Para evitar que el efecto se confunda con el efecto del estrés familiar -las familias con menos recursos experimentan más estrés familiar- se ha incluido el estrés familiar como factor para comprobar su efecto en los niveles de la variable ‘recursos familiares’. Los resultados se presentan en la tabla 59.

**Tabla 59:** Factorial General 2\*2 de las puntuaciones en autoestima social con recursos Familiares y estrés familiar como factores.<sup>1</sup>

Variable dependiente: Autoestima Social

Fuente	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	PUNTUACIONES MEDIAS	
						Bajos	Altos
RECURSOS	276,239	1	276,239	17,396	,000	22,060	24,150
Estrés	104,535	1	104,535	6,583	,011	23,750	22,470
RECURSOS * Estrés	4,778	1	4,778	,301	,584		
Error	5795,931	365	15,879				
Total	197354,000	369					

(1) La significación de las medias es al nivel .05

En la tabla 59 se observa que no existe interacción entre el estrés familiar y los recursos familiares al analizar las puntuaciones en autoestima social. Existe un efecto principal del estrés familiar ( $F_{1,365}=6.58$ ;  $p=.011$ ) y de los recursos familiares ( $F_{1,365}=17.39$ ;  $p=.000$ ) La comparación entre las medias muestra que aquellos adolescentes que indican vivir en familias con más recursos familiares también expresan un nivel mayor de autoestima social. El estrés familiar también está relacionado de forma negativa con la autoestima social: a mayor nivel de estrés familiar menor autoestima social

**Ajuste familiar y depresión:** Otro de los aspectos relacionados con el ajuste individual es la depresión. Ésta también se verá afectada por el funcionamiento familiar y los procesos de comunicación que la caracterizan. Para comprobarlo se ha realizado un análisis de las puntuaciones en depresión (ANOVA) con el grupo de recursos familiares y el grupo de bajo y alto estrés familiar como factores. Al incluir el estrés familiar como factor se pretende controlar la relación entre el estrés familiar y la depresión y separar los efectos del nivel de estrés familiar y del tipo de familia. Los resultados se presentan en la tabla 60.

**Tabla 60:** Factorial General 2\*2 de las puntuaciones en depresión con recursos familiares y estrés familiar como factores.<sup>1</sup>

Variable dependiente: Animo depresivo

Fuente	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.	PUNTUACIONES MEDIAS	
						Bajo	Alto
RECURSOS	3354,388	1	3354,388	29,572	,000	46,990	39,460
Estrés	963,024	1	963,024	8,490	,004	41,340	45,280
RECURSOS * Estrés	4,161	1	4,161	,037	,848		
Error	40608,336	358	113,431				
Total	720575,000	362					

(1) La significación de las medias es al nivel .05

El análisis de la interacción estrés\*recursos no es significativo ( $F_{1,358}=0.37$ ;  $p=.848$ ). Sí que existen efectos principales en el estrés familiar ( $F_{1,358}=8.94$ ;  $p=.004$ ) y los recursos familiares ( $F_{1,358}=29.57$ ;  $p=.000$ ). El contraste de las medias indica que los adolescentes de familias con más recursos familiares muestran menores niveles de depresión lo que apoya la idea de partida de que también éste indicador del ajuste individual está influido por la dinámica familiar. También se comprueba que los adolescentes que experimentan más estrés familiar se perciben más deprimidos.

**Ajuste familiar y apoyo extrafamiliar:** Otro de los aspectos analizados en este trabajo es la capacidad del adolescente para establecer una red de apoyo extrafamiliar. Esta red de apoyo está relacionada con el funcionamiento familiar. Queda por averiguar si esta capacidad para crear entornos de apoyo es sensiblemente mayor en las familias con más recursos familiares -aquellas con buen funcionamiento y buena comunicación familiar-. En la tabla 61 se presentan los resultados del análisis de varianza multivariado (MANOVA) entre las puntuaciones de apoyo del novio/a y apoyo del amigo/a y los niveles de recursos en la familia. El nivel de estrés familiar está controlado al incluirlo como factor fijo en el análisis.

**Tabla 61:** *Análisis multivariado del apoyo social del novio/a y el amigo/a en función de los niveles de estrés familiar y recursos familiares como factores*

	<i>F</i>	<i>Gl hipótesis</i>	<i>Gl error</i>	<i>Sig.</i>
Recursos	.437	2	336	.647
Estrés	9.39	2	336	.000
Recursos*Estrés	1.63	2	336	.197

Los resultados de la tabla 61 indican que no existe efecto de la interacción ( $F_{2,336}=1.63$ ;  $p=.197$ ) ni de los recursos familiares ( $F_{2,336}=4.37$ ;  $p=.647$ ) pero sí del estrés familiar ( $F_{2,336}=9.39$ ;  $p=.000$ ). Esto da una idea de la independencia del sistema familiar y las nuevas

relaciones sociales creadas durante la adolescencia. En cuanto a los niveles de estrés familiar, en la tabla 62 se muestran los resultados del test univariado así como la comparación entre las medias.

**Tabla 62:** *Test univariado de las puntuaciones de apoyo social en los niveles de estrés familiar<sup>1</sup>*

Variable dependiente	Fuente	Suma de cuadrados	gl	Media cuadrática	F	Sig.	Bajo	Alto
Apoyo Social Novia/o	Contraste	34674,779	1	34674,779	16,326	,000	51,560	70,360
	Error	715757,830	337	2123,910				
Apoyo Social Amigo/a	Contraste	2306,863	1	2306,863	,880	,349		
	Error	883765,916	337	2622,451				

(1) La significación de las medias es al nivel .05



Como se observa en la tabla 62, el apoyo percibido de la pareja no sólo no se relaciona con el ajuste familiar sino que tiene una relación directa con el nivel de estrés familiar, pero en un sentido positivo: a mayor apoyo de la pareja mayor nivel de estrés familiar. La fuente de estrés familiar evaluada en este instrumento es en su mayor parte intrafamiliar por lo que esta relación puede interpretarse como la búsqueda de ayuda en personas próximas que sean ajenas a la familia. De este modo, aquellos adolescentes con altos niveles de estrés intrafamiliar tratarían de mejorar sus relaciones extrafamiliares - fundamentalmente las relaciones de pareja- con el objeto de adquirir nuevas fuentes de apoyo.

**Ajuste familiar y consumo de sustancias:** Finalmente, se comprueba la hipótesis de que la características del sistema familiar están relacionadas con el consumo y abuso de sustancias de los hijos. Para ello se ha realizado un análisis multivariado de la varianza (MANOVA) con el consumo de alcohol, cannabis y el consumo de sustancias durante el fin de semana como variables dependientes y los recursos familiares y el nivel de estrés familiar como factores.. Los resultados se presentan en la tabla 112.

**Tabla 63:** *Análisis multivariado (MANOVA) de las puntuaciones en consumo de alcohol, cannabis y consumo durante los fines de semana en los niveles de estrés familiar y recursos familiares.*

	<i>F</i>	<i>Gl hipótesis</i>	<i>Gl error</i>	<i>Sig.</i>
Recursos	2.74	2	329	.066
Estrés	1.79	2	329	.168
Recursos*Estrés	.855	2	329	.426

No parece que exista una relación entre los recursos familiares y el consumo de sustancias ( $F_{2,329}=2.74$ ;  $p=.066$ ). Ni siquiera el nivel de eventos vitales tiene una relación significativa con el consumo de alcohol y cannabis ( $F_{2,329}=1.79$ ;  $p=.166$ ). Esta ausencia de relación entre los recursos familiares, el estrés familiar y el consumo de

sustancias tiene que ver con el nivel medio de consumo en la muestra. En general, la mayoría de los sujetos no consumen o consumen poco. Estas conductas, por tanto, aunque de riesgo, no parecen influir demasiado en el ajuste individual y familiar del adolescente. Como ya se ha comprobado, además, su presencia está positivamente relacionada con la existencia de una red de apoyo extrafamiliar -novio/a- y una valoración positiva del “sí mismo” social -autoestima social-.

### **7.3. Los sujetos mal clasificados**

En principio, los sujetos mal clasificados son aquellos en los que las relaciones entre las variables analizadas no son las esperadas. No sólo no son las esperadas con respecto a la teoría sino que las relaciones observadas son distintas a las del resto de la muestra. El conjunto total de estos sujetos se eleva a 142. En primer lugar, se ha comprobado la relación entre la pertenencia a los grupos de comunicación familiar y funcionamiento familiar y el nivel de estrés familiar experimentado. Este análisis es el equivalente al presentado para los sujetos bien clasificados en la tabla 55. Los resultados se presentan en la tabla 64.

**Tabla 64:** Factorial general 2\*2 para estrés familiar y comunicación\*funcionamiento familiar

Variable dependiente: Estrés Familiar

Fuente	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.
Comunicación Familiar	25,072	1	25,072	1,267	,266
Funcionamiento Familiar	5,700	1	5,700	,288	,594
Comunicación * Funcionamiento	0,072	1	0,072	,004	,952
Error	1029,061	52	19,790		
Total	2991,000	58			

Los resultados del factorial 2\*2 no indican ninguna significación ni para el término de interacción comunicación\*funcionamiento ( $F_{1,52}=0.04$ ;  $p=.952$ ) ni para los efectos principales del funcionamiento familiar ( $F_{1,52}=0.28$ ;  $p=.594$ ) ni de la comunicación familiar ( $F_{1,52}=1.26$ ;  $p=.266$ ). A diferencia de los sujetos bien clasificados, este segmento de la muestra no presenta ninguna relación entre las variables estrés familiar, comunicación y funcionamiento. Estos resultados son contrarios a la teoría, que predice algún tipo de relación entre la comunicación con los padres y el nivel de estrés familiar, por ejemplo. Sin embargo estos sujetos no se diferencian en el nivel de estrés familiar ni en función de la comunicación, ni en función del funcionamiento familiar ni en función de la interacción entre ambas. En la tabla 27 ya se había analizado la relación del estrés familiar con la comunicación familiar y se había observado cómo existía una correlación moderada y negativa con la apertura y una correlación moderada y positiva con los problemas de comunicación. El hecho de que no exista interacción comunicación familiar\*funcionamiento familiar hace innecesaria la creación de dos grupos de familias -con bajos y altos recursos- tal y como se había realizado en el caso de los sujetos bien clasificados. Pudiera pensarse que quizás todos estos sujetos pertenecen a categorías familiares intermedias en las que no se observan relaciones significativas con las variables del sistema

familiar y el ajuste individual. En la tabla 65 se presenta la distribución de estos sujetos en las tres tipologías familiares analizadas.

**Tabla 65:** *Sujetos mal clasificados: distribución en función de la tipología familiar.*

		Frecuencia
Tipología 1	Extrema	25
	Rango Medio	61
	Equilibrada	50
Tipología 2	Frágil	17
	Unida	4
	Resistente	95
	Flexible	20
Tipología 3	Pocos Recursos	27
	Medios Recursos	72
	Elevados Recursos	37

La tabla 65 muestra sin embargo que existe representación de todos los tipos de familia en estos sujetos; al menos una representación la suficientemente numerosa como para esperar algún tipo de relación estadística con el ajuste familiar. Para comprobar hasta qué punto el comportamiento de estos sujetos es diferente al del resto de la muestra se han analizado dos tipos de relación: a) el nivel de depresión en función del nivel de eventos vitales y del funcionamiento familiar, y; b) el nivel de depresión en función del nivel de eventos y la comunicación familiar. Los resultados del primer análisis se presentan en la tabla 66.

**Tabla 66:** *Factorial general 2\*2 para depresión y estrés familiar\*funcionamiento familiar.*

Variable dependiente: Animo depresivo

Fuente	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.
Estrés	399,284	1	399,284	3,461	,068
Funcionamiento	81,609	1	81,609	,707	,404
Estrés *					
Funcionamiento	,932	1	,932	,008	,929
Error	6576,715	57	115,381		
Total	117697,000	61			

En la tabla 66 se presentan los resultados del factorial 2\*2 (estrés familiar y funcionamiento familiar) por depresión. Se puede apreciar que ni la interacción entre el estrés familiar y el funcionamiento ( $F_{1,57}=0.008$ ;  $p=.929$ ) ni los efectos principales del funcionamiento ( $F_{1,57}=0.707$ ;  $p=.404$ ) ni el estrés familiar ( $F_{1,57}=3.46$ ;  $p=.068$ ) alcanza la significación. La ausencia de este tipo de relaciones está profundamente en contra no sólo de la teoría del ajuste familiar sino de un considerable cuerpo de literatura científica que ha vinculado el estrés familiar y la depresión tanto teórica como empíricamente (Lin, Dean y Ensel, 1986; Herrero, 1994; Herrero, Musitu y Gracia, 1995; Herrero y Musitu, 1998). El análisis factorial 2\*2 para el estrés familiar y la comunicación con la depresión se presenta en la tabla 67.

**Tabla 67:** *Factorial general 2\*2 para depresión y estrés familiar\*comunicación.*

Variable dependiente: Animo depresivo

Fuente	Suma de cuadrados tipo III	gl	Media cuadrática	F	Sig.
Estrés	287,745	1	287,745	3,178	,077
Comunicación	78,440	1	78,440	,866	,354
Estrés*Comunicación	143,814	1	143,814	1,589	,210
Error	12040,903	133	90,533		
Total	249474,000	137			

En esta tabla se observa la misma tendencia que en las dos anteriores: ausencia total de relaciones significativas entre las variables. No queda claro por qué estos 142 sujetos responden de forma tan opuesta al resto de la muestra, aunque existen dos posibles explicaciones: a) la naturaleza de los sujetos, y; b) la naturaleza de los instrumentos. Si la ausencia de relaciones se debe a que estos sujetos se diferencian en alguna otra variable no contemplada en esta investigación, es algo que siempre queda abierto. No obstante, los ámbitos analizados y la naturaleza integradora de la teoría que les sirve de base dotan de cierta confianza a la interpretación de los resultados. Si la ausencia de relaciones se debe a los cuestionarios, éstos no captan toda la complejidad de la dinámica familiar y por ello impiden encontrar relaciones significativas en los 142 sujetos (aproximadamente el 15% de la muestra). En este caso, otro tipo de medidas, incluyendo la observación y otro tipo de medidas cualitativas podría mejorar la predicción del modelo.

## 8. Para la octava hipótesis

*“El funcionamiento familiar y la comunicación se interrelacionan siendo significativos en factores de ajuste en el adolescente”.*

## 8.1. Modelos explicativos de la conducta delictiva

A partir de los resultados anteriores, puede realizarse una selección de las variables más destacables en cada uno de los ámbitos estudiados. Así, dentro del contexto del **funcionamiento familiar** se han seleccionado las variables de *cohesión* y *adaptabilidad* mientras que se han escogido las variables de *comunicación de apertura* tanto con el padre como con la madre del apartado de **comunicación familiar**. Como hemos visto, estas variables se relacionan linealmente. En el apartado de recursos del individuo se han seleccionado el *autoconcepto familiar* y el *autoconcepto académico*.

Dentro de las **relaciones personales** se han seleccionado, en correspondencia con lo anterior, las referidas al *apoyo del padre y de la madre*, es decir, el núcleo central del apoyo familiar. Finalmente, se han seleccionado aquellas variables que miden directamente algún tipo de **desajuste**, tanto familiar como individual, como son el *estrés*, la *depresión* y la *conducta delictiva*.

Una vez seleccionadas las variables se han diseñado tres ecuaciones estructurales que analizan, de forma simultánea, las relaciones entre distintos factores latentes. Estos factores latentes son los siguientes:

*Funcionamiento familiar* (FF): representado por la adaptabilidad y la cohesión familiar.

*Comunicación familiar* (COM): que incluye la comunicación positiva con el padre y con la madre.

*Autoconcepto positivo* (AUT): es decir, autoconcepto familiar y académico.

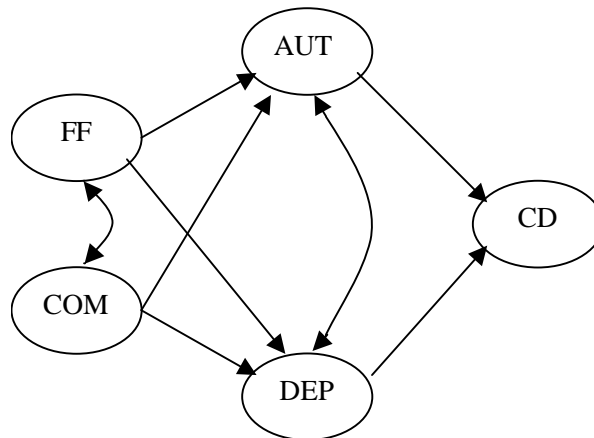
*Apoyo familiar* (APO): establecido a partir del apoyo del padre y de la madre.

En cuanto a las variables de *estrés* (EST), *depresión* (DEP) y *conducta delictiva* (CD) se han asumido que miden los factores del mismo nombre.

Los análisis de ecuaciones estructurales exigen al investigador que adelante (hipotetice) una estructura de relaciones entre las variables. Es decir, que adelante modelos de relaciones entre las variables para ser validados por los datos de que se disponga. En consecuencia adelantamos (hipótesis) los tres modelos de relaciones siguientes para contrastar:

**Modelo 1.**

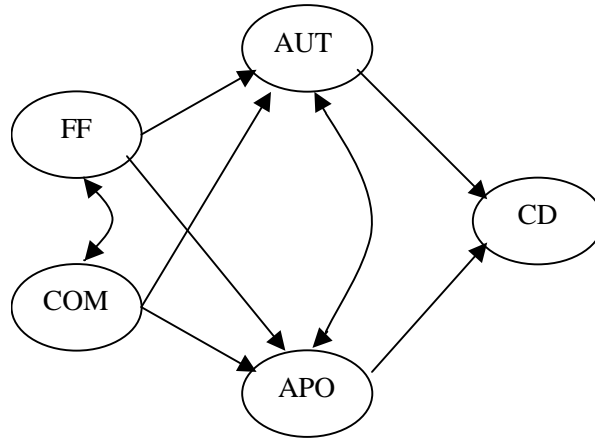
*Autoconcepto y depresión entre el funcionamiento familiar y la conducta delictiva*





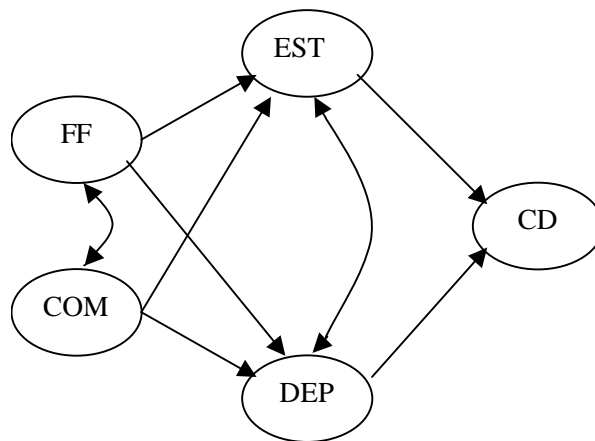
**Modelo 2**

*Autoconcepto y apoyo familiar entre el funcionamiento familiar y la conducta delictiva*



**Modelo 3**

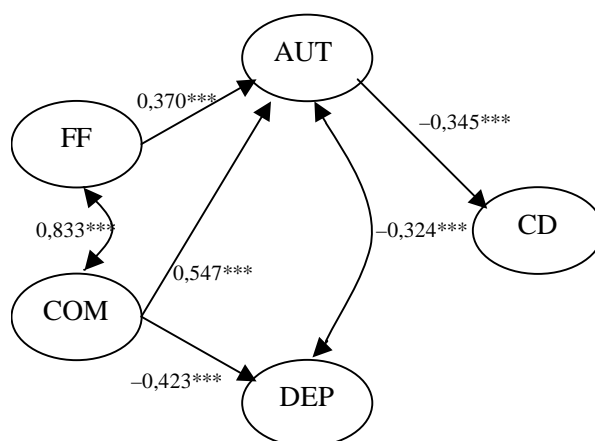
*Estrés y depresión entre el funcionamiento familiar y la conducta delictiva*



Una vez planteados los modelos *a priori* pueden realizarse los análisis de ecuaciones estructurales. Estos análisis se realizaron con el programa EQS y en los mismos se intentó replicar las estructuras de covarianzas formuladas teóricamente utilizando el método de cálculo de máxima verosimilitud. En el análisis, se incluyó el género y la edad como covariables para incorporar su influencia en los factores latentes, las variables observables fueron transformadas (tipificadas). En todos los casos, la *variable dependiente* final fue la conducta delictiva.

### 8.1.1. Modelo 1 explicativo de la conducta delictiva

*Autoconcepto y depresión entre el funcionamiento familiar y la conducta delictiva*



El ajuste global del modelo es bueno ( $\chi^2_{(28)} = 112.43$ ;  $p < 0.001$ ) con índices que van de 0.95 a 0.98, como se aprecia en la siguiente tabla:

BENTLER-BONETT NORMED	FIT INDEX=	0.961
BENTLER-BONETT NONNORMED	FIT INDEX=	0.950
COMPARATIVE FIT INDEX (CFI)	=	0.970
LISREL GFI	FIT INDEX=	0.981

LISREL AGFI	FIT INDEX=	0.960
ROOT MEAN SQ. ERROR OF APP.(RMSEA)=		0.054

**Correlaciones entre factores latentes:** Los factores familiares están correlacionados entre sí. Así, el funcionamiento familiar y la comunicación correlacionan 0.833 ( $p < 0.001$ ). También están correlacionados entre sí los factores personales, es decir, la autoestima y la depresión,  $r = -0.324$  ( $p < 0.001$ ).

**Path no significativos:** El path hipotetizado del funcionamiento familiar sobre la depresión no resultó significativo, al igual que el path de la depresión sobre la conducta delictiva. No obstante, esta influencia solo dejó de ser significativa cuando se introdujo en el modelo la covariable género afectando a dicha conducta delictiva.

**Influencia de género y edad:** La variable género afectaba de forma significativa a los factores latentes de autoestima, depresión y conducta delictiva. Por el contrario, la variable edad, afectó a las variables familiares de comunicación y funcionamiento y autoestima. Así, cuanto menor era la edad de los adolescentes mayores sus puntuaciones en los dos primeros factores mientras que la autoestima aumentaba con la edad. En cuanto al género (1, mujer; 2, varón), se aprecia que los varones tienden a puntuar más en conducta delictiva, autoestima y depresión.

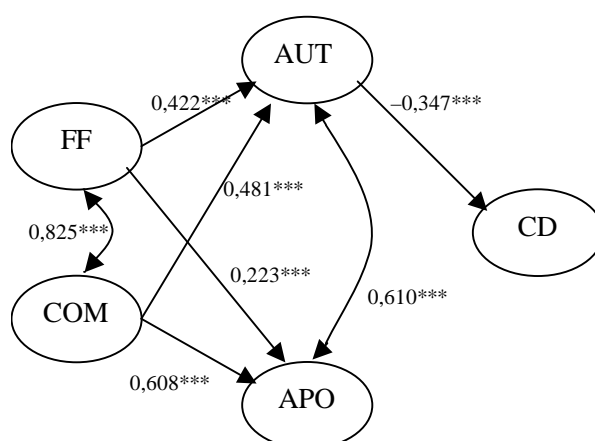
**Path significativos:** La influencia de la comunicación familiar sobre la autoestima y la depresión resultó significativa, en cambio, el funcionamiento familiar solo ejercía influencia sobre la autoestima. La autoestima, a su vez influye significativamente en la conducta delictiva pero no así la depresión, por los motivos mencionados.

**Efectos indirectos:** Puede hablarse, por tanto, de un efecto indirecto de las variables familiares (comunicación y funcionamiento) sobre la conducta delictiva. Este efecto es negativo.

**Conducta delictiva:** El porcentaje de varianza explicado de esta variable es del 14,25%.

### 8.1.2. Modelo 2 explicativo de la conducta delictiva

*Autoconcepto y apoyo familiar entre la función familiar y la conducta delictiva*



El ajuste global del modelo es bueno ( $\chi^2_{(29)} = 114.72$ ;  $p < 0.001$ ) con índices que van de 0.96 a 0.98, como se aprecia en la siguiente tabla:

BENTLER-BONETT NORMED	FIT INDEX=	0.976
BENTLER-BONETT NONNORMED	FIT INDEX=	0.971
COMPARATIVE FIT INDEX (CFI)	=	0.982
LISREL GFI	FIT INDEX=	0.981
LISREL AGFI	FIT INDEX=	0.961
ROOT MEAN SQ. ERROR OF APP.(RMSEA)=		0.050

**Correlaciones entre factores latentes:** Los factores familiares están correlacionados entre sí. Así, el funcionamiento familiar y la comunicación correlacionan 0.825 ( $p < 0.001$ ). También están correlacionados entre sí los factores personales, es decir, la autoestima

y los recursos familiares,  $r = 0.610$  ( $p < 0.001$ ). El modelo también incluye la correlación entre la comunicación con la madre y el apoyo de la madre  $r = 0.606$  ( $p < 0.001$ ) y, de la misma forma, la correlación entre la comunicación con el padre y el apoyo del padre  $r = 0.583$  ( $p < 0.001$ ).

**Path no significativos:** El path hipotetizado del apoyo familiar sobre la conducta delictiva no resultó significativo.

**Influencia de género y edad:** La variable género, afecta de forma significativa a los factores latentes de autoestima, apoyo familiar y conducta delictiva. Por el contrario, la variable edad, solo afectó a las variables familiares de comunicación, funcionamiento y autoestima. Como en el modelo anterior, cuanto menor era la edad de los adolescentes mayores sus puntuaciones en los dos primeros factores mientras que la autoestima aumentaba con la edad. En cuanto al género (1, mujer; 2, varón), se aprecia que los varones tienden a puntuar más en conducta delictiva, autoestima y apoyo familiar.

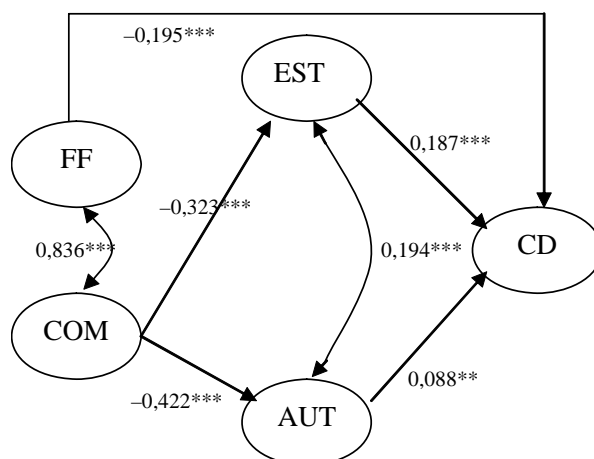
**Path significativos:** La influencia de la comunicación familiar sobre la autoestima y el apoyo familiar resultó significativa, al igual que la influencia del funcionamiento familiar sobre estos dos factores. La autoestima, influye significativamente en la conducta delictiva pero no así el apoyo familiar, que no resultó significativo.

**Efectos indirectos:** Puede hablarse, por tanto, de un efecto indirecto de las variables familiares (comunicación y funcionamiento) sobre la conducta delictiva a través de la autoestima siendo su efecto es negativo.

**Conducta delictiva:** El porcentaje de varianza explicado de esta variable es del 14,43%.

### 8.1.3. Modelo 3 explicativo de la conducta delictiva

*Estrés y depresión entre la función familiar y la conducta delictiva*



El ajuste global del modelo es muy bueno ( $\chi^2_{(28)} = 62.31$ ;  $p < 0.001$ ) con índices que van de 0.96 a 0.99, como se aprecia en la siguiente tabla:

BENTLER-BONETT NORMED FIT INDEX=	0.967
BENTLER-BONETT NONNORMED FIT INDEX=	0.956
COMPARATIVE FIT INDEX (CFI) =	0.977
LISREL GFI FIT INDEX=	0.987
LISREL AGFI FIT INDEX=	0.968
ROOT MEAN SQ. ERROR OF APP.(RMSEA)=	0.048

**Correlaciones entre factores latentes:** Los factores familiares están correlacionados entre sí. Así, el funcionamiento familiar y la comunicación correlacionan 0.836 ( $p < 0.001$ ). También están

correlacionados entre sí los factores personales, es decir, la depresión y el estrés,  $r = 0.194$  ( $p < 0.001$ ).

**Path no significativos:** El path hipotetizado del funcionamiento familiar sobre la depresión y el estrés no resultaron significativos.

**Influencia de género y edad:** La variable género afectaba de forma significativa a los factores latentes de estrés, depresión y conducta delictiva. Por el contrario, la variable edad, afectó a las variables familiares de comunicación y funcionamiento y al estrés. Así, cuanto menor era la edad de los adolescentes mayores sus puntuaciones en los dos primeros factores mientras que el estrés aumentaba con la edad. En cuanto al género (1, mujer; 2, varón), se aprecia que los varones tienden a puntuar más en conducta delictiva, estrés y depresión.

**Path significativos:** La influencia de la comunicación familiar sobre la depresión y el estrés resultó significativa, en cambio, el funcionamiento familiar solo ejercía influencia sobre la conducta delictiva. No obstante, en este caso sí existe una influencia directa del funcionamiento familiar en la conducta delictiva. Las variables personales de estrés y depresión están influidas por la comunicación y, a su vez, inciden en la conducta delictiva.

**Efectos indirectos:** Puede hablarse, por tanto, de un efecto indirecto de las variables familiares (comunicación) sobre la conducta delictiva. Este efecto es negativo.

**Conducta delictiva:** El porcentaje de varianza explicado de esta variable es del 14,62%.

# **CAPÍTULO VII:**

## **DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES**

---

### **1. DISCUSIÓN DE LOS RESULTADOS**

A continuación se presenta una discusión de los resultados obtenidos en cada una de las “dimensiones analizadas” del sistema familiar y el ajuste individual y que se corresponden con las ocho hipótesis de esta tesis.

#### **1.1. Funcionamiento Familiar y Tipologías del funcionamiento familiar**

El análisis de las puntuaciones del FACES-III-(R) en función de los grupos de género y edad, revela que existe relación entre la percepción del funcionamiento familiar, el género de los sujetos y la edad de los mismos. Las chicas y los adolescentes más jóvenes (12-14 años) tienden a percibir de manera más positiva el funcionamiento familiar.

En la interpretación de estos resultados habría que distinguir dos aspectos que no tienen porque coincidir necesariamente: la realidad de las familias y la percepción de sus características por parte de los adolescentes. ¿Hasta qué punto los adolescentes más jóvenes y las chicas viven realmente en familias con mayores niveles de



adaptabilidad y cohesión familiar?, ¿hasta qué punto presentan una tendencia a realizar valoraciones más favorables del sistema familiar? Los instrumentos aplicados en esta investigación únicamente nos informan de la percepción del adolescente. Nuestro punto de partida es que existe una relación entre la percepción del sistema familiar y sus características reales. En este sentido, tanto los adolescentes más jóvenes como las chicas muestran una tendencia a evaluar positivamente la familia; perciben y desean mayores niveles de funcionamiento familiar. En el caso de los chicos y los grupos de mayor de edad de la muestra, la tendencia es la inversa: suelen percibir menos cohesión y adaptabilidad e incluso su familia ideal es menos cohesionada y adaptativa -en el caso de los chicos-. Sin embargo, los chicos no se muestran por ello más críticos y de hecho sus niveles de satisfacción son mayores que en las chicas.

Es posible que los adolescentes más jóvenes mantengan un sesgo en sus evaluaciones ‘a favor de la familia’ en contraposición a los mayores, que realizarían una evaluación menos favorable de la familia. La explicación de este doble proceso podría encontrarse en la búsqueda de autonomía y de criterios propios durante la adolescencia - en el caso de la edad- (Collins y colaboradores, 1997; Cooper y colaboradores, 1983; Grotevant y Cooper, 1998) y en la diferente implicación de los chicos y las chicas en el funcionamiento familiar - en el caso del género- (Noller y Callan, 1991; Zanni, 1993).

En este sentido, distintos estudios consideran que la búsqueda del adolescente de nuevos contextos sociales en los que desarrollarse, se relacionan con el incremento de los conflictos en su ámbito familiar (Gracia, Herrero y Musitu, 1995). Conflictos que se han explicado en distintos términos: búsqueda mayor autonomía -a menudo incompatible con los intereses familiares (Bandura y Walters, 1959; Dovan y Adelson, 1966; Offer, 1969; como una progresiva internalización de restricciones dentro de una atmósfera de continuo vínculo con los padres y la familia (Hill 1980); o, finalmente, como un rechazo en el joven y en mayor medida por parte de los chicos de los

dictados y valores parentales en favor de los del grupo de pares (Montemayor, 1984; Fascick, 1984; Bell et al., 1985; Reed et al., 1986; Sebald, 1986).

Esta tendencia observada en la evaluación del sistema familiar invita a controlar el efecto del género y la edad en posteriores análisis con el objeto de contrastar las relaciones percibidas del funcionamiento familiar y otros aspectos de la familia. Este tipo de análisis permite identificar de forma más precisa las relaciones que se establecen entre los constructos. De este modo, se ha podido observar que existe una clara tendencia entre las dimensiones del funcionamiento familiar a comportarse en la misma dirección: cuando se percibe cohesionada una familia, también se tiende a percibirla adaptable y viceversa. De este modo, para que los individuos experimenten proximidad emocional entre los miembros de la familia (cohesión) se tienen que producir unos procesos de flexibilidad y apertura en la familia (adaptabilidad). En otros términos, la percepción de que la familia es capaz de asumir la participación de todos los miembros en la organización familiar -toma de decisiones, solución de problemas, asunción de responsabilidades...- y en los cambios producidos durante su desarrollo, va asociada a la percepción de que la familia se preocupa por el bienestar de los miembros y que existe una vinculación emocional sólida entre ellos.

Esta circunstancia reviste una importancia especial durante la adolescencia, durante la cual el joven es muy sensible al protagonismo en el hogar, a mostrar su independencia de criterios ante los padres y a exigir nuevas reglas de funcionamiento en la familia. En este sentido, los planteamientos actuales apuntan a considerar que el adolescente contribuye positivamente a su propio desarrollo (Lerner, 1985) y, de hecho, se implica en la negociación con sus padres para ejercer un mayor control sobre su propia vida (Grotevant y Cooper, 1985; Noller y Callan, 1991; Jackson y colaboradores, 1996). En esta situación, la familia debe adaptarse a la nueva realidad del adolescente y de no hacerlo la percepción de proximidad emocional disminuye. Siguiendo

a Holmbeck y colaboradores (1995), durante la adolescencia los padres han de ser, por una parte, responsivos con las necesidades del adolescente para incrementar su responsabilidad y toma de decisiones en la familia mientras que, al mismo tiempo, han de mantener un alto nivel de cohesión y afecto en el entorno familiar.

Por otra parte, la evidencia de relaciones lineales entre las dimensiones del funcionamiento encontrada en esta investigación contradice una parte de la literatura científica que ha señalado cómo la ausencia de vinculación y la excesiva vinculación son negativas; a la vez que la rigidez y la excesiva flexibilidad en las reglas familiares tampoco son adecuadas para el bienestar de los miembros de la familia y del sistema familiar (Olson y colaboradores, 1979, 1985, 1990). Este planteamiento ha dado lugar a la creación de tipología familiares de distinta naturaleza. En esta investigación se han sintetizado tres tipos: a) las que asumen curvilinealidad con el ajuste y ortogonalidad entre las dimensiones (tipología 1); b) las que asumen linealidad con el ajuste y ortogonalidad entre las dimensiones (tipología 2), y, c); las que asumen linealidad con el ajuste y no ortogonalidad entre las dimensiones (tipología 3).

El examen pormenorizado de estas tipologías ha constituido uno de los objetivos principales de este trabajo. Los análisis realizados a partir de los instrumentos utilizados en la presente investigación no permiten apoyar empíricamente ni la tipología 1 ni la tipología 2. Es la tipología 3 la que permite predecir mejor los niveles de ajuste en la familia y el bienestar de sus miembros. Estos resultados permiten describir la cohesión y adaptabilidad familiar como recursos de la familia cuyos máximos niveles están relacionados positivamente con el bienestar familiar e individual. No encontramos por tanto ninguna justificación empírica para diferenciar a los sujetos de acuerdo con baremos en las puntuaciones directas del FACES-III-(R) (Olson y colaboradores, 1979, 1985) ni tampoco para identificar combinaciones mixtas (alto/bajo y bajo /alto) en cohesión y adaptabilidad (McCubbin y McCubbin, 1987). Una puntuación global que integre los niveles de

cohesión y adaptabilidad permite distinguir de forma eficaz a las familias tanto por su ajuste como por el bienestar de los miembros: bajos, medios y altos recursos de funcionamiento familiar. Es aconsejable profundizar en la estructura del cuestionario, simplificándolo conforme a la tesis de que sus dimensiones están estrechamente relacionadas y que una combinación que maximice ambas puntuaciones puede considerarse como un índice fiable de los recursos de funcionamiento en el sistema familiar. En este sentido, McCubbin y colaboradores (1996) han propuesto una simplificación del FACES-III que reduce el número de ítems a 16 -8 para cada subescala- e informan haber comprobado ortogonalidad entre las dimensiones ( $r=.13$ ) así como pruebas de su validez y fiabilidad. Las implicaciones prácticas de esta nueva estrategia son importantes ya que permite evaluar de forma sencilla la presencia de recursos de funcionamiento sin la exigencia de tener en cuenta diferentes niveles que supongan una proliferación de tipos o formas familiares.

## **1.2. La comunicación familiar como recurso**

En la adolescencia, la comunicación padres-hijos adquiere una relevancia especial y los resultados de este trabajo muestran que la comunicación puede conceptualizarse como uno de los principales recursos del sistema familiar. Prácticamente todos los autores que han analizado los procesos de adaptación familiar han incluido la comunicación padres-hijos como uno de los aspectos que explican el éxito o el fracaso ante situaciones difíciles o estresantes (Reiss, 1981; Boss, 1988; Burr y Klein, 1994).

Sin embargo, la importancia que se concede a la comunicación varía de unos autores a otros. Así, en los trabajos pioneros de Koos (1946) y de Hill (1949), el concepto de comunicación familiar aún está latente en otros recursos que se consideran importantes para el afrontamiento al estrés (integración familiar y relaciones afectivas). Los trabajos de la escuela de Palo Alto sobre comunicación y Teoría de Sistemas (Watzlawick, Beavin y Jackson, 1967) han permitido una conceptualización de la comunicación familiar que gran parte de los

investigadores en estrés familiar, han asumido. A partir de estos trabajos, la comunicación familiar aparece de forma diferenciada como un recurso propio del sistema familiar. Mientras que McCubbin y McCubbin (1987) lo sitúan como una de las características propias de los patrones de funcionamiento familiar, Olson y colaboradores (1985) reconocen explícitamente que la comunicación familiar es la dimensión facilitadora o el elemento clave que permite la movilidad de la cohesión y de la adaptabilidad en el funcionamiento familiar.

Los resultados de esta investigación indican, sin embargo, que la presencia de una comunicación positiva padres-hijos no sólo constituye un recurso adicional del sistema familiar sino que es uno de los principales distintivos de la familia ajustada. En este sentido, se ha comprobado la relación entre niveles máximos de funcionamiento familiar y niveles adecuados de comunicación familiar; además de comprobar que la presencia de una comunicación positiva se relaciona con la satisfacción del funcionamiento familiar. El análisis de la comunicación familiar en los grupos de género y edad muestra que no parece haber un tipo de comunicación con la madre diferente entre chicos y chicas, aunque la comunicación con el padre es más fluida con los chicos. Estos resultados difieren de otros estudios que encuentran que los chicos no parecen hacer diferenciaciones entre los dos progenitores en su comunicación (Youniss y Ketterlinus, 1987; Zani, 1993).

El análisis de la comunicación en los grupos de edad revela que mientras los problemas con los padres no aumentan con la edad, sí disminuye la apertura en la comunicación con ambos padres. Estos resultados vienen a identificar con claridad un proceso de distanciamiento entre padres e hijos que se inicia en la adolescencia y que culmina en posteriores fases del desarrollo individual. El hecho de que disminuya la apertura entre padres e hijos puede esconder una multiplicidad de procesos, probablemente asociados con la búsqueda de independencia y la configuración de una red de apoyo extrafamiliar en el adolescente (Youniss y Smollar 1985; Grotevant y Cooper,

1986; Feiring y Taska, 1996). Lo interesante de este proceso es que no va necesariamente asociado con el incremento de problemas de comunicación, como se ha comprobado en este trabajo; probablemente, las técnicas de socialización tengan aquí un papel crucial para explicar por qué unos padres asumen mejor que otros la búsqueda de autonomía en los hijos durante la adolescencia. En este sentido, Herrero (1992) ya ha mostrado cómo la coerción y la negligencia están vinculadas con la presencia de problemas en la comunicación durante la adolescencia. Desde el punto de vista del afrontamiento familiar, una familia en la que predomina la inducción como técnica de disciplina y cuyos padres se hayan preocupado de establecer relaciones de apoyo con los hijos experimentará menores problemas de adaptación durante la adolescencia que una familia basada en el chantaje emocional, la crítica destructiva y la imposición de reglas en el funcionamiento familiar (Baumrind, 1991; Lila, 1995; Lila y Musitu, 1993; Musitu y Lila, 1993; Ravan y Linch, 1989; Campart y Scandroglio, 1998). El hecho que los hijos ensayen nuevas relaciones de apoyo extrafamiliar durante la adolescencia - fundamentalmente, las relaciones íntimas y de confianza plasmadas en la pareja- no se traduce en problemas de comunicación familiar. En la presente investigación sólo se ha comprobado una reducción en la apertura en la comunicación con los padres, derivada probablemente de este proceso de sustitución de unas figuras de apoyo por otras.

### **1.3. Las estrategias de afrontamiento en la familia**

Otro de las principales características del sistema familiar que los modelos de estrés familiar han destacado, es la forma en que la familia responde ante la presencia de estrés familiar (Koos, 1946; Hill, 1958; McCubbin y McCubbin, 1987; Boos, 1988; Burr y Klein, 1994; McCubbin, Thompson y McCubbin, 1996; ver MARCO TEÓRICO para un análisis). En esta investigación se ha estudiado el apoyo social de la familia (amigos y familiares, apoyo espiritual, apoyo formal y vecinos) y la valoración de los estresores (reestructuración y evaluación pasiva) como principales áreas del afrontamiento familiar

(McCubbin y Thompson, 1987; McCubbin, Thompson y McCubbin, 1996).

Los análisis de las puntuaciones del F-COPES han mostrado que la percepción que tiene el adolescente de las estrategias de afrontamiento está claramente influida por la edad, no así por el género. Los sujetos más mayores informan de un menor nivel de estrategias de afrontamiento en la familia. Esto es así para todas las estrategias de afrontamiento que evalúa el F-COPES a excepción de la Reestructuración que no parece influida ni por el género ni por la edad. En principio, no existe ninguna razón para que los adolescentes más jóvenes perciban que su familia posee más recursos de afrontamiento a no ser por el 'sesgo a favor de la familia' ya analizado en el caso de los instrumentos que evalúan el funcionamiento familiar. De este modo, es probable que las estrategias de afrontamiento evaluadas por el F-COPES requieran para su identificación por parte del adolescente de un conocimiento crítico de los mecanismos de la familia. Este conocimiento se hace más exhaustivo a medida que el adolescente se hace mayor y, de acuerdo con los resultados de esta investigación, no depende de los niveles de estrés. Así, el nivel de estrés familiar experimentado no se relaciona ni con el género ni con la edad: conforme avanza en edad el adolescente percibe menos recursos de afrontamiento en la familia, pero esta percepción no está condicionada por una mayor presencia de estrés que permita al adolescente contrastar estos mecanismos de afrontamiento familiar - los ítems del F-COPES están explícitamente referidos a situaciones difíciles o que conllevan estrés-. Además de este sesgo en la edad, los recursos de afrontamiento han mostrado una característica poco deseable para este tipo de medidas: su ausencia de relación con el estrés. Ninguna de las escalas de afrontamiento familiar muestra una relación significativa con el estrés lo que anula la posibilidad de un efecto mediador entre el estrés y el ajuste (Baron y Kenny, 1986). La ausencia de efecto mediador deja abierta la posibilidad de un efecto modulador de una tercera variable entre el estrés y el afrontamiento.

Sin duda, otros recursos del sistema familiar como la adaptabilidad, cohesión y la comunicación pueden estar a la base de estas relaciones. Por ello, el afrontamiento no ha sido incluido en posteriores análisis como uno de los recursos principales de la familia sino tan sólo en la medida en que está también relacionado con la comunicación familiar. En este sentido, la comunicación padres-hijos caracterizada por la apertura está relacionada de forma positiva con la percepción de recursos de afrontamiento como la reestructuración y el apoyo espiritual; por su parte, los problemas de comunicación padres-hijos se relacionan de forma negativa con la percepción de las estrategias de afrontamiento. Además, la moderada relación encontrada entre el estrés familiar, el funcionamiento familiar y la comunicación familiar permite identificar definitivamente la cohesión, la adaptabilidad y la comunicación familiar como los grandes recursos con que cuenta el sistema familiar para lograr el ajuste y la adaptación cuando hay presencia de hijos adolescentes. Las estrategias de afrontamiento más clásicas -evaluadas por el F-COPES- mantienen una relación con el bienestar de la familia, en tanto que están vinculadas a la presencia de una comunicación positiva, cuyo efecto en el bienestar es más marcado que el de las estrategias de afrontamiento. Esta primera selección de los recursos familiares simplifica de forma considerable el modelo sometido a contrastación empírica en esta investigación.

#### **1.4. El ajuste en los miembros de la familia**

Analizar la evolución de la familia exclusivamente a través de medidas que analizan las características familiares -funcionamiento, comunicación y afrontamiento familiar- contiene una importante apuesta que es preciso tener en cuenta: ¿hasta qué punto la pervivencia o permanencia del sistema familiar, es buena para sus miembros? Aun asumiendo que la familia como sistema es diferente a la suma de sus individualidades, es perfectamente asumible que los miembros de la familia están influidos por esas características del sistema familiar. Al incluir en el modelo aspectos centrados en el



individuo -autoestima, depresión, relaciones interpersonales, conductas de riesgo- se amplía la perspectiva en la que basar el análisis del ajuste familiar. La estrategia seguida en esta investigación ha sido precisamente la de seguir esa dirección: complementar el análisis del ajuste familiar con el análisis del ajuste de sus miembros con el objeto de identificar aquellas familias cuyas características aseguran no sólo un adecuado desarrollo del propio sistema familiar sino que también promueven el bienestar de los adolescentes que viven en ellas.

#### **1.4.1. Autoestima**

La inclusión en el trabajo de una medida multidimensional de la autoestima ha permitido contrastar algunas relaciones interesantes en los grupos de género y edad.

En primer lugar, existen dos dimensiones de la autoestima que no presentan niveles diferentes ni en los grupos de género ni en los grupos de edad: autoestima familiar y autoestima social. La ausencia de relación entre la autoestima familiar y la edad es interesante ya que indica que los adolescentes no valoran de forma diferente sus relaciones familiares y sociales cuando son mayores. Además, concuerda con la literatura existente (Marsh, 1989; Crain y Braken, 1994; Crain, 1996; para un análisis de las variaciones durante la adolescencia del autoconcepto social ver Byrne y Shavelson, 1996). Cuando las familias son capaces de adaptarse de forma adecuada a las nuevas exigencias familiares que provoca la presencia de hijos adolescentes, éstos no perciben una disminución de la calidad de las relaciones familiares. Este tipo de familias, además, se caracteriza por elevados niveles de cohesión y adaptabilidad y por una comunicación positiva entre padres e hijos. Estos dos grandes recursos del sistema familiar -el funcionamiento y la comunicación familiar- al mostrar relaciones significativas con índices del ajuste individual -la autoestima familiar, autoestima social, autoestima académica y autoestima emocional- vinculan de forma consistente el desarrollo de la familia con el desarrollo del individuo. Este planteamiento

concuera con el modelo de individuación propuesto por Grotevant y Cooper (1988) que defiende que la co-ocurrencia de los factores en el ámbito familiar de permeabilidad (mostrar responsividad y apertura a las ideas de los otros) y de mutualidad (mostrar sensibilidad y respeto en las relaciones con los otros), contribuyen de forma importante al desarrollo de la identidad y de la autoestima del adolescente (Feiring y Taska, 1996; Grotevant y Cooper, 1998).

En segundo lugar, se ha comprobado la influencia del género y la edad en la autoestima académica: tanto las chicas como los adolescentes más jóvenes de la muestra evidencian mayores niveles de autoestima académica. El hecho de que las chicas presenten niveles más elevados de autoestima académica que los chicos, coincide con los resultados obtenidos en numerosas investigaciones (Lackovic-Grgin y Dekovic, 1990; Lila, 1995). Además, la autoestima familiar se relaciona de forma moderada con la autoestima académica, lo que permite vincular los ámbitos familiar y escolar: la adaptación de los adolescentes en el ámbito escolar está asociada con el nivel de adaptación alcanzado en la familia. Este mismo resultado se encontró en una investigación transcultural realizada por Lila (1995), apareciendo una relación significativa entre autoestima familiar y académica tanto en adolescentes españoles como colombianos. Estas relaciones pueden interpretarse desde una doble perspectiva: el efecto de la familia en la escuela y el efecto de la escuela en la familia. La naturaleza transversal de esta investigación no permite identificar una dirección en estas relaciones pero sí aventura algunas hipótesis interesantes. Por una parte, muestra cómo la familia es todavía durante la adolescencia un agente socializador importante que, probablemente, actúa como filtro en la relación entre estos dos ámbitos. En este sentido, cuando las relaciones familiares están basadas en la comunicación positiva y la propia familia se preocupa de que sus miembros se perciban vinculados emocionalmente y protagonistas activos en el funcionamiento familiar, el adolescente percibe una integración escolar positiva. Sus relaciones con los profesores son adecuadas y él mismo se percibe como un buen estudiante. Por otra

parte, cuando el individuo se percibe integrado en la escuela y su funcionamiento en el centro escolar es el adecuado sus relaciones familiares son positivas. Desde este punto de vista, uno de los principales problemas de comunicación entre padres e hijos durante la adolescencia se relaciona con el fracaso escolar o el deficiente funcionamiento del adolescente en el centro escolar. Esta circunstancia se convierte en una importante fuente de estrés que, de alcanzar niveles extremos, puede dinamitar buena parte de las relaciones con sus padres. Desde esta perspectiva, distintos estudios señalan que una parte importante de los conflictos entre padres y adolescentes se producen precisamente por temas relacionados con el colegio -comportamiento en el colegio, progreso y notas- y que además son los que generan las discusiones más fuertes entre padres e hijos (Kalantzi y colaboradores, 1989; Besevegis y Giannitsas, 1996; Jackson y colaboradores, 1996; Musitu y colaboradores, en proceso de elaboración).

Finalmente, la autoestima física también presenta una relación significativa con el género y la edad: los chicos y los adolescentes más jóvenes de la muestra presentan mayores niveles de autoestima física. Precisamente, en la mayoría de las investigaciones en las que se han comparado los niveles de autoestima desde una perspectiva multidimensional se observa que es en esta dimensión donde aparecen las mayores diferencias entre chicos y chicas (Pallas y colaboradores, 1990; Harter, 1990; Eccles y colaboradores, 1993; Marsh, 1993; Crain, 1996; Lila, 1995; Stein, 1996). Además, en tanto que la autoestima física incluye, entre otras, una valoración sobre la actividad deportiva, es posible que la diferencia encontrada para el género se deba a que hoy en día aún son los chicos los que más vinculan la diversión y el entrenamiento con el deporte. Una tendencia mucho más acusada en el pasado pero que todavía en la actualidad se observa. Esta implicación en actividades deportivas disminuye con la edad y prácticamente al final de la adolescencia pierde relevancia. De hecho, los instrumentos que evalúan la autoestima física en adultos

apenas hacen referencia al aspecto deportivo (Herrero, 1994; Herrero, Gracia y Musitu, 1996).

#### **1.4.2. Depresión**

La comparación entre los niveles de depresión encontrados en la muestra para los grupos de género y edad permite comprobar algunas relaciones ampliamente contrastadas en la literatura científica.

En primer lugar, las chicas muestran mayores niveles de ánimo depresivo que los chicos. Este resultado es consonante con otros trabajos (Fox, 1980; Cleary y Mechanic, 1983; Nolen-Hoeksema y Girgus, 1994) algunos de ellos con el mismo instrumento de evaluación de la depresión (CES-D) en población adulta (Radloff, 1977; Lin, Dean y Ensel, 1986; Herrero, Gracia y Musitu, 1996). Tres han sido tradicionalmente las explicaciones que se han propuesto de estas diferencias: a) como una tendencia de respuesta; b) como una característica fisiológica; y, c) como una circunstancia psicosocial.

De acuerdo con la primera explicación, la diferencia en depresión entre hombres y mujeres se debe a una tendencia en las repuestas a los cuestionarios. Así, la mayor puntuación de las mujeres en cuestionarios de depresión se debe a que éstas se encuentran más preocupadas por su salud (Feldman, 1964) y por ello se muestran más dispuestas a reconocer los síntomas mientras que los hombres son más remisos a definirse a sí mismos como enfermos (Verbrugge, 1979). En este sentido, Dohrenwend y Dohrenwend (1977) han observado que la evaluación a través de informantes clave no produce esas diferencias de género.

Para otros autores las diferencias son reales y su origen se encuentra en el ámbito fisiológico. De acuerdo con esta orientación, las diferencias en las tasas de depresión entre hombres y mujeres son debidas a diferencias genéticas y endocrinas. En otros términos, la mujer tiene una mayor predisposición a padecer este tipo de sintomatología.

La tercera explicación -la psicosocial- se ha centrado fundamentalmente en analizar las diferencias en función de la orientación del rol sexual y los procesos de socialización. De acuerdo con este planteamiento, las pautas de comportamiento adquiridas en el proceso de socialización conllevan, en determinados casos, mensajes latentes que pueden favorecer el desarrollo de un proceso depresivo en la mujer, mientras que el modo de funcionamiento masculino, relacionado con un estilo instrumental de solución de problemas, puede operar como un amortiguador ante el estrés familiar.

Además de esta relación entre la depresión y el género, se ha encontrado que los niveles de depresión están moderadamente vinculados con la existencia de problemas en la comunicación con los padres y, como era de esperar, con el nivel de estrés experimentado (Herrero y Musitu, 1998). Sin embargo, la depresión muestra una relación poco pronunciada con las estrategias de afrontamiento -tan sólo con la reestructuración, la búsqueda de apoyo en los amigos y familiares y la evaluación pasiva y en todo caso son correlaciones bajas- y una relación moderada con el funcionamiento familiar -las familias con mayores niveles de cohesión y adaptabilidad tienen una menor frecuencia de adolescentes con un elevado ánimo depresivo, independientemente del nivel de estrés experimentado-. Si la autoestima puede considerarse como una medida positiva del ajuste individual (Lin, Dean y Ensel, 1986; Herrero, Musitu y Gracia, 1995) la depresión es su complemento negativo (Herrero, 1994; Herrero, Gracia y Musitu, 1996). En este sentido, son nuevamente los principales recursos del sistema familiar -comunicación y las variables del funcionamiento familiar- los que evidencian una mayor influencia en el ajuste individual.

#### **1.4.3. Relaciones Interpersonales**

El estudio de las relaciones interpersonales durante la adolescencia permite conocer cómo los hijos van explorando en su entorno de relaciones sociales para ir configurando nuevas figuras de apoyo extrafamiliar. La relación que establece el adolescente con su grupo de

iguales supone un importante elemento de socialización (Palmonari y colaboradores, 1992; Holmbeck y colaboradores, 1995). Es en el seno de este grupo en el que en interacción con otros contextos de relación el adolescente buscará su reafirmación y su propio estilo de vida (Berndt y Perry, 1990; Savin-Williams y Berndt, 1990; Noller y Callan, 1991)

El análisis de las relaciones del apoyo social extrafamiliar en los grupos de género y edad realizado evidencia cómo a medida que aumenta la edad también lo hace el apoyo percibido de la pareja, a la vez que disminuye el apoyo percibido de los padres. Estos resultados son consonantes con otros estudios sobre las relaciones de apoyo durante la adolescencia (Tyerman y Humphrey, 1983; Newcomb, 1990, Cava, 1998) en los que se pone también de manifiesto una transacción del apoyo social desde los padres hacia las relaciones íntimas y de confianza presentes en la red extrafamiliar del adolescente. Además, son las chicas las que muestran una mayor percepción de apoyo en las relaciones extrafamiliares -pareja y amigos-.

Por otra parte, el apoyo percibido de los padres está directamente vinculado con la presencia de elevados niveles de funcionamiento familiar; se relaciona de forma moderada con algunas estrategias de afrontamiento -reestructuración, apoyo de los amigos y familiares, apoyo espiritual y apoyo formal- y se asocia consistentemente con la presencia de una comunicación positiva entre padres e hijos.

Estos resultados son coherentes con los encontrados al analizar las dimensiones del funcionamiento y la comunicación familiar y permiten concluir que la presencia de recursos familiares - funcionamiento y comunicación familiar- está asociada con la percepción positiva de los padres como figuras de apoyo. Además, son estos niveles de apoyo familiar -padre y madre- los que se relacionan de manera más consistente con elevados niveles de autoestima familiar y bajos niveles de depresión.

En este sentido, el hecho de que ninguna de las figuras de apoyo extrafamiliar -pareja y amigos- se relacione de forma significativa con la depresión indica que durante la adolescencia el apoyo familiar, si bien decreciente, sigue siendo uno de los principales recursos con los que cuenta el individuo (Cooper y colaboradores, 1983; Hauser y colaboradores, 1991; Zani y colaboradores, 1992). Estos mismos resultados se han obtenido al analizar conjuntamente los recursos familiares y los recursos individuales, como se indica más adelante. Mientras las figuras de apoyo familiar se relacionan de forma positiva con otros aspectos del ajuste individual, las figuras de apoyo extrafamiliar no parecen ejercer una influencia destacada en el ajuste del individuo aunque sí son capaces de explicar alguno de los comportamientos de riesgo más característicos durante la adolescencia: el consumo de sustancias.

#### **1.4.4. Estrés, recursos y ajuste familiar e individual**

Una vez completados los análisis iniciales, que en un sentido amplio pueden considerarse como comprobaciones de la fiabilidad y validez de los instrumentos, se ha procedido a estudiar las interrelaciones entre las variables, con el objeto de identificar a las familias con mayor capacidad de ajuste y adaptación. Los análisis previos habían sugerido que tanto las variables del funcionamiento familiar como la comunicación familiar constituyen recursos del sistema familiar consistentemente vinculados con otros recursos de la familia -afrentamiento- así como con otras variables del ajuste individual -autoestima, apoyo social, depresión y, en menor medida, con conductas de riesgo-. Mediante un análisis discriminante para clasificar a los sujetos con baja y alta comunicación familiar a partir de las puntuaciones en otros recursos familiares -apoyo familiar, autoestima familiar y estrategias de afrontamiento- se constata que es fundamentalmente el apoyo familiar y la autoestima familiar las que mejor predicen la pertenencia a los grupos de baja/alta comunicación familiar.

Estos resultados son coherentes con la teoría e indican que, las relaciones padres-hijos más positivas, se producen cuando existe una relación de apoyo entre ellos y, además, el adolescente está satisfecho con sus relaciones familiares (Baumrind, 1978; Ferrari y Olivette, 1993; Lila y colaboradores, 1994, Lila, 1995). Por otra parte, la escasa relación de los recursos de afrontamiento con la función discriminante sitúa a este tipo de recursos en la periferia del modelo, con relaciones bajas con otros recursos del sistema familiar. Un aspecto importante de este análisis discriminante -junto con su alto poder de discriminación (81.2%)- es que permite identificar dos grupos de sujetos en la muestra: sujetos bien clasificados y sujetos mal clasificados. El análisis de los sujetos mal clasificados descubre a un segmento de la muestra en el que no se produce una convergencia con la teoría, incluso manifestándose unas relaciones contrapuestas a los planteamientos teóricos.

#### **1.4.4.1. Implicaciones teóricas divergentes**

Un total de 142 sujetos, algo menos del 10% de la muestra total, presentan precisamente relaciones contrarias a las predecibles por la teoría. Así, sus altos niveles de apoyo familiar y autoestima familiar se relacionan directamente con la percepción de una comunicación deficiente con los padres. Más aún, tan sólo el 2.7% de estos sujetos con bajo nivel de comunicación familiar tienen también bajo apoyo familiar. Estos resultados no dejan de sorprender y comprobaciones posteriores para contrastar el comportamiento de estos sujetos en otras áreas vienen a señalar la misma dirección. Así, en estos sujetos no existe relación entre el estrés experimentado y el nivel de depresión, una relación constatada en la literatura científica (Rutter, 1979; Herrero y Musitu, 1988) y tampoco existe un efecto directo de los recursos familiares ni en el ajuste familiar ni el ajuste individual.

No es fácil identificar las fuentes que permitan explicar esta ausencia de relación. En principio, existen dos circunstancias que pueden estar en la base de estos resultados: a) las características de los instrumentos, y; b) la características de los sujetos. Es posible que los



instrumentos no captan toda la complejidad de las relaciones familiares y las percepciones de los individuos. En este sentido, lo que se gana en operatividad y sencillez se pierde en complejidad, y es una crítica habitual a este tipo de acercamientos la excesiva simplificación de la naturaleza del ser humano que les sirve de base. Esta crítica siempre es asumible y los acercamientos más cualitativos han perseguido precisamente salvar estas deficiencias (Ibáñez e Iñiguez, 1996). Sin embargo el hecho de que la gran mayoría de la muestra, evaluada mediante los mismos instrumentos, proporcione evidencia de que la teoría es plausible sugiere ser cautos a la hora de responsabilizar a los instrumentos de estos resultados. Con respecto a la naturaleza de los sujetos, siempre existe la sospecha de que éstos no se hayan implicado excesivamente en la cumplimentación de los cuestionarios o que su actitud haya sido abiertamente negativa hacia ellos. Esto es especialmente importante en sujetos adolescentes, en los que la posibilidad de rebeldía y actitud crítica debe estar siempre presente para el investigador. Sus actitudes y respuestas ante la administración de la prueba son impredecibles, lo que mina la validez del cuestionario. Nuevamente, el hecho de que casi el 90% de la muestra evidencie relaciones afines con la teoría invita a suponer que este hecho es puntual. En uno y otro caso, este porcentaje de la muestra supone un desafío para el investigador y se necesitan análisis más pormenorizados que permitan identificar las fuentes de variación en estos sujetos.

#### **1.4.4.2. Convergencia teórica**

En lo que respecta a los sujetos bien clasificados por el análisis discriminante (81.2%) se observa que los elevados niveles de comunicación familiar, van asociados con percepción de confianza y apoyo con el padre y la madre y una valoración positiva de las relaciones familiares (Collins y colaboradores, 1997; Grotevant y Cooper, 1998). Esta circunstancia lleva a delimitar con claridad los principales recursos del sistema familiar: la comunicación y las variables de cohesión y adaptabilidad.

A partir de la identificación de estos recursos, se ha analizado la relación que se establece entre los recursos familiares y el estrés. Gran parte de los eventos estresantes son intrafamiliares y es posible que determinados niveles de funcionamiento y comunicación familiar tengan una influencia directa en el nivel de estrés experimentado. Los resultados encontrados indican que existe un tipo de familia que experimenta menores niveles de estrés que otros tipos de familia: la familia en la que hay simultáneamente una buena comunicación familiar y unos niveles elevados de funcionamiento familiar. Así, cuando la comunicación con los padres es fluida y el funcionamiento familiar indica vinculación entre los miembros y participación de padres e hijos en la organización familiar, las familias evidencian menor presencia de situaciones amenazantes o estresantes.

La reducción del nivel de estrés en este tipo de familias tiene, al menos, dos posibles explicaciones que proceden de diferenciar entre dos tipos de situaciones estresantes: a) las que derivan directamente del funcionamiento y comunicación familiar, y; b) las que son relativamente independientes del funcionamiento y la comunicación familiar. En el primer caso, la menor presencia de estrés en las familias con elevado nivel de funcionamiento y una comunicación positiva puede responder al hecho de que este tipo de familia genera menos estrés en sus interacciones. Situaciones estresantes como discusiones entre padres-hijos, fuga de casa de los hijos, peleas entre hermanos, conflictos entre los padres, dificultades graves con los compañeros de clase, etc., pueden estar influidos por las características del sistema familiar. En este sentido, el buen funcionamiento y comunicación familiar eficaz reducen la probabilidad de aparición de estas situaciones.

En el segundo caso, este tipo familias mantendría niveles elevados en los recursos familiares precisamente porque no ha experimentado algunas situaciones estresantes más independientes de las características de la familia como un aborto involuntario, cambio de residencia, cambio de colegio, muerte de un pariente, etc. En este

caso, la menor presencia de estrés en este tipo de familias se interpretaría como el efecto del estrés en la reducción de los recursos familiares.

No es fácil distinguir una y otra situación debido a la naturaleza transversal de los datos. Sin embargo, ambas explicaciones convergen en una idea común: la sensibilidad de los recursos familiares al estrés. De este modo, bien porque se experimenten en menor medida o porque se disminuya directamente su probabilidad de aparición, lo cierto es que sólo una combinación de buen funcionamiento y buena comunicación va asociada a una reducción considerable del estrés familiar. Esto permite simplificar el modelo y distinguir a las familias con una combinación óptima de los recursos familiares de aquellas con niveles mixtos en ambas (alto/bajo y bajo/alto).

Una vez identificados estos dos tipos de familias, se ha contrastado la hipótesis de que las características del sistema familiar inciden también en el ajuste individual de sus miembros; en esta investigación, en el ajuste de los adolescentes. Puesto que las puntuaciones en los instrumentos que evalúan el ajuste individual -autoestima y depresión- están influidas por el nivel de estrés, en todos los análisis se ha controlado el efecto del estrés para separar el efecto de los recursos familiares del efecto del estrés (las familias con mayor nivel de recursos tienen también menor nivel de estrés). Para controlar la influencia del género y la edad, se ha comprobado previamente que no existe una tendencia en los grupos de género y edad a situarse en un tipo u otro de familia y que por lo tanto la percepción del nivel de recursos familiares es independiente del género y la edad -e incluso de cualquier combinación de ambas variables.

Los resultados de los análisis indican efectivamente que en aquellas familias con mayor nivel de recursos, los hijos muestran un mejor ajuste individual, independientemente del nivel de estrés experimentado por esas familias. Esto es así tanto para la valoración que hace el adolescente de su capacidad para establecer relaciones sociales y mantenerlas -autoestima social- como para la evaluación

que realiza sobre el tono de su ánimo -depresión-. La relación entre los recursos familiares y la depresión indica que todavía durante la adolescencia las relaciones familiares tienen importancia para el adolescente, aunque se vaya produciendo conforme crecen un progresivo distanciamiento de sus padres y la familia en general (Grotevant y Cooper, 1985; Youniss y Smollar, 1985; Zani, 1993). Además, la relación directa observada -controlando el efecto del estrés- evidencia que los hijos están influidos por algunas características del sistema familiar que pueden producir impotencia o desvalimiento y que tradicionalmente no se incluyen en la evaluación del estrés. Así, la presencia de comunicación negativa o la falta de protagonismo de los hijos en el hogar pueden generar percepciones negativas en el adolescente no sólo sobre la familia sino sobre sí mismos. Esta circunstancia es clave durante la adolescencia, ya que el joven aún no ha desarrollado completamente una independencia de criterios entre su realidad personal y su realidad familiar, de la que aún es relativamente dependiente. Esta dependencia va asociada no sólo a su desarrollo moral y cognitivo sino probablemente a su dependencia material de la familia. Los autores que analizan la evolución de las redes de apoyo durante la adolescencia y la etapa adulta, señalan que con el final de la adolescencia el efecto de la familia -de origen- en el desarrollo vital disminuye de forma considerable. En ese momento sus propias relaciones personales y las relaciones en su nueva familia comienzan a incidir de forma creciente en su bienestar y ajuste. De este modo se completa un ciclo de dependencia entre las relaciones familiares y el bienestar (Bruhn y Philips, 1984; Heller y colaboradores, 1990; Newcomb, 1990; Van Aken, en prensa), bien a través de la familia de origen -que acaba un poco después de la adolescencia- o a través de la nueva familia creada -a partir de la juventud y sobre todo en la época adulta-. Además, las expectativas sobre el funcionamiento y los valores familiares asumidos durante su etapa como hijo condicionarán la forma en que fomente adecuados niveles de funcionamiento y comunicación en su nueva familia, si bien en este caso los valores y la comunicación con la pareja para llegar a comportamientos consensuados con los hijos

tienen una incidencia muy marcada (Gracia, Herrero y Musitu, 1995). Pero aún en este caso, la educación familiar y su percepción del papel de la familia como obstaculizador o favorecedor del desarrollo de los individuos, tiene una influencia decisiva (Herrero, Musitu y Lila, 1994).

Finalmente, no se ha encontrado ninguna relación entre los recursos del sistema familiar y el apoyo de la red social extrafamiliar -pareja y amigos- ni entre los recursos familiares y el consumo y abuso de sustancias. En el caso del apoyo de la pareja sí que se observa una presencia de mayor nivel de estrés en aquellos que perciben más apoyo de la pareja, un resultado consonante con otros trabajos (Newcomb, 1990) que se han ocupado en estudiar hasta qué punto la red social del adolescente es también una potencial fuente de estrés. Además, esta circunstancia puede esconder un proceso de acercamiento y petición de ayuda a personas ajenas a la familia en situaciones de estrés.

Por otra parte, en situaciones de elevado el estrés -estrés familiar- el adolescente busca nueva figuras de apoyo e inicia un proceso de apertura que contiene en sí mismo alguno de los rasgos más característicos de sus relaciones durante la etapa adulta (Fuligni y Eccles, 1993; Frydenberg, 1997). La calidad de las relaciones interpersonales evaluadas por el instrumento RP analiza el tipo de relación establecida con cada fuente en términos de confianza, transmisión de afectos, convergencia de metas, aceptación como persona y calidad de la información y va por tanto más allá de los clichés característicos de la adolescencia: imitación grupal, unanimidad de criterios, etc. Obviamente, este proceso de apertura hacia otras personas ajenas a la red familiar implica asumir un riesgo en las relaciones sociales, pasando de un mero compañerismo o de un contacto sexual -en el caso de la pareja- a profundizar en las relaciones y establecer patrones adultos de comportamiento. Nada asegura el éxito en esta nueva exploración y la probabilidad de

encontrar insatisfacción o decepción en las relaciones sociales siempre está presente.

### **1.5. Funcionamiento familiar, comunicación familiar y conductas de riesgo en el adolescente**

En cuanto a la relación entre el consumo de sustancias y los recursos familiares, no se ha encontrado evidencia empírica que permita vincular estos ámbitos. Probablemente el nivel bajo de consumo encontrado en la muestra no permite diferenciar patrones de consumo y relaciones familiares. Además, para evaluar esta ausencia de relaciones habría que analizar en detalle hasta qué punto el consumo de alcohol y sustancias -en los niveles encontrados en la muestra- constituye un índice que implique algún tipo de riesgo. Muy al contrario, parece que estos niveles de consumo no indican otra cosa que la presencia de comportamientos y valores compartidos con el grupo de iguales y la pareja y que influyen en la percepción del adolescente sobre su satisfacción con las relaciones sociales en general (Vega, 1993; Pons, 1995). Previsiblemente, conforme este consumo se haga abusivo y se genere una mayor dependencia, los problemas familiares y sociales aumentarán (Herrero, 1994). Este extremo no se ha podido contrastar en esta investigación.

En cuanto al número de conductas delictivas tan sólo se observa una diferencia en función del género: los chicos informan haber cometido más conductas delictivas en la escuela que las chicas (Farrington, 1986; Junger-Tas, 1994; Rechea y colaboradores, 1995). No hay diferencias en cuanto la edad. Como ya se ha señalado en el marco teórico, una proporción importante de adolescentes varones se implican en alguna ocasión en conductas delictivas (Compas y colaboradores, 1995; Moffitt, 1993; Emler y Reicher, 1995). Los resultados de las investigaciones indican que la conducta delictiva en la adolescencia es común y prevalente en los chicos, pudiendo llegar a describirse como normativa e, incluso, adaptativa (Moffitt, 1993). Los datos obtenidos en esta investigación confirman la mayor prevalencia en relación con la conducta delictiva en los adolescentes varones.

Con respecto al consumo de sustancias, lo primero que destaca es el bajo nivel de consumo de la muestra. Estos resultados son los habituales en investigaciones con población normal (Herrero, 1994; Pons, 1995). Además, los chicos afirman consumir más sustancias que las chicas -alcohol y cannabis- y haber probado más tipos de sustancias (Hser y colaboradores, 1987; López y colaboradores, 1998). En cuanto a la edad, los sujetos de más edad en la muestra presentan mayores índices de consumo en todas las sustancias que los menores de la muestra (Nyberg, 1979; Fishburne y Cisin, 1980; Ravenna, 1993). En algunas sustancias -consumo de cannabis- no existen diferencias a partir de los 15 años. En general estos resultados presentan a un adolescente que con la edad va incluyendo mayor número y mayor dosis en las sustancias consumidas, si bien los niveles promedio siempre son bajos. Estos niveles de consumo no presentan un patrón claro de relaciones ni con el funcionamiento familiar ni con la comunicación familiar. En este sentido, sería previsible encontrar una relación clara entre el consumo de sustancias y los problemas en la familia -comunicación con los padres-; sin embargo, tan sólo se aprecia una relación tenue con los problemas con el padre pero la ausencia de relaciones con otras dimensiones de la comunicación oscurece este dato. Sí que se aprecia que, en cuanto al apoyo familiar percibido -del padre y de la madre-, tanto el consumo de alcohol como de cannabis está relacionado significativamente con una baja percepción de apoyo del padre, pero no de la madre. Estos resultados, controlados para el género y la edad, sitúan al padre en el eje en la relación entre consumo y ajuste familiar.

Un dato interesante es la relación positiva observada para la autoestima social y el consumo de alcohol, mientras que es negativa para la autoestima familiar y la académica. En este sentido, los adolescentes parece que utilizan el consumo del alcohol como una de las conductas que permiten vincular al grupo de pares y, por ello, los valores asociados al consumo del alcohol se extienden a los valores de amistad y solidaridad grupal (Kandel, 1978; Cooreman y Pedrizet, 1980; Needle y colaboradores, 1986; Frances y Franklin, 1996).

Probablemente esta relación dure más allá de la adolescencia pero es previsible que conforme incrementa el abuso del alcohol y éste alcanza niveles de dependencia, su efecto en la autoestima social decrecerá considerablemente. Como sugieren distintos estudios, este incremento en el consumo de sustancias y en particular de las sustancias ilícitas disminuye de forma importante en la primera fase de la edad adulta al coincidir con la adquisición de los roles sociales (Abelson y colaboradores, 1977; Nyberg, 1979; O'Donnell y colaboradores, 1976). Finalmente, el consumo de alcohol también se relaciona de manera positiva con el apoyo de la pareja lo que puede dar una idea del contexto en que se realiza el consumo.

Los niveles de consumo encontrados en este trabajo no presentan un patrón claro de relaciones ni con el funcionamiento familiar ni con la comunicación familiar. En este sentido, sería previsible encontrar una relación clara entre el consumo de sustancias y los problemas en la familia -comunicación con los padres- (Dembo y colaboradores, 1986; Campart y Scandroglio, 1998) sin embargo, tan sólo se aprecia una relación tenue con los problemas con el padre pero la ausencia de relaciones con otras dimensiones de la comunicación oscurece este dato. Sí que se aprecia que, en cuanto al apoyo familiar percibido -del padre y de la madre-, tanto el consumo de alcohol como de cannabis está relacionado significativamente con una baja percepción de apoyo del padre, pero no de la madre.

### **1.6. Implicación del adolescente en conductas de riesgo**

Con los resultados obtenidos, los adolescentes procedentes de familias con un alto grado de vinculación emocional, con capacidad para adaptarse a los cambios y con una comunicación positiva y fluida carente de criticismos y dobles mensajes presentan menores tasas de conducta delictiva que aquellos adolescentes procedentes de familias con bajos recursos de funcionamiento y comunicación, resultado que va en la línea de autores como Loeber *et al* (2000), Martín *et al* (1998) y Webster-Stratton y Hammond (1999) entre otros. En cambio, no



encontramos una relación clara para la relación entre familia y consumo de sustancias ya que globalmente no hemos encontrado diferencias significativas en el consumo de sustancias en función del tipo de familia, aunque sí hemos encontrado diferencias puntuales en lo que respecta a consumo de tabaco y hachís. Estos resultados no coinciden con los aportados por otros autores que sí establecen una relación clara entre variables de funcionamiento y comunicación familiar y consumo de sustancias en adolescentes (Gilvarry, 2000; Mc Gee *et al*, 2000; Nuez *et al*, 2002). La ausencia de claridad en la relación predicha por esta segunda hipótesis puede residir en dos explicaciones posibles: por un lado, es factible pensar que los recursos familiares no son los únicos factores relacionados con el consumo de sustancias en la adolescencia ya que, por ejemplo, como veremos más adelante, los iguales pueden estar ejerciendo una importante influencia; por otro lado, la existencia de un nivel bajo de consumo en nuestra muestra puede que no nos permita diferenciar de forma clara patrones de consumo y relaciones familiares.

### **1.7. Apoyo social, mediador en el ajuste psicosocial del adolescente**

En estos resultados encontrábamos que existe una correlación positiva entre el apoyo social percibido por el adolescente y la disponibilidad de recursos familiares, siendo este resultado especialmente importante para el caso del apoyo intrafamiliar y no existiendo relación en el caso del apoyo del novio/a. Estos resultados coinciden exactamente los obtenidos en el análisis multivariado de la varianza que realizábamos para la hipótesis tercera y confirman de nuevo la idea de que los adolescentes pertenecientes a familias con altos recursos (mejor diálogo familiar, mayor flexibilidad ante las demandas de cambios y fuerte vinculación emocional entre sus miembros) son aquellos que también perciben también más apoyo de sus personas significativas, no existiendo esta relación una vez más para el caso del novio.

Por otro lado, en el segundo paso del análisis del modelo mediacional comprobábamos que aquella variable familiar que realmente explicaba una proporción significativa de la varianza en conductas delictivas era los problemas de comunicación (comunicación negativa, cargada de críticas y dobles mensajes) con la madre. Este resultado sitúa a las dificultades en la relación con la madre en el eje de los factores de riesgo familiares que predicen la implicación del adolescente en este tipo de conductas. Este es un resultado que viene a confirmar otros semejantes encontrados por distintos autores en este tema, ya que se ha visto que la mala relación con la madre se relaciona con un mayor número de actos delictivos (Musitu *et al.*, 2001) y que la existencia de conflictos familiares, especialmente con la madre, se relacionan con la participación de actos delictivos (Crawford-Brown, 1999; Gottfredson *et al.*, 1996). Con respecto a la predicción de conductas delictivas a partir de las variables de apoyo social, se constata sin embargo que el factor protector más significativo es el apoyo proporcionado por el padre y no el de la madre, lo cual sitúa a la relación positiva con el padre en el eje de los factores de protección familiares que predicen la no implicación del adolescente en conductas de tipo delictivo. Este resultado coincide plenamente con el que habíamos obtenido para la hipótesis quinta, donde en la tabla de correlaciones realizada el apoyo procedente del padre destacaba entre todos los demás en su relación negativa con las conductas delictivas.

Finalmente, a la hora de constatar el papel mediador de esta última variable en la relación entre problemas de comunicación con la madre y conducta delictiva del adolescente, encontrábamos resultados positivos, pudiendo sostener la tesis de que el efecto negativo que los problemas de relación ejercen sobre las conductas delictivas son reducidos por la presencia del padre como figura de apoyo, es decir, que si el hijo adolescente se siente querido, valorado y apoyado por su padre se implica en menos actos delictivos aunque la relación con su madre sea mala. De este modo el apoyo social o variable mediadora actuaría como un “traductor” de la experiencia con la madre gracias a

la seguridad que ofrece la percepción de apoyo del padre. Este mediador no sería el único en la relación (la influencia de la madre no es reducida a cero en la regresión) aunque el objetivo cumplido sería aceptable ya que, en la investigación psicológica y más aún en el área social, los fenómenos no tienen una única causa y desde una perspectiva teórica, “una reducción significativa demuestra que el mediador dado es de hecho potente” (Baron y Kenny, 1986, p.1176).

Por otro lado, en relación a las variables de consumo de sustancias, en el segundo paso del modelo encontrábamos que ninguna variable familiar predecía el consumo de tabaco o de alcohol y que únicamente la variable cohesión era un predictor significativo, con signo negativo, del consumo de hachís con amigos. Estos resultados se sitúan en la línea de los obtenidos para el contraste de la hipótesis segunda, donde veíamos que en el análisis multivariado no existían diferencias significativas en el consumo de sustancias en función del nivel de recursos en la familia aunque, en el análisis univariado, sí veíamos diferencias para el consumo de hachís. En lo que respecta a la predicción según las fuentes de apoyo social encontrábamos resultados que vienen a confirmar lo visto hasta ahora: el apoyo del padre era un protector significativo del consumo de alcohol y hachís predicho mientras que el apoyo del novio aparecía como un factor de riesgo para el consumo de tabaco y el de hachís. De este modo, volvemos a encontrar al apoyo del padre en el eje de los factores de protección y al del novio/a en el de los de riesgo. Este último resultado confirma los encontrados por Musitu y Cava (*en prensa*) y que sugieren un estudio más profundo de las relaciones de pareja del adolescente, ya que podría ocurrir que esta relación no estuviese aprobada por los padres y ésto pudiese generar estrés y desajuste en el adolescente.

Finalmente, para el consumo de sustancias concluimos que no podemos sostener un modelo mediador del apoyo social a la vista de los resultados. Encontramos un efecto directo de la cohesión y del apoyo social sobre el consumo de sustancias pero no un efecto

mediador, ya que el apoyo social deja de ser significativo cuando predecimos el consumo desde ambas dimensiones. Desde un punto de vista metodológico podríamos encontrar dos explicaciones a esta ausencia de efecto mediador: por un lado, la variable mediadora podría estar medida con error, lo cual produce una subestimación del efecto del mediador y una sobreestimación del efecto de la variable independiente en la dependiente, cuando todos los coeficientes son positivos (Baron y Kenny, 1986); por otro lado, de nuevo encontramos que la medida de la variable dependiente podría estar mostrando problemas ya que la existencia de un nivel bajo de consumo en nuestra muestra no nos permitiría diferenciar de forma clara patrones de consumo. Aunque estos niveles bajos de consumo son los habituales en estudios con población normal (Pons, 1995), es posible que nuestro instrumento no esté discriminando entre aquellos sujetos que no consumen o lo hacen muy poco y aquellos que consumen más, ya que la escala de respuesta ofrece un amplio rango de modalidades de consumo mientras que la mayor parte de la muestra contesta en los dos primeros niveles (ver anexo II: Instrumentos). Desde un punto de vista teórico, los resultados obtenidos para este segundo modelo de mediación propuesto sugieren el planteamiento de varias preguntas: ¿por qué la cohesión sigue siendo significativa una vez introducido en la ecuación de regresión el apoyo del padre?; ¿por qué este último deja de ser significativo?. En este sentido podríamos aventurarnos a pensar en un posible solapamiento de las variables de apoyo familiar y cohesión que provocase que separadamente ambas se muestren como predictoras significativas del desajuste mientras que, incluidas en la misma ecuación, “compitan” en la predicción del desajuste. Esta tesis merecería un análisis más detenido pero resulta atractiva cuando comprobamos que otros autores han sugerido hipótesis semejantes: en un interesante estudio dedicado al análisis del comportamiento lineal o circunplejo de las dimensiones de funcionamiento familiar, Farrell y Barnes (1993) comprueban que, efectivamente, la cohesión familiar se relaciona de modo lineal con variables de ajuste en el adolescente e interpretan los resultados a la luz de la teoría del apoyo social. Tras analizar los ítems de la escala de cohesión en el FACES III, observan

que muchos de ellos cubren características de apoyo familiar (afirmaciones del propio *self*, relaciones de confianza, ayuda tangible o ayuda cognitiva en la solución de problemas) y concluyen que “la escala de cohesión podría usarse como un indicador global de apoyo social familiar” (Farrell y Barnes, 1993, p.130).

En general, lo que sí encontramos de forma clara entre los datos de este estudio es la existencia de determinados factores de riesgo y de protección asociados a las conductas de riesgo en la adolescencia, lo cual engrosaría la evidencia para un modelo psicosocial como el enunciado por Jessor (1993) o Hawkins *et al.* (1992) que clasifica dichos factores en función del contexto social en que tienen lugar. Pero cabe señalar a este respecto que pese a la noción cada vez más defendida de que la adolescencia no es un periodo de desarrollo dramático o de inherente dificultad y de que la mayoría de los adolescentes se desarrollan con normalidad, la investigación continúa centrándose en la disfunción y en la maladaptación del adolescente y no se llega a formular una teoría general del desarrollo normativo del adolescente (Steinberg y Morris, 2001). En lugar de problematizar las conductas de riesgo aquí analizadas, en el estudio de un desarrollo normalizado del adolescente éstas deberían ser consideradas como posibles conductas de experimentación, diferenciándolas muy bien de los casos de persistencia en las conductas de riesgo e intentando dilucidar cuáles son los factores que realmente contribuyen a que la mayoría de adolescentes no se implique de manera persistente en ellas. En este sentido, según nuestros resultados, un punto fundamental es la percepción de apoyo que el adolescente obtiene de su red social. Efectivamente, el apoyo social desempeña un papel fundamental durante esta transición de tal modo que las relaciones positivas en unos contextos suponen un aprendizaje positivo en la habilidad para relacionarse con los demás que potencian las relaciones saludables en otros contextos, aumentando de este modo la percepción de apoyo social procedente de las diferentes personas significativas, es decir, el sentimiento de sentirse querido, valorado y ayudado. Este tipo de relaciones positivas, tanto dentro como fuera de la familia, son

las que disminuirían la probabilidad de recurrir a conductas de riesgo de forma crónica y el afianzamiento de éstas en un estilo de vida no saludable.

Lo expuesto anteriormente implica que el apoyo social del adolescente constituye un área fundamental de intervención en la prevención de conductas de riesgo y debería ser activamente promovido a través de escuelas y grupos y organizaciones de tipo comunitario, es decir, fomentando las relaciones positivas en aquellos contextos donde tiene lugar el desarrollo del adolescente: familia, iguales, escuela, comunidad... Proporcionando no sólo contextos de apoyo para el adolescente sino también para la familia en su conjunto, ya que la capacidad de afrontamiento de situaciones de estrés de una familia también depende de sus recursos de apoyo social (Bronfenbrenner, 1979).

### **1.8. Explicación de la conducta delictiva**

Hemos formado tres ecuaciones estructurales que analizan, de forma simultánea, las relaciones entre los factores latentes: funcionamiento familiar, comunicación familiar, autoconcepto positivo, apoyo familiar. Considerando las variables de estrés, depresión y conducta delictiva.

En el modelo I, la función familiar se correlaciona con la autoestima y con la comunicación familiar y ésta, con la autoestima y la depresión. También, la autoestima y la depresión se relacionan entre ellas. La función familiar tiene efecto indirecto con la conducta delictiva.

En el modelo II, la función familiar se correlaciona con la comunicación, el apoyo familiar y la autoestima. También, la comunicación es significativa para la autoestima y el apoyo familiar.

En el modelo III, la función familiar se correlaciona con la conducta delictiva y con la comunicación. Ésta, es significativa para el estrés y para la depresión, correlacionándose estas entre sí.

## **2. ANÁLISIS DE LOS OBJETIVOS ALCANZADOS EN LA INVESTIGACIÓN**

A continuación se presenta un análisis de los objetivos específicos alcanzados en la presente investigación.

Uno: Estudiar el funcionamiento familiar desde distintas tipologías que ofrece la literatura científica más relevante. Es decir: *Realizar un análisis de las relaciones familiares desde las tipologías del funcionamiento familiar y de otras variables relevantes de los ámbitos familiar e individual con el objeto de seleccionar aquellas que tengan una mayor relación con el ajuste.*

El comportamiento irregular de la tipología 1, junto con la poca relación entre las variables intermedias de la tipología 2 y las variables analizadas de las características del sistema familiar y del adolescente, permiten afirmar que: a) los niveles de cohesión y adaptabilidad no tienen una relación curvilínea con el ajuste familiar e individual, y; b) no existe justificación estadística para mantener la hipótesis de relaciones ortogonales entre la cohesión y la adaptabilidad. Estos resultados han confirmado la hipótesis 1 planteada en esta investigación; *las relaciones del funcionamiento familiar con el ajuste familiar e individual son de tipo lineal: a mayor nivel de funcionamiento familiar mayor es el grado de ajuste.* Estas relaciones lineales entre funcionamiento y ajuste están en consonancia con los resultados obtenidos por otros autores (McCubbin y colaboradores, 1996). El análisis de las tipologías ha permitido además comprobar la no ortogonalidad de las dimensiones del FACES-III. Estos resultados son contrarios a los encontrados por otros autores (Olson y colaboradores, 1985; McCubbin y colaboradores, 1996) y abren una

nueva vía de investigación sobre funcionamiento familiar. La principal consecuencia que se deriva de estos resultados es la simplificación de los modelos de funcionamiento familiar. La suposición de relaciones curvilíneas lleva a una proliferación de categorías familiares -Olson y colaboradores (1985) distinguen hasta 16 tipo de familias- mientras que la suposición de ortogonalidad entre la cohesión y la adaptabilidad sugiere la necesidad de contemplar niveles bajos/alto y altos/bajos de cohesión y adaptabilidad (McCubbin y Thompson, 1987; McCubbin, Thompson y McCubbin, 1996). No hemos encontrado una justificación empírica que apoye esta estrategia clasificatoria y hemos encontrado que la diferenciación entre bajo funcionamiento familiar y elevado funcionamiento familiar permite identificar a aquellas familias con capacidad para ajustarse a los cambios producidos durante su desarrollo de una manera adecuada.

Dos: Comprobar la relación o grado de asociación del funcionamiento familiar y de la comunicación familiar con el ajuste de los adolescentes. Es decir: *Comprobar hasta qué punto el funcionamiento y la comunicación familiar, permiten identificar a las familias con mayor nivel de ajuste y analizar la influencia de estos dos recursos en el ajuste individual de los adolescentes que viven en esas familias.*

La comunicación familiar es reconocida por la mayoría de los investigadores en familia como de los aspectos fundamentales del ajuste familiar. Este reconocimiento contrasta, sin embargo, con la escasa importancia que le conceden los investigadores en estrés familiar (Koos, 1946; Hill, 1949; McCubbin, 1987) quienes estudian la comunicación familiar en el ámbito más general de las integración familiar y relaciones afectivas (Koos, 1946; Hill, 1949; Boss, 1987; Burr y Klein, 1994) o lo incluyen dentro de los patrones de funcionamiento familiar (McCubbin y colaboradores, 1996). Este trabajo ha mostrado cómo la comunicación familiar es una característica de la familia estrechamente relacionada con la presencia



de otros recursos familiares (afrentamiento familiar) y un clima de apoyo entre sus miembros (apoyo del padre y de la madre hacia los hijos). La conceptualización de la comunicación familiar como uno de los grandes recursos del sistema familiar (Olson y colaboradores, 1985) permite una aproximación más parsimoniosa al estudio del ajuste familiar. En este sentido, se ha comprobado la hipótesis planteada (hipótesis 2): *la comunicación positiva entre padres e hijos se relaciona consistentemente con un mejor ajuste de los adolescentes y es un indicador válido de la presencia de otros recursos del sistema familiar*. La comprobación de esta hipótesis permite simplificar los modelos de estrés familiar, sin perder por ello capacidad predictiva. Al incluir las variables habitualmente analizadas en los modelos de estrés familiar (McCubbin y colaboradores, 1996), el análisis de la comunicación ha permitido identificar a la familia con una comunicación abierta entre padres e hijos como una familia en la que también se producen procesos de apoyo de los padres a los hijos, con capacidad de afrontamiento ante las situaciones difíciles y con una mejor percepción de las relaciones familiares en los adolescentes.

Tres: Analizar la influencia de la comunicación familiar vista desde la perspectiva del adolescente en el ámbito familiar. Es decir: *Identificar el grado de relación o asociación de la comunicación padres /o hijos y el afrontamiento familiar, así como su influencia en el bienestar familiar y de cada uno de sus miembros*.

Una vez identificados los principales recursos del sistema familiar, se perseguía comprobar en qué grado estos recursos posibilitan identificar familias con mejores probabilidades de ajuste. El funcionamiento y la comunicación familiar han sido a lo largo del estudio los recursos de la familia que se relacionan de manera más consistente no sólo con los procesos de ajuste en la familia sino con el bienestar psicosocial de los adolescentes que viven en ellas. En sentido, en comparación con el modelo de estrés familiar de McCubbin y colaboradores (1996) que identifica 8 recursos en el sistema familiar, a los que conceden una importancia similar en el

proceso de ajuste familiar, esta investigación ha permitido seleccionar dos de ellos -funcionamiento y comunicación familiar- sin perder por ello capacidad para discriminar a las familias con mayores niveles de estrés familiar. Los resultados encontrados han permitido comprobar la hipótesis 3: *funcionamiento y comunicación familiar ejercen una influencia notable en la vida del adolescente. Una combinación óptima y simultánea de funcionamiento y comunicación se relaciona con los mejores niveles de ajuste del adolescente.* De acuerdo con los resultados de esta investigación, no sólo las familias con mayores niveles de funcionamiento y comunicación perciben menos estrés familiar, sino que la influencia de las características de la familia se dejan sentir en el ajuste psicosocial los adolescentes que viven en ellas. Esta vinculación entre características del sistema familiar y ajuste psicosocial de sus miembros ha sido uno de los aspectos menos tratados en los modelos de estrés familiar, que se han ocupado fundamentalmente de analizar la evolución del sistema familiar. Así, uno de los modelos de estrés familiar más estudiados durante la última década, el modelo T-doble ABCX de McCubbin y McCubbin (1987), sólo incluye en su más reciente operacionalización (McCubbin y colaboradores, 1996) el estudio del apoyo social de los jóvenes y su bienestar psicosocial como medidas del ajuste psicosocial.

Además, la operacionalización del bienestar psicosocial la realizan a través de una medida breve que contempla aspectos puntuales del ánimo, la valoración del “sí mismo”, el estrés y el consumo de sustancias. Este índice, compuesto de 8 ítems (FMWB; McCubbin y colaboradores, 1996) no permite un análisis en profundidad de variables como la autoestima, la depresión, el estrés o el consumo de sustancias (tabaco, alcohol, drogas ilegales, consumo habitual y consumo de fines de semana, etc.). La investigación aquí presentada ha perseguido salvar esa deficiencia incluyendo medidas validadas en la literatura científica que posibiliten estudiar con mayor detalle el ajuste psicosocial de los adolescentes. De este modo se han podido identificar relaciones interesantes como las encontradas entre los

recursos familiares y los mayores niveles de autoestima social o los menores niveles de depresión.

Cuatro: Analizar la relación o asociación del funcionamiento familiar y de la comunicación familiar con la manifestación de conductas de riesgo del adolescente (ajuste/desajuste). Es decir: *Identificar el grado de correlación existente entre estas tres variables: funcionamiento familiar, comunicación familiar y conductas de riesgo. Sobre todo consumo de sustancias y conductas desviadas.*

En general, encontramos de forma clara entre los datos de este estudio la existencia de determinados factores de riesgo y de protección asociados a las conductas de riesgo en la adolescencia, lo cual engrosaría la evidencia para un modelo psicosocial como el enunciado por Jessor (1993) o Hawkins *et al.* (1992) que clasifica dichos factores en función del contexto social en que tienen lugar. Pero cabe señalar a este respecto que pese a la noción cada vez más defendida de que la adolescencia no es un periodo de desarrollo dramático o de inherente dificultad y de que la mayoría de los adolescentes se desarrollan con normalidad, la investigación continúa centrándose en la disfunción y en la mala adaptación del adolescente y no se llega a formular una teoría general del desarrollo normativo del adolescente (Steinberg y Morris, 2001).

En lugar de problematizar las conductas de riesgo aquí analizadas, en el estudio de un desarrollo normalizado del adolescente éstas deberían ser consideradas como posibles conductas de experimentación, diferenciándolas muy bien de los casos de persistencia en las conductas de riesgo e intentando dilucidar cuáles son los factores que realmente contribuyen a que la mayoría de adolescentes no se implique de manera persistente en ellas. En este sentido, según nuestros resultados, un punto fundamental es la percepción de apoyo que el adolescente obtiene de su red social. Efectivamente, el apoyo social desempeña un papel fundamental durante esta transición de tal modo que las relaciones positivas en unos contextos suponen un aprendizaje positivo en la habilidad para

relacionarse con los demás que potencian las relaciones saludables en otros contextos, aumentando de este modo la percepción de apoyo social procedente de las diferentes personas significativas, es decir, el sentimiento de sentirse querido, valorado y ayudado. Este tipo de relaciones positivas, tanto dentro como fuera de la familia, son las que disminuirían la probabilidad de recurrir a conductas de riesgo de forma crónica y el afianzamiento de éstas en un estilo de vida no saludable.

**Como síntesis, los resultados de esta investigación han permitido:**

1. Partiendo de las teorías sobre estrés familiar y funcionamiento familiar, identificar los principales recursos del sistema familiar, posibilitando además una eficaz reducción en el número de variables que permiten discriminar a las familias con menores niveles de estrés familiar. Esta reducción en el número de variables no supone una pérdida en el poder explicativo, lo que puede considerarse como una contribución de este trabajo de investigación.

2. Al analizar un amplio abanico de variables psicosociales relacionadas con el bienestar -autoestima, depresión, apoyo social y conductas de riesgo- el trabajo ha permitido estudiar la relación entre el ajuste familiar y el ajuste psicosocial del adolescente.

3. Al vincular el ajuste familiar y el ajuste psicosocial de los adolescentes, se obtienen nuevos criterios con los que evaluar el sistema familiar, y no sólo aquellos que tienen que ver con las características del sistema familiar.

4. Al relacionar el funcionamiento y la comunicación familiar con el ajuste del adolescente, comprobamos que a mayor nivel de funcionamiento y comunicación familiar, menor será la implicación del adolescente en conductas de riesgo como el consumo de sustancias y la conducta delictiva.

### **3. NUEVAS VÍAS DE INVESTIGACIÓN**

Aunque todavía en una fase inicial de exploración, la presente investigación ha permitido identificar variables familiares y psicosociales con una marcada influencia en el adolescente. Sin embargo, debido a que las variables del sistema familiar se han operacionalizado desde el punto de vista del adolescente, sería interesante conocer el sistema familiar desde el punto de vista de los padres, lo que sin duda ofrecería una valiosa información que complementarían los resultados obtenidos en este trabajo. En este sentido, los estudios de comunicación familiar que contemplan las relaciones padres-hijos desde el punto de vista de los padres y desde el punto de vista de los hijos (Jackson y colaboradores, 1996; Musitu y colaboradores, 2000) ofrecen conclusiones interesantes sobre la diferente forma en que padres e hijos explican la procedencia de los conflictos en la familia e, incluso, el tipo de soluciones más adecuadas.

Por otra parte, al tratarse de un estudio transversal, esta investigación no permite analizar con detalle algunos procesos interesantes en la evolución del sistema familiar y del ajuste psicosocial del adolescente. Así, un segundo panel temporal -en estos momentos en fase de diseño- permitiría identificar algunos procesos interesantes como el cambio en las percepciones de los adolescentes sobre el funcionamiento familiar, la evolución de la red de apoyo en el adolescente o los procesos de afrontamiento al estrés -por ejemplo, efectos mediadores. Desde este punto de vista, la adolescencia es un estado de transición que, en comparación con otros estadios del desarrollo vital, puede considerarse breve. Es previsible por tanto que en un año se hayan producido cambios importantes tanto en la dinámica familiar como en el ajuste psicosocial. Este segundo panel permitiría además otro tipo de técnicas estadísticas -modelos casuales- que posibilitan analizar simultáneamente múltiples relaciones en una combinación de modelos recursivos y no recursivos.

Algunos aspectos de esta investigación, por otra parte, están siendo también analizados en el ámbito de la Unión Europea por investigadores de la red de investigación sobre familia y adolescencia a la que pertenece el equipo de investigación que ha participado en este trabajo. Específicamente, se está analizando de forma transcultural la evolución de las redes de apoyo social en el adolescente y los procesos comunicacionales entre padres e hijos, prestando especial importancia a la existencia de conductas de riesgo como el consumo y abuso de sustancias. Esta colaboración internacional ya está proporcionando los primeros resultados y fruto de ello se espera en breve la publicación del Handbook de adolescencia y familia a nivel europeo.

En el terreno aplicado, algunos de los instrumentos utilizados en esta investigación están siendo evaluados por profesionales que trabajan en los ámbitos de protección del menor y la ayuda a familias. La retroalimentación proporcionada por estos profesionales está sirviendo para realizar una adaptación de estos instrumentos para la práctica diaria. Entre estas transformaciones, se están desarrollando entrevistas en profundidad a partir de los ítems de las escalas de funcionamiento y comunicación familiar, así como en la escala de apoyo social. La validez de estas entrevistas se está analizando en la actualidad y se espera que en breve puedan comunicarse los resultados a la comunidad científica. Esta colaboración con profesionales de la intervención en familias encuentra su complemento con la elaboración de programas de intervención familiar que se están llevando a cabo en distintas tesis doctorales que, tomando como punto de partida los resultados de esta investigación, pretenden ofrecer guías prácticas para la intervención en familias.

#### **4. SUGERENCIAS PARA LA INTERVENCIÓN**

De acuerdo con los resultados obtenidos en esta tesis, sería conveniente como medida preventiva:

- Que los padres reciban información sobre los datos aquí obtenidos para una mayor comprensión de la etapa adolescente. La diseminación de estos conocimientos podría hacerse o se hará de la siguiente manera:
  - o En reuniones organizadas en los centros escolares
  - o Mediante mesas redondas
- Conociendo estos datos, los padres puedan actuar con el adolescente de forma más adecuada. Por ejemplo, algunas actuaciones concretas en hijos adolescentes podrían ser:
  - o Aumentar la comunicación entre padres e hijos
  - o Aumentar la flexibilidad con respecto a los cambios que presenta el adolescente
  - o Que el ajuste familiar sirva para un mayor ajuste en el adolescente
- Conociendo estos datos, los profesores podrían actuar con los adolescentes:
  - o Ofreciéndoles mayor comunicación y apoyo
  - o Enseñándoles las estrategias adecuadas para reducir el estrés y elevar su autoestima
- Conociendo estos datos, los medios de comunicación como la TV, podrían:
  - o Favorecer el desarrollo de los adolescentes evitando escenas que contribuyesen a su desajuste.
  - o Realizar programas orientados a que la sociedad conozca los procedimientos que ayudan al adolescente a superar la etapa con mayor ajuste posible.

## **5. APORTACIONES DE ESTA TESIS**

En mi opinión, estas son las aportaciones teórico conceptuales que esta tesis hace, al mejor conocimiento de las relaciones familiares y el ajuste en la adolescencia (acumulación y refuerzo del conocimiento):

- La comunicación familiar influye sobre la autoestima, la depresión y el apoyo familiar.
- El funcionamiento familiar ejerce influencia sobre la autoestima, el apoyo familiar y las conductas delictivas.
- El estrés y la autoestima influyen en la conducta delictiva.
- Indirectamente, la comunicación influye sobre la conducta delictiva con efecto negativo.
- Las variables de género y edad, afectan significativamente a los factores latentes de autoestima, apoyo familiar, estrés, depresión y conducta delictiva.



# **Referencias Bibliográficas**